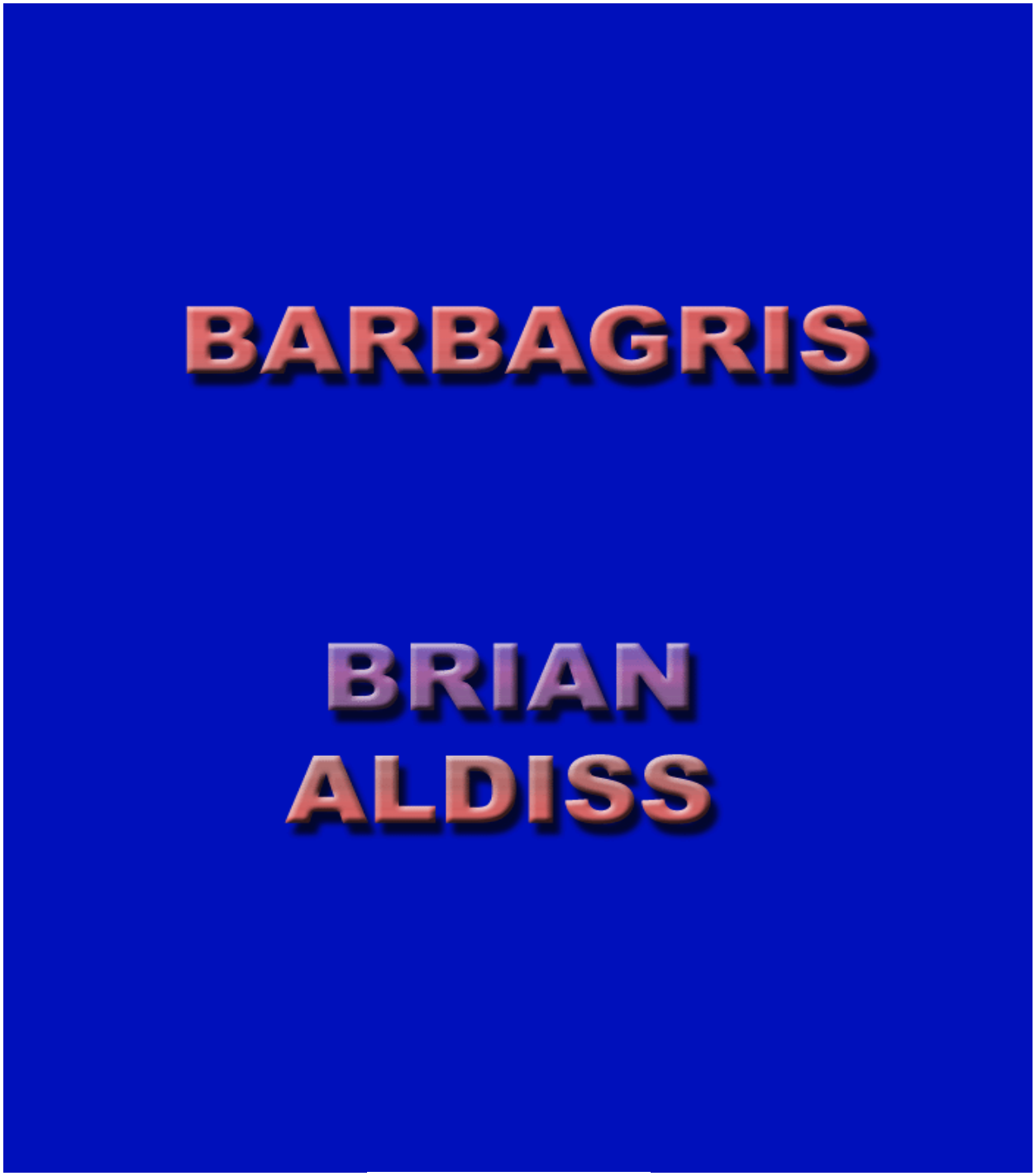
LIBRO dot.com

BARBAGRÍS

BRIAN ALDISS



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

BARBAGRÍS

Brian Aldiss

A Clive y Wendy con todo cariño,
esperando que algún día entiendan
lo que se oculta detrás de este relato.

1 - EL RÍO: SPARCOT

El animal se abrió paso entre las quebradas cañas. No iba solo; su compañera lo seguía, llevando detrás a sus cinco retoños, que no querían perderse la caza.

Los armiños atravesaron un arroyo. Salieron del agua helada y se internaron entre las cañas de la orilla, con el cuerpo pegado al suelo y el cuello estirado, imitando a su padre los más jóvenes. El padre observó con impersonal apetito a los conejos que estaban buscando comida a pocos metros de distancia.

Aquello había sido, en otro tiempo, un fértil trigal. Aprovechándose de un período de negligencia, la maleza se había desarrollado extraordinariamente, impidiendo el crecimiento del cereal. Después, un incendio asoló la zona, quemando los cardos y las gigantescas hierbas. Los conejos, que prefieren la vegetación baja, se trasladaron allí, alimentándose de los frescos brotes verdes que surgían de las cenizas. Los brotes que sobrevivieron a este proceso de devastación se encontraron con un amplio espacio donde crecer, y habían llegado a convertirse en jóvenes arbolitos de tamaño considerable. Por consiguiente, el número de conejos disminuyó, ya que a éstos les gusta el terreno abierto; de forma que la hierba tuvo la oportunidad de regresar. Ahora bien, la hierba también tuvo que rendirse ante el continuo avance de las hayas. Los escasos conejos que allí brincaban estaban muy delgados.

Eran animales muy cautelosos. Uno de ellos vio los brillantes ojos que les observaban desde los juncos. Echó a correr en busca de un refugio y los demás le siguieron. Los armiños adultos iniciaron en seguida la persecución, rozando apenas el suelo con sus ágiles patas. Los conejos se metieron en sus madrigueras. Los armiños les siguieron sin vacilar. Podían ir a cualquier parte. El mundo -aquella minúscula fracción del mundo- les pertenecía.

No muy lejos de allí, bajo el mismo cielo invernal y a la orilla del mismo río, la selva había sido despejada. En la selva aún se discernía una misma configuración; ya no era una configuración válida, y por eso se desvanecía año tras año. Grandes árboles, de alguno de los cuales todavía colgaba alguna hoja ocre, señalaban la posición de antiguos setos. Encerraban vastas extensiones de vegetación que en otro tiempo fueron campos: zarzas que desgarraban la tierra como oxidados alambres de púas en su avance hacia el centro de los campos; y saúcos, y espinosos brezos, así como una robusta vegetación de árboles jóvenes. A lo largo del borde del claro, estos indisciplinables setos habían sido utilizados como empalizada contra la maleza en un arco amplio y desigual, protegiendo de esta forma un área de algunos centenares de acres, que tenía su lado más largo junto al río.

Vigilaba la burda empalizada un anciano que vestía una camisa a rayas naranjas, verdes, rojas y amarillas. La camisa era la única nota de color en aquel desolado paisaje; estaba hecha con la lona de una silla.

A intervalos, la barrera de vegetación se veía interrumpida por algunos caminos abiertos en ella. Los caminos eran cortos y terminaban en toscas letrinas, consistentes en unos agujeros

excavados en la tierra y cubiertos con alquitranado o una tabla de madera. Esta era la instalación sanitaria del pueblo de Sparcot.

El pueblo se encontraba a la orilla del río, en medio del claro. Había sido construido aunque quizá fuera más exacto decir que se había acumulado en el curso de los siglos formando una H, cuya barra perpendicular conducía a un puente de piedra sobre el río. El puente aún atravesaba el río, pero sólo conducía a un bosquecillo de donde los aldeanos obtenían la mayor parte de la leña.

De las dos carreteras más largas, la que estaba más cerca del río fue la destinada a servir únicamente para las necesidades del pueblo. Seguía haciéndolo; conducía al viejo molino de agua donde vivía Big Jim Mole, el amo de Sparcot. La otra vía fue, en otros tiempos, una carretera principal. Cuando las casas desaparecieron, sólo desembocaba en la abundante vegetación cercada; allí se arrastraba como una serpiente en la boca de un cocodrilo y acababa siendo devorada por el peso de la vegetación.

Todas las casas de Sparcot mostraban signos de abandono. Algunas estaban en ruinas; algunas eran reliquias inhabitables. Ciento doce personas vivían en la aldea. Ninguna de ellas había nacido en Sparcot.

En la intersección de dos carreteras se levantaba un edificio de piedra que había servido como oficina de correos. Las ventanas del piso superior dominaban el río, en una dirección, y la tierra cultivada y selvática, en otra. Este era ahora el cuartel de la guardia del pueblo, y, como Jim Mole había insistido en la necesidad de tener un guardia fijo, se hallaba habitada.

Había tres personas sentadas o recostadas en la vieja y destartalada habitación. Una anciana, de más de ochenta años, sentada junto a un hornillo, canturreaba para sí y meneaba la cabeza. Acercó las manos al hornillo, en el que estaba calentando un poco de caldo en un plato de hojalata. Como los demás, iba muy abrigada para protegerse del frío invernal que el hornillo no lograba atenuar.

De los hombres presentes, uno era extremadamente anciano en apariencia, aunque sus ojos brillaban. Estaba acostado sobre un jergón que había en el suelo, mirando nerviosamente a su alrededor, observando el techo como si quisiera averiguar el significado de sus grietas, o las paredes cubiertas de manchas de humedad. Su rostro, agudo como el de un armiño debajo de la barba, tenía una expresión irritada, pues el canturreo de la anciana le crispaba los nervios.

Sólo el tercer ocupante de la casita estaba debidamente en guardia. Era un hombre de buena complexión, de unos cincuenta años, sin barriga, pero tampoco tan extremadamente delgado como sus compañeros. Estaba sentado en una crujiente silla frente a la ventana, con el rifle al alcance de la mano. A pesar de que leía un libro, alzaba frecuentemente la vista, y dirigía la mirada hacia la ventana. Con una de esas ojeadas, vio que el vigilante de la llamativa camisa se aproximaba por los pastos.

-Ya viene Sam -dijo.

Dejó el libro mientras hablaba. Su nombre era Algy Timberlane. Llevaba una abundante barba grisácea que le llegaba casi hasta el ombligo, donde había sido cortada en línea recta. A causa de esta barba, se le conocía como Barbagrís, a pesar de vivir en un mundo de barbas grises. Pero su alargada y casi calva cabeza prestaba énfasis a la barba, y su textura, dividida como estaba por barras de cabello negro que le nacían en la mandíbula y se iban difuminando a medida que descendían, la hacía particularmente notable en un mundo que ya no podía permitirse el lujo de otras formas de adorno personal.

Cuando habló, la mujer dejó de canturrear sin dar muestras de haberle oído. El hombre del jergón se incorporó y apoyó una mano sobre la estaca que yacía junto a él. Torció el rostro, y agudizó la mirada para escudriñar el reloj que sonaba ruidosamente encima de un estante; después consultó su reloj de pulsera. Este destartalado y antiguo recuerdo de otro mundo era la posesión más querida de Towin Thomas, a pesar de que no funcionaba desde hacía una década.

-Sam ha dejado la guardia muy temprano, con veinte minutos de adelanto -dijo-. ¡El muy zorro! Siempre tiene hambre, con esos paseos de un lado a otro. Será mejor que vigiles tu picadillo, Betty; soy el único en querer coger una indigestión con esa bazofia, jovencita.

Betty meneó la cabeza. Tanto podía ser un tic nervioso como una negación a todo lo que el hombre del garrote pudiera decir. Siguió calentándose las manos al fuego y no se molestó en volver la cabeza.

Towin Thomas cogió la estaca y se puso trabajosamente en pie, con la ayuda del palo. Fue a reunirse con Barbagrís junto a la ventana, escudriñando el exterior a través del sucio cristal, que limpió con la manga.

-Ahí está Sam Bulstow. Su camisa es inconfundible.

Sam Bulstow bajaba por la calle. Cascotes, baldosas rotas y escombros yacían sobre el pavimento; romaza e hinojo -mortificados por el invierno- brotaban de ruinosas verjas. Sam Bulstow andaba por el centro de la carretera. Ya hacía varios años que el tráfico se hallaba reducido a escasos peatones. Giró a la derecha al llegar a la oficina de correos, y los espectadores oyeron sus pasos sobre los tablones de la habitación inferior.

Sin agitación de ninguna clase, le oyeron subir las escaleras: los gemidos de los peldaños desnudos, el chirrido de una palma callosa sobre el pasamano, los esfuerzos de unos pulmones para los cuales cada escalón era una dura prueba.

Finalmente, Sam apareció en el cuarto de la guardia. Las alegres rayas de su camisa prestaban algo de su color a la barba blanca que cubría sus mandíbulas. Se quedó mirándoles unos minutos, apoyado en el marco de la puerta, para recobrar el aliento.

-Llegas pronto, si lo que quieres es cenar -dijo Betty, sin volver siquiera la cabeza. Nadie le prestó atención, y ella agitó sus pelos de rata con desaprobación.

Sam permaneció donde estaba, mostrando sus dientes amarillos y pardos en una sonrisa.

-Los escoceses se están acercando -dijo.

Betty giró rígidamente el cuello para mirar a Barbagrís. Towin Thomas adoptó su astuta expresión de lobo viejo y miró a Sam con ojos penetrantes.

-Quizá quieran tu empleo, Sammy -dijo.

-¿Quién te ha informado de ello? -preguntó Barbagrís.

Sam entró lentamente en la habitación, lanzando una breve mirada al reloj mientras lo hacía, y bebió un trago de agua de una abollada lata que había en un rincón. Se sentó en un taburete de madera, acercó las manos al fuego y, como hacía siempre, se tomó su tiempo antes de contestar.

-Acabo de cruzarme con un buhonero que iba por la barricada norte. Me ha dicho que se dirigía a Faringdon. Dice que los escoceses han llegado a Banbury.

-¿Dónde está ese buhonero? -preguntó Barbagrís, sin apenas levantar la voz, y simulando mirar por la ventana.

-Ha seguido su camino, Barbagrís. Dijo que iba a Faringdon.

-¿Pasando por Sparcot sin detenerse a vendernos algo? No es muy verosímil.

-Yo sólo te repito lo que me ha dicho. No me hago responsable de él. Lo único que sé es que el viejo amo Mole tendría que saber que los escoceses se acercan, eso es todo. La voz de Sam había adoptado el irritable gemido que todos usaban de vez en cuando.

Betty volvió a acercarse al hornillo. Dijo:

-Todos los que vienen aquí traen rumores. Si no son los escoceses, son manadas de animales salvajes. Rumores, rumores... Es igual que en la última guerra, cuando no paraban de decirnos que iba a haber una invasión. Yo comprendía muy bien que sólo querían asustarnos, pero me asustaba de todos modos.

Sam interrumpió sus murmullos.

-Rumores o no, yo me limito a repetir lo que el hombre ha dicho. Me ha parecido que debía subir a contároslo. ¿He hecho bien o no?

-¿De dónde venía ese tipo? -preguntó Barbagrís.

-No venía de ningún sitio. Se dirigía hacia Faringdon. -Celebró su propia broma con una sonrisa perruna, y recibió una sonrisa parecida de Towin.

-¿No ha dicho dónde había estado? -inquirió pacientemente Barbagrís.

-Ha dicho que venía de río arriba. Según él, hay muchos armiños que siguen este mismo camino.

-Eh, éste es un rumor que ya habíamos oído antes -dijo Betty para sí, meneando la cabeza.

-Más vale que cierres el pico, mujer -dijo Sam, sin rencor.

Barbagrís asió el rifle por el cañón y avanzó hacia el centro de la estancia, hasta quedar frente a Sam.

-¿Es eso todo, Sam?

-Escoceses, armiños... ¿qué más quieres de un solo vigilante? No he visto ningún elefante, si eso es lo que deseas saber. -Esbozó una de sus características sonrisas, y volvió a mirar a Towin Thomas en demanda de aprobación.

-No eres bastante listo para reconocer a un elefante aunque lo vieras, viejo Sam -dijo Towin.

Haciendo caso omiso de este intercambio de palabras, Barbagrís dijo:

-De acuerdo, Sam, vuelve a tu trabajo. Aún faltan veinte minutos para que seas relevado.

-¿Volver a mi trabajo durante otros asquerosos veinte minutos? ¡Ni lo pienses, Barbagrís! Me he pasado la tarde ahí afuera y ahora estoy muy bien sentado en este taburete. ¿Qué son veinte minutos? Nadie va a invadir Sparcot, a pesar de lo que Jim Mole pueda creer.

-Conoces los peligros tan bien como yo.

-Sabes perfectamente que no me harás entrar en razón, por lo menos mientras me duela la espalda. Estas malditas guardias se repiten demasiado a menudo para mi gusto.

Betty y Towin guardaron silencio. El último lanzó una ojeada a su estropeado reloj de pulsera. Tanto Betty como él, al igual que todos los demás habitantes del pueblo, comprendían la necesidad de una guardia continua, pero mantuvieron los ojos fijos en las desiguales tablas del suelo, pues conocían el esfuerzo requerido para que unas piernas viejas subieran y bajaran las escaleras o hicieran la jonda del perímetro más veces de las necesarias.

La ventaja se hallaba de parte de Sam, y éste se dio cuenta de ello. Encarándose con Barbagrís, le espetó:

-¿Por qué no me relevas durante esos veinte minutos, si tienes tanto interés en defender este basurero? Eres joven... no te irá mal estirar las piernas.

Barbagrís se colgó el rifle al hombro y se volvió hacia Towin, que dejó de mordisquear el borde de la estaca para mirarle.

-Toca el gong de alarma si quieres que vuelva a toda prisa, pero no en otro caso. Recuerda a la vieja Betty que no es el gong de la cena.

La mujer refunfuñó al dirigirse hacia la puerta, abrochándose la holgada chaqueta.

-Tu comida ya está lista, Algy. ¿Por qué no te quedas a tomarla? -preguntó.

Barbagrís dio un portazo sin contestar. Los demás oyeron sus pasos descendiendo las escaleras.

-No se lo habrá tomado a mal, ¿verdad? No Me denunciará al viejo Mole, ¿verdad? preguntó ansiosamente Sam. Los otros murmuraron algo que en nada les comprometía y se replegaron sobre sí mismos; no querían verse mezclados en ningún problema.

Barbagrís avanzó lentamente por el centro de la calle, evitando los charcos que aún quedaban de la tormenta de hacía dos días. La mayor parte de los desagües y canales de Sparcot estaban obstruidos; pero el agua se mostraba reacia a irse de allí a causa del carácter pantanoso de la tierra. En algún lugar río arriba, los escombros bloqueaban el río, y hacían que se desbordara. Debía hablar con Mole; era necesario organizar una expedición para inspeccionar el problema. Pero Mole se estaba volviendo cada vez más pendenciero, y su política de aislacionismo se opondría a dejar salir a nadie del pueblo.

Decidió caminar junto al río y seguir después rodeando el perímetro de la empalizada. Pasó junto a un hermoso saúco, y aspiró el dulce y melancólico aroma del río y todo lo que crecía junto a él.

Varias de las casas que se alzaban en la orilla habían sido devoradas por el fuego antes de que él y sus compañeros fueran a vivir allí. La vegetación proliferaba dentro y fuera de sus paredes. En una verja trasera que yacía desmayadamente sobre la larga hierba, se desdibujaban las letras que proclamaban el nombre de la vivienda más próxima: Thameside.

Un poco más lejos, las casas no habían sufrido el embate del fuego y estaban habitadas. La propia casa de Barbagrís se encontraba allí. Miró todas las ventanas, pero no vio ni rastro de su

esposa, Martha; debía estar tranquilamente sentada al lado del fuego con una manta sobre los hombros, contemplando el hogar y viendo... ¿qué? De pronto, una inmensa impaciencia se adueñó de Barbagrís. Aquellas casas eran un pobre racimo de edificios que se arrimaban unos a otros como una manada de cuervos con las alas rotas. A la mayoría de ellos les faltaba la chimenea o canales de desagüe; todos los años se encogían de hombros un poco más, a medida que los caballetes del tejado se hundían. Y, en general, la gente encajaba muy bien en ese aire de ruina. Él, no; y tampoco deseaba que lo hiciera su Martha.

Deliberadamente, refrenó sus pensamientos. La cólera era inútil. Consideraba como una virtud el hecho de no encolerizarse nunca. Pero la verdad es que anhelaba la libertad que había más allá de la contaminada seguridad de Sparcot.

Después de las casas venía la tienda general de Toby -un edificio más nuevo y de mejor aspecto que la mayor parte- y los graneros, desgarbadas estructuras que conmemoraban la falta de habilidad con que fueron construidos. Más allá de los graneros estaban los campos, preparados para afrontar las heladas del invierno; escamas de agua brillaban entre los surcos. Más allá de los campos se alzaban los bosquecillos que marcaban el término oriental de Sparcot. Más allá de Sparcot se encontraba el inmenso y misterioso territorio que era el valle del Támesis.

Un poco más allá de los límites del pueblo, un viejo puente de ladrillos con un arco medio derruido amenazaba el río, y sus restos se parecían a los cuernos de un carnero que se unieran en la vejez. Barbagrís se detuvo a contemplar el puente y la pequeña esclusa que había al otro lado -por aquel lado se hallaba todo lo que, en aquellos días, pudiera incluirse dentro del nombre de libertad- y después se alejó para vigilar la empalizada.

Con el rifle cómodamente sujeto debajo del brazo, inició su caminata. Miró hacia el otro lado del claro; estaba desierto, aparte de dos hombres que hablaban en medio del ganado y una figura encorvada en la parcela de coles. El mundo casi le pertenecía; y año tras año le pertenecería más.

Tascó el freno de su imaginación en ese pensamiento, y empezó a concentrarse en lo que Sam Bulstow había comunicado. Probablemente era una invención para ahorrarse veinte minutos de vigilancia. El rumor concerniente a los escoceses sonaba improbable; aunque no menos improbable que otros cuentos traídos hasta allí por los viajeros: que un ejército chino marchaba sobre Londres, o que gnomos, duendes y hombres con horribles caras habían sido vistos bailando en el bosque. El terror y la ignorancia parecían aumentar año tras año. Sería conveniente saber lo que realmente ocurría...

Menos improbable que la leyenda de los escoceses era el cuento de Sam acerca del extraño buhonero. Por mucho que se espesaran los bosquecillos, había muchos senderos que los atravesaban, y los hombres que viajaban por esos senderos, a través del aislado pueblo de Sparcot, no veían gran cosa más que el tráfico que subía y bajaba por el Támesis. Bueno, debían mantener la vigilancia. Incluso en aquellos días más pacíficos -«la apatía que traía consigo la paz perfecta», pensó Barbagrís, sin saber por qué se le ocurría eso-, los pueblos que no estaban en guardia podían ser invadidos y asolados en razón de sus provisiones alimenticias, o únicamente por la violencia misma. Era lo que todos creían.

En aquel momento pasaba entre un gran número de vacas atadas, que pastaban individualmente alrededor del desigual radio de sus ronzales. Constituían la nueva raza, pequeña, robusta, rolliza y llena de paz. ¡Y jóvenes! Jóvenes criaturas que vigilaban a Barbagrís con ojos húmedos, criaturas que pertenecían al hombre, pero no compartían su decrepitud, criaturas que mantenían la hierva a la altura de los endebles matorrales de zarzas.

Vio que uno de los animales cercano a las zarzas tiraba fuertemente del cabestro. Meneaba la cabeza, hacía girar los ojos, y mugía. Barbagrís aceleró el paso.

No parecía haber nada capaz de asustar a la vaca excepto un conejo muerto junto a las zarzas. A medida que se acercaba, Barbagrís inspeccionó al conejo. Estaba recién muerto. Y aunque estaba completamente muerto, le pareció que se había movido. Siguió examinándolo con detenimiento, mientras un ligero hormigueo de inquietud le subía por la espalda.

No había duda de que el conejo estaba muerto, y la causa era una herida en la nuca. Tenía la nuca y el ano cubiertos de sangre, y los ojos vidriosos.

Sin embargo, se había movido. Uno de sus costados acababa de levantarse.

El miedo -una involuntaria superstición- se adueñó de Barbagrís. Dio un paso atrás y se descolgó el rifle. Al mismo tiempo, el conejo volvió a moverse y su matador se descubrió.

Saliendo velozmente de debajo del conejo apareció un armiño, que encogía el cuerpo en su prisa por escapan Su pelaje marrón estaba enriquecido con la sangre del conejo, y su pequeño hocico se alzó hacia Barbagrís cubierto de sangre. Este lo mató de un tiro antes de que pudiera hacer otro movimiento.

Las vacas se agitaron y patearon. Como juguetes mecánicos, las figuras que se hallaban entre los brotes de coles enderezaron la espalda. Los pájaros se elevaron de los tejados. El gong del cuartel de la guardia dejó oír su grave sonido, tal como Barbagrís había pedido que se hiciera. Un grupo de gente se congregó junto a los graneros, como si quisieran combinar su escaso sentido de la vista.

-Maldita sea, no hay motivo para alarmarse -gruñó Barbagrís. Pero se dio cuenta de que su involuntario disparo había sido una equivocación; tendría que haber matado al armiño con la culata del rifle. El ruido de una detonación siempre provocaba la alarma.

Un destacamento de activos sesentones que acababa de formarse inició la marcha hacia él, blandiendo estacas de diversas descripciones. A pesar de su irritación, tuvo que admitir que el mecanismo había funcionado con gran eficacia. Aún había mucha vida en la aldea.

-¡No pasa nada! -gritó, agitando los brazos por encima de la cabeza mientras se dirigía a su encuentro-, ¡No pasa nada! He sido atacado por un armiño solitario, eso es todo. Podéis regresar a vuestras casas.

Charley Samuels era uno de ellos, un robusto hombretón de piel cetrina; traía su zorro domesticado, «Isaac», atado con una correa. Charley era vecino de los Timberlane, y dependía cada vez más de ellos desde la muerte de su esposa, acaecida la primavera anterior.

Dejó atrás a los demás hombres y se reunió con Barbagrís.

-La próxima primavera saldremos a cazar más cachorros de zorro para domesticarlos dijo-. Nos ayudarán a reprimir a los armiños que se aventuren a entrar en nuestras tierras. Además, ya tenemos muchas ratas, resguardadas en los edificios viejos. Los armiños las obligan a buscar refugio en las moradas humanas. Los zorros también pueden encargarse de las ratas, ¿verdad, muchacho?

Todavía enfadado consigo mismo, Barbagrís reanudó la marcha a lo largo del perímetro. Charley se puso a su lado, sin decir nada. El zorro caminó entre ellos, arrastrando su cola por el suelo.

El resto de la partida se quedó indecisamente en medio del campo. Algunos tranquilizaron al ganado o contemplaron los tirados restos del armiño; otros regresaron a sus hogares, mientras que otros salieron de ellos para comentar lo sucedido con los demás. Sus oscuras figuras de nívea cabeza destacaban sobre el fondo de ladrillos rotos.

-Se han decepcionado un poco al ver que era una falsa alarma -dijo Charley. Un mechón de cabello le caía sobre la frente. En otros tiempos había tenido el color del trigo; se había vuelto blanco hacía tantos años que su propietario había llegado a considerar este color como su tonalidad normal, y el tinte de trigo había pasado a su piel.

El cabello de Charley nunca le caía sobre los ojos, aunque daba esta impresión tras una de sus vigorosas sacudidas de cabeza. Las sacudidas vigorosas no eran propias de Charley; su carácter se parecía más a la piedra que al fuego; y en su porte se veía que los años habían puesto a prueba su resistencia. Era precisamente este aire de haber soportado tantas cosas lo que aquellos dos hombres -tan distintos en apariencia- tenían en común.

-Aunque no les gusten los problemas, disfrutan con un poco de distracción -dijo Charley-. Es curioso... ese disparo tuyo me ha dado dolor de encías.

-Yo casi me he vuelto sordo -admitió Barbagrís-. Me pregunto si habrá despertado a los viejos del molino.

Observó que Charley lanzaba una ojeada hacia el molino para ver si Mole o su criado, el mayor Trouter, habían salido a investigar.

Al sorprender la mirada de Barbagrís, Charley esbozó una sonrisa y, por decir algo, comentó:

-Ahí viene el viejo Jeff Pitt para saber qué ha sido todo ese jaleo.

Habían llegado a un pequeño riachuelo que serpenteaba a lo largo del claro. En sus orillas estaban los troncos de haya que los aldeanos habían cortado. La encorvada figura de Pitt apareció entre ellos. Encima del hombro llevaba un palo de donde colgaba el cuerpo de un animal. Aunque varios de los aldeanos se aventuraban a salir del pueblo, Pitt era el único que se atrevía a ir solo. Sparcot no constituía una prisión para él. Era un hombre melancólico y solitario; no tenía amigos, e incluso en una sociedad en que todos estaban algo locos, se le tomaba por loco. Claro que su rostro, tan lleno de arrugas como de cicatrices, no contribuía a darle aspecto de cuerdo; y sus ojillos se movían continuamente de un lado a otro, como un par de peces atrapados en el interior de su cabeza.

-¿Ha disparado alguien? -preguntó.

Cuando Barbagrís le explicó lo sucedido, Pitt gruñó, como si estuviera convencido de que le ocultaban la verdad.

-Si sigues disparando a tontas y a locas, conseguirás que todos los gnomos y bestias salvajes estén pendientes de nosotros -dijo.

-Ya me las arreglaré con ellos cuando aparezcan.

-Los gnomos se acercan, ¿verdad? -murmuró Pitt; las palabras de Barbagrís habían resbalado sobre él. Se volvió a mirar hacia el frío bosque, desprovisto de hojas-. Estarán aquí antes de que nos demos cuenta, para ocupar el lugar de los niños; no olvidéis mis palabras.

-No hay ningún gnomo por aquí, Jeff, o ya te habrían cogido hace tiempo -dijo Charley-. ¿Qué es lo que tienes en el palo?

Mirando a Charley para juzgar su reacción, Pitt bajó el palo que llevaba apoyado en un hombro y mostró una espléndida nutria de unos sesenta centímetros de longitud.

-¿Verdad que es una maravilla? Acabo de ver muchísimas. Se las puede localizar más fácilmente en invierno. Quizá se reproduzcan en mayor cantidad por estas regiones.

-Todo lo que aún puede multiplicarse lo hace así -replicó ásperamente Barbagrís.

-Te venderé la próxima que atrape, Barbagrís. No me he olvidado de lo que pasó antes de que viniéramos a Sparcot. Podrás quedarte con la próxima que agarre. Ya he puesto las trampas a lo largo de la orilla.

-Eres un gran cazador, Jeff -dijo Charley-. A diferencia del resto de nosotros, nunca has tenido que cambiar de trabajo.

-¿Que yo nunca he tenido que cambiar de trabajo? ¡Estás loco, Charley Samuels! He pasado la mayor parte de la vida ante una pestilente máquina de una fábrica de herramientas, antes de la revolución y todo eso. No es que no me haya gustado siempre la naturaleza..., pero nunca me habría imaginado que viviría tan cerca de ella, os lo aseguro.

-De todos modos, ahora eres un verdadero hombre de los bosques.

-¿Crees que no me doy cuenta de que te estás riendo de mí? No soy tonto, Charley, a pesar de lo que tú puedas pensar. Pero reconozco que es terrible la forma en que las personas de ciudad nos hemos convertido en unos burdos campesinos, ¿no creéis? ¿Qué nos queda en la vida? Todos nosotros hechos unos harapientos, llenos de parásitos y dolor de muelas. Lo que me gustaría saber es cómo acabará todo eso, ¿eh? ¿Cómo acabará?

Se volvió para escudriñar el bosque.

-No estamos tan mal -dijo Barbagrís. Esta era su invariable respuesta a la invariable pregunta. Charley también tenía su invariable respuesta.

-Son los designios del Señor, Jeff, y no ganas nada preocupándote. No podemos saber lo que Él quiere para nosotros.

-Después de todo lo que nos ha hecho durante los últimos cincuenta años -dijo Jeff-, me sorprende que aún os dignéis hablar con Él.

-Todo terminará según Su voluntad -insistió Charley.

Pitt frunció su rostro lleno de arrugas, escupió y reanudó la marcha con su nutria muerta.

Barbagrís también se preguntaba dónde terminaría todo aquello, excepto en la humillación y la desesperación. No formuló la pregunta en voz alta. Aunque le gustaba el optimismo de Charley, no tenía más paciencia que el viejo Pitt con las respuestas demasiado fáciles sobre la creencia que alimentaba ese optimismo.

Librodot

Siguieron andando. Charley empezó a hablar acerca de los diversos relatos de la gente que afirmaba haber visto gnomos y enanitos en los bosques, en los tejados, o lamiendo las ubres de las vacas. Barbagrís contestaba automáticamente; la estéril pregunta del viejo Pitt seguía inquietándole. ¿Dónde terminaría todo aquello? La pregunta, como un cartílago en la boca, era difícil de olvidar; y se encontró reflexionando sobre ella.

Cuando hubieron dado la vuelta al perímetro, llegaron otra vez al Támesis y la frontera occidental, donde el río penetraba en sus tierras. Se detuvieron y contemplaron el agua.

Agitándose y rizándose, salvaba un incontable número de obstáculos en su curso -¡oh, sí, eso no había cambiado!- hacia el mar. Ni siquiera el tranquilizador poder del agua logró acallar los pensamientos de Barbagrís.

-¿Cuántos años tienes, Charley? -preguntó.

-Ya he dejado de contarlos. ¡No te entristezcas así! ¿Qué diablos te preocupa? Eres un hombre alegre, Barbagrís; no empieces a hacer cábalas sobre el futuro. Mira el agua... llegará a donde quiera llegar, pero no se preocupa por ello.

-No encuentro ningún consuelo en tu analogía.

-¿De verdad? Bueno, ya lo encontrarás.

Barbagrís pensó en lo pesado y monótono que era Charley, pero contestó pacientemente.

-Tú eres un hombre sensato, Charley. ¿No crees que debamos pensar en el día de mañana? Esto llegará a convertirse en un planeta de pensionistas. Tú ves las señales de peligro exactamente igual que yo. Ya no hay hombres o mujeres jóvenes. El número de nosotros capaz de mantener nuestro presente nivel de vida está declinando año tras año. Nosotros...

-No podemos hacer nada para evitarlo. Grábatelo en letras de fuego en el cerebro y te sentirás mucho mejor. La idea de que el hombre sea capaz de hacer algo sobre este destino es una idea antigua... ¿sabes lo que quiero decir? Sí, un fósil. Es propio de otra época... No podemos hacer nada. Somos impulsados hacia delante, como el agua de este río.

-Lees muchas cosas en el río -dijo Barbagrís, medio riendo.

Lanzó una piedra al agua de un puntapié. Se oyó un chapoteo, como si alguna criaturita -posiblemente una rata almizclada, pues allí volvían a encontrarse en abundancia- se sumergiera para ponerse a salvo.

Guardaron silencio; Charlie estaba ligeramente encorvado. Cuando éste habló de nuevo, fue para citar una poesía.

Los bosques se pudren, los bosques se pudren y caen,
los vapores depositan su carga en el suelo,
llega el hombre, labra los campos y yace debajo...

Entre el hombre terriblemente prosaico que recitaba a Tennyson y los bosques que se alzaban al otro lado del río existía una incongruencia. Laboriosamente, Barbagrís dijo: -Para ser un hombre alegre, conoces poesías muy deprimentes. -Así fue como me educó mi padre. Ya te he hablado de su anticuada tiendecita... -Una

de las características de la edad era que todas las avenidas de la charla conducían hacia el pasado.

-Te dejo para que sigas vigilando -dijo Charley, pero Barbagrís le agarró por un brazo. Acababa de oír un ruido río arriba que no era el ruido del agua.

Se acercó al borde del agua y miró en torno. Un objeto se precipitaba río abajo, pero el abundante follaje impedía verlo con claridad. Echando a correr, Barbagrís se dirigió hacia el puente de piedra, seguido de cerca por Charley.

Desde la cima del puente se divisaba claramente el río. Una barca de gran peso era impulsada por la corriente a unos cincuenta metros de distancia. Por la curvada proa, adivinó inmediatamente que en otros tiempos había sido una embarcación a motor. Ahora era impulsada hacia delante por medio de remos y pértigas manejados por varios barbas blancas, mientras que una vela colgaba fláccidamente del mástil. Barbagrís extrajo su silbato de saúco de uno de los bolsillos y sopló dos veces. Hizo una seña a Charley y echó a correr hacia el molino de agua donde vivía Jim Mole.

Librodot

Mole ya estaba abriendo la puerta cuando llegó Barbagrís. Los años no habían conseguido atenuar su ferocidad natural. Era un hombre corpulento, de rostro cruel, con un mechón de cabello gris en ambas orejas y en la cabeza. Pareció contemplar a Barbagrís tanto con las fosas nasales como con los ojos.

-¿Qué significa este alboroto, Barbagrís? -preguntó.

Barbagrís se lo explicó. Mole salió, abrochándose su antiguo abrigo militar. Detrás de él estaba el mayor Trouter, un hombrecillo que cojeaba lamentablemente y tenía que ayudarse con un bastón. Al salir a la grisácea luz del día, empezó a dar órdenes con su penetrante voz. La gente aún no se había retirado después de la falsa alarma. Empezaron a llegar precipitadamente, aunque de forma desigual, tanto mujeres como hombres, obedeciendo a un plan de defensa establecido con anterioridad.

La población de Sparcot era una bestia de muchos pelajes. Los individuos que formaban parte de ella se habían revestido con una gran variedad de prendas y harapos que pasaban por trajes. Se velan abrigos de alfombra y faldas hechas con tela de cortina. Algunos hombres llevaban chalecos de castor, torpemente curados; algunas mujeres llevaban desgastados sobretodos militares. A pesar de esta variedad, el efecto general era incoloro, y ninguno de ellos resaltaba particularmente sobre el paisaje neutral. Una distribución homogénea de mejillas hundidas y cabellos grises se añadía a la impresión de triste uniformidad.

Más de una anciana boca tosió al aire invernal. Más de una espalda estaba encorvada, más de una pierna se arrastraba. Sparcot constituía una ciudadela para las enfermedades: artritis, lumbago, reumatismo, cataratas, neumonía, gripe, ciática, vértigo. El pecho, el hígado, la espalda o la cabeza causaban muchas quejas, y la charla vespertina solfa girar alrededor del tiempo y el dolor de muelas. Pese a todo, el pueblo respondía vivamente al sonido del silbato.

Barbagrís lo observó con aprobación, mientras pensaba en lo necesaria que era aquella rapidez; él mismo había ayudado a Trouter a organizar el sistema defensivo antes de que una creciente desavenencia entre él, Mole y Trouter le impulsara a tomar una parte menos activa en los asuntos.

Los dos largos silbidos querían decir una amenaza por el agua. Aunque en aquellos tiempos la mayoría de los viajeros eran pacíficos (y pagaban un peaje antes de pasar bajo el puente de Sparcot), pocos aldeanos habían olvidado el día en que, cinco o seis años atrás, fueron amenazados por un solitario pirata fluvial armado con un lanzallamas. Los lanzallamas eran cada vez más escasos. Como el petróleo, las ametralladoras y las municiones, eran el producto de otro siglo, las reliquias de un mundo desaparecido. Pero cualquier cosa que llegara por el agua era motivo para una alarma general.

Por consiguiente, un grupo de aldeanos fuertemente armados -muchos de ellos llevaban arcos y flechas de fabricación casera- se concentró a lo largo del río mientras la extraña barca se acercaba. Se agazaparon detrás de un muro bajo y roto, dispuestos a atacar o defenderse, sintiendo una excitación desacostumbrada en sus venas.

El bote navegaba de través al río. Estaba tripulado por un grupo de inquietos marineros de agua dulce que ni siquiera debían saber lo que era un ancla. Los remeros parecían tan preocupados por evitar que la embarcación volcara como por impulsarla hacia delante; en realidad, parecían tener escaso éxito en cualquiera de sus objetivos.

Esta falta de habilidad no se debía únicamente a la dificultad que supone dominar una barca de cincuenta años de antigüedad y nueve metros de longitud, con el casco podrido; y tampoco a la presencia a bordo de una docena de personas con sus pertenencias. En la popa de la embarcación, debatiéndose entre las garras de cuatro hombres, había un rebelde y vigoroso reno.

Aunque el animal ya había sido desmochado -era la costumbre desde que fue introducido en el país por uno de los últimos gobiernos autoritarios, unos veinte años atrás-, tenía fuerza suficiente para causar considerables daños; y los renos eran más valiosos que los hombres. Podían utilizarse para la producción de leche y carne cuando el ganado escaseaba, y eran unos buenos animales de transporte; mientras que el hombre sólo podía envejecer.

A pesar de esta distracción, uno de los navegantes, que hacía de vigía y se encontraba en la proa de la barca, avistó las fuerzas concentradas de Sparcot y dio la alarma. Era una mujer alta y morena, enjuta y dura, con el deslucido cabello recogido bajo un pañuelo. Cuando avisó a los

remeros, la prontitud con que éstos dejaron de remar demostró lo mucho que se alegraban de poder hacerlo. Una persona escondida detrás de uno de los paquetes de ropa amontonados en el puente pasó una bandera blanca a la mujer morena. Ella la agitó por los aires y se dirigió a gritos a los aldeanos.

-¿Qué es lo que dice? -preguntó John Meller. Era un antiguo soldado que sirvió de ordenanza a Mole, hasta que éste le despidió por inútil. Ya cerca de los noventa, Meller era tan delgado como una varilla y tan sordo como una piedra, aunque el único ojo que le quedaba seguía siendo tan penetrante como siempre.

La voz de la mujer se dejó oír nuevamente, confiada, a pesar de que solicitaba un favor.

-Dejadnos pasar en paz No deseamos haceros daño y no tenemos necesidad de detenernos. ¡Dejadnos pasar, aldeanos!

Barbagrís repitió el mensaje a gritos junto a la oreja de Meller. La blanca cabeza meneó su zarrapastroso cráneo y sonrió para demostrar que no había oído nada.

-¡Matemos a los hombres y violemos a las mujeres! Yo me hago cargo de la morena de delante.

Mole y Trouter se adelantaron, gritando órdenes. Evidentemente habían decidido que la barca no representaba una seria amenaza.

-Tenemos que detenerlos y examinarlos -dijo Mole-. Apoderaos de la pértiga. ¡Moveos, demonios! Tengamos una charla con ellos y sepamos quiénes son y qué quieren. Deben tener algo que necesitemos.

Durante esta actividad, Towin Thomas se había introducido entre Barbagrís y Charley Samuels. En sus esfuerzos para ver claramente la barca, contrajo la cara en una mueca. Golpeó a Barbagrís en las costillas con una sacudida del codo.

-Oye, Barbagrís, ese reno no nos vendría mal para el trabajo duro, ¿no crees? -dijo, chupando pensativamente el borde superior de su estaca-. Podríamos usarlo para arrastrar el arado, ¿verdad?

-No tenemos derecho a quitárselo.

-No tendrás manías religiosas en cuanto a ese reno, ¿eh? Estás dejándote influenciar por los discursos del viejo Charley.

-En mi vida he escuchado nada de lo que Charley o tú hayáis dicho -replicó Barbagrís.

Un largo poste que había servido para la conducción de hilos telefónicos, en los días que existía un sistema de teléfonos, fue deslizado por encima del agua, hasta que el extremo se apoyó entre dos piedras de la orilla opuesta. El río empezaba a estrecharse en este punto, en su descenso hacia el puente en ruinas. Este lugar había proporcionado a los aldeanos una útil fuente de ingresos desde hacía muchos años; sus recaudaciones obtenidas de este modo suplían su dificultad en hacer economías. Era la única idea inspirada del monótono y opresivo reino de Jim Mole. Para reforzar la amenaza del poste, los hombres de Sparcot salieron de sus escondites y se agruparon en la orilla. Mole echó a correr hacia el río, blandiendo una espada y gritando a los ocupantes del bote que se detuvieran.

La mujer alta de la proa les amenazó con los puños.

-¿Es que no sabéis respetar la bandera blanca de paz, malditos bastardos? -chilló-. Dejadnos pasar sin diezmarnos. Estamos sin hogar. Todo lo que llevamos nos es imprescindible.

Su tripulación tenía menos ánimos que ella. Alzaron los remos y pértigas y dejaron que la barca se deslizara por debajo del puente de piedra hasta chocar contra la estaca. Regocijados de encontrar un premio tan indefenso, los aldeanos la arrastraron hasta la orilla por medio de rezones. El reno levantó su pesada cabeza y proclamó ruidosamente su desafío, en tanto que la mujer morena expresaba su desaprobación a gritos.

-¡Eh, tú, el del hocico de carnicero! -gritó, señalando a Mole-. ¡Escúchame; somos vecinos! Venimos de Grafton Lock. ¿Así tratas a tus vecinos, asqueroso pirata?

Un murmullo corrió entre la multitud congregada en la orilla. Jeff Pitt fue el primero en reconocer a la mujer. Era conocida como la gitana Joan, y su nombre constituía una especie de leyenda incluso entre los aldeanos que nunca se habían aventurado a entrar en su territorio.

Jim Mole y Trouter avanzaron unos pasos y la conminaron a guardar silencio, pero ella siguió gritando.

-¡Desenganchad los garfios de la barca! Tenemos heridos a bordo.

-¡Cierra el pico, mujer, y acércate a la orilla! No te haremos daño -dijo Mole, sosteniendo la espada de forma más eficaz. En compañía del mayor, se dirigió hacia la barca.

Algunos aldeanos ya habían tratado de abordarla sin esperar órdenes. Envalentonados por la falta general de resistencia y ansiosos por obtener su parte del botín, se lanzaron al ataque, conducidos por dos de las mujeres. Uno de los remeros, un venerable anciano de barba amarilla, se dejó dominar por el pánico y descargó su remo sobre la cabeza del atacante más próximo. La mujer cayó de bruces. Inmediatamente se inició la refriega, a pesar de los gritos de ambos dirigentes para hacerlos desistir.

La embarcación se balanceó. Los hombres que aguantaban al reno trataron de protegerse. Aprovechándose de la distracción, el animal escapó de sus captores. Pasó encima del techo de la cabina, se detuvo un momento y saltó al Támesis. Nadando vigorosamente, se dirigió río abajo. Un gemido de desesperación se elevó desde el bote.

Dos de los hombres que cuidaban al animal también saltaron por la borda, gritando al animal que regresara. Después se vieron obligados a cuidar de sí mismos; uno de ellos consiguió llegar a la orilla, donde muchas manos se tendieron para ayudarle a salir del agua. Al otro extremo del puente roto, el reno salió del río, chorreando agua por los flancos. Resopló y sacudió la cabeza de un lado a otro durante unos minutos, como si tuviera agua en los oídos. Después dio media vuelta y desapareció entre un grupo de sauces.

El segundo hombre que saltó por la borda fue menos afortunado. No pudo llegar a ninguna de las dos orillas. La corriente le arrastró hacia el puente, sobre sus restos sumergidos, y por encima de la esclusa. Sus gritos aumentaron de intensidad. Se vio aparecer un brazo entre la espuma, y después sólo pudo oírse el rugido del agua verde y blanca.

Este incidente puso fin a la lucha que se desarrollaba en la barca, de modo que Mole y Trouter pudieron interrogar a la tripulación. Tanto uno como otro, apoyados en la barandilla del bote, comprobaron que la gitana Joan no había mentido al hablar de los heridos. En lo que en otro tiempo fuera la cámara del barco, se amontonaban nueve hombres y mujeres que, por su aspecto y sus ojos hundidos, debían ser nonagenarios. Sus pobres ropas estaban rasgadas, y tenían el rostro y las manos cubiertos de sangre. Una mujer, a quien faltaba la mitad de la cara, parecía al borde de la muerte, mientras que todos mantenían un silencio que era peor que los gritos.

-¿Qué les ha sucedido? -preguntó ansiosamente Mole.

-Armiños -contestó la gitana Joan. Ella y sus compañeros estaban ansiosos por explicar lo ocurrido. Los hechos eran muy sencillos. Constituían un grupo reducido, pero vivían bastante bien en una zona inundada cerca de Grafton Lock. No montaban guardia de ninguna clase, y casi no tenían defensas. Al atardecer del día anterior, fueron atacados por una manada, algunos dijeron que varias manadas, de armiños. Dominados por el miedo, la comunidad había corrido a las barcas y huido lo más rápidamente posible. Pronosticaron que, a menos que fueran desviados por alguna razón especial, los armiños no tardarían en lanzarse sobre Sparcot.

-¿Por qué iban a hacerlo? -preguntó Trouter.

-Porque están hambrientos, hombre, ¿por qué otra cosa iba a ser? -contestó la gitana Joan-. Se multiplican como conejos y recorren el país en busca de comida. Comen cualquier cosa, sea carne, pescado o carroña. Todos ustedes harían bien en irse de aquí.

Mole miró a su alrededor con inquietud y dijo:

-No empieces a esparcir rumores por aquí, mujer. Sabemos cuidar de nosotros mismos. Somos valientes, y estamos bien organizados. Ya podéis largaros. Os dejaremos marchar sin haceros daño, teniendo en cuenta que estáis en un buen apuro. Alejaos de nuestro territorio tan rápidamente como podáis.

Joan parecía dispuesta a discutir, pero dos de sus jefes, temerosos, la cogieron por un brazo y la apremiaron para irse cuanto antes.

-Viene otra barca detrás de nosotros -dijo uno de estos hombres-. La ocupan los ancianos que no han sido heridos. Os agradeceríamos que los dejarais pasar sin detenerlos.

Mole y Trouter retrocedieron, agitando los brazos. La mención de los armiños les había convertido en hombres ansiosos.

-¡En marcha! -gritaron, agitando los brazos, y a sus propios hombres-: Retirad el poste y dejadlos marchar.

El poste fue retirado. Joan y su tripulación se alejaron de la orilla, mientras su vieja barca se tambaleaba peligrosamente. Pero sus noticias se habían difundido entre aquellos que estaban en la orilla. La palabra «armiños» pasó rápidamente de boca en boca, y la gente echó a correr hacia su casa, o la caseta de botes perteneciente al pueblo.

A diferencia de sus enemigas las ratas, los armiños no habían disminuido en número. Durante la última década, habían aumentado considerablemente, tanto en número como en atrevimiento. A principios de año, el viejo Reggy Foster había sido atacado por uno de ellos en los pastos y murió de un mordisco en la garganta. Los armiños habían extendido una vieja costumbre ocasional y ahora volvían a cazar en manadas, como acababan de hacerlo en Grafton. Entonces no se atemorizaban ante los seres humanos.

Los aldeanos, que lo sabían, empezaron a agitarse, empujándose a lo largo de la orilla y gritando incoherentemente.

Jim Mole sacó un revólver y apuntó a una de las espaldas que se batían en retirada.

-¡No puedes hacer eso! -exclamó Barbagrís, dando un paso adelante con una mano levantada.

Mole bajó el revólver y apuntó con él a Barbagrís.

-No puedes matar a tu propia gente -dijo firmemente Barbagrís.

-¿De verdad? -preguntó Mole. Sus ojos parecían ampollas sobre su piel arrugada. Trouter dijo algo, que le impulsó a alzar el revólver y disparar al aire. Los aldeanos miraron en torno suyo con sorpresa; después, la mayoría echó a correr de nuevo. Mole estalló en carcajadas.

-Déjales ir. Se matarán ellos mismos.

-Hazlos razonar -dijo Barbagrís, acercándose-. Están asustados. Disparar contra ellos no sirve de nada. Háblales.

-¡Razonar! Apártate de mi camino, Barbagrís. ¡Están locos! Morirán. Todos moriremos.

-¿Vas a permitir que se marchen, Jim? -preguntó Trouter.

-Conoces el problema de los armiños tan bien como yo -dijo Mole-. Si atacan en manada, no tenemos bastantes municiones para disparar contra ellos. No tenemos bastantes buenos arqueros para detenerlos con flechas. Así que lo más sensato es cruzar el río en nuestro bote y quedarnos allí hasta que esas sabandijas se hayan ido.

-Saben nadar, ¿te enteras? -replicó Trouter.

-Ya sé que saben nadar. Pero ¿por qué iban a hacerlo? Lo que buscan es comida, no pelea. Estaremos a salvo en la otra orilla del río. -Se estremeció-. ¿Te imaginas lo que sería un ataque de armiños? Ya has visto a los de la barca. ¿Quieres que te ocurra lo mismo?

Había palidecido, y miraba ansiosamente en torno suyo, como si temiera la inmediata llegada de los armiños.

-Podemos encerrarnos en los graneros y las casas, si es que vienen -dijo Barbagrís-. Podemos defendernos sin abandonar el pueblo. Estaremos más seguros si no nos movemos.

Mole se volvió bruscamente hacia él, enseñando los dientes en un terrible gruñido.

-¿Cuántos edificios a prueba de armiños tenemos? Sabes muy bien que irán detrás del ganado si están realmente hambrientos, y se lanzarán sobre nosotros al mismo tiempo. Además, ¿quién crees que da las órdenes? ¡Tú no, Barbagrís! Vamos, Trouter, ¿qué esperas? ¡Saquemos la barca!

Trouter pareció momentáneamente inclinado a discutir. En cambio, dio media vuelta y empezó a dar órdenes con su estridente voz. Él y Mole pasaron junto a Barbagrís y echaron a correr hacia la caseta de los botes gritando:

-Tranquilos, malditos cobardes, y os llevaremos a todos a la otra orilla.

El lugar tomó pronto el aspecto de un hormiguero. Barbagrís vio que Charley había desaparecido. La embarcación que llevaba a los fugitivos de Grafton ya estaba a bastante distancia río abajo y había pasado la pequeña esclusa sin novedad. Mientras Barbagrís se hallaba en el puente, contemplando todo aquel caos, Martha fue a su encuentro.

Su esposa era una mujer de majestuoso porte y altura media, a pesar de ir un poco encorvada para asir los bordes de la manta que llevaba sobre los hombros. Su rostro ligeramente relleno estaba

pálido y cubierto de arrugas, como si la edad hubiera atado fuertemente su cabeza por los bordes; sin embargo, a causa de su espléndida estructura ósea. aún conservaba algo de su belleza juvenil. mientras las oscuras pestañas que bordeaban sus ojos le conferían un aspecto decidido.

Observó la mirada perdida de su marido.

-Puedes soñar igualmente bien en casa -le dijo.

Él la tomó del brazo.

-Me estaba preguntando lo que hay al otro extremo del río. Daría cualquier cosa por saber lo que era la vida en la costa. Mira a tu alrededor... ¡estamos tan faltos de dignidad! No somos más que chusma.

-¿No tienes miedo de los armiños, Algy?

-Claro que tengo miedo de los armiños, -Le sonrió con inquietud-. Estoy harto de tener miedo. Después de once años de vivir en este pueblo, hemos acabado por contagiarnos de la enfermedad de Mole.

Iniciaron el regreso hacia su casa. Por una vez, Sparcot bullía. Vieron a algunos hombres en la vega, conduciendo con ansiosos gestos a sus escasas vacas hacia lugar seguro. Fue en previsión de tales emergencias, y de posibles inundaciones, que los graneros y cuadras se construyeron sobre pilotes; cuando el ganado se hallara reunido en su interior y se cerraran las puertas, procederían a retirar las rampas, y el ganado estaría a salvo.

Cuando pasaban frente a la casa de Annie Hunter, la reseca figura de Willy Tallridge apareció por la puerta lateral. Aún se estaba abrochando la chaqueta, y no les prestó atención mientras se encaminaba hacia el río con toda la rapidez que le permitían sus piernas octogenarias. El alegre rostro de Annie, oculto bajo su habitual complemento de lápiz de labios y polvos, se dejó ver por la ventana superior. Agitó una mano en señal de saludo.

-Se teme un ataque de los armiños, Annie -gritó Barbagrís-. Se están preparando para trasladar a la gente al otro lado del río.

-Gracias por la advertencia, querido, pero yo me encerraré aquí.

-He oído que Gamey piensa hacer lo mismo -dijo secamente Martha-, ¿Te das cuenta, Algy, de que debe tener veinte años más que yo? ¡Pobre Annie, vaya un destino,.. ser la profesional más vieja!

Él estaba escudriñando la despeinada pradera, buscando a pesar suyo alguna mancha de color pardo entre la hierba, pero celebró la broma de Martha con una sonrisa. Ocasionalmente, un comentario suyo le recordaba todo un mundo, el viejo mundo de frágiles comentarios hechos en las reuniones donde el alcohol y la nicotina se consumían ritualmente. La amaba por la mejor de las razones: porque era ella misma.

-Es curioso -dijo. Eres la única persona de todo Sparcot que aún habla por el placer de hablar. Ahora vete a casa como una buena chica y empaqueta las cosas más esenciales. Enciérrate dentro, y yo iré dentro de diez minutos. Tengo que ayudar a los hombres con el ganado.

-Algy, estoy nerviosa. ¿Es que tenemos que llevarnos algo para ir a la otra orilla? ¿Qué sucede?

De pronto, el rostro de su marido se endureció.

-Haz lo que te he dicho, Martha. No nos vamos a la otra orilla; nos vamos río abajo. Nos largamos de Sparcot.

Antes de que ella pudiera replicar, se alejó rápidamente. Ella también dio media vuelta, bajó por la estrecha callejuela, abrió la puerta de su casita y entró en ella. Lo hizo como un acto positivo. La ansiedad que la había dominado al oír las palabras de su esposo no duró mucho; en aquel momento, al mirar a su alrededor y ver las paredes con el papel medio desenganchado y el techo que mostraba sus sucias vigas, formuló el deseo de que realmente hubiera hablado en serio.

Pero ¿abandonar Sparcot? Para ella, todo el mundo se reducía a Sparcot...

Mientras Barbagrís se dirigía hacia las cuadras, se inició una lucha al principio de la calle. Dos grupos de gente que transportaba sus pertenencias hacia el río habían chocado; se dejaron dominar por los accesos de rabia que eran una característica de la vida en el pueblo. El resultado solía ser un hueso roto, una conmoción, confinamiento en el lecho, neumonía, y otro montón de tierra en el mísero y voraz cementerio que había bajo los abetos, donde el terreno era arenoso y cedía fácilmente a las palas.

Barbagrís había actuado a menudo de pacificador en tales disputas. En aquella ocasión dio media vuelta y se dirigió hacia el ganado. Era tan valioso -tenía que aceptarlo- como la chusma. El ganado subió a regañadientes por la rampa y entró en el establo. George Swinton, un viejo salvaje que sólo tenía un brazo y había matado a dos hombres en las Marchas de Westminster del año 2008, se movía entre ellos como una furia, atacándolos cuanto le era posible con la voz y el garrote.

Un ruido parecido a la caída de un tablón les hizo detener en seco. Dos de las patas de madera del establo se habían roto. Uno de los hombres allí presentes dio la voz de alarma. Antes de que pudiera acabar la frase, el establo empezó a ladearse. Las astillas de madera aparecieron como dientes cuando cedieron las vigas. El establo se balanceó. Se deslizó de lado, sin dejar de tambalearse, y se estrelló contra el suelo con una lluvia de tablones rotos. El ganado se alejó velozmente del lugar del desastre, o quedó aprisionado debajo.

-¡Al diablo con todo! Vámonos a las barcas -dijo George Swinton, empujando a Barbagrís. Y ninguno de ellos se preocupó más. Tiraron los bastones y corrieron detrás de él. Barbagrís se quedó donde estaba mientras los demás fluían: la raza humana, pensó, siempre habla pecado.

Agachándose, ayudó a salir a una vaquilla de debajo de una viga. Esta se dirigió rápidamente hacia la pradera. Tendría que arreglárselas por sí misma cuando llegaran los armiños.

Al iniciar el camino de regreso hacia su casa, oyó un disparo -le pareció que era del revólver de Mole- procedente del puente de piedra. Este fue contestado por otro. Los estorninos alzaron el vuelo de los tejados y huyeron hacia los árboles del otro lado del río. Barbagrís aceleró el paso, entró en el minúsculo jardín de su casa, y sacó la cabeza por una esquina para averiguar lo que ocurría.

Junto al puente, un grupo de aldeanos se estaba peleando. La bruma del atardecer teñía la escena, y los enormes árboles que había detrás la ocultaban, pero Barbagrís logró ver con bastante claridad lo que sucedía a través de un boquete abierto en el muro de un jardín.

La segunda barca procedente de Grafton bajaba por el río en el mismo momento en que la de Sparcot se apartaba de la orilla. Aquélla estaba cargada hasta los topes con una colección de cabezas blancas, la mayoría de los cuales agitaban los brazos con gestos que la distancia hacía semejantes a los movimientos de las marionetas. La barca de Sparcot se hallaba atestada con los miembros más agresivos de la comunidad, que habían insistido en hacer el primer viaje. Debido a la incompetencia y estupidez de ambas partes, las barcas chocaron.

Jim Mole estaba en el puente, disparando contra la gente. A Barbagrís le fue imposible distinguir si había dado en el blanco con los dos primeros disparos. Mientras forzaba la vista para averiguarlo, Martha se reunió con él.

-¡Mole es un animal! -exclamó Barbagrís-. Es bastante bruto, y no tiene ni idea de cómo restablecer la disciplina, y si la tenía, es que la chochez se la ha hecho olvidar. Disparar a la gente de las barcas sólo puede empeorar las cosas.

Alguien gritaba roncamente que acercaran el bote a la orilla. Nadie obedeció y, abandonando toda disciplina, las dos tripulaciones empezaron a luchar entre ellas. La cólera senil había vuelto a dominarlos. La barca de Grafton, una antigua lancha motora de gran capacidad, se ladeó peligrosamente a medida que los aldeanos se amontonaban sobre sus infortunados ocupantes. Sumándose al clamor, otros corrían de arriba abajo de la orilla, gritando consejos o amenazas.

-Todos estamos locos -dijo Martha-, y nuestro equipaje está preparado.

El la obsequió con una breve mirada de amor.

Con tres ruidosos chapoteos, tres ancianos graftonitas se cayeron o fueron tirados al agua. Evidentemente existía la idea de apropiarse de la barca y utilizarla como bote de apoyo; pero cuando las dos embarcaciones se deslizaron corriente abajo, la lancha motora se hundió.

Blancas cabezas surgieron en las blancas aguas. Un gran alboroto se elevó por encima de la orilla. Mole disparó contra la multitud.

-¡Que se vayan todos al infierno! -exclamó Barbagrís-. Estos momentos de locura... dominan tan fácilmente a las personas. Ya sabes que el buhonero que pasó por aquí la semana pasada dijo que los habitantes de Stamford habían prendido fuego a sus casas sin razón aparente. ¡Y la población de Burford despejó el pueblo en una noche porque creían que el lugar había sido invadido por los

gnomos! Los gnomos... ¡El viejo Jeff Pitt sí que tiene gnomos en la cabeza! Después están todos esos informes de suicidios en masa. ¡Quizá sea ésta la locura final! ¡Quizá estemos presenciando el fin!

En el escenario del mundo estaba oscureciendo rápidamente. La edad media de la población ya superaba los setenta años. Esta cifra aumentaba a cada año que pasaba. Al cabo de unos cuantos años... Una emoción muy parecida al regocijo se apoderó de Barbagrís, una especie de admiración ante la idea de que presenciaría el fin del mundo. No: el fin del género humano. El mundo seguiría su marcha; los hombres podían morir, pero la tierra aún rendía sus frutos.

Volvieron a entrar en la casa. Una maleta -incongruente objeto de cuero que había hecho el viaje de retroceso hacia un mundo arruinado- se apoyaba en la pared seca del vestíbulo.

Miró a su alrededor, miró la habitación y los muebles que habían recogido de otras casas, miró el calendario que Martha pintara toscamente en una pared, con el año, 2029, escrito en rojo, y el helecho que crecía en un antiguo pote. Once años desde que llegaron allí con Pitt procedentes de Cowley, once años de dar vueltas al perímetro para aislarse del mundo.

-Vámonos -dijo, y entonces añadió-: ¿Te importa dejar todo esto, Martha?

-Nada me retiene aquí, ¿no crees? Será mejor que me lleves contigo.

-Por lo menos, aquí disfrutamos de cierta seguridad. No sé a qué peligros nos expondremos.

-Nada de debilidades a estas alturas, señor Barbagrís. -Obedeciendo a un súbito impulso, añadió-: ¿Puedo decírselo a Charley Samuels si está en casa? Nos echaría de menos muchísimo. Tendría que venir con nosotros.

Él asintió, reacio a que alguien más compartiera su plan, pero incapaz de contestar a Martha con una negativa. Ella ya se había ido. Él permaneció allí, sintiendo el peso del pasado. Sí, Charley debería ir con ellos, y no sólo porque los dos habían luchado juntos hacía casi treinta años. Aquella vieja batalla no le emocionaba en absoluto; como pertenecía a una época diferente, cauterizaba todo sentimiento. El joven soldado implicado en el conflicto era un hombre muy distinto del anciano que ahora estaba en aquella habitación; incluso respondía a un nombre distinto.

En aquel momento comprendió la razón de que la gente prendiera fuego a sus casas. El fuego era limpio, la limpieza era un principio que el hombre había perdido. Se sintió invadido por un airado placer al pensar en marcharse, aunque, como de costumbre, no lo demostró.

Se dirigió vivamente hacia la puerta principal. Martha se estaba encaramando a los ladrillos que marcaban la antigua línea divisoria entre su jardín y el vecino. Con ella se encontraba Charley Samuels, que llevaba su bufanda de lana gris alrededor de la cabeza y el cuello, el abrigo bien abrochado, un paquete a la espalda, y el zorro «Isaac» tirando de la correa. Su rostro tenía el escamoso color amarillo de una gallina hervida, pero parecía bastante decidido. Se acercó a Barbagrís y le estrechó la mano. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Deseoso de evitar una escena emotiva, Barbagrís dijo:

-Te necesitamos, Charley, para que nos hagas un sermón de vez en cuando.

Pero sólo consiguió que Charley le apretara la mano con más fuerza.

-Estaba haciendo el equipaje. Soy tu hombre, Barbagrís; he visto caer a la pobre vieja Betty bajo los disparos de ese pecador de Mole. Ya llegará su día... ya llegará su día. -Hablaba con esfuerzo-. En ese mismo instante juré que no permanecería ni un día más bajo las tiendas de los criminales.

Barbagrís pensó en la vieja Betty, inclinada sobre el hornillo de la caseta de la guardia hacía tan poco rato; ahora ya había dejado de existir.

El zorro gimió y corveteó impacientemente.

-«Isaac» parece estar de acuerdo contigo -dijo Barbagrís, con un sentido del humor muy similar al de su esposa-. Vámonos, ahora que todo el mundo está distraído.

-No será la primera vez que trabajamos juntos -dijo Charley.

Asintiendo con un movimiento de cabeza, Barbagrís volvió a entrar en la casa; no le interesaban los sentimentalismos del viejo Charley.

Recogió la maleta que su esposa había hecho. Deliberadamente, dejó abierta la puerta de la casa. Martha la cerró. Le siguió de cerca, con Charley y el zorro domesticado. Bajaron por la

carretera que llevaba hacia el este, y se internaron en los campos. Marcharon paralelamente a la orilla del río, en la dirección general de los cuernos del viejo puente en ruinas.

Barbagrís inició la marcha a buen paso, sin tener en cuenta al viejo Charley; Charley debía comprender desde el principio que aquello no era una huida más que en cierto aspecto; como todas las huidas, también constituía una nueva prueba. Se detuvo en seco al ver dos figuras a cierta distancia por delante de ellos, dirigiéndose hacia el mismo claro del bosquecillo que él.

El descubrimiento fue mutuo. Las figuras pertenecían a un hombre y una mujer; el hombre contrajo la cara, esforzando la vista para averiguar quién los seguía. El reconocimiento también fue mutuo.

-¿Se puede saber adónde vas, Towin, viejo gorrón? -preguntó Barbagrís, cuando su grupo les dio alcance. Miró al delgado anciano, abrazado a su estaca y envuelto en una monstruosa prenda compuesta de manta, pellejo de algún animal y porciones de media docena de viejos abrigos, y después miró a la esposa de Towin, Becky. Becky Thomas, que debía tener unos setenta y cinco años, posiblemente era diez años más joven que su marido. Mujercita rolliza y comparable a un pájaro, llevaba dos pequeños sacos e iba vestida con una prenda tan desorganizada como la de su marido. Su ascendencia sobre su marido se discutía raramente, y en este caso también fue la primera en hablar, con su voz aguda:

-Nosotros podemos haceros la misma pregunta; ¿adónde vais?

-Si las apariencias no engañan, vamos a hacer el mismo recado que vosotros -dijo Towin-. Nos largamos de este asqueroso campo de concentración mientras aún nos sostengan las piernas.

-Por eso llevamos todas esas cosas encima -dijo Becky-. Ya hace algún tiempo que nos estamos preparando para irnos. Esta nos ha parecido una buena oportunidad; el viejo Mole y el mayor estaban ocupados. Pero nunca se nos había ocurrido que tú harías lo mismo, Barbagrís. Tú estás en muy buenas relaciones con el mayor, no como nosotros.

Haciendo caso omiso de la indirecta, Barbagrís les observó detenidamente.

-Towin tiene razón acerca del «campo de concentración». Pero ¿adónde pensáis ir?

-Pensábamos dirigirnos hacia el sur y coger la vieja carretera que lleva abajo de todo contestó Becky.

-Será mejor que vengáis con nosotros -aconsejó bruscamente Barbagrís-. No sabemos lo que vamos a encontrar. Tengo una barca llena de provisiones escondida debajo de la esclusa. En marcha.

Escondida en el bosquecillo, ligeramente apartada del borde del río, resguardada entre los restos de un pequeño establo, había una barca de tingladillo de unos cinco metros de longitud. Siguiendo las instrucciones de Barbagrís, la bajaron al agua. Charley y Towin la aguantaron mientras él amontonaba sus escasas pertenencias en el interior. El propietario anterior había equipado la embarcación con un dosel, que levantaron. La proa y la popa estaban descubiertas; el dosel cubría el resto de la barca. En el entarimado de la barca había tres pares de remos, junto con un timón y una caña. Barbagrís colocó estos últimos en su lugar.

No perdieron tiempo. Se encontraban tan cerca del pueblo que incluso oían los gritos que se escapaban de aquella zona del río.

Martha y Becky fueron instaladas en sus asientos. Los hombres saltaron a bordo; Barbagrís introdujo la orza en su ranura. Bajo su dirección, Becky se hizo cargo del timón mientras los demás remaban torpemente y con frecuentes maldiciones por parte de Towin, que se quitó el amado reloj antes de ponerse a trabajar. Maniobraron hasta llegar al centro del río, la corriente les envolvió, y empezaron a moverse.

Recortándose sobre la otra orilla apareció de repente una mancha de color. Un cuerpo estaba atrapado entre dos trozos de albañilería arrastrados por las aguas desde el puente en ruinas. Su cabeza se sumergía bajo las olas procedentes de la pequeña esclusa; pero las rayas naranjas, verdes, rojas y amarillas de la camisa no dejaban lugar a dudas de que era Sam Bulstow.

Una hora más tarde, cuando se hubieron alejado bastante de Sparcot, Martha empezó a cantar. Al principio lo hizo en voz baja, pero después se entregó a la melodía con toda su voz:

Librodot

Aquí no veréis
enemigos
sino invierno y clima duro...

-Towin, estabas en lo cierto al hablar de campos de concentración -se interrumpió para decir-. En Sparcot todo se había gastado mucho -las cosas estaban mugrientas y excesivamente utilizadas-. Aquí, es imposible que ocurra así. -Señaló los matorrales que descendían hasta el borde del agua.

-¿Adónde crees que deberíamos ir? -preguntó Charley a Barbagrís.

Esto era algo en lo que nunca se había detenido a pensar. El esquife únicamente representaba su carga de esperanzas. Pero sin vacilar dijo:

-Iremos por el Támesis hasta el estuario. Después quizá podamos improvisar un mástil y una vela, y salir al mar. Entonces veremos cómo es la costa.

-Me gustaría ver de nuevo el mar -dijo serenamente Charley.

-Yo pasé unas vacaciones veraniegas en... ¿cómo se llamaba el pueblecito? Tenía un muelle y estaba en la costa sur -dijo Towin, arreglándose la bufanda mientras remaba-. Seguramente hace mucho frío en esta época del año... ya hacía bastante entonces. ¿Creéis que el muelle seguirá en pie? Era un bonito muelle.

-No seas tonto, se debe de haber derrumbado hace años -dijo su esposa.

El zorro tenía las patas apoyadas en la borda, y su penetrante hocico recogía todos los aromas de la orilla. Parecía dispuesto a cualquier cosa.

Nadie hizo mención de los escoceses, los gnomos o los armiños. La breve canción de Martha seguía acompañándoles, y no osaban mostrarse pesimistas.

Al cabo de media hora, se vieron forzados a descansar. Towin estaba exhausto, y todos se resentían del desacostumbrado ejercicio. Becky trató de manejar el remo de Martha, pero era demasiado inexperimentada e impaciente para hacerlo con efectividad. Al cabo de un rato, Charley y Barbagrís compartieron todo el trabajo entre los dos. El sonido de la pala en el agua reverberaba pesadamente entre los matorrales que bordeaban el río; la neblina extendió su velo ante el camino que seguían. Las dos mujeres se abrazaron en el asiento que ocupaban junto a la caña.

-Sigo siendo una ciudadana de corazón -declaró Martha-. La llamada del campo es más fuerte cuando estoy lejos de él. Desgraciadamente, sus posibilidades son cada vez menores. ¿Dónde nos detendremos para pasar la noche, Algy?

-Nos detendremos en cuanto veamos un buen lugar -respondió Barbagrís-. Debemos alejarnos de Sparcot, pero no hay que dar alcance a la barca de la gitana Joan. Animaos. Además de lo que hemos traído, hay muchas provisiones almacenadas en la barca.

-Eres todo un hombre -dijo Towin-. Tendrías que haber matado a Jim Mole y cogido las riendas del pueblo. La gente te habría respaldado.

Barbagrís no contestó.

El río seguía su curso describiendo numerosas curvas, bordeado por delgadas juncias en su camino hacia el este y la libertad. Al ver que un puente se alzaba en la lejanía, cesaron de remar y se dejaron arrastrar por la corriente hasta él. Era una buena estructura georgiana con un gran arco y un sólido parapeto; se acercaron a la orilla antes de pasar bajo él. Barbagrís agarró su rifle.

-Siempre hay vida cerca de un puente -dijo-Quedaos aquí mientras yo voy a dar un vistazo.

-Te acompaño -dijo Charley-. «Isaac» puede quedarse en la barca.

Entregó la correa del ansioso animal a Martha, que acarició al zorro hasta calmarlo. Los dos hombres abandonaron el bote. Treparon a la orilla y se agazaparon entre un grupo de plantas.

A su espalda, el débil sol invernal se abría camino entre los árboles. A excepción del sol, distorsionado por los troncos desnudos a través de los cuales brillaba, todo se hallaba sumido en distintas tonalidades de gris. Una niebla baja se extendía sobre el terreno. Ante ellos, más allá de la carretera que atravesaba el puente, se veía un vasto edificio. Parecía apoyarse sobre la niebla sin tocar el suelo. Bajo un embrollo de altas chimeneas, la casa daba la impresión de estar vacía; el sol se reflejaba en el cristal de una de las ventanas superiores, confiriéndole un aspecto deslustrado. Al ver

que el único indicio de vida era el aleteo de unos cuantos grajos entre las ramas de los árboles, los hombres se aventuraron por la carretera, y fueron a esconderse tras un seto.

-Parece un establecimiento público -dijo Charley-. No hay rastro de vida. Yo diría que está desierto.

En aquel momento oyeron el sonido de una tos al otro lado del seto.

Se agacharon inmediatamente, escudriñando a través de los espinos para inspeccionar el lugar de donde procedía la tos. El campo se extendía hasta el río. Aunque estaba invadido por la niebla, la carencia de maleza u otra clase de vegetación indicaba la presencia de alguna vida rumiante. Su agitada respiración se estrellaba contra los matorrales mientras examinaban el lugar. La tos se dejó oír nuevamente.

Barbagrís señaló en silencio. En la esquina del campo más cercana a la casa, se levantaba un cobertizo. Junto a una de sus paredes se amontonaban varias ovejas, tres o cuatro.

-Creía que las ovejas habían dejado de existir -murmuró Charley.

-Esto significa que hay alguien en la casa.

-No nos conviene enfrentarnos con ellos. Remontemos el río. Aún nos queda una hora de luz. -No, demos una ojeada a la casa. Viven en un lugar muy solitario; quizá se alegren de tener compañía, si logramos convencerlos de que nuestras intenciones son buenas. Resultaba imposible desechar la sensación de que podían ser el punto de mira de uno o más rifles situados en el interior del silencioso edificio. Sin apartar los ojos de las ventanas vacías, siguieron avanzando. Delante de la casa, junto a una amplia cubierta, había un coche de destartalado aspecto. Hacía largo tiempo que había adoptado una postura de derrota al deshincharse sus neumáticos hasta el suelo. Corrieron hacia él, agazapándose detrás para observar la casa. No vieron signos de ningún movimiento. Observaron que la mayor parte de las ventanas estaban atrancadas.

-¿Hay alguien ahí? -gritó Barbagrís.

No recibieron contestación.

Tal como Charley supusiera, era un establecimiento público. El antiguo letrero de la posada yacía en lamentable estado no lejos de allí, y la tablilla con el nombre se había desprendido de la puerta principal y reposaba sobre los gastados escalones. Junto a una de las ventanas inferiores se leía la palabra CERVEZA grabada en la pared. Barbagrís tomó nota mental de los detalles antes de volver a llamar. Sin embargo, tampoco esta vez recibió contestación.

-Iremos por la parte trasera -decidió, levantándose.

-¿No crees que podríamos pasar una noche en la barca?

-Más tarde hará frío. Vayamos a la parte de atrás.

En la parte trasera del edificio, un sendero unía la puerta posterior con el campo donde pastaban las ovejas. Apoyado contra la húmeda pared de ladrillos, y con el rifle a punto, Barbagrís llamó de nuevo. Nadie contestó. Barbagrís se inclinó hacia delante y miró rápidamente por la ventana más próxima. Había un hombre sentado en el interior, y ese hombre le miraba fijamente.

El corazón le dio un vuelco. Chocó con Charley en su afán por retroceder, mientras un escalofrío le subía por la columna vertebral. Cuando logró dominar sus nervios, lanzó el arma hacia delante y dio unos golpecitos en el cristal de la ventana.

-Somos amigos -gritó. Silencio-. ¡Somos amigos, maldito bastardo! -Esta vez redujo el cristal a añicos. Los vidrios cayeron, y volvió a reinar el silencio. Los dos hombres se miraron, con el rostro contraído y ceñudo.

-Debe de estar enfermo, muerto o algo así -dijo Charley. Agachándose, pasó junto a Barbagrís y por debajo de la ventana, y llegó a la puerta trasera. Se apoyó en ella con un hombro, giró el pomo y empujó con todas sus fuerzas. Barbagrís le siguió.

El rostro del hombre sentado era tan gris como la luz que contemplaba con tal fijeza. Sus labios estaban corroídos y partidos como si hubiera ingerido un poderoso veneno. Se hallaba rígidamente sentado en una silla frente al fregadero. En su regazo, todavía sin acabar, había una lata de insecticida.

Charley se persignó. -Descanse en paz. Existen razones más que suficientes para que cualquiera se quite la vida en estos días. Barbagrís cogió la lata de insecticida y la tiró entre los matorrales.

-¿Por qué se habrá suicidado? No puede haber sido por falta de comida, con todas las ovejas que tenía. Tendremos que registrar la casa, Charley. Es posible que haya alguien más.

La encontraron en el piso superior, en una habitación que el descolorido sol aún iluminaba. Se la veía considerablemente demacrada bajo las mantas. En un receptáculo situado junto a la cama habla un plato hondo lleno de algo que debía de ser una sopa cubierta de grumos. Había muerto de una enfermedad, eso resultaba evidente; también era evidente que había muerto con anterioridad al hombre del piso inferior, pues la habitación apestaba a muerte.

-Probablemente, cáncer -dijo Barbagrís-. Su marido no quiso seguir viviendo una vez la perdió a ella. -Tuvo que romper el silencio, a pesar de que el aire de la habitación era irrespirable. Una vez logró dominarse, dijo-: Saquémosles de aquí y escondámosles entre los matorrales. Después nos instalaremos para pasar la noche.

-Tenemos que enterrarlos, Algy.

-Se necesita demasiada energía. Instalémonos y demos gracias por haber encontrado tan fácilmente un lugar seguro.

-Quizá hayamos sido guiados hasta aquí para dar a esa gente un entierro digno.

Barbagrís lanzó una mirada de soslayo hacia el pardo objeto que se pudría sobre la almohada.

-¿Por qué les habrá reclamado el Todopoderoso junto a Sí, Charley?

-También puedes preguntarte la razón de que nos haya traído hasta aquí.

-Por Dios, es algo que no pienso hacer, Charley. Ahora no discutas; escondamos los cadáveres donde las mujeres no los vean, y quizá pensemos en enterrarlos mañana por la mañana.

Con toda la buena voluntad de que fue capaz, Charley ayudó a su amigo en la desagradable tarea. El mejor escondite resultó ser el cobertizo que había en el campo. Dejaron los cadáveres allí, con las ovejas -que eran seis- vigilándolos. Cuidaron de que los animales tuvieran agua, abrieron un par de ventanas para airear la casa, y fueron a buscar al resto del grupo. Cuando la barca estuvo firmemente amarrada se trasladaron a la casa.

En el sótano, donde en otros tiempos se guardaran los barriles de cerveza, encontraron un pedazo de carne ahumada colgada de un gancho para mantenerla fuera del alcance de las ratas, de las cuales había numerosos rastros. Encontraron una lámpara que contenía grasa de oveja y olía horriblemente mal, pero ardía bien. Y Towin descubrió cinco botellas de ginebra en una caja escondida dentro de una chimenea.

-¡Justo lo que necesito para el reuma! -exclamó, abriendo una botella. Acercando la nariz al gollete, inhaló ávidamente y después bebió un trago.

Las mujeres llenaron de madera el hornillo de la cocina y prepararon la cena, disfrazando el penetrante sabor a cordero con algunas de las hierbas que encontraron en un recipiente de la despensa. El entusiasmo volvió a ellos. Algo parecido al hermano mayor de un espíritu festivo revivió entre ellos, y cuando acabaron de comer se acostaron en un optimista estado de ánimo.

Martha y Barbagrís se instalaron en un reducido gabinete de la planta baja. Puesto que era evidente que la pareja fallecida no vivía en estado de sitio, Barbagrís no creyó necesario montar guardia; bajo el régimen de Mole habían llegado a obsesionarse con tales precauciones Al fin y al cabo, a medida que transcurrían los años, los hombres debían temer cada vez menos a sus congéneres, y aquella casa parecía estar muy alejada de cualquier poblado...

De todos modos, no se quedó tranquilo. No había dicho nada a los demás, pero antes de abandonar la barca había abierto los compartimentos que había debajo de la cubierta para coger las bayonetas que allí se encontraban; deseaba armar a Towin y Charley con ellas; pero las bayonetas hablan desaparecido, junto con otras cosas que allí guardara.

Esta desaparición no podía significar más que una cosa: alguien más conocía el escondite de su barca.

Cuando Martha estuvo dormida, se levantó. La lámpara seguía ardiendo, aunque había cuidado de apartarla de la ventana. Se puso en pie, dejando que su mente se convirtiera en un paisaje por el

cual vagaran extraños pensamientos. Sintió que el frío y el silencio descendían sobre los alrededores de la casa, y se apresuró a cerrar nuevamente su mente. La lámpara se hallaba encima de una antigua cómoda de cajones. Abrió uno de los cajones al azar y miró lo que había dentro. Contenía baratijas familiares, un reloj roto, algunos lápices muy gastados y un tintero vacío. Con una cierta sensación de culpabilidad, se metió los dos lápices más largos en un bolsillo y abrió otro cajón. En su interior había dos álbumes de fotografías de deslucido aspecto. Encima de ellos se encontraba la fotografía enmarcada de un niño.

El niño debía de tener unos seis años, y era una alegre criatura cuya sonrisa mostraba un hueco entre los dientes. Sostenía la locomotora de un ferrocarril en miniatura y llevaba pantalones largos a cuadros. El retrato estaba un poco descolorido. Probablemente era una antigua foto del hombre que se estaba pudriendo en el cobertizo de las ovejas.

Los ojos de Barbagrís se llenaron súbitamente de lágrimas. Incluso la niñez yacía en los podridos cajones del mundo, como un recuerdo que no resistía el paso del tiempo. Desde aquel horrible accidente, crimen o desastre del siglo anterior, no habían nacido más niños. No había más niños, no había más muchachos como aquél. Tampoco quedaba, en aquellos tiempos, ningún adolescente, ningún hombre ni mujer joven de orgulloso porte, ni siquiera de mediana edad. De las siete edades del hombre, sólo quedaban algunos representantes de la última.

«Cincuenta años no es ninguna edad», se dijo Barbagrís, apretándose los hombros. Y a pesar de todas las penurias y desgracias que habían tenido lugar, había muchos sesentones activos en el mundo. Oh, se necesitarían aún algunos años para que... Pero el hecho era que él se contaba entre los hombres más jóvenes de la Tierra.

No, eso no era totalmente cierto. Persistentes rumores afirmaban que alguna pareja ocasional seguía engendrando hijos; y en el pasado había habido casos... Había habido el patético ejemplo de Eve, en los primeros días de Sparcot, que había dado un hijo al mayor Trouter y desaparecido poco después. Un mes más tarde, ella y su bebé fueron encontrados muertos por una expedición que iba a buscar leña... Pero aparte de eso, no se veía a nadie joven. El accidente fue completo. Los viejos heredaron la Tierra.

La carne mortal llevaba ahora las góticas formas de la edad. La muerte se cernía con impaciencia sobre la Tierra, esperando cobrar sus últimos caminantes.

«...Y de todo esto, yo obtengo un terrible placer -admitió Barbagrís, contemplando la inmóvil sonrisa de la fotografías-. Podrían despedazarme sin que lo confesara, pero hay algo, algo muy especial, que transforma un desastre global en un triunfo personal. Quizá sea la necia actitud que he adoptado al creer que todas las experiencias pueden ser útiles. Quizá sea la seguridad que se deriva de saber que, aunque viva cien años, nunca seré un vejestorio: siempre perteneceré a la generación más joven.»

Desechó la necia idea que se le ocurría tan a menudo. Sin embargo, no consiguió alejarla de su mente. Su vida había sido afortunada, maravillosamente afortunada, a pesar de la mala suerte de toda la humanidad.

No era la humanidad la única en sufrir. Todos los mamíferos habían sido afectados por igual. Los perros cesaron de reproducirse. El zorro estaba en vías de extinción; su costumbre de criar a los retoños en madrigueras había contribuido mucho a su restablecimiento definitivo -eso y la abundancia de comida que les proporcionó el escaso dominio del hombre sobre la Tierra-. El cerdo doméstico desapareció incluso antes que el perro, en parte porque en todos lados se lo mataba y comía imprudentemente, y en parte dejó de multiplicarse. El gato doméstico y el caballo se volvieron tan estériles como el hombre; sólo el número comparativamente grande de crías por cada alumbramiento había permitido la supervivencia del gato. Se decía que había vuelto a reproducirse en algunas regiones; los buhoneros que visitaban Sparcot hablaban de plagas de gatos salvajes.

Los miembros mayores de la tribu felina también habían sufrido. En todo el mundo, la historia de los primeros años del mil novecientos ochenta fue la misma: las criaturas que poblaban el mundo eran incapaces de reproducirse. La tierra -la naturaleza apocalíptica del suceso era tal que incluso para un agnóstico era fácil pensar en ella en términos bíblicos- dejó de producir su fruto. Sólo las

criaturas inferiores que se resguardaban dentro de la tierra habían escapado indemnes a aquella época en que el hombre fue la víctima de sus propios inventos.

Oh, ya era un cuento muy viejo, y casi medio siglo separaba la sonrisa que se veía en la fotografía y la corrupta mueca que se congelaba en el cobertizo de las ovejas.

Barbagrís cerró el cajón con violencia.

Algo había asustado a las ovejas. Estaban balando de miedo.

Se le presentó la supersticiosa imagen de los muertos andando, pero la desechó en seguida. Algún tipo de depredador sería la explicación más lógica para el alboroto. Fue a la cocina y atisbó por la ventana. El cielo estaba más claro de lo que se había imaginado. Una minúscula fracción de la luna brillaba en el firmamento, iluminando los árboles cercanos. Acercando el oído a la corriente de aire que entraba por el vidrio roto, Barbagrís oyó el trote de las ovejas en el campo. La escarcha relucía sobre las juncias que rodeaban la puerta; mientras contemplaba sus diminutos reflejos, oyó el crujido de unos pasos sobre un retazo de hierba. Levantó el rifle. Era imposible salir sin hacer ruido al abrir la puerta trasera.

Los pasos se acercaron; un hombre, todo sombras, pasó frente a la ventana.

-¡Alto o disparo! -gritó Barbagrís. Aunque el hombre ya había desaparecido de su línea de visión, el descubrimiento le hizo permanecer inmóvil.

-¿Eres tú, Barbagrís? -La voz se oyó hueca desde el exterior-. ¿Eres tú, Barbagrís? Aparta tu maldito dedo de ese gatillo.

En el mismo momento en que él reconocía la voz, Martha acudió a su lado, envuelta en un abrigo. Le tiró el rifle entre las manos.

-Aguántalo y cúbreme -susurró. En voz alta, dijo-: Acércate a la ventana con las manos en alto.

Apareció la silueta de un hombre, con los dedos tan estirados como si quisiera arañar el cielo. Lanzó una carcajada. Martha cogió el rifle para cubrirle. Barbagrís abrió la puerta de par en par e hizo señas al hombre de que se aproximara, retrocediendo para dejar pasar. El viejo cazador furtivo, Jeff Pitt, entró en la cocina y bajó los brazos.

-¿Sigues queriendo comprar esa nutria, Barbagrís? -preguntó, con su habitual sonrisa canina.

Barbagrís cogió el rifle y puso un brazo alrededor de los frágiles hombros de Martha. Cerró la puerta de una patada y contempló a Pitt sin sonreír.

-Debes de ser tú el que me robaste las provisiones del bote. ¿Por qué nos has seguido? ¿Acaso tienes una barca propia?

-¡No he venido nadando, te lo aseguro! -La mirada de Pitt recorrió inquietamente la habitación mientras hablaba-: ¡Logré esconder mi canoa mucho mejor que tú! Te estuve vigilando durante semanas enteras y vi que cargabas el bote. En Sparcot no ocurre nada que yo no sepa. Así que hoy, cuando decidiste largarte, pensé que bien valía la pena arriesgarme a encontrar a los gnomos y venir a ver qué tal estabais.

-Como puedes ver, hemos sobrevivido, y tú has estado a punto de hacerte matar. ¿Qué pretendes hacer ahora que estás aquí, Jeff?

El anciano chasqueó los dedos y se acercó al hornillo, de donde aún se escapaba algo de calor. Tal como era su costumbre, no miró a los ojos a ninguno de los dos.

-Pensé que podría ir con vosotros hasta Reading, si es que llegáis tan lejos. Y si tu señora esposa no tiene nada que oponer a mi compañía.

-Si vienes con nosotros, debes entregar todas las armas que poseas a mi marido -dijo bruscamente Martha.

Alzando una ceja para ver si les sorprendía, Pitt extrajo un viejo revólver del bolsillo de su abrigo. Hábilmente, sacó todos los casquillos y se los dio a Barbagrís.

-Puesto que los dos estáis tan contentos de verme -dijo-, os daré parte de mis conocimientos además de mi arma. Antes de instalarnos para pasar una agradable noche de descanso, seamos listos y traigamos a las ovejas aquí, fuera de todo peligro. ¿No os dais cuenta de la suerte que hemos tenido? Cada una de esas ovejas vale una fortuna. Un poco más abajo del río, en algún sitio como Reading, seríamos reyezuelos gracias a ellas... si no nos cortan el pescuezo, naturalmente.

Barbagrís se metió el revólver en un bolsillo. Miró largamente el enjuto rostro que tenía delante. Pitt le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

-Tú vuelve a la cama, amor mío -dijo Barbagrís a Martha-. Traeremos las ovejas. Estoy convencido de que Jeff tiene un buena idea.

Ella se dio cuenta del gran esfuerzo que le costaba reconocer el valor de una idea que, según su opinión, debía habérsele ocurrido a él. Le dirigió una cariñosa mirada y entró en la habitación contigua cuando los hombres abandonaban la casa. La grasa de cordero chisporroteó dentro de la lámpara. Cansadamente, mientras volvía a acostarse sobre el improvisado lecho -debía de ser medianoche, pero supuso que en un hipotético mundo de relojes aún no habrían dado las nueve- el rostro de Jeff Pitt reapareció ante ella.

Su rostro había sido moldeado hasta expresar una edad más que una personalidad; había sido minado por los años hasta que, con sus arrugadas mejillas y careados molares, se convirtió en un rostro cualquiera, muy parecido, por ejemplo, al de Towin Thomas y a muchos otros semblantes que habían sobrevivido a las mismas tormentas. Estos viejos, en un tiempo privados de los debidos cuidados médicos y dentales, habían adoptado un parecido facial a otras formas de vida, como lobos, monos, o la corteza de los árboles. Era como si se fundieran con el paisaje que habitaban, pensó Martha.

Resultaba difícil acordarse del Jeff Pitt menos complejo que ella había conocido cuando su grupo se estableció en Sparcot. Quizá entonces fuera menos presumido, bajo la fiebre de los acontecimientos. Sus dientes estaban en mejor estado, y llevaba su uniforme militar. Entonces era un pistolero, posiblemente inútil, pero no un cazador furtivo. Desde entonces, ¡cuánto había cambiado!

Pero quizá hubieran cambiado todos en aquel período. Habían transcurrido once años, y el mundo era muy distinto.

2 - COWLEY

Habían tenido mucha suerte de llegar a Sparcot. Durante los últimos días pasados en Cowley -el suburbio industrial de Oxford-, ella había perdido toda esperanza de huir. Porque aquél era el otoño del año 2018, cuando el cólera se añadió a los demás males que atormentaban a la humanidad.

Martha se sentía prisionera en el piso de Cowley donde ella y Barbagrís -en aquellos días no era más que el Algernon Timberlane, de cuarenta y tres años- habían sido instalados a la fuerza.

Salieron de Londres con dirección a Oxford, tras la muerte de la madre de Algy. Su camión fue detenido en el término de Oxfordshire; se había declarado la ley marcial, y un tal comandante Croucher se hallaba al mando de todo, habiendo establecido su cuartel general en Cowley. La Policía militar les escoltó hasta aquel piso; a pesar de que no les dieron a escoger, la vivienda era muy satisfactoria.

A pesar de todos los problemas que asolaban al país y al mundo, el principal enemigo de Martha en aquel tiempo fue el aburrimiento. Pasaba los días haciendo interminables rompecabezas de granjas en época de floración, tramperos de Canadá, playas de Acapulco, y escuchando música ligera por la radio de su bolso; así transcurrieron los sofocantes días en que estuvo aguardando el regreso de Algy.

Los vehículos que pasaban por la carretera de Iffley, donde estaba enclavado el edificio, eran escasos. Ocasionalmente se oía el fugaz ruido de un motor que a ella le parecía familiar. Se levantaba de un salto, y a menudo permanecía largo rato mirando por la ventana tras darse cuenta de su equivocación.

Martha tenía a sus pies una ciudad desconocida. Sonreía al pensar en el espíritu aventurero que les había animado durante el viaje desde Londres, en sus risas, y en lo jóvenes que se sentían, dispuestos a afrontar cualquier cosa; sin embargo, ya estaba harta de rompecabezas y preocupada por la creciente afición a la bebida que se había adueñado de Algy.

Librodot

Cuando estaban en América, ya bebía mucho, pero la bebida con Jack Pilbeam, un vehemente compañero, se caracterizaba por una alegría que se había evaporado. ¡Alegría! Los últimos meses pasados en Londres estuvieron desprovistos de toda alegría. El gobierno estableció un estricto toque de queda; el padre de Martha desapareció una noche, seguramente arrestado sin juicio previo; y cuando el cólera se extendió por la ciudad, Patricia, la madre de Algy, abandonada por su tercer marido y vieja, no tardó en sucumbir.

Pasó los dedos sobre el alféizar de la ventana. Los retiró llenos de polvo y se los quedó mirando.

Lanzó una carcajada ante un recóndito pensamiento, y volvió a la mesa. Con un esfuerzo, se obligó a sí misma a continuar componiendo la radiante playa de Acapulco.

Las tiendas de Cowley sólo abrían por la tarde. Ella no podía menos que alegrarse por la distracción que ofrecían. Para salir a la calle, se afeaba deliberadamente lo más posible, poniéndose un sombrero viejo y unas medias burdas sobre sus bien torneadas piernas, a pesar del calor, pues los soldados no se caracterizaban por tratar bien a las mujeres.

Aquella tarde vio menos uniformes por las calles. Corrían rumores de que varios pelotones habían sido llevados hacia el este, para repeler un posible ataque procedente de Londres. Otro rumor afirmaba que los soldados estaban confinados en sus barracones y morían como moscas.

Mientras hacía cola junto a la pescadería embaldosada de blanco de Cowley Road, Martha descubrió que sus secretos temores aceptaban este último rumor más que el otro. El caluroso ambiente tenía cierto sabor a muerte. Se apresuró a taparse la nariz y la boca con un pañuelo tal como hicieron las demás mujeres. El rumor de la plaga se hace más convincente cuando se filtra a través de sucios cuadrados de tela.

-Le dije a mi marido que preferiría que no se alistara -explicó a Martha la mujer que estaba a su lado-, pero es imposible lograr que Bill te escuche si no quiere hacerlo. Mire, él trabajaba en un garaje, pero como dice que le despedirán más pronto o más tarde, afirma que estará mejor en el ejército. Yo se lo dije claramente: «Si tú no estás harto de guerra, yo sí.» Pero él me contestó: «Esto es muy distinto de la guerra, es un caso de supervivencia.» La verdad es que no se sabe lo que es mejor, ¿no cree?

Mientras regresaba a su piso con la ración de pescado desconocido y reseco, Martha se hizo eco de las palabras de la mujer.

Se sentó a la mesa, apoyó los brazos encima y hundió la cabeza entre ellos. En esa posición, dejó que sus pensamientos siguieran su curso, esperando el ruido de aquel precioso camión que anunciaría el regreso de Timberlane.

Cuando finalmente oyó el camión, bajó a recibir a Timberlane. En cuanto éste abrió la puerta, se abrazó a él, pero su marido la apartó.

-Estoy sucio, apesto, Martha -le dijo-. No me toques hasta que me haya lavado y quitado la chaqueta.

-¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?

El advirtió el acento sobreexcitado de su voz.

-Se están muriendo, ¿sabes? La gente se muere en todas partes.

-Ya lo sabía.

-Bueno, la situación ha empeorado. Se ha extendido desde Londres. Ahora se mueren en las calles, y nadie los recoge. El ejército hace lo que puede, pero las tropas son tan susceptibles a la infección como los demás.

-¡El ejército! ¡Querrás decir los hombres de Croucher!

-En los Midlands debe de haber otros mucho peores que Croucher. Por lo menos, él mantiene el orden. Comprende la necesidad de llevar a cabo una especie de servicio público, y ha puesto en circulación a una brigada encargada de la higiene. Nadie puede hacer más.

-Sabes que es un asesino. Algy, ¿cómo puedes hablar bien de él?

Se dirigieron al piso superior. Timberlane lanzó su chaqueta a un rincón.

Se sentó con un vaso y una botella de ginebra. Añadió un poco de agua y empezó a beber. Su rostro era grave, la expresión de su boca y sus ojos le confería un aspecto pensativo. Gotas de sudor perlaban su calva.

-No quiero hablar de ello -dijo. Su voz era fatigada e inexpresiva. Martha sintió que la suya adoptaba el mismo acento. La destartalada habitación se pobló de inquietudes. Una mosca zumbó caprichosamente sobre el cristal de la ventana.

-¿De qué quieres hablar?

-Por amor de Dios, Martha, no quiero hablar de nada. Me siento invadido por la pestilencia de la muerte y el miedo; he pasado todo el día dando vueltas con la grabadora, haciendo mi asqueroso trabajo para DOUCH. Lo único que quiero es beber hasta atontarme.

A pesar de que le inspiraba una gran compasión, no se lo demostró.

-Algy... tu día no ha sido peor que el mío. He pasado todo el día aquí sentada, haciendo estos rompecabezas hasta el punto de querer gritar. No he hablado con nadie aparte de una mujer en la pescadería. Durante el resto del tiempo, la puerta ha estado cerrada y atrancada tal como tú me dijiste. ¿Es que debo guardar silencio mientras tú te emborrachas?

-Por mí no lo hagas. No puedes controlar la lengua hasta ese punto.

Ella se acercó a la ventana, de espaldas a él. Pensó: «No estoy enferma; tengo pleno dominio de los sentidos; todavía puedo proporcionar a un hombre todo lo que desee; soy Martha Timberlane, de soltera Martha Broughton, de cuarenta y tres años de edad.» Oyó que el vaso se hacía añicos en un rincón.

-Martha, lo siento. Matar, emborracharse, morir, vivir; todos están reducidos al mismo nivel...

Martha no contestó. Con una revista atrasada aplastó la mosca que zumbaba sobre la ventana. Cerró los ojos para notar lo calientes que tenía los párpados. Sentado a la mesa, Timberlane siguió hablando.

-Lograré superarlo, pero ver a mi pobre madre sufriendo durante años enteros, pensando lo mucho que la quería siendo niño... Ah... Dame otro vaso, cariño... o mejor dos. Terminemos esta ginebra. ¡Enterremos todo este podrido sistema! ¿Cuánto tiempo más serán los hombres capaces de aguantarlo?

-Aguantar, ¿qué? -preguntó ella, sin volverse.

-La falta de niños. La esterilidad. La parálisis que nos domina. ¿A qué otra cosa pensabas que me refería?

-Lo siento, me duele la cabeza. -Necesitaba su comprensión, no sus discursos, pero se daba cuenta de que algo le había trastornado, de que iba a hablar sobre ello, y que la ginebra le ayudaría a hacerlo. Fue a buscarle otro vaso.

-Lo que quiero decir, Martha, es que la gente está empezando a comprender que la raza humana no volverá a producir descendencia. Los pequeños y chillones envoltorios que veíamos en sus cochecitos fuera de las tiendas han desaparecido para siempre. Las niñas que jugaban con muñecas y paquetes de cereal vacíos son cosas del pasado. Los grupos de adolescentes que se reunían en las esquinas o paseaban en sus motocicletas a velocidades endiabladas se han terminado. No volverán. Tampoco volveremos a ver a ninguna otra hermosa joven de veinte años pasar junto a nosotros como una bendición, con el trasero y los senos a modo de estandarte. ¿Dónde están los jóvenes deportistas? ¿Te acuerdas de los equipos de criquet, Martha? ¿Y los de fútbol? ¿Y los románticos protagonistas de la televisión y el cine? ¡Todos han desaparecido! ¿Dónde están los cantantes pop de ayer? Claro que aún quedan equipos de fútbol. Los cincuentones lo hacen lo mejor que pueden...

-Basta, Algy. Sé tan bien como tú que todos somos estériles. Ya lo sabíamos cuando nos casamos, hace diecisiete años. No quiero volver a oírlo.

Cuando él habló de nuevo, su voz estaba tan cambiada que Martha se volvió para mirarle.

-No creas que yo quiera volver a oírlo, pero ya ves cómo cada nuevo día nos revela la maldita verdad una y otra vez. La desgracia siempre parece nueva y reciente. Ya hemos pasado de los cuarenta, y apenas hay alguien más joven que nosotros. No tienes más que dar un paseo por Oxford para darte cuenta de lo viejo y polvoriento que se está volviendo el mundo. Y es ahora, cuando pasa

Librodot

la juventud, que se siente la verdadera falta de algo que nos colme... y lo sentimos hasta las más íntimas fibras de nuestro ser.

Ella le sirvió otra ración de ginebra, y sacó otro vaso para sí misma. Él la miró con una sonrisa irónica, y le sirvió una ración.

-Quizá sea la muerte de mi madre lo que me hace hablar así. Lo siento, Martha, particularmente si pienso que no sabemos lo que ha sido de tu madre. Mientras yo estaba tan ocupado viviendo mi vida, mamá vivía la suya. ¡Ya sabes qué vida ha tenido! Se enamoró de tres hombres inútiles; mi padre, Keith Barratt y ese irlandés; ¡pobre mujer! A veces creo que tendríamos que haber hecho algo más para ayudarla.

-Ya sabes que fue feliz a su manera. Ya hemos hablado de esto muchas otras veces.

Él se enjugó la frente y la cabeza con un pañuelo y esbozó una sonrisa más relajada.

-Quizá sea esto lo que ocurre cuando el motivo principal del mundo desaparece: todo el mundo está definitivamente predestinado a pensar y decir lo que pensaron y dijeron el día anterior.

-No tenemos que desesperarnos, Algy. Hemos sobrevivido a los años de guerra, hemos soportado oleadas de puritanismo y promiscuidad. Hemos huido de Londres, donde lo están pasando muy mal, ahora que el último gobierno autoritario se ha desmoronado. Es verdad que Cowley está muy lejos de ser un lecho de rosas, pero Croucher no es más que un fenómeno local; si logramos sobrevivirle, las cosas pueden arreglarse, mejorar. Entonces podríamos irnos a algún otro sitio donde instalarnos permanentemente.

-Lo sé, mi amor. Al parecer, estamos atravesando un periodo intermedio. La cuestión es que ya ha habido bastantes períodos intermedios, y habrá más. No veo la forma en que se logre de nuevo la estabilidad. Sólo hay una carretera de bajada.

-No tenemos que complicarnos en la política. DOUCH no necesita mezclarte en política para que hagas los informes. Indudablemente, podemos encontrar algún sitio tranquilo y razonablemente seguro para nosotros solos.

El se echó a reír. Se levantó con expresión realmente divertida. Después se acarició el cabello de mechones grises y castaños y acercó algo más su silla.

-¡Martha, sigo estando loco por ti! Pensar en la política como algo que se maneja en el Parlamento es un fallo nacional. No lo es; es algo que llevamos dentro de nosotros. Mira, cariño, el Gobierno de Unidad Nacional se ha desmoronado, y doy gracias a Dios por ello.

Pero, por lo menos, la ley marcial que decidió establecer mantuvo el orden y los engranajes siguieron girando. Ahora que se ha derrumbado, millones de personas exclaman: «No tengo a nadie por quien ahorrar, ni hijos, ni hijas. ¿Por qué voy a trabajar?», y han dejado de trabajar. Es posible que otros sigan queriendo hacerlo, pero es imposible mantener la industria de este modo. Basta desorganizar a fondo una sola parte para que todo se detenga. Las fábricas de Gran Bretaña están vacías. No hacemos nada para exportar. ¿Crees que América, la Commonwealth y las demás naciones van a enviarnos comida gratis? ¡Claro que no, especialmente cuando muchas de ellas están en peor situación que nosotros! Sé que en la actualidad hay falta de comida, pero el año que viene, créeme, habrá verdadera hambre. Tu lugar seguro ya no existirá entonces, Martha. En realidad, sólo puede haber un lugar seguro.

-¿En el extranjero?

-Me refiero a trabajar para Croucher.

Ella giró la cabeza con el ceño fruncido, no queriendo expresar nuevamente su desconfianza hacia el dictador local.

-Tengo dolor de cabeza, Algy. No debería haber tomado esta ginebra. Creo que me voy a acostar.

El la asió por la muñeca.

-Escúchame, Martha. Comprendo que en estos momentos no es fácil vivir conmigo, y comprendo que no quieras dormir conmigo en estos momentos, pero si dejas de escucharme, la última línea de comunicación estará cortada. Es posible que formemos parte de la última generación, pero la vida sigue siendo preciosa. No quiero que nos muramos de hambre. He concertado una entrevista con el comandante Croucher para mañana. Me ofreceré a cooperar.

-¿Qué?

-¿Por qué no?

-¿Por qué no? ¿A cuántas personas asesinó la semana pasada en el centro de Oxford? Más de sesenta, ¿verdad?... y dejó los cuerpos allí durante veinticuatro horas para que la gente pudiera contarlos y asegurarse. Y tú...

-Croucher representa la ley y el orden, Martha.

-¡La furia y el desorden!

-No... el comandante representa toda la ley y el orden que tenemos derecho a esperar, considerando el terrible ultraje que nos hemos infligido a nosotros mismos. En los condados cercanos a Londres hay un gobierno militar con sede en Londres, y uno de los nobles locales ha establecido una especie de comunidad paternalista que abarca la mayor parte de Devon. Aparte de ellos y Croucher, que ahora controla los Midlands meridionales hasta llegar a la costa sur, el país se sumerge rápidamente en la anarquía. ¿Has pensado alguna vez en la situación de los Midlands septentrionales, y el Norte de las zonas industriales? ¿Qué crees que ocurrirá allí?

-No tardarán en encontrar a sus propios Croucher.

-¡Exacto! ¿Y qué harán sus propios Croucher? Llevarlos hacia el Sur lo más rápidamente que puedan.

-¿Arriesgándose a contraer el cólera?

-¡Sólo espero que el cólera les detenga! Sinceramente, Martha, espero que esta plaga se lleve a la mitad de la población. Si no es capaz de detener a los del Norte, Croucher tendrá que detenerlos. Toma otra ginebra. ¡A la salud del príncipe Croucher! Tendremos que defender la línea que atraviesa Cotswolds desde Cheltenham a Buckingham. Mañana mismo tendríamos que empezar a construir las defensas. Eso mantendría ocupadas a las tropas de Croucher y fuera del centro de la población, donde pueden extender la infección. Tiene demasiados soldados; los hombres prefieren unirse a su ejército que trabajar en las fábricas de coches. Tendrían que aprestarse a la defensa. Se lo diré a Croucher cuando le vea...

Ella se apartó bruscamente de la mesa y fue a mojarse la cara bajo el grifo del fregadero. Sin secársela, se apoyó en la ventana abierta, y contempló el sol vespertino atrapado en la burda calle suburbana.

-Croucher estará demasiado ocupado defendiéndose de los matones de Londres para guardar el Norte -dijo ella. No sabía nada de lo que estaban diciendo. El mundo ya no era aquel donde ella había nacido; ni siquiera era el mismo donde -ah, ¡así que realmente habían sido jóvenes e inocentes!- se casaron; pues aquella ceremonia se hallaba tan distante en el tiempo como en el espacio, en un Washington que idealizaban porque eran idealistas, donde hablaron largamente de su confianza en el porvenir... No, todos estaban locos. Algy tenía razón al decir que habían cometido un horrible ultraje contra sí mismos. Reflexionó sobre la frase con la mirada fija en la calle, dejando de oír a Timberlane, que se había lanzado a uno de los largos monólogos que ahora le gustaba pronunciar.

No por primera vez, pensó en la creciente afición de las personas por los discursos; su padre había adquirido esa costumbre durante los últimos años. De una forma vaga, podía analizar las razones causantes de ello: duda universal, culpabilidad universal. En su propia mente, el mismo monólogo se detenía raramente, aunque no caía en la tentación de los discursos. Todo el mundo hablaba interminablemente a oyentes imaginarios. Quizá fueran todos el mismo oyente imaginario.

En realidad, los más culpables eran los pertenecientes a la generación anterior a la suya, la gente que era adulta cuando ella nació, los millones que eran adultos de 1960 a 1980. Conocían a fondo la guerra y la destrucción, la energía nuclear, la radiación y la muerte: era como una segunda naturaleza para ellos. Pero nunca renunciaron a ella. Se parecían a los salvajes que deben ejecutar algún horrible rito de iniciación. Sí, era eso, un rito de iniciación, y si se sometían a él, lograban convertirse en valientes y sabios adultos. Pero la ceremonia había fracasado. En lugar de una mera circuncisión, se había practicado la extracción de todo el órgano. Aunque lloraron y se arrepintieron, el ultraje ya había sido cometido; lo único que pudieron hacer fue seguir viviendo con su deformidad; vanagloriándose o lamentándose por ello, alternativamente.

Librodot

A través de su aflicción, escudriñando entre las grietas de su dolor de cabeza, vio que un Windrush con la X amarilla de Croucher en un lado doblaba la esquina y bajaba por la calle. Los Windrush eran la variedad de hidrofoil local, un modelo de tamaño familiar que los militares habían expropiado. Un hombre de uniforme sacó la cabeza por la ventanilla, observando los números de las casas a medida que el vehículo se deslizaba calle abajo. Cuando llegó a la altura de la casa donde los Timberlane tenían su piso, el automóvil se detuvo y se deshinchó hasta apoyarse en el suelo con un gran rugido de motores.

Asustada, Martha llamó a Timberlane junto a la ventana En el vehículo había dos hombres, y ambos llevaban la X amarilla en su túnica. Uno de ellos se apeó y atravesó la calle.

-No tenemos nada que temer -dijo Timberlane. Buscó en su bolsillo la pequeña 7 mm automática con la cual le había armado DOUCH-. Enciérrate en la cocina, cariño, por si acaso hay jaleo. No hagas ruido.

-¿Qué crees que pueden querer?

Se oyó un fuerte golpe en la puerta.

-Toma, llévate la botella de ginebra -le dijo él, con una tensa sonrisa. La botella pasó entre ellos, y no hubo tiempo para más. Él le acarició la espalda mientras la empujaba hacia la cocina. La llamada de la puerta se repitió antes de que pudiera llegar a abrirla.

Había un cabo junto a ella; su compañero sacaba la cabeza por la ventanilla del Windrush, silbando y rascándose el labio inferior con la protuberante embocadura del rifle.

-¿Timberlane? ¿Algernon Timberlane? Se le requiere en los barracones.

El cabo era un hombre de reducida estatura, con una saliente mandíbula y oscuras manchas en la piel debajo de los ojos. Debía de tener algo más de cincuenta años; joven para aquellos días. Llevaba el uniforme muy limpio y planchado, y no apartaba la mano

del revólver que colgaba de su cinturón.

-¿Quién me llama? Estaba a punto de cenar.

-El comandante Croucher le llama, si es que es usted Timberlane. Será mejor que suba al Windrush con nosotros.

El cabo tenía una enorme nariz, que procedió a rascarse de manera un tanto furtiva mientras contemplaba a Timberlane.

-He concertado una entrevista con el comandante para mañana.

-Tiene una entrevista con él esta misma noche, compañero. No quiero discusiones.

Parecía inútil discutir. Cuando se volvía para cerrar la puerta a su espalda, apareció Martha. Ésta se dirigió al guardia.

-Soy la señora Timberlane. ¿Quieren llevarme con ustedes también?

Era una mujer atractiva, de una gran personalidad, y una cierta franqueza en la mirada que la hacía parecer más joven de lo que era. El cabo la contempló aprobadoramente.

-Ya no se fabrican otras como usted, señora. Suba con su marido.

Acalló la protesta que Timberlane se disponía a formular, echando a correr hacia el coche. Impacientemente, despreció la mano del cabo y subió sin ayuda, haciendo caso omiso de la veloz e instintiva mirada que el hombre clavó en su muslo.

Se dirigieron, dando un innecesario rodeo, hacia el seudo castillo victoriano que constituía el cuartel general de Croucher. Durante la primera parte del camino, ella pensaba con angustia: «¿No es ésta una de las situaciones arquetípicas del siglo pasado; la inesperada y perentoria llamada a la puerta, la aparición de un hombre vestido de uniforme que espera para llevarte a algún sitio, por razones desconocidas? ¿Quién ha inventado la situación, para que se repita tan a menudo? Quizá sea esto lo que ocurra después de un ultraje: incapaces para regenerar, sólo cabe repetirse.» Le hubiera gustado expresar sus pensamientos en voz alta; estaba generalizando de la misma forma que su padre lo hiciera, y generalizar es un modo de alivio que alcanza su máximo efecto cuando se expresa en voz alta; pero una mirada al rostro de Timberlane la hizo callar. No le fue difícil ver que estaba excitado.

En su rostro, ella vio al niño y al anciano.

Librodot

¡Los hombres!, pensó. Allí estaba la sede de todo el mal. Ellos inventaron aquellas situaciones. Las necesitaban; torturador o torturado, las necesitaban. Amigo o enemigo, estaban unidos en una algolagnia más allá de la cura o la comprensión de la mujer.

En el mismo momento en que se oyó la imperiosa llamada a la puerta, su odiado piso se convirtió en un refugio; el constante goteo del grifo de la cocina se convirtió en un símbolo del hogar, y las piezas del rompecabezas en un signo de vasta libertad intelectual. Murmuró una plegaria para regresar sana y salva a su fragmentada playa de Acapulco mientras bajaba apresuradamente a reunirse con su esposo.

En aquel momento se encontraban a un metro del suelo, y ella había empezado a saborear el gusto de la tensión en su sangre.

Envuelta por el calor de setiembre, la ciudad estaba durmiendo. Pero el paciente tenía un sueño agitado. Viejos periódicos y cajas de cartón se arremolinaban en las calles. Un descapotable impulsado por baterías yacía empotrado en un escaparate hecho añicos. La gente se asomaba a las ventanas abiertas y el ardiente sol iluminaba su boca entreabierta. El olor del paciente demostraba el envenenamiento de su sangre.

Al poco rato de ponerse en marcha, su expectación por ver un cadáver fue doblemente satisfecha. Un hombre y una mujer yacían en inverosímiles posiciones sobre la hierba de St. Clement. Un grupo de estorninos revoloteaban a su alrededor.

Timberlane rodeo a Martha con un brazo y, de igual modo que cuando era una jovencita, le habló al oído.

-Las cosas aún empeorarán mucho antes de que todo se solucione -dijo el cabo a nadie en particular-. No tengo ni idea de lo que le ocurrirá al mundo. -Una oleada de polvo envolvía las casas a su paso.

Al llegar a los barracones, se deslizaron a través de la puerta de entrada y desembarcaron. El cabo les precedió hasta una lejana arcada. El calor de la plazoleta central resultaba agobiante; la atravesaron apresuradamente, traspusieron una puerta, recorrieron un pasillo, y subieron a zonas más frescas. El cabo conferenció con otro hombre, que les hizo entrar en otra estancia, donde aguardaba una serie de personas de semblante preocupado, muchas de las cuales llevaban máscaras para protegerse del cólera.

Tuvieron que esperar media hora antes de que les llamaran. Finalmente, fueron introducidos en una espaciosa habitación cuyo mobiliario denunciaba su anterior utilización como comedor de oficiales. Una gran mesa de caoba y tres mesas de caballete ocupaban la mitad de la estancia. Había varios hombres sentados a esas mesas, algunos de los cuales tenían mapas y documentos frente a. sí; sólo el hombre sentado a la mesa de caoba no tenía otra cosa más que una agenda de notas ante él; era el único hombre que no parecía estar ocioso. El hombre instalado tras la mesa de caoba era el comandante Peter Croucher.

Parecía sólido, sensual y duro. Su rostro era grande y desprovisto de toda belleza, pero no era el rostro de un tonto ni un bruto. Su escaso cabello gris estaba peinado hacia atrás; su traje era pulcro, todo su aspecto podía compararse al de un hombre de negocios. No debía tener más de diez años más que Timberlane; unos cincuenta y tres o cincuenta y cuatro. Miró a los Timberlane con ojos cansados y escrutadores.

Martha conocía su reputación. Habían oído hablar de aquel hombre mucho antes de que las diversas oleadas de violencia les obligaran a abandonar Londres. La mayor industria de Oxford era la producción de automóviles y MET (Maquinaria de Efecto Terrestre), particularmente de Windrush. Croucher era el jefe de personal de la fábrica más importante. El Gobierno de Unidad Nacional le nombró oficial adjunto del distrito de Oxfordshire. Tras la caída del gobierno, el oficial del distrito fue encontrado muerto en misteriosas circunstancias, y Croucher se hizo cargo de los viejos controles, estirando aún más los hilos.

Habló sin moverse. Dijo:

-Nadie la ha invitado a venir, señora Timberlane.

-Siempre acompaño a mi marido, comandante.

-Excepto cuando yo ordeno lo contrario. ¡Guardia!

Librodot

-Señor. -El cabo dio un paso adelante con una parodia de la instrucción militar.

-Ha infringido usted las reglas trayendo aquí a esa mujer, cabo Pitt. Encárguese inmediatamente de que se vaya. Puede esperar fuera.

Martha empezó a protestar. Timberlane la hizo callar, con un apretón de manos, y ella se dejó conducir fuera de la estancia. Croucher se levantó y dio la vuelta a la mesa.

-Timberlane, usted es el único hombre de DOUCH que hay en el territorio sometido a mi control. Convénzase de que ésta es la única razón que me impulsa hacia usted. Le quiero a mi lado.

-Estaré a su lado cuando trate debidamente a mi esposa.

Croucher hizo una mueca que demostró la poca importancia que confería a esa observación.

-De todos modos, ¿qué factores de utilidad puede usted ofrecerme? -El carácter semiliterario de su forma de expresarse se añadió a su amenaza en la estimación de Barbagrís.

-Estoy bien informado, comandante. Mi idea es que debe usted defender Oxfordshire y Gloucestershire de los Midlands y el Norte, si es que sus fuerzas son bastante poderosas. Si me deja un mapa...

Croucher alzó una mano.

-Mire, será mejor que abandone sus aires de importancia, amigo mío. Debe usted comprender que no necesito las descabelladas ideas intelectuales de un supuesto maestro como usted. ¿Ve a todos estos hombres? Disfrutan del beneficio mutuo que constituye ejecutar mis pensamientos, utilizando provechosamente una de las ventajas de tener una terra firma en una ciudad universitaria como Oxford. La batalla de la ciudad contra la Universidad ya ha tenido lugar, señor Timberlane, y usted lo sabría si no hubiese permanecido tanto tiempo en Londres. Yo la decidí y la llevé a cabo. Gobierno todo Oxford para bien de todos y cada uno de sus habitantes. Estos individuos son la crema y nata de las Universidades que hay en la ciudad. ¿Ve a ese tipo que hay allí, el de las manos temblorosas y las gafas rotas? Es el catedrático de Guerra de la Universidad de Chichele, Harold Biggs. Aquel del fondo es sir Maurice Rigg, uno de los mayores eruditos de historia que se conocen. De modo que, si le pregunto acerca de DOUCH, no es para saber cómo actuaría usted si se hallara en mi lugar.

-Indudablemente, cualquiera de sus intelectuales podría decirle lo que quiere saber acerca de DOUCH .

-No, no pueden. Esta es la razón de que usted esté aquí. Verá, los únicos datos sobre DOUCH que he logrado obtener son que es una especie de oficina de información secreta con sede en Londres. En este momento, las organizaciones londinenses me inspiran graves sospechas, por razones obvias. A menos que quiera ser tomado por espía, le aconsejo que me explique lo que se propone hacer aquí.

-Me parece que me ha interpretado usted mal, señor. Estoy dispuesto a informarle acerca de DOUCH ; no soy ningún espía. Aunque se me ha traído aquí como a un cautivo, ya había solicitado una entrevista con usted para verle mañana y ofrecerle mi ayuda.

-No soy su dentista. No se puede solicitar una entrevista conmigo... se implora una audiencia. -Golpeó la mesa con los nudillos-. ¡No me gusta su actitud equívoca! Dése cuenta de la realidad de la situación; puedo mandarle fusilar cuando me plazca si continúa negándose a cooperar.

Timberlane no replicó. En voz más razonable, Croucher continuó:

-Muy bien, sepamos lo que DOUCH es exactamente y cómo funciona.

-No es más que una entidad académica, señor, aunque dispone de mayor poder que otras entidades de este tipo. ¿Puedo explicárselo en privado? La naturaleza del trabajo efectuado por la entidad es confidencial.

Croucher enarcó las cejas, se volvió para mirar a los cansados hombres que trabajaban frente a las mesas de caballete, y lanzó una ojeada hacia los dos guardias.

-No tengo inconveniente en cambiar de escenario. Trabajo muchas horas.

Se trasladaron a la habitación contigua. Los guardias entraron con ellos. Aunque la estancia era pequeña y calurosa, fue un alivio sustraerse a las ociosas miradas de todos aquellos hombres. A una seña de Croucher, uno de los guardias abrió una ventana.

-¿Qué es exactamente ese «trabajo confidencial»? -preguntó Croucher.

-Es una tarea de documentación -respondió Timberlane-. Como ya sabe, el accidente que esterilizó al hombre y a la mayor parte de los mamíferos ocurrió en 1981. Los americanos fueron los primeros en darse cuenta de todas las implicaciones de lo que sucedía. En los años noventa, varias fundaciones colaboraron en la organización de DOUCH en Washington. Allí decidieron que, dadas las inauditas condiciones del globo, tenía que establecerse un grupo especial de estudio con carácter de urgencia. Este grupo debía equiparse para funcionar durante setenta y cinco años, tanto si el hombre recuperaba eventualmente su capacidad de procrear como si no conseguía hacerlo y llegaba a extinguirse. Sus miembros fueron escogidos a lo largo y lo ancho del mundo y se les adiestró para que interpretaran objetivamente los sufrimientos de su país y dejaran constancia de ellos por escrito.

»Este grupo fue denominado Documentación Universal Contemporánea Histórica. La I entre paréntesis significa que pertenezco a la rama inglesa. Entré a formar parte de la organización muy pronto, y fui adiestrado en Washington en el año 2001. En aquellos días, la organización trataba de ser lo más pesimista posible. Gracias a su concepto realista de las cosas, podríamos seguir trabajando individualmente aunque los contactos nacionales e internacionales llegaran a romperse.

-Tal como ha ocurrido ahora. El presidente fue eliminado por un hatajo de estafadores. Los Estados Unidos se encuentran en un estado de anarquía total. ¿Lo sabía?

-Igual que Inglaterra.

-No. Aquí no hay anarquía, no conocemos el significado de esa palabra. Sé cómo mantener el orden, de eso puede estar seguro. Asolados como estamos por la plaga, no tenemos desórdenes y la justicia británica prevalece. -El cólera no ha hecho más que empezar, comandante Croncher. Y las ejecuciones en masa no son una manifestación del orden.

Airadamente, Croucher dijo:

-¡Al infierno con las manifestaciones! Mañana, todos los del hospital Churchill serán fusilados. Sin duda alguna, esto será un nuevo motivo de escándalo para usted. Pero veo que no comprende nada. Debe erradicar todos sus conceptos erróneos. Yo no quiero matar. Lo único que quiero es mantener el orden.

-Tiene que haberse leído mucha historia para saber lo vacías que suenan esas palabras.

-¡Es verdad! ¡El caos y la guerra civil son cosas que voy a impedir a toda costa! Escuche, lo que me ha contado de DOUCH confirma lo que ya sabía. No me ha mentido, así que...

-¿Por qué iba a mentirle? Si es usted el benefactor que dice ser, sería absurdo que me inspirara miedo.

-Si fuera el loco que usted cree, mi principal objetivo sería matar a cualquier observador objetivo de mi régimen. Considero que mi trabajo es mantener el orden, eso es todo. Por lo tanto, puedo utilizar su organización de DOUCH . Le quiero a usted aquí, anotándolo todo. Su testimonio me justificará, a mí y a las medidas que estoy obligado a tomar.

-¿Justificarle ante quién? ¿Ante la posteridad? No habrá ninguna posteridad; no sé si lo recuerda.

Ambos sudaban abundantemente. El guardia que había a su espalda arrastraba sus cansados pies. Croucher extrajo un tubo de pastillas mentoladas de su bolsillo y se metió una en la boca.

Dijo:

-¿Cuánto tiempo piensa seguir haciendo el trabajo de DOUCH , señor Timberlane?

-Hasta que me muera o me maten.

-¿Tomando notas?

-Sí, tomando notas y filmando películas.

-¿Para la posteridad?

Tras un momento de silencio, Timberlane dijo:

-De acuerdo, los dos creemos saber dónde se encuentra nuestro deber. Pero yo no tengo que fusilar a todos los pobres desgraciados del hospital Churchill.

Croucher mordió la pastilla de menta. Sus ojos, hundidos en su desagradable rostro, miraron al suelo mientras hablaba.

-Voy a proporcionarle cierta información para que también la anote. Durante los últimos diez años, el Churchill se ha dedicado a una línea de investigación y nada más que una. Sus médicos y

personal incluyen a algunos expertos bioquímicos. Su proyecto y empeño es prolongar la vida. No sólo están estudiando ger... bueno, creo que lo llaman geriatría; están buscando una droga, una hormona; yo no soy ningún especialista médico, y no distingo a una de la otra, pero están buscando un medio de que la gente como yo y como usted viva doscientos o dos mil años. ¡Un verdadero disparate! ¡Toda una organización a la caza de un fantasma! ¡No puedo dejar que ese hospital ruede hacia el abismo! Quiero utilizarlo para fines más productivos.

-¿Acaso el gobierno subvencionaba el hospital?

-Así es. Los corrompidos políticos de Westminster aspiraban a descubrir este elixir de vida y perpetuarla para su propia ventaja personal. No vamos a preocuparnos por cosas tan estúpidas. La vida es demasiado corta.

Se miraron fijamente.

-Aceptaré su oferta -dijo Timberlane-, aunque no veo en qué sentido le beneficia. Anotaré todo lo que usted haga en el Churchill. Querría ver los documentos que demuestran la veracidad de su proyecto acerca de la longevidad.

-¡Documentos! Habla igual que los eruditos catedráticos que hay en la otra habitación. Respeto el saber, pero no la pedantería, acuérdese bien. Escuche, voy a sacar a todo ese hatajo de ladrones del hospital, a ellos y a sus necias ideas; no creo en el pasado... creo en el futuro.

A Timberlane esto le sonó como una admisión de la locura. Dijo:

-No hay futuro, ¿sabe? Lo matamos en el pasado.

Croucher desenvolvió otra pastilla de menta; la cogió directamente de la palma de la mano con sus gruesos labios.

-Venga mañana conmigo y le enseñaré el futuro. La esterilidad no fue total, ¿sabe? Había, incluso ahora los hay, un ínfimo número de niños que siguen naciendo en algunos rincones del mundo... incluso de Gran Bretaña. La mayoría de ellos son anormales... monstruos como usted no puede llegar a imaginarse.

-Sé a lo que se refiere. ¿Se acuerda del Cuerpo Infantop que operó durante los años de la guerra? Era el equivalente británico del Proyecto Infantil Americano. Yo formaba parte de él. Estoy al corriente de todo tipo de monstruosidades. Mi opinión es que lo más cuerdo sería matar a la mayoría de ellos en el momento de nacer.

-Un porcentaje determinado de ellos no son eliminados; ya sabemos lo que es el amor maternal. -Croucher se volvió hacia los guardias que hablaban en susurros a su espalda, y les ordenó guardar silencio. Prosiguió-: Estoy reuniendo a todas esas criaturas, por muy distintas que sean. Algunas de ellas no tienen extremidades. A veces carecen de inteligencia y son totalmente estúpidas. A veces nacen al revés, y entonces se van muriendo progresivamente -aunque tenemos a un niño que sobrevive a pesar de su sistema digestivo-, ya que tienen el estómago, los intestinos y el ano fuera del cuerpo, en una bolsa. Es un panorama realmente horroroso. Oh, tenemos toda clase y variedad de criaturas semihumanas. Serán encerradas en el Churchill para su supervisión. Ellas son el futuro. -Al ver que Timberlane no decía nada, añadió--: Lo admito, es un horrible futuro, pero puede ser el único. Debemos trabajar bajo el convencimiento de que, cuando estas criaturas lleguen a la edad adulta, engendrarán hijos normales. Nosotros les cuidaremos y haremos que procreen. Convénzase de que es mejor un mundo habitado por monstruos que un mundo muerto.

Croucher observó a Timberlane con una mirada de desafío, como si esperara que se mostrase contrario a sus ideas. En lugar de ello, Timberlane dijo:

-Vendré mañana a verle. ¿Someterá mis escritos a la censura?

-Estará acompañado por un guardia por cuestiones de seguridad. El cabo Pitt, al que ya conoce, es el encargado de esa tarea. No quiero que sus informes caigan en manos hostiles.

-¿Eso es todo?

-No; usted mismo entra en el concepto de manos hostiles. Hasta que se demuestre lo contrario, su esposa vivirá en este cuartel como prueba de buena voluntad. Usted también se alojará aquí. Verá que nuestras comodidades superan ampliamente las de su piso. Sus pertenencias ya están siendo trasladadas.

-¡Así que es usted un dictador, como todos los que le han precedido!

Librodot

-Tenga cuidado... ¡no resisto la terquedad! No tardará en cambiar de opinión sobre mí... ¡por su propio bien! Quiero que usted sea mi conciencia. Grabe esta idea en su mente con toda claridad. Ya ha visto que me he rodeado con la clase intelectual; por desgracia, hacen lo que digo de forma muy superficial... por lo menos, según mi opinión. ¡Su doctrina me crispa los nervios! No quiero que usted haga lo mismo; quiero que haga aquello para lo que ha sido adiestrado. Maldita sea, ¿por qué iba a molestarme con usted cuando hay tantas otras cosas que hacer? Tiene que obedecerme en todo.

-Si voy a ser independiente, debo conservar mi independencia.

-¡No se haga el intelectualoide conmigo! Tiene que obedecerme. Le he pedido que se quede a dormir esta noche, y es una orden. Reflexione sobre lo que le he dicho, hable con su esposa. He visto inmediatamente que es una mujer de carácter. Recuerde, le ofrezco la seguridad, Timberlane.

-¿En este castillo insalubre?

-Irán a buscarle por la mañana. Guardia, llévese a este hombre. Confíelo a la vigilancia del guardia Pitt.

Cuando se acercaban para llevarse a Timberlane, Croucher tosió en un pañuelo, se enjugó la frente con una mano, y dijo:

-Una última observación, Timberlane. Confío en que se establezca entre nosotros un lazo de amistad, hasta el punto en que esto sea posible. Pero si está pensando en escaparse, debo informarle que mañana entran en vigor nuevas órdenes restrictivas dentro del área de mi jurisprudencia. Acabaré con esta plaga cueste lo que cueste. Cualquiera que intente salir de Oxford será fusilado, sin hacerle ninguna pregunta. Al amanecer, la ciudad habrá sido acordonada. Muy bien, guardia, lléveselo. Mándeme un secretario y una taza de té inmediatamente.

La vivienda que les fue destinada en el cuartel consistía en una gran habitación. En ella había un lavabo, un hornillo de gas y dos camas con sus respectivas mantas. Sus pertenencias fueron llegando una tras otra desde un camión que había en el patio. Los demás objetos que pidieron llegaron de forma igualmente espasmódica, hasta que se cansaron del eco de las botas militares.

Un guardia de avanzada edad se hallaba sentado en el umbral, manoseando una ligera ametralladora y observándoles con la pétrea curiosidad del aburrimiento.

Martha se había acostado en una de las camas y tenía una toalla húmeda encima de la frente. Timberlane le había contado toda su conversación con Croucher. Permanecían en silencio, el hombre sentado en la cama, con la cabeza pesadamente apoyada en el codo, sumiéndose lentamente en una especie de letargo.

-Bueno, hemos conseguido lo que deseábamos -dijo Martha-. Estamos trabajando para Croucher. ¿Es digno de confianza?

-No creo que podamos hacernos esta pregunta. Es digno de confianza hasta donde las circunstancias lo permiten. Me dio la impresión de que no asimilaba todo lo que yo le decía... como si estuviera concentrado en otro problema. Es posible que me dejara ver una parte de ese problema al hablar de un mundo poblado por monstruos. Quizá crea que debe tener a alguien que gobernar, aunque sólo sea... una colección de anormales.

Los pensamientos de su esposa regresaron al mismo punto que alcanzaran un rato antes.

-Todo el mundo está obsesionado con el accidente, aunque no lo demuestren de una forma inmediata. Todos nos sentimos culpables. Quizá el problema de Croucher sea éste, y tenga que vivir con a visión de un mundo de criaturas lisiadas y deformes gobernado por él.

-Su dominio del presente es más fuerte de lo que eso implicaría.

-¿Hasta qué punto se puede dominar el presente?

-Reconozco que es difícil, tal como el mismo cólera nos recuerda, pero...

-Nuestra sociedad, nuestra biosfera, lleva cuarenta años de enfermedad. ¿Cómo es posible que el individuo que vive en ella se mantenga sano? Todos debemos estar más locos de lo que creemos.

Como no le gustara la entonación de su voz, Timberlane se acercó y se sentó en el borde de su cama, diciendo con fuerza:

-De todos modos, nuestro problema más inmediato se refiere a Croucher. El hecho de que cooperemos con él no afecta en absoluto al programa de DOUCH, de modo que esto es lo que haremos. Pero aún no entiendo por qué, en un momento como éste, quiere sobrecargarse conmigo.

Librodot

-Sólo se me ocurre una razón. No te quiere a ti. Lo que desea es tu trabajo. Probablemente crea que has anotado algo que él pueda utilizar.

Él le apretó la mano.

-Es posible. Quizá crea que, como venimos de Londres, he recogido alguna información que puede serle útil. Y la verdad es que debo de haberlo hecho. Londres es, en este momento, su enemigo mejor organizado. Me pregunto cuánto tiempo dejarán el camión donde está ahora.

El camión de DOUCH era una valiosa pieza del equipo. Cuando cayeron los gobiernos nacionales, tal como había previsto la fundación de Washington, los camiones se convirtieron en pequeños cuarteles generales de DOUCH. Contenían el equipo de grabación completo, provisiones y artículos diversos; estaban totalmente blindados; una hora de trabajo los convertía en vehículo de remolque; funcionaban por medio del sistema de baterías recientemente perfeccionado, y tenían una conducción de emergencia que funcionaba con gasolina o cualquiera de los sustitutos corrientes de la gasolina. Este conglomerado de tecnología había sido abandonado en su garaje, en los sótanos de su piso de Iffley Road.

-Aún tengo las llaves -dijo Timberlane-, y el vehículo está cerrado. Por lo menos, no me han pedido las llaves.

Los ojos de Martha se habían cerrado. Le oía, pero estaba demasiado cansada para responderle.

-Aquí estamos muy bien situados para observar la historia contemporánea -continuó él. Lo que DOUCH no tuvo en cuenta fue que los vehículos podían ser una atracción para los que hacen la historia. Suceda lo que suceda, no podemos dejar que el camión nos sea arrebatado.

Tras un minuto de silencio, añadió:

-El vehículo debe ser nuestra principal preocupación.

Con la súbita energía que confiere un acceso de rabia, ella se sentó en la cama.

-¡Maldito sea el asqueroso vehículo! -exclamó-. ¿Qué hay de mí?

Martha durmió mal durante aquella primera noche en el cuartel. El silencio se veía continuamente interrumpido por el ruido de las botas en el patio, los gritos, las cercanas vibraciones de un mosquito o el rugido de un Windrush al regresar de una misión. Su cama retumbaba como un estómago vacío cada vez que giraba en ella.

La noche le pareció un alfiletero acolchado -le dio la impresión de tenerlo en la mano, tan semejante era su calor a la humedad de su palma- donde había un infinito número de alfileres, que representaban los efectos sonoros de la humanidad militante. Pero cada uno de los alfileres atravesaba su carne de igual modo que el acerico. Hacia la madrugada, los ruidos se hicieron menos frecuentes, pero el patio continuó siendo un centro de agitación. Después, procedente de otra habitación, se oyó el débil sonido, largo y continuado, de la alarma de un despertador. En la lejanía, cantó un gallo. Oyó un reloj de la ciudad -¿el de la Magdalena?- al dar las cinco. Los pájaros saludaban con sus gorjeos la llegada del alba. Los ruidos militares fueron reanudándose lentamente. El tintineo de los cubos y los utensilios de hierro procedente de las cocinas proclamó que la preparación del desayuno había comenzado. Al fin logró dormirse, sumiéndose en una oleada de desesperación.

Su sueño fue profundo y reparador.

Timberlane se hallaba sentado en el borde de su cama, pálido y sin afeitar, cuando ella se despertó. Un guardia les llevó el desayuno y volvió a marcharse.

-¿Cómo te encuentras, cariño?

-Mucho mejor, Algy. Sin embargo, ¡cuántos ruidos he oído durante la noche!

-Me temo que eran los camilleros -dijo él, mirando por la ventana-, Nos encontramos en uno de los mayores centros de infección. Estoy dispuesto a dar garantías de mi conducta a Croucher si nos deja salir de aquí.

Ella se acercó a él, y le cogió la barbilla en la palma de su mano.

-¿Así que has tomado una decisión?

-La tomé anoche. Nos comprometimos a ejecutar un trabajo para DOUCH . Lo que nos interesa es la historia, y la historia se está escribiendo aquí. Creo que debemos confiar en Croucher; así que nos quedaremos en Cowley para cooperar con él.

Librodot

-Ya sabes que nunca discuto tus decisiones, Algy. Pero ¿es prudente confiar en un hombre como él?

-Digamos que un hombre como él no parece tener ninguna razón para fusilarnos así como así -repuso él.

-Quizá las mujeres veamos las cosas de distinto modo, pero lo importante es no dejar que DOUCH se anteponga a nuestra seguridad,

-Míralo de esta manera, Martha: en Washington no contrajimos ninguna obligación; adoptamos una forma de pensar que da sentido a la vida, mientras que todas las demás actividades humanas han dejado de tenerlo. Eso debe tener mucho que ver con nuestra supervivencia como pareja en Londres, donde todas las relaciones personales se iban al traste. Tenemos una misión: debemos atenderla porque, de lo contrario, ella no nos atenderá a nosotros.

-Planteas las cosas de un modo que convencen. La cuestión es no caer en la trampa de anteponer las ideas a las personas, ¿eh?

Volcaron toda su atención en el desayuno. Éste parecía la ración de un soldado; como el té escaseaba, había cerveza aguada para beber, y para comer las inevitables píldoras vitamínicas que se habían convertido en el alimento nacional desde que los animales domésticos empezaron a extinguirse, un pan granulado y algunos filetes de un pescado desconocido. Como las ballenas y las focas habían desaparecido casi completamente, y los efectos de la inesperada radiación parecían haber estimulado el crecimiento del plancton y los pequeños crustáceos, los peces se habían multiplicado. Muchos campesinos de las zonas costeras de todo el mundo se vieron obligados a buscar su sustento en el mar cuando su ganado disminuyó; así que el pescado era la principal fuente alimenticia del hombre.

Mientras comían, Martha dijo:

-Este cabo Pitt que actúa como carcelero y guardaespaldas es un hombre muy agradable. Si hemos de tener a alguien que nos vigile continuamente, no estaría mal que fuera él. Pídeselo a Croucher cuando le veas.

Estaban ingiriendo las píldoras vitamínicas con el último trago de cerveza, cuando apareció el cabo Pitt con otro guardia. Pitt llevaba, en las hombreras, la insignia de capitán.

-Por lo visto debemos felicitarle por un buen y rápido ascenso -dijo Martha.

-Haga el favor de no burlarse -repuso bruscamente Pitt-. Faltan hombres buenos en quien confiar.

-No me estaba burlando, señor Pitt, y por el continuo ir y venir de los camilleros me doy cuenta de que las bajas van en aumento.

-Es de muy mal gusto hablar a la ligera sobre la plaga.

-Mi esposa sólo trataba de ser amable -dijo Timberlane-. Mida sus palabras al responderle porque, de lo contrario, presentaré una queja contra usted.

-Si tiene alguna queja, dígamela -replicó Pitt.

Los Timberlane intercambiaron una mirada. El discreto cabo de la noche anterior había desaparecido; la voz de aquel hombre era áspera, todos sus modales altamente bruscos. Martha se acercó al espejo y tomó asiento frente a él. ¡Qué hundidas tenía las mejillas! Aquel día se sentía más fuerte, pero la perspectiva del calor y las tribulaciones que la esperaban no contribuyó a calmarla. Sintió un dolor sordo en el bajo vientre, como si sus ovarios protestaran de su propia esterilidad. Laboriosamente, recurriendo a sus frascos y tubos, se esforzó en conjurar la vitalidad y frescura que su rostro no volvería a poseer.

Mientras se arreglaba, estudió a Pitt a través del espejo. ¿Se debía aquel nerviosismo al ascenso, o tenía que atribuirse a otra razón?

-Dentro de diez minutos debo llevarles a los dos a ejecutar una misión -dijo a Timberlane-. Ya pueden arreglarse. Iremos a su piso de Iffley Road. Recogeremos su camioneta y nos dirigiremos hacia el hospital Churchill.

-¿Para qué? Tengo una entrevista con el comandante Croucher. Ayer no me dijo nada de todo esto.

Librodot

-Pues a mí me ha dicho que sí se lo dijo. Usted solicitó pruebas documentales de lo que se ha estado haciendo en el hospital. Es lo que vamos a buscar.

-Comprendo. Pero mi entrevista...

-Mire, no discuta conmigo; yo tengo mis órdenes, ¿sabe?, y pienso ejecutarlas. De todos modos, aquí no tiene ninguna entrevista... sólo tenemos órdenes. El comandante está ocupado.

-Pero él me dijo que...

El capitán Pitt dio unos golpecitos en su recién adquirido revólver para acentuar sus palabras.

-Diez minutos, y nos vamos. Volveré a buscarles. Los dos vendrán conmigo para recoger su vehículo. -Giró sobre sus talones y se fue ruidosamente. El otro guardia, un tipo corpulento de barbilla huidiza, se colocó ostentosamente junto a la puerta.

-¿Qué significa todo esto? -preguntó Martha, aproximándose a su marido. Él le rodeó la cintura con los brazos y la miró con inquietud.

-Croucher debe de haber cambiado de opinión. Sin embargo, no creo que haya problemas. Realmente le pedí examinar los registros del Churchill, así que quizá sólo quiera demostrarnos que cooperará con nosotros.

-¡Pero Pitt está tan diferente! Anoche me hablaba de su mujer, y de cómo se había visto obligado a tomar parte en la matanza del centro de Oxford...

-Es posible que se le haya subido el ascenso a la cabeza...

-Oh, lo peor es esta incertidumbre, Algy; todo es tan... no hay nada seguro, nadie sabe lo que ocurrirá al día siguiente... Quizá anden tras el camión.

Ella siguió con la cabeza apoyada en el pecho de su marido, y él siguió rodeándola con los brazos, sin pronunciar otra palabra hasta el regreso de Pitt. Este les hizo una seña y bajaron todos a la plazoleta, guiados por el nuevo capitán, con el guardia de la barbilla huidiza cerrando la marcha.

Subieron a un Windrush. Bajo el control de Pitt, el motor se puso en funcionamiento, y atravesaron lentamente el patio central y la verja de entrada con un ademán a los centinelas.

El nuevo día no había traído ningún cambio al aspecto de Oxford. En Hollow Way, una hilera de casas colindantes estaba ardiendo de forma muy débil, como si un soplo de viento fuera suficiente para apagar las llamas; el humo procedente del incendio se elevaba sobre la zona. Cerca de la antigua fábrica de automóviles, se veía una gran actividad militar, considerablemente desorganizada. Oyeron el ruido de una detonación. En Cowley Road, la larga calle comercial que rodeaba la ciudad de Oxford, las fachadas estaban resquebrajadas. La basura se amontonaba sobre la calzada. Junto a una o dos de las tiendas, las mujeres hacían cola para comprar, silenciosas y apartadas una de otra, con bufandas alrededor del cuello a pesar del creciente calor. El polvo levantado por el Windrush cubría sus zapatos rotos. Hicieron caso omiso de ello, con la apariencia de dignidad que confiere el envilecimiento.

Durante el trayecto, el rostro de Pitt parecía hecho de quebradizo cuero. Su nariz, similar al pico de un halcón, apuntaba únicamente hacia el frente. Ninguno de los viajeros habló. Cuando llegaron al piso, aparcó el vehículo en medio de la calle. Martha se alegró de poder apearse; su Windrush olía desagradablemente a suciedad.

En el plazo de veinticuatro horas, su piso se había convertido en un lugar extraño. Ella no recordaba lo destartalado y despintado que se veía desde fuera Un soldado estaba sentado frente a lo que habla sido la ventana del salón. Mandaba una línea de fuego que se extendía hasta la puerta del garaje. En aquel momento, estaba asomado a la ventana, hablando a gritos con un harapiento anciano vestido con unos pantalones cortos y un impermeable. El anciano se hallaba en la acera con un manojo de periódicos debajo del brazo.

-¡Oxford Mall! -chillaba el viejo. Cuando Timberlane hizo ademán de comprarle uno, Pitt pareció dispuesto a impedírselo, pero murmuro: «¿Por qué no?», y dio media vuelta. Martha fue la única en presenciar la escena.

El periódico constaba de una sola hoja cubierta de artículos. Un líder de prominentes facciones se regocijaba de poder reanudar la publicación ahora que la ley y el orden habían sido restaurados; en otro sitio se anunciaba que cualquiera que intentase traspasar los límites de la ciudad sin permiso sería fusilado; anunciaba que el Supercine haría una función diaria; y ordenaba que todos los

hombres menores de sesenta y cinco años se presentaran en el plazo de cuarenta y ocho horas en cualquiera de las quince escuelas convertidas en puestos militares de emergencia. Era evidente que el periódico había caído bajo control del comandante.

-En marcha; no disponemos de todo el día -dijo el capitán Pitt.

Timberlane se metió el periódico en un bolsillo y se dirigió hacia el garaje. Lo abrió y entró. Pitt permaneció a su lado mientras él se deslizaba a lo largo del abollado camión de DOUCH y abría la cerradura de combinación de la portezuela de la camioneta. Martha observó el rostro del capitán; éste no dejó de humedecerse los labios resecos.

Los dos hombres subieron al camión. Timberlane desatascó la columna de dirección y retrocedió lentamente hacia la calle. Pitt llamó al soldado de la ventana y le ordenó que cerrara el piso y devolviera su Windrush al cuartel. Martha y el guardia de barbilla huidiza fueron conminados a subir a bordo del camión. Se aposentaron en los asientos de detrás del conductor. Tanto Pitt como su subordinado se sentaron con los revólveres en la mano, que apoyaron sobre las rodillas.

-Vaya hacia el Churchill -dijo Pitt-. Tómeselo con calma. No tenemos ninguna prisa. -Se aclaró nerviosamente la garganta. El sudor perlaba su frente. Frotó el pulgar izquierdo de arriba abajo del mango de su revólver sin cesar.

Con una mirada escrutadora, Timberlane dijo:

-Usted está enfermo. Sería mejor que regresara al cuartel y se hiciera visitar por un médico.

El revólver dio una sacudida.

-Usted ocúpese de conducir. No me hable. -Tosió y se pasó una mano por la cara. Uno de sus párpados sufrió un vibración nerviosa y lanzó una ojeada a Martha por encima del hombro.

-Realmente, ¿no cree usted...?

-¡Cállese, mujer!

Con Timberlane fuertemente asido al volante, se arrastraron por una estrecha calle lateral. Dos padres de Cowley, enfundados en sendos hábitos negros, transportaban a una mujer entre ambos, avanzando con dificultad debido a su peso; su mano izquierda se deslizaba sobre el pavimento. Se detuvieron en seco al ver el camión y no reanudaron la marcha hasta que el vehículo hubo pasado junto a ellos. El inexpresivo rostro de la mujer muerta impresionó vivamente a Martha. Pitt tragó saliva con dificultad.

Como quien acaba de tomar una resolución, levantó el revólver. Cuando éste apuntó a Timberlane, Martha lanzó un grito. Su marido pisó el freno. Se balancearon de un lado a otro, el motor se caló, y se detuvieron.

Antes de que Timberlane pudiera volverse, Pitt dejó caer el arma y escondió el rostro entre las manos. Estaba llorando y desvariando, pero lo que dijo fue ininteligible.

El guardia de la barbilla huidiza exclamó:

-¡No se muevan! ¡No se muevan! ¡No vayan a escaparse! Ninguno de nosotros quiere morir.

Timberlane tenía el revólver del cabo en la mano. Apartó los brazos de Pitt de su cara. Al ver que el arma había cambiado de dueño, Pitt se serenó.

-Dispare de una vez... ¿cree que me importa? Adelante, terminemos pronto. De todos modos, el comandante Croucher me hará fusilar cuando sepa que les he dejado escapar. ¡Dispare y terminemos de una vez!

-Nunca he hecho daño a nadie... antes era cartero. ¡Déjeme ir! No me mate -dijo el guardia de la barbilla huidiza. Seguía acariciando el revólver que tenía sobre las piernas. La desintegración de su capitán le había desorientado completamente.

-¿Por qué iba a matarles? -preguntó Timberlane-. Y, de igual forma, ¿por qué iban a matarme ustedes? ¿Cuáles eran sus órdenes, Pitt?

-¡Le he salvado la vida! Usted puede salvar la mía. ¡Usted es un caballero! Aparte el arma. Devuélvamela. Ponga el seguro. -Se estaba recobrando, todavía confundido, pero arrogante y lanzando una desconfiada mirada a su alrededor. Timberlane siguió apuntándole con el revólver.

-Tengamos una explicación.

-Eran las órdenes de Croucher. Esta mañana me ha hecho comparecer ante mí... quiero decir, ante él. Me ha dicho que este vehículo debía estar en sus manos. Ha dicho que usted era un agitador,

Librodot

quizá un espía de Londres. Una vez usted pusiera el camión en marcha, yo tenía que matarle, así como a su esposa. Después, Studley y yo teníamos que presentarnos a él con el vehículo. Pero la verdad es que no he podido hacerlo, no estoy hecho para esta clase de cosas. Yo tenía esposa y familia... ya estoy harto de matanzas... si mi pobre Vi...

-Dejémonos de melodramas, señor Pitt, para que podamos pensar -dijo Martha. Puso un brazo sobre los hombros de su marido-. Así que, después de todo, era mejor no confiar en nuestro amigo Croucher.

-Él no podía confiar en nosotros. Los hombres que ocupan un puesto como el suyo pueden ser fundamentalmente liberales, pero tienen que suprimir todos los elementos accidentales.

-Aprendiste esta frase de mi padre. De acuerdo, Algy, así que ahora volvemos a ser elementos accidentales; ¿qué propones hacer?

Para gran sorpresa de Martha, él se volvió y le dio un beso. Se le veía contento. Era el que tenía las riendas de la situación. Arrebató el revólver al sumiso Studley y lo metió en una guantera.

-En estas circunstancias, no tenemos alternativa. Nos largamos de Oxford. Iremos hacia el Oeste, en dirección a Devon. Me parece que es lo mejor. Pitt, ¿vendrán usted y Studley con nosotros?

-Nunca logrará salir de Oxford y Cowley. Se han levantado barricadas. Las han estado poniendo durante la noche en todas las carreteras que conducen fuera de la ciudad.

-Si decide unirse a nosotros, tiene que obedecer mis órdenes. ¿Piensa acompañarnos

o no? Decídase.

-Pero si le estoy diciendo que se han levantado barricadas... No podría salir de la ciudad ni aunque fuera el propio Croucher -dijo Pitt. -Usted debe tener un pase o algo parecido para circular por las calles. ¿Qué era lo que

mostró al guardia al salir del cuartel?

Pitt sacó una hoja del bolsillo de su túnica y se la entregó.

-También tendrá que darme su túnica. De ahora en adelante, será usted un civil. Lo siento, Pitt, pero no se puede decir que haya ganado el ascenso.

-No soy un asesino, si se refiere a eso. -Ya había recobrado su aplomo-. Mire, le aseguro que nos matarán a todos si intenta atravesar las barricadas. Han puesto enormes bloques de cemento por todos lados. Detienen el tráfico e impiden el paso de los vehículos.

-Quítese la túnica antes de hablar.

Los padres de Cowley llegaron a la altura del camión. Se quedaron mirándolo antes de entrar en una institución pública con su carga.

Mientras Timberlane le daba la chaqueta a Martha y se ponía la túnica de Pitt -sus podridas costuras crujieron ligeramente-, dijo:

-La comida debe seguir entrando en la ciudad, ¿verdad? La comida, las municiones y muchas otras cosas. No me diga que Croucher no es bastante inteligente para organizarlo así. En realidad, lo más probable es que esté saqueando todos los alrededores en busca de alimentos.

Inesperadamente, Studley se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en el hombro de Timberlane.

-Es verdad, señor, y está prevista la llegada de un convoy de pescado procedente de Southampton para esta mañana. Se lo oí comentar al sargento de transportes, Tucker, cuando fuimos a buscar el Windrush.

-¡Buen chico! Las barreras tendrán que bajarse para dejar pasar al convoy. Cuando el convoy esté entrando, nosotros saldremos. ¿Por qué carretera vendrá?

Mientras se dirigían hacia el sur bajo el agobiante sol, oyeron una explosión. Un poco más adelante, y por una columna de humo que se alzaba a su derecha, vieron que el puente Donnington había sido volado. Una de las salidas de la ciudad acababa de ser cortada. Nadie dijo nada. Como el cólera, la desolación en las calles era contagiosa.

En Rose Hill, los bloques de pisos que bordeaban la carretera estaban tan vacíos como un farallón. Lo único que alivió la absoluta desnudez de la vía pública fue una ambulancia que salió de una callejuela adyacente, con la luz azul girando a toda velocidad. Todas sus ventanillas estaban cubiertas. Subió al borde de hierba, atravesó la carretera a pocos metros del vehículo de DOUCH y

Librodot

se detuvo en el borde opuesto con una sacudida final. Al pasar junto a ella, vieron que el conductor se había desplomado encima del volante...

Un poco más lejos, entre las casas particulares, el ambiente de muerte era menos acentuado. En varios jardines, algunos hombres y mujeres de avanzada edad hacían fogatas. Martha se preguntó qué superstición debía eso representar.

Cuando llegaron a una ruta tortuosa, varios soldados con rifles colgados a la espalda salieron de un puesto de control y se dirigieron hacia ellos. Timberlane sacó medio cuerpo por la ventanilla y agitó el pase sin detenerse. Los soldados le hicieron una seña de conformidad.

-¿Cuánto falta? -preguntó Timberlane.

-Casi hemos llegado. La barricada que buscamos está en el puente férreo de Littlemore. Más allá sólo hay campo -contestó Pitt. -Croucher tiene una larga frontera que defender. -Por eso quiere más hombres. El bloqueo de las carreteras fue una de sus ideas

brillantes. Contribuye a que no entre nadie de fuera, ni salga nadie de dentro. No le conviene que se escapen los desertores y organicen la oposición, ¿lo entiende? La carretera gira hacia la derecha en dirección al puente, y en seguida después viene un cruce. ¡Ah, allí está la taberna, el Marlborough... ya hemos llegado!

-De acuerdo, hagan lo que yo les diga. Acuérdense de la ambulancia que acabamos de ver. ¿Estás bien, Martha, amor mío? ¡Allá vamos!

Mientras doblaban la curva, Timberlane se dejó caer encima del volante, sacando una mano inerte por la ventanilla. Pitt se desplomó junto a él, y los otros dos se tendieron en los asientos. Con extremo cuidado, Timberlane condujo el vehículo hacia el establecimiento público que Pitt había mencionado, describiendo una serie de bruscas eses. Dejó que subiera a la acera, torció el volante y soltó el embrague sin quitar la marcha. El camión dio una violenta sacudida y se detuvo. Se hallaban frente al puente de Littlemore, a unos cien metros de distancia.

-Muy bien, no se muevan -dijo Timberlane-. Esperemos que el convoy de Southampton llegue a tiempo. ¿De cuántos vehículos suele componerse, Studley?

-De cuatro, cinco o seis. Es difícil de decir. Varía.

-Entonces tendríamos que pasar después del segundo camión.

Mientras hablaba, Timberlane miraba escrutadoramente al frente. La línea férrea quedaba oculta por un terraplén. La carretera se estrechaba en dos carriles al llegar al puente. Se hallaba oculta por una elevación del terreno al otro lado del puente, pero, afortunadamente, la barricada había sido colocada en este lado del puente, y era visible desde donde ellos aguardaban. Consistía en una serie de bloques de hormigón, dos viejas camionetas y varios postes de madera. Un pequeño edificio cercano había sido ocupado por los militares; por las apariencias debía albergar una ametralladora. Sólo se veía un soldado, apoyado junto a la puerta del edificio y resguardándose la vista del sol para mirar hacia donde ellos estaban.

Había un camión cerca de la barrera. El hombre que se hallaba dentro tiraba los ladrillos de su cargamento a otro hombre que estaba abajo. Parecían estar reforzando las defensas, y a juzgar por sus torpes movimientos no estaban acostumbrados a ese trabajo.

Los minutos transcurrían. Toda la escena era indescriptible; aquella monótona extensión de carretera no podía considerarse ciudad ni campo. El sol la privaba de todas sus pretensiones; seguramente nunca había sido vigilada tan a fondo como Timberlane la estaba vigilando en aquel momento. Los indolentes movimientos de los hombres que trasladaban los ladrillos adquirieron una especie de persistencia irreal. Las moscas entraban en el camión de DOUCH , recorriendo infructuosamente el interior. Su zumbido recordó a Martha los largos días veraniegos de su adolescencia, cuando algo parecido a una maldición se introdujo en su felicidad, para convertirse en una parte inseparable de ella y cernirse sobre ella, sus padres, y sus amigos... así como el resto del mundo. Ella había visto extenderse los efectos de la maldición, como la arena en una tormenta que asola el desierto. Con los ojos desorbitados, miró fijamente la encorvada espalda de su marido, entregándose a la horrorosa fantasía de imaginarlo muerto, realmente muerto a causa del cólera. Al final logró asustarse.

-Algy...

Librodot

-¡Ahí vienen! ¡Tengan cuidado! Acuéstate, Martha; no dejarán de disparar cuando pasemos.

Todos rodaron hacia delante, al descender nuevamente a la calzada. Un primer camión, un gran camión de mudanzas cubierto de polvo, hizo su aparición en el puente. Un soldado se acercó a él; retiró parte de la barricada de madera para dejarle pasar. El vehículo atravesó la estrecha abertura. Mientras ganaba velocidad hacia el vehículo de DOUCH , un segundo camión -esta vez un camión del ejército con una lona rasgada apareció sobre el puente.

Su cálculo de la distancia fue bueno. Rodando a considerable velocidad, el camión de DOUCH tenía que cruzarse con el segundo vehículo de transporte lo más cerca del puente que fuera posible. Timberlane apretó el acelerador con más fuerza. Los olmos junto a la carretera, deslucidos por el polvo, reflejaban una luz rojiza y blanca que le cegó momentáneamente. Se cruzaron con el primer camión. El conductor le interpeló a gritos. Se dirigieron hacia el camión militar. En aquel momento estaba atravesando los bloques de hormigón. El conductor vio a Timberlane, gesticuló, aceleró, y torció el volante hacia un lado. El centinela echó a correr en dirección a ellos, mientras levantaba el rifle. Sus labios se movieron. Sus palabras fueron ahogadas por el ruido de los motores. Timberlane se dirigió en línea recta hacia él.

Pasaron junto al camión militar sin tocarlo, aunque los cuatro lanzaron instintivamente un grito. Uno de los faros delanteros golpeó al soldado antes de que éste pudiera reaccionar. Su rifle saltó por los aires. Como una bolsa de cemento, el hombre salió disparado hacia uno de los bloques de hormigón. Al traspasar la barrera oyeron un chirrido: acero sobre piedra. Cuando estaban atravesando el puente, el tercer vehículo del convoy apareció ante ellos.

Desde el puesto de vigilancia que acababan de pasar, una metralleta inició su tiroteo. Las balas se estrellaron contra la rejilla que había en la parte posterior de su camión, resonando en sus oídos como un tambor de acero. El parabrisas del camión de transporte que se acercaba a ellos se rompió en mil pedazos, y nuevos desgarrones surcaron su vieja lona. Con un silbido de los neumáticos, el vehículo se tambaleó hacia un lado; el conductor abrió su portezuela, pero fue empujado hacia el interior de la cabina cuando se tambaleó hacia el otro. Con grandes sacudidas y golpes, se estrelló contra los raíles de protección y fue a caer sobre la línea férrea.

Timberlane había girado bruscamente el volante para evitar un choque con el camión. Sólo el accidente ocurrido al vehículo le permitió conseguirlo. Siguieron avanzando a toda velocidad, por la carretera totalmente despejada. La ametralladora seguía vociferando, pero la elevación de terreno les resguardó de ella.

Si Studley no hubiese perdido el conocimiento, requiriendo un descanso inmediato en un desierto pueblo llamado Sparcot, donde se estaban reuniendo otros refugiados, habrían llegado hasta Devon. Pero Studley había contraído el cólera; y un paranoico llamado Mole les recluyó en un puesto de avanzada fortificado; y las abundantes lluvias que cayeron una semana más tarde se llevaron consigo un sinnúmero de oportunidades. La parada en Sparcot duró once largos años.

Cuando rememoraba aquella época, Martha se asombraba de la forma en que la excitación nerviosa de su estancia en Cowley la había grabado en su memoria, de modo que todo volvía fácilmente. Los años que siguieron estaban menos claros, pues se hallaban caracterizados por la miseria y la monotonía. La muerte de Studley; la muerte de otros varios componentes de aquel grupo original de refugiados; la aparición de Jim Mole, y las disputas que tuvieron lugar cuando les distribuyó entre las desiertas casas del pueblo; la lucha interminable, las riñas por las mujeres; el abandono de la esperanza, las costumbres y el lápiz de labios; todo eso eran figuras de una enorme, pero deslucida tapicería que ya no volvería a ver.

Un suceso acaecido en aquellos días (¡ah, entonces la falta de hijos la hizo sufrir mucho!) permanecía grabado en su mente con letras de fuego, porque sabía que aún inquietaba a su marido; fue el trueque de su camión DOUCH , durante el segundo invierno de su permanencia en Sparcot, cuando todos estaban muriéndose de hambre. Lo cambiaron por una carretada de putrefacto pescado, chirivías y píldoras vitamínicas pertenecientes a un buhonero tuerto. Ella y Algy habían regateado con él durante toda una tarde, para acabar contemplando su partida a bordo del camión. En la oscuridad de aquel invierno, sus penurias llegaron a su punto culminante.

Librodot

Varios hombres, entre los que se contaban los más capaces, se dispararon un tiro. Fue entonces cuando Eve, una jovencita que era amante de Trouter, dio a luz una criatura sin deformidad alguna. Se volvió loca y escapó. Un mes más tarde se encontró su cadáver y el del bebé en un bosque cercano.

En aquel horrible invierno, Martha y Barbagrís organizaron conferencias, no con el total apoyo de Mole. Hablaron de historia, geografía, política, de las lecciones que la vida enseñaba... Pero como todos sus temas versaban necesariamente sobre una existencia que iba muriendo a medida que ellos hablaban, las conferencias fueron un fracaso. Al hambre y las privaciones se añadió algo todavía más siniestro: la sensación de que en la Tierra ya no había lugar para el intelecto.

Alguien inventó una frase muy gráfica para definir esa sensación: el telón cerebral. Fue un verdadero telón cerebral lo que descendió aquel invierno.

En enero, los zorzales llevaron a Sparcot su ronca canción de Noruega. En febrero, los vientos soplaron fuertemente y nevó todos los días. En marzo, los gorriones se aparearon sobre los crujientes y sucios montones de hielo. El aire cálido no regresó hasta abril.

Durante ese mes, Charley Samuels se casó con Iris Ryde. Charley y Timberlane habían luchado juntos en la guerra, algunos años atrás, cuando ambos formaban parte del Cuerpo de Infantop. Fue un gran día cuando llegó al abigarrado pueblecito. Una vez casados, se trasladó con su esposa a la casa próxima a la de Martha y Algy. Seis años más tarde, Iris murió de cáncer, que, igual que la esterilidad, era un efecto del accidente.

Fue una mala época. Y durante todo aquel tiempo se vieron obligados a trabajar bajo las iras de Mole, que no conocía el significado de la palabra abuso. Su huida fue como una convalecencia, cuando uno vuelve la vista atrás y se da cuenta de lo enfermo que ha estado. Martha recordaba cuán ansiosamente habían conspirado con la naturaleza, contribuyendo al desmoronamiento de las carreteras, aislándose del peligroso mundo exterior, y lo celosamente que guardaban Sparcot del día en que las fuerzas de Croucher se aproximaran para lanzarse sobre ellos.

Croucher no llegó a Sparcot. Murió de la pandemia que mató a tantos de sus seguidores y convirtió su fortaleza en una morgue. A medida que la enfermedad seguía su curso, las grandes organizaciones se transformaron de igual manera que los grandes animales; los setos crecieron, los bosquecillos enderezaron los hombros y se convirtieron en frondosos bosques; los ríos se desbordaron formando marismas; y los mamíferos más inteligentes pasaron una senectud llena de privaciones en pequeñas comunidades.

3 - EL RÍO: LA FERIA DE SWIFFORD

Tanto los seres humanos como las ovejas tosieron mucho durante el viaje de los botes río abajo. El grupo había perdido su inicial sensación de aventura. Eran demasiado viejos y habían visto demasiadas desgracias para mantenerse largo tiempo optimistas. El frío y el paisaje también contribuyeron a desanimarles: cubierta de escarcha como el rostro de un antiguo espíritu, la vegetación formaba parte de un escenario totalmente ajeno a los aislados humanos que lo atravesaban.

Rodeados por el frío aire invernal, su aliento formaba blancas nubecillas a su espalda. El esquife iba delante, seguido por el bote de remos perteneciente a Jeff Pitt, que llevaba dos ovejas en una red colocada sobre la destartalada cubierta de popa. Su progreso era lento; el orgullo de Pitt en cuanto a impulsar un bote de remos superaba a su habilidad.

En el esquife, Charley y Barbagrís remaban la mayor parte del tiempo, y Martha permanecía sentada junto a la caña, frente a ellos. Becky y Towin Thomas iban a un lado; Becky había expresado su deseo de quedarse en la posada donde estaban las ovejas mientras durase el licor y el invierno, pero Barbagrís la persuadió de lo contrario. El resto de las ovejas yacía entre ellos sobre el fondo del bote.

Librodot

En una ocasión, cansada de tener junto a sí a un hombre inactivo, Becky ordenó a Towin que pasara a la barca de Jeff Pitt y le ayudase a remar. El experimento resultó un fracaso. La barca estuvo a punto de volcar. Pitt no había dejado de soltar maldiciones. Ahora Pitt remaba solo, pensando en sus propios asuntos.

A sus sesenta y cinco años de existencia, tenía un rostro extrañamente puntiagudo. Aunque la protuberancia de su nariz seguía siendo la misma, la gradual pérdida de los dientes y la sequedad de la piel habían contribuido a la creciente prominencia de su mandíbula inferior y su barbilla.

Desde su llegada a Sparcot, donde había logrado escaparse de Barbagrís, el ex capitán de la guardia de Croucher había llevado una vida solitaria. Era evidente que se resentía de la existencia que había sido la suya; aunque nunca se confiaba a nadie, su aspecto era el de un hombre amargado; así lo denunciaba el hecho de que, más efectivamente que cualquier otro, se había decantado hacia la forma de vida de un cazador furtivo.

A pesar de haberse unido al grupo, su disposición antisocial resultaba obvia; remaba de espaldas al esquife, mirando fijamente el áspero paisaje invernal que iban dejando atrás. Estaba con ellos, pero su actitud daba a entender que no necesariamente a favor de ellos.

Entre las dos orillas flageladas por el color blanco y tostado de la escarcha, su avance provocaba constantes crujidos sobre el hielo que la proa de su embarcación reducía a pedazos. La segunda tarde después de abandonar la posada donde encontraran las ovejas, olieron a humo y vieron que una gran columna grisácea se elevaba ante ellos, por encima del río. Pronto llegaron a un lugar donde el hielo estaba roto y ardía una fogata en la orilla. Barbagrís agarró su rifle, Charley asió su cuchillo, Martha agudizó la vigilancia; Towin y Becky se escondieron debajo de los tablones.

-¡Dios mío, los gnomos! -exclamó él-. ¡No hay duda de que es uno de ellos!

En la orilla, bailando cerca del fuego, había una pequeña figura completamente blanca, flexionando los brazos y las piernas. Cantaba en voz baja con una entonación parecida al crujido de una rama. Cuando vio las barcas a través de un claro en la vegetación, se interrumpió. Acercándose al borde del agua, dio unas cuantas palmadas y les llamó a gritos. Aunque no lograron entender lo que decía, remaron como hipnotizados hacia él.

Cuando llegaron a la orilla, la figura se había cubierto con algunas prendas y parecía más humana. Detrás de él, y medio oculto por un ceniciento matorral, había un cobertizo embadurnado de alquitrán. La figura gesticulaba y señalaba hacia el cobertizo, hablando rápidamente mientras lo hacía.

Era un vigoroso octogenario, a juzgar por las apariencias, alegre y grotesco, con una hilera de capilares rojos y violetas que iban de un pómulo a otro pasando por encima de la nariz. Su barba y copete formaban una verdadera conflagración de cabellos, atados por debajo de la barbilla y por encima de la coronilla, y teñido de un color naranja. Bailaba como un esqueleto y les hacía señas.

-¿Está solo? ¿Podemos atracar aquí? -le preguntó Barbagrís.

-No me gusta su aspecto... sigamos adelante -gritó Jeff Pitt, introduciendo su barca entre los trozos de hielo-. No sabemos lo que nos espera ahí.

El esqueleto gritó algo ininteligible, retrocediendo bruscamente cuando Barbagrís saltó a tierra. Agarró algunas cuentas rojas y verdes que colgaban alrededor de su cuello.

-Herrmoso día parra nadar -dijo.

-Oh... ¿Un estupendo día para nadar? ¿Ha estado nadando? ¿No hace mucho frío? ¿No tiene miedo de cortarse con el hielo?

-¿Qué quierre decirr? ¿Algo del frrío?

-No parece entenderme mejor que yo a él -comentó Barbagrís a los de las barcas. Pero con paciencia, consiguió descifrar el fuerte acento del esqueleto. Su nombre resultó ser Norsgrey, y era un infatigable viajero. Explicó que se encontraba con su esposa, Lita, en el cobertizo que habían visto a través de los árboles. Invitó a Barbagrís y sus acompañantes a visitar su morada.

Como el zorro de Charley, todas las ovejas estaban atadas. Se las obligó a saltar a tierra, donde inmediatamente empezaron a mordisquear la dura hierba. Los hombres arrastraron los botes hacia la orilla, y agitaron los brazos y las piernas para desentumecerse y calentarse. Entonces se dirigieron hacia el cobertizo, moviendo las extremidades con dificultad. A medida que se acostumbraban al

acento del esqueleto, lo que éste decía resultaba más inteligible, aunque el contenido de su charla era extravagante.

Su mayor preocupación residía en los tejones.

Norsgrey creía en el poder mágico de los tejones. Les contó que tenía una hija, muy próxima ya a los sesenta, que había huido a los bosques («cuando estaban remultiplicándose y re-echando ramas para invadir y estrangular las ciudades del hombre») y se había casado con un tejón. En aquellos momentos había hombres-tejones en los bosques que eran sus hijos, y mujeres-tejones que eran sus hijas, de rostro blanco y negro y muy hermosas.

-¿Hay armiños por los alrededores? -preguntó Martha, interrumpiendo lo que amenazaba convertirse en un largo monólogo.

El viejo Norsgrey se detuvo junto al cobertizo y señaló las ramas inferiores de un árbol.

-Ahora mismo hay uno, re-mirándonos desde arriba, señora mía, sentado en su nido con la pulcritud que a usted le gusta. Pero no se atreverá a tocarnos porque sabe que estoy relacionado con los tejones por matrimonio. Todos miraron en la dirección que él les indicaba, pero sólo vieron las grisáceas ramas de los fresnos oscilando al aire.

Dentro del cobertizo, un anciano reno se hallaba acostado en la semioscuridad, con las cuatro patas juntas. Becky lanzó un chillido de sorpresa cuando el animal volvió hacia ellos su taciturno rostro. Las gallinas cloquearon y se asustaron al verles entrar.

-No hagan demasiado ruido -les advirtió Norsgrey. Lita está durmiendo, y no quiero que se despierte. Si la molestan, no dudaré en echarles, pero si se están quietecitos y me dan algo para cenar, les dejaré quedar aquí, en un sitio agradable, caliente y cómodo... y a salvo de todos los hambrientos armiños que hay fuera.

-¿Qué le pasa a su mujer? -preguntó Towin-. No pienso quedarme ni un minuto si está enferma.

-No insulte a mi esposa. No ha estado enferma en toda su vida. Haga el favor de callarse y portarse bien.

-Iré a traer el equipaje -dijo Barbagrís. Charley y el zorro volvieron con él al río. Mientras se cargaban los paquetes a la espalda, Charley habló con cierta turbación, sin mirar a Barbagrís, sino al frío paisaje grisáceo.

-Towin y su Becky se habrían quedado en el lugar donde estaba el hombre muerto en la cocina -dijo-. No querían seguir adelante, pero nosotros les convencimos. Fue así, ¿verdad, Barbagrís?

-Ya sabes que sí.

-De acuerdo. Así pues, lo que yo quiero preguntarte es esto: ¿hasta dónde iremos? ¿Qué planeas hacer? ¿Qué te propones?

Barbagrís miró al río.

-Tú eres un hombre religioso, Charley. ¿No crees que Dios ha planeado algo para nosotros?

Charley soltó una carcajada.

-Sonaría mejor si tú también creyeras en Dios. Pero supongamos que yo piense que El desea que nos establezcamos aquí, ¿qué harías entonces? No sé cuáles son tus intenciones.

-Aún no nos hemos alejado bastante de Sparcot para detenernos. Pueden formar una expedición y atraparnos aquí.

-Sabes también como yo que lo que dices es absurdo. La verdad es que no sabes a dónde quieres ir, ni por qué, ¿no es así?

Barbagrís miró fijamente el rostro del hombre que conocía desde hacía tanto tiempo.

-Cada día estoy más seguro. Quiero llegar a la desembocadura del río, al mar.

Asintiendo con la cabeza, Charley recogió su equipaje y se dirigió hacia el cobertizo, con «Isaac» a la cabeza. Barbagrís hizo ademán de añadir algo más, pero cambió de opinión. No creía en las explicaciones. Para Towin y Becky, aquel viaje no era más que otra penuria; para él era una finalidad en sí misma. Las penurias que traía consigo resultaban un placer. La vida era un placer; rememoró algunos de sus momentos, la mayoría de los cuales estaban tan envueltos por la bruma como la orilla opuesta del Támesis; objetivamente, muchos de ellos sólo suponían miseria, temor, confusión; pero después, e incluso en el mismo momento, él había experimentado un regocijo más fuerte que la miseria, el temor o la confusión. Un fragmento de fe perteneciente a otra época le hizo

Librodot

reflexionar: Cogito ergo sum. Para él no había sido verdad; su verdad había sido, Sentio ergo sum. Siento, por lo tanto, existo. Disfrutaba de aquella vida miserable, confusa y poblada de temores, y no sólo porque tenía más sentido que la carencia de vida. Nunca había podido explicárselo a nadie; no tuvo que explicárselo a Martha; ella lo sabía; sentía igual que él en aquel aspecto.

Oyó una música remota.

Miró a su alrededor con una pizca de inquietud, acordándose de los cuentos que Pitt y otros le habían relatado acerca de gnomos y enanos, pues aquélla era una musiquilla muy peculiar. Pero se dio cuenta de que procedía de muy lejos. ¿Acaso era -casi había olvidado el nombre del instrumento- un acordeón?

Regresó pensativamente al cobertizo, y se lo preguntó a Norsgrey. El anciano, con la espalda apoyada sobre uno de los costados del reno, le miró amablemente a través de su cabello naranja.

-Debe venir de la feria de Swifford. Yo acabo de llegar de allí, donde he hecho un poco de comercio. Allí ha sido donde he obtenido las gallinas. -Como siempre, era difícil averiguar lo que decía.

-¿A qué distancia está Swifford de aquí? -Es más rápido ir por carretera que por el río. Dos kilómetros en línea recta. Cuatro kilómetros por el río. Le compraré la barca; le ofrezco un buen precio.

Aunque ninguno se mostró de acuerdo con él, dieron al anciano parte de su comida. La oveja que habían matado resultó muy sabrosa, una vez estofada y sazonada con algunas hierbas que Norsgrey fue a buscar a su carreta. Siempre que tomaban carne, la cocinaban en forma de estofado, porque los estofados quedaban más blandos para los dientes viejos y las encías tiernas.

-¿Por qué no viene su mujer a comer con nosotros? -inquirió Towin-. ¿Es que no le gustan los desconocidos o algo así?

-Ya les he dicho que está durmiendo detrás de esa cortina azul. Déjenla sola... ella no les ha hecho nada.

La cortina azul ocultaba una esquina del cobertizo, desde la carreta hasta un clavo de la pared. El cobertizo se hallaba incómodamente lleno, pues habían hecho entrar a las ovejas al atardecer. Constituían unas inquietas compañeras de cama junto con las gallinas y el viejo reno. La luz de sus lámparas no llegaba siquiera a las alfardas, que dejaron de albergar toda clase de vida hacía más de dos siglos y medio. Ahora servían de refugio a toda clase de animalitos: los gusanos, los escarabajos, las larvas, las arañas y las crisálidas se adherían a los tablones con hilos de seda; las pulgas y sus ninfas hacían sus nidos en los agujeros de la madera, aguardando el regreso de sus dueños en la próxima primavera. Para aquellas simples criaturas, habían transcurrido muchas generaciones desde que el hombre maquinara su propia extinción.

-Oiga, ¿cuántos años cree que tengo? -preguntó Norsgrey, acercando su pintoresco semblante al rostro de Martha.

-La verdad es que no se me ha ocurrido pensarlo -contestó dulcemente Martha.

-Me calcula unos setenta, ¿verdad?

-No se me ha ocurrido pensarlo. No me gusta pensar en la edad; es uno de mis temas más odiados.

-Bueno, pues piense en la mía. Diría que tengo unos setenta, ¿verdad?

-Es posible.

Norsgrey dejó escapar un grito de triunfo, y después miró aprensivamente hacia la cortina azul.

-Pues déjeme decirle que se habría equivocado, señora mía... ah, desde luego que sí, y mucho. ¿Quiere que le diga cuántos años tengo? ¿De verdad? ¿Me creerá?

-A ver, ¿cuántos años tiene? -preguntó Towin, cada vez más interesado-. Yo hubiera dicho que tiene ochenta y cinco. Estoy seguro de que es más viejo que yo, y yo nací en 1945, el año que tiraron la primera bomba atómica. Estoy seguro de que usted nació antes de 1945, amigo.

-Los años ya no se cuentan por números -dijo Norsgrey con inmenso desprecio, y volviéndose hacia Martha-: No va a creérselo, señora mía, pero estoy muy cerca de los doscientos años de edad, a punto de cumplirlos. En realidad, la semana próxima será mi cumpleaños.

Martha enarcó una ceja con ironía. Dijo:

-Está muy bien conservado para su edad.

-Es imposible que tenga doscientos años -dijo despreciativamente Towin.

-No lo es. Tengo doscientos años, y seguiré dando vueltas por el mundo cuando todas las chinches como ustedes estén murtos y enterrados.

Towin se inclinó hacia delante y dio un airado puntapié a la bota del anciano. Norsgrey sacó un bastón y lo dejó caer fuertemente sobre la espinilla de Towin. Lanzando un alarido, Towin se puso de rodillas y descargó su estaca encima del ardiente cráneo del anciano. Charley detuvo el golpe en el aire.

-Ya es suficiente -dijo con severidad-. Towin, deja sus ilusiones al pobre hombre.

-No son ilusiones -replicó Norsgrey con irritación-. Pueden preguntárselo a mi esposa.

A lo largo de esta conversación y durante la cena, Pitt apenas había pronunciado una sola palabra, recogido sobre sí mismo como solía hacer en los días de Sparcot. En aquel momento, dijo:

-Habría sido mucho mejor que me escucharan y hubiéramos seguido río abajo en vez de detenernos en este manicomio a pasar la noche. ¡Tenemos todo el mundo a nuestra disposición y hemos de caer aquí!

-Puede salir en seguida si no le gusta la compañía -dijo Norsgrey-. Lo malo es que es usted tan mal educado como estúpido. ¡Alabado sea Dios, todos morirán! Ninguno de ustedes sabe nada del mundo... han pasado muchos años enterrados en ese lugar que me han dicho. En el mundo hay muchas cosas nuevas de las que ni siquiera han oído hablar.

-¿Cómo qué? -preguntó Charley.

-¿Ven este collar rojo y verde que llevo alrededor del cuello? Lo obtuve en Mockweagles. Soy uno de los pocos hombres que han estado en Mockweagles. Pagué dos renos jóvenes y me lo dejaron por la mitad de precio. Sólo hay que volver allí una vez cada cien años para renovarlo, de lo contrario un día puedes levantarte convertido en polvo, a excepción de los globos oculares.

-¿Y qué les pasa a los ojos? -preguntó Becky, mirándole escrutadoramente a través de los reflejos de la lámpara.

Norsgrey se echó a reír

-Los globos oculares nunca mueren. ¿No lo sabía, señora Taffy? Nunca mueren. Los veo mirándome desde los bosquecillos por la noche. Lo hacen para recordarme lo que me sucederá si no vuelvo a Mockweagles.

-¿Dónde está eso de Mockweaglcs? -preguntó Barbagrís.

-No tendría que decírselo. No hay ningún ojo mirando por aquí, ¿verdad? Bueno, el sitio donde está Mockweagles es un secreto, ¿sabe?, y se encuentra en medio de un bosque. Es un castillo... bueno, la verdad es que se parece más a un rascacielos que a un castillo. Sólo que los veinte pisos inferiores están deshabitados; completamente vacíos. Quiero decir que has de ir al último piso para encontrarlos.

-¿A quién?

-Oh, a unos hombres, a unos hombres normales y corrientes, sólo que uno de ellos tiene una especie de segunda cabeza con una boca herméticamente cerrada en el cuello. Son inmortales, ¿saben? Y yo soy como ellos, porque tampoco moriré. Sólo que has de volver una vez cada cien años. Acabo de regresar de allí, de camino hacia el sur.

-¿Quiere decir que ésta ha sido su segunda visita?

-La tercera. La primera vez te hacen el tratamiento, y has de volver para que te renueven las cuentas. -Se pasó la mano por la cortina naranja de su barba y les miró fijamente. Todos guardaron silencio.

Towin murmuró:

-Es imposible que sea tan viejo. No hace tanto tiempo desde que las cosas cambiaron y dejaron de nacer niños. ¿No es verdad?

-Ninguno de ustedes sabe lo que es el tiempo. ¿Verdad que en el fondo están un poco desorientados? Tengan en cuenta que no voy a decirles nada. Lo único que digo es que acabo de regresar de allí. Hay demasiados vagabundos que merodean el país, igual que ustedes. La próxima vez que vaya, dentro de cien años, será mucho mejor. Entonces ya no habrá vagabundos. Estarán

Librodot

bajo tierra, devorados por los gusanos. Tendré todo el mundo para mí solo, para mí, para Lita y esas cosas que se agitan en los setos. ¡Cómo me gustaría que se estuvieran quietas de una vez! Seguramente desaparecerán dentro de unos cuantos miles de años. -De pronto se llevó las manos a la cara; enormes lágrimas rodaron por sus dedos, y sus hombros se estremecieron- Es una vida solitaria, amigos dijo.

Barbagrís le puso una mano en el hombro y se ofreció para acompañarle a la cama. Norsgrey dio un salto y replicó que sabía cuidar de sí mismo. Sin dejar de lloriquear, se internó en la penumbra, asustando a las gallinas, y desapareció tras la cortina azul. Los otros se miraron.

-¡Maldito loco! -exclamó Becky con inquietud.

-Al parecer, sabe muchas cosas -le dijo Towin-. Mañana por la mañana le preguntaremos acerca de tu bebé.

Ella se volvió airadamente hacia su marido.

-Towin, eres un verdadero zoquete, ¡ni siquiera puedes guardar un secreto! ¿No te repetí una y otra vez que no debías mencionarlo hasta que la gente se diera cuenta de mi estado? ¡Tienes la lengua muy larga! Eres como una chismosa comadre.

-Becky, ¿es verdad? -preguntó Barbagrís-. ¿Estás embarazada?

-Ah, tan preñada como una coneja -admitió Towin, meneando la cabeza-. Por el tacto, yo diría que son gemelos.

Martha miró a la rolliza mujercita; los embarazos ficticios eran frecuentes en Sparcot, y no dudaba de que éste fuera otro. Pero la gente creía lo que deseaba creer; Charley unió las manos y dijo seriamente:

-Si esto es cierto, ¡que el nombre de Dios Sea alabado! ¡Es un milagro, un signo del Cielo!

-No nos largues uno de tus sermones -dijo airadamente Towin-. Esto ha sido obra mía y de nadie más.

-El Todopoderoso es el que rige todos nuestros actos, Tovin Thomas -replicó Charley-. Si Becky está embarazada, es señal de que Él descenderá realmente sobre nosotros el undécimo día y repoblará la Tierra con su fruto. Elevemos una plegaria hacia Él; Martha, Algy, Becky...

-Déjate de monsergas -dijo Towin-. Nadie va a rezar por mi hijo. No debemos a tu Dios ni un solo penique, querido Charley. Si es tan poderoso, Él ha sido el causante de todas nuestras desgracias. Reconozco que el viejo Norsgrey tiene razón... no sabemos cuánto tiempo hace que ocurrió. ¡No me digas que sólo hemos estado once años en Sparcot! A mí me parecieron siglos. Quizá tengamos mil años, y...

-Becky, ¿puedo tocarte el vientre? -preguntó Martha.

-Eso, déjanos a todos, Becky -dijo Pitt, sonriendo, momentáneamente interesado.

-No te atrevas a acercarte siquiera -repuso Becky. Pero dejó que Martha metiera la mano en sus voluminosas prendas, mirando al infinito mientras la otra mujer palpaba suavemente la carne de su vientre.

-No hay duda de que está hinchado -dijo Martha.

-¡Ajajá! ¡Ya os lo habla dicho! -exclamó Towin-. Está de cuatro años... quiero decir, de cuatro meses. Esta es la razón de que deseáramos quedarnos en la casa de las ovejas. Habría sido un hogar muy acogedor, y sólo Algy hubiera seguido río abajo.

Esbozó una sonrisa en dirección a Barbagrís.

-Mañana iremos a la feria de Swifford, y veremos lo que se puede hacer -dijo Barbagrís-. Allí habrá algún médico que examine a Becky y la aconseje. Mientras tanto, sigamos el ejemplo del viejo y acostémonos.

-Espero que ese anciano reno no se coma a «Isaac» durante la noche -dijo Becky a Charley-. Podría decirte una o dos cosas sobre esos animales. Los renos son unas bestias muy astutas.

-No se comería a un zorro -objetó Charley.

-Nosotros tuvimos uno que se comió a nuestro gato, ¿verdad, Tow? Tow se dedicaba a importar renos, y trajo los primeros que llegaron a este país... Barbagrís debe saberlo, ¿no es así?

-Vamos a ver, la guerra terminó en 2005, cuando el gobierno fue derrocado -dijo Barbagris-. La Coalición se proclamó un año después, y creo que ellos fueron los primeros en importar renos.

Los recuerdos acudieron a su mente como una borrosa fotografía periodística. Los suecos descubrieron que, entre los grandes rumiantes, el reno era el único que seguía reproduciéndose normalmente y dando a luz animales vivos. Se dijo que había adquirido cierto grado de inmunidad contra la radiación porque el liquen que ingería contenía un alto grado de sustancias radiactivas. En los años sesenta, antes de que Barbagrís naciera, la contaminación de sus huesos era del orden de 100 a 200 unidades de estroncio: entre seis y doce veces por encima del límite de seguridad establecido para los seres humanos.

Puesto que los renos constituían un eficiente animal de carga y también proporcionaban buena carne y leche, había una gran demanda de ellos en toda Europa. En Canadá, el caribú se hizo igualmente popular. Rebaños enteros procedentes de Suecia y Laponia fueron exportados a Gran Bretaña en diversas ocasiones.

-Debió de ser alrededor del año 2006 -confirmó Towin-, porque entonces fue cuando murió mi hermano Evan. Cayó fulminado, mientras bebía una cerveza.

-Volviendo al reno -prosiguió Becky-, nos hizo ganar mucho dinero. Tuvimos que obtener una licencia para él... le llamábamos «Daffid». Solíamos alquilarlo por un tanto al día.

»Teníamos un cobertizo en la parte posterior de la tienda. Allí era donde guardábamos a "Daffid". Estaba muy bien, con paja y todo. Además teníamos un gato llamado "Billy". "Billy" era muy viejo y muy inteligente. No existía un gato mejor que él, pero como es natural llegó un momento en que nos prohibieron quedarnos con él. Recordaréis que fueron muy estrictos en este sentido cuando acabó la guerra, y "Billy" fue destinado a servir de alimento. ¡Como si nosotros fuéramos a entregarlo así como así!

»Había ocasiones en que la Coalición enviaba a la policía a investigar, sin llamar a la puerta siquiera, ya sabéis. Entonces registraban toda la casa. ¡Hemos atravesado momentos muy difíciles, amigos!

»La cuestión es que aquella noche Tow llegó corriendo -había ido a emborracharse, ni más ni menos- y me dijo que la policía venía a hacer un registro.

-¡Así fue! -convino Towin, mostrando signos de un antiguo desconcierto.

-Tal como él dice -repitió Becky-. No teníamos más remedio que esconder al pobre «Billy», o de lo contrario nos hubieran detenido. De modo que corrí con él al cobertizo donde el viejo «Daffid» dormitaba igual que esta asquerosa bestia, y metí a «Billy» debajo de la paja para que estuviera a salvo.

»Después volví a casa. Pero la policía no había venido; Tow no tardó en quedarse dormido, y yo también eché una cabezada, hasta que a medianoche comprendí que todo habían sido imaginaciones suyas.

-¡Pasaron de largo! -exclamó Towin.

-Así que fui al cobertizo, y vi a «Daffid» masticando, y ni rastro de «Billy». Fui a buscar a Towin y los dos miramos por todos lados, pero no encontramos a «Billy». Después vimos su cola saliendo de la boca de «Daffid».

-En otra ocasión, se comió uno de mis guantes -dijo Towin.

Cuando Barbagrís se acostó junto a una solitaria linterna, lo último que vio fue el triste semblante del reno de Norsgrey. Aquellos animales habían sido cazados por el hombre paleolítico; sólo tenían que esperar un poco más y todos los cazadores habrían desaparecido.

En el sueño de Barbagrís se produjo una situación que no podía ocurrir. Estaba en un cromado restaurante y cenaba con varias personas a las que no conocía. Ellos, sus modales, su forma de vestir, eran extremadamente complicados, e incluso artificiales; comían platos muy adornados con extraños utensilios. Todos los presentes eran viejísimos -centenarios- y, sin embargo, se mostraban vivarachos, incluso infantiles. Una de las mujeres decía que había resuelto todo el problema; que así como los niños se convertían en adultos, los adultos se convertirían eventualmente en niños, si esperaban el tiempo suficiente.

Y entonces todo el mundo se echó a reír al pensar que nadie había sido capaz de encontrar la solución con anterioridad. Barbagrís les explicó la razón como si todos fueran actores que interpretaran su papel frente a un telón de plomo que aislara para siempre los segundos a medida que

Librodot

transcurrían; sin embargo, al hablar les ocultaba, por razones de compasión, que el telón también les aislaba a ellos de los segundos y de todo el tiempo anterior. Había niños muy pequeños a su alrededor (aunque parecían extrañamente crecidos), bailando y tirándose una sustancia pegajosa unos a otros.

Estaba tratando de agarrar un poco de esta sustancia cuando se despertó. A la mortecina luz del alba, Norsgrey ponía el arnés a su reno. El animal tenía la cabeza bajada y resoplaba a causa del frío. Acurrucados bajo sus envolturas, el resto del grupo de Barbagrís tenía tanta semejanza con formas humanas como una tumba recién hecha.

Envolviéndose con una de sus mantas, Barbagrís se levantó, se desperezó y se aproximó al anciano. La corriente de aire en medio de la cual durmiera había entumecido todos sus miembros, haciéndole cojear.

-Se marcha temprano, Norsgrey.

-Siempre lo hago. Lita quiere irse.

-¿Se encuentra bien esta mañana?

-No se preocupe por ella. Está bien abrigada debajo de la lona del carro. No acostumbra hablar con desconocidos por la mañana.

-¿Así que no vamos a verla?

-No. -Por encima del carro había, extendida, una lona marrón atada con correas de cuero a las partes delantera y trasera de modo que nadie pudiera ver lo que había dentro. Los gallos y gallinas cacareaban en su interior. Norsgrey había recogido todos sus animales. Barbagrís se preguntó cuántas piezas de su equipo encontrarían a faltar, al ver que el anciano trabajaba tan silenciosamente.

-Le abriré la puerta -dijo. Los viejos goznes crujieron cuando empujó la puerta hacia fuera. Él se mantuvo un momento inmóvil, rascándose la barba, contemplando el paisaje que se extendía ante sus ojos. Sus acompañantes se despertaron cuando el aire frío entró en el cobertizo. «Isaac» se incorporó y empezó a lamerse el puntiagudo hocico. Towin consultó su estropeado reloj de pulsera. El reno avanzó lentamente y arrastró el carro hacia el exterior.

-Tengo frío y estoy entumecido; andaré con usted uno o dos minutos para despedirle dijo Barbagrís, envolviéndose aún más en la manta.

-Como usted quiera; yo estaré encantado de que me acompañe siempre que no hable demasiado. Me gusta salir muy temprano porque todo está en silencio. A mediodía, los setos hacen tanto ruido que cualquiera creería que están ardiendo.

-¿Sigue encontrando caminos por donde viajar?

-Ah, todavía hay muchos caminos abiertos entre los puntos necesarios. Últimamente se viaja más; la gente se vuelve inquieta. No entiendo por qué no pueden quedarse tranquilos donde están y aguardar allí la muerte.

-El lugar del que nos hablaba ayer...

-Ayer no dije nada; estaba borracho.

-Usted lo llamó Mockweagles. ¿Qué tipo de tratamiento le hicieron cuando estuvo usted allí?

Los ojillos de Norsgrey casi desaparecieron entre los pliegues de su fibrosa piel roja y malva. Agitó el pulgar hacia los matorrales a través de los cuales se estaban abriendo camino.

-Le esperan, mi barbudo amigo. ¿Verdad que las oye moverse? Se despiertan antes que nosotros y se acuestan después que nosotros, y al final le atraparán.

-¿Y a usted no?

-Yo voy a que me den la inyección y estos abalorios cada cien años...

-Así que esto es lo que le dan... Le ponen un inyección además de esas cosas que lleva alrededor del cuello. Ya sabe lo que son estos abalorios, ¿verdad? Son píldoras vitamínicas.

-No pienso decirle nada. No sé de lo que está usted hablando. En cualquier caso, lo mejor que los mortales pueden hacer es reprimir su lengua. Aquí está la carretera, y yo me marcho.

Habían llegado a una especie de encrucijada, donde el camino atravesaba una carretera que aún mostraba signos de asfalto sobre su accidentada superficie. Norsgrey golpeó a su reno con un bastón y le hizo adoptar un paso más vivo.

Librodot

Miró a Barbagrís por encima del hombro, a través de los pelos de sus mejillas y la nube de humo que originaba su aliento.

-Voy a decirle una cosa... si van a la feria de Swilford, pregunten por Bunny Jingadangelow.

-¿Quién es? -inquirió Barbagrís.

-Ya se lo he dicho, el hombre por quien tienen que preguntar en la feria de Swifford. Recuerde bien el nombre: Bunny Jingadangelow.

Envuelto en su manta, Barbagrís se quedó mirando el carro hasta que desapareció. Le pareció ver que la lona se movía por la parte de atrás y que salía... no, quizá no fue una mano sino únicamente su imaginación. Permaneció inmóvil en aquel mismo lugar hasta que Norsgrey y su vehículo se perdieron de vista en uno de los recodos del camino.

Cuando daba media vuelta, vio un cuerpo con el cuello roto atado a un poste que había entre los matorrales. Tenía la expresión característica de aquellos que llevan largo tiempo muertos. El cráneo se hallaba cubierto por fragmentos de carne similares a hojas muertas. A pesar de lo delgada que era la chaqueta del cadáver, su carne se había adelgazado todavía más, marchitándose y partiéndose como la humedad que es absorbida por una extensión de arena y sólo deja un reguero de sal.

-Abandonado muerto en los cruces de caminos como advertencia para los maleantes... como en la Edad Media... como la lejana Edad Media... -murmuró para sí Barbagrís. Las cuencas de los ojos le devolvieron la mirada. Se sentía menos invadido por la repugnancia que por un acceso de nostalgia hacia el camión de DOUCH que había vendido años atrás. ¡Cómo había subestimado todo el mundo el valor de los aparatos mecánicos! Le acometió la repentina necesidad de grabar; alguien tenía que dejar tras de sí un sumario de la decadencia de la Tierra, aunque sólo fuera para los arqueólogos de otros posibles mundos. Regresó a buen paso al cobertizo, repitiendo en voz baja durante todo el camino: «Bunny Jingadangelow, Bunny Jingadangelow...»

El atardecer llegó aquel día con el sonido de la música. Divisaron las luces de Swifford por encima del bajo caudal del agua. Remaron por una sección del Támesis que había desbordado sus orillas y se había extendido sobre el terreno adyacente, convirtiendo la vegetación en plantas acuáticas. Pronto se vieron rodeados por otras barcas y gente que les llamaba; su acento resultaba difícil de entender, igual que el de Norsgrey al principio.

-¿Por qué no hablan del mismo modo que antes? -preguntó airadamente Charley-. Esto complica aún más las cosas.

-Quizá no sólo sea el tiempo lo que ha cambiado -sugirió Towin-. Quizá las distancias hayan variado también. Quizá esto sea Francia, o China, ¿eh, Charley? Sería capaz de creerme cualquier cosa, os lo aseguro.

-No seas tonto -dijo Becky.

Llegaron a un lugar donde había sido construido un dique elevado o malecón. Detrás se veían diversas clases de viviendas, chozas y caballerizas, la mayoría de ellas de naturaleza provisional. Allí había un puente de piedra construido de forma imponente, con una solemne balaustrada también de piedra, parte de la cual se había derrumbado. A través de él, vieron el resplandor de varias linternas, y dos hombres se abrieron paso entre un pequeño hato de renos, para ayudarles a amarrar el bote.

-Tendremos que guardar los botes y las ovejas -dijo Martha, mientras eran amarrados al puente-. No sabemos si esta gente es digna de confianza. Jeff Pitt, quédate conmigo mientras los demás van a dar un vistazo.

-Supongo que es lo mejor que puedo hacer -repuso Pitt-. Por lo menos, aquí no tendremos problemas. Quizá podamos repartirnos una pierna de cordero fría mientras los otros se pasean.

Barbagrís rozó la mano de su esposa.

-Averiguaré cuánto me darían por las ovejas mientras echamos una ojeada -dijo.

Se sonrieron mutuamente y él saltó a la orilla, internándose en la actividad de la feria, seguido por Charley, Towin y Becky. Sus pies se hundían en el lodo; el humo existente denunciaba las fogatas que ardían por todas partes. Un apetitoso aroma a comida recién hecha flotaba en el aire. Junto a la mayor parte de las fogatas se veían grupitos de gente y un hombre de palabra fácil, un vendedor que ofrecía alguna cosa, ya fuera un surtido de nueces o frutas -un individuo de mejillas

Librodot

hundidas estaba ofreciendo una fruta cuyo nombre casi se había borrado de la memoria de Barbagrís: melocotones-, o relojes, o teteras, o elixires rejuvenecedores. Los compradores entregaban monedas a cambio de su adquisición. En Sparcot, el dinero casi había desaparecido; la comunidad era lo bastante reducida para un simple intercambio de trabajo y mercancías.

-Oooh, es como regresar a la civilización -dijo Towin, dando una palmada en las nalgas de su mujer-. Te gusta todo esto, ¿eh, señora? Es mejor que viajar por el río, ¿verdad? ¡Mira, allí hay una taberna! Entremos a tomar un trago y calentarnos un poco, ¿de acuerdo?

Sacó una bayoneta, atrajo a dos comerciantes con sus gritos de propaganda, consiguió que empezasen a pujar, y entregó la hoja a cambio de un puñado de monedas de plata. Sonriendo ante su propia agudeza comercial, Towin dio parte del dinero a Charley y Barbagrís.

-Sólo os lo presto, ¿eh? Mañana vendemos una de las ovejas y me pagáis. El interés es del cinco por ciento, compañeros.

Se abrieron paso hasta el bar más próximo, una cabaña con suelo de madera. Su nombre, Taberna Potsluck, constaba encima de la puerta en ensortijadas letras. Estaba abarrotada de hombres y mujeres ya ancianos, mientras que al otro lado de la barra un par de fornidos hombres, semejantes a robles enfermos, se hacían cargo de las botellas. Mientras saboreaba su aguamiel, Barbagrís escuchó las conversaciones que tenían lugar a su alrededor, dejando que su talante se expansionara insensiblemente. Nunca había llegado a imaginar que se alegraría tanto de oír el tintineo del dinero en su bolsillo.

Diversas impresiones e imágenes se cernieron en torno a él. Le pareció como si, al abandonar Sparcot, se hubiera escapado de un campo de concentración. Aquí el mundo seguía su curso de una forma muy distinta a la de Sparcot. Posiblemente estaba herido de muerte; al cabo de medio siglo, sucumbiría y desaparecería para siempre; pero hasta entonces, podían hacerse negocios, podía traficarse con la vida, podía emplearse el frío y el calor de la personalidad. A medida que el aguamiel iniciaba su combustión en su sangre, Barbagrís se regocijaba al ver que había una humanidad, castigada a causa de sus locuras por el dios que fuera, pero todavía incorregible.

Una anciana pareja se sentó junto a él, mostrando sus mal colocados dientes postizos, que parecían obra del herrero más próximo; Barbagrís siguió bebiendo rodeado por las conversaciones de los que le acompañaban. Estaban celebrando su boda. La anterior esposa del hombre había fallecido de bronquitis hacía un mes. Los juguetones avances que hacía a su nueva compañera recordaban la Danza de la Muerte, pero el antiguo optimismo del mundo seguía incólume.

-¿No es usted de la ciudad? -preguntó a Barbagrís uno de los vigorosos camareros. Su acento, igual que el de todos los demás, resultaba muy difícil de entender.

-No sé a qué ciudad se refiere -repuso Barbagrís.

-Pues a Ensham o Ainsham, que está a menos de dos kilómetros de distancia. En seguida he visto que no era usted de aquí. Solíamos instalar la feria allí mismo, donde se estaba cómodo y seco, pero el año pasado dijeron que les habíamos llevado el microbio de la gripe, y no nos han vuelto a dejar levantar nuestras tiendas. Por eso hemos tenido que quedarnos en el pantano, arriesgándonos a contraer el reuma. Ahora tienen que venir hasta aquí; sólo es cuestión de dos kilómetros, pero muchos de ellos son demasiado viejos o perezosos para recorrerlos. Esa es la razón de que los negocios vayan tan mal.

Aunque parecía un roble partido, era un hombre bastante amable. Se presentó como Pete Potsluck, y siguió hablando con Barbagrís mientras servía.

Barbagrís empezó a hablarle de Sparcot; aburridos del tema, Becky, Towin y Charley, el último con «Isaac» en brazos, se alejaron para tomar parte en la conversación de los invitados a la boda. Potsluck dijo que había muchas comunidades como Sparcot, enterradas en la selva.

-Que venga un invierno crudo, como hace uno o dos años que no tenemos, y más de una desaparecerá completamente. Me imagino que éste será el final de muchos de nosotros.

-¿Sabe si se lucha en algún sitio? ¿Ha oído rumores de una invasión procedente de Escocia?

-Se dice que los escoceses se desenvuelven muy bien, en los Highlands por lo menos. Ellos eran muy pocos; aquí, la población era tan numerosa que se necesitaron varios años para que las

plagas y el hambre nos diezmaran. Es muy probable que los escoceses se hayan librado de todas esas dificultades; pero ¿por qué iban a molestarnos? Ya somos demasiado viejos para luchar.

-Hay algunos tipos muy mal encarados en esta feria.

Potsluck se echó a reír.

-No lo niego. Yo los llamo delincuentes seniles. Es curioso, ahora que no hay jovenzuelos para llevar el paso, los viejos ocupan su lugar... tan bien como son capaces. -Así pues, ¿qué les ha ocurrido a las personas como Croucher? -¿Croucher? ¡Oh, se refiere al tipo de Cowley que acaba de mencionarme! La clase

dictatorial está muerta y enterrada, gracias a Dios. No, ya es demasiado tarde para los métodos violentos. Quiero decir que aún pueden encontrarse leyes en las ciudades, pero fuera de ellas no hay ley que valga.

-Más que a la ley me refería a la fuerza.

-Bueno, yo creo que no puede haber ley sin fuerza, ¿no cree? Hay un cierto nivel en que la fuerza es una mala cosa, pero cuando llegas al tipo de nivel en que nosotros estamos, la fuerza se convierte en fortaleza, y entonces es algo muy positivo.

-Es probable que tenga razón.

-Hubiera dicho que usted sabía algo de eso. Parece el tipo de persona que lleva la ley consigo, con esos grandes puños y esa abundante barba. Barbagrís sonrió. -No lo sé. Es difícil juzgar el carácter de uno mismo en la época sin precedentes que nos ha tocado vivir.

-¿No ha logrado definirse a sí mismo? Quizá sea esto lo que le haga parecer tan joven.

Cambiando de tema, Barbagrís apuró el resto de su bebida y pidió un gran vaso de vino de chirivía, invitando también a Potsluck. Detrás de él, los invitados a la boda se volvieron melodiosos, cantando las efímeras melodías de hacía un siglo, que eran más pegadizas; sobre todo cuando se estaba borracho, pensó Barbagrís, cuando iniciaban:

Si tú fueras la única mujer del mundo,

y yo fuera el único hombre...

-Es posible que llegue a ocurrir -dijo medio riendo a Potsluck-. ¿Ha visto algún niño por los alrededores? Quiero decir si ha nacido alguno por aquí.

-Tenemos una exhibición de monstruos. Quizá desee ir a echarles un vistazo -repuso Potsluck. Una súbita desolación eclipsó su buen humor, y se volvió bruscamente para arreglar las botellas que había a su espalda.

Al cabo de un momento, como si temiera haber sido descortés, se volvió nuevamente y empezó a hablar de otra cosa.

-Yo era peluquero, desde mucho antes del accidente y hasta que el maldito gobierno de la Coalición me cerrara el establecimiento. Parece que hayan transcurrido muchos años -en realidad, así es-, largos años, quiero decir. Fui iniciado en el oficio por mi padre, que es el que compró la tienda. Cuando empezó a oírse hablar de la radiación, yo oía decir que mientras hubiera hombres en la Tierra habría gente que querría cortarse el pelo... mientras no se les cayera, naturalmente. Aún sigo cortándoselo a algún que otro viajero. Me satisface poder decir que todavía hay quien cuida de su aspecto.

Barbagrís no contestó. Reconocía a un hombre en las garras de la reminiscencia; Potsluck habla perdido algo de su rusticidad al hablar; con una airosa frase como «todavía hay quien cuida de su aspecto», acababa de revelar cómo había retrocedido medio siglo hasta aquel mundo perdido de artículos de tocador, cremas capilares, lociones para antes y después del afeitado, y los disfraces de olores y manchas.

-Me acuerdo de una vez, cuando era muy joven, en que tuve que ir a una casa particular... podría describirle perfectamente el lugar, aunque me atrevería a decir que hace largo tiempo que no existe. Las escaleras estaban muy oscuras, y tuve que coger del brazo a la señorita para subir. Sí, eso es, fui después de cerrar la tienda, lo recuerdo muy bien. Mi padre me envió; no debía tener más de diecisiete años, como mucho.

»Arriba había un caballero muerto y tendido en su ataúd, en el dormitorio. Parecía muy tranquilo y próspero. Él también habla sido un buen comerciante, en vida. Su esposa insistía en que

se le cortara el pelo antes del funeral. Había sido un hombre muy pulcro, me dijo. Después hablé con ella en el salón... era una dama muy delgada, con pendientes. Me dio cinco chelines. No, no me acuerdo... quizá fueran diez chelines. Sea como fuere, señor, en aquellos días eso era una suma muy generosa... antes de que empezara el desastre.

»Así que le corté el pelo al caballero muerto. Debe usted saber que el pelo y las uñas siguen creciendo aun después de que la persona haya muerto, y él lo tenía muy largo. Sólo tuve que recortárselo, pero lo hice tan reverentemente como pude. En aquellos días aún frecuentaba la Iglesia, lo crea usted o no. Y la señorita que me llevó arriba tuvo que levantarle la cabeza por debajo de la nuca para que yo pudiera meter las tijeras; y de repente empezó a lloriquear y soltó la cabeza del caballero. Me pidió que le diera un beso. Yo me quedé un poco confundido, pues sabia que el caballero era su padre... No sé por qué le cuento todo esto. Los recuerdos son algo extraño. Supongo que si en aquellos días yo hubiera tenido un poco de sentido común, me habría lanzado de cabeza sobre la muchacha en aquel mismo sitio, pero entonces aún no sabía gran cosa de la vida... ¡y mucho menos de la muerte! Le invito a otro trago.

-Gracias, es posible que vuelva después -dijo Barbagrís-. Ahora quiero echar una ojeada a la feria. ¿Conoce a alguien llamado Bunny Jingadangelow?

-¿Jingadangelow? Sí, claro que le conozco. ¿Para qué necesita verle? Atraviese el puente y vaya por la carretera que conduce a Ensham; en seguida llegará a su cabaña, hay un letrero que pone «Vida Eterna» encima de ella. No tiene pérdida. ¿Entendido?

Paseando la mirada por el grupo de cantantes, Barbagrís hizo una seña a Charley. Charley se levantó, y salieron juntos, dejando a Towin y Becky cantando Cualquier hierro viejo» con los invitados a la boda.

-El tipo que acaba de casarse se dedica a la cría de renos -dijo Charley-. Al parecer siguen siendo los únicos mamíferos que no han sido afectados por la radiación. ¿Recuerdas que, cuando decidieron importarlos, todo el mundo decía que no lograrían adaptarse porque el clima era demasiado húmedo para su pelaje?

-También lo es para el mío, Charley... Hace menos frío que antes, y por el aspecto de las nubes no tardará en llover. ¿Qué clase de refugio encontraremos para pasar la noche?

-Una de las mujeres del bar me ha dicho que quizá encontraríamos alojamiento por aquí, en la ciudad. Lo averiguaremos; aún es temprano.

Enfilaron la carretera, pasando de largo ante los diversos puestos.

«Isaac» aulló y olfateó el aire al pasar frente a una jaula de zorros y un corral lleno de comadrejas. También había gallinas en venta, y una mujer envuelta en pieles trató de venderles unas astas de reno como amuleto contra la impotencia y la enfermedad. Dos curanderos rivales vendían purgas y lavativas, amuletos contra el reuma y curalotodo para los achaques de la edad; las escasas personas que les escuchaban parecían escépticas. El comercio empezaba a decaer a aquella hora de la tarde; la gente buscaba más la diversión que los negocios, y un juglar atraía a considerables multitudes. Igualmente ocurría con un adivino... aunque el arte de predecir el futuro debía ser ya muy limitado, pensó Barbagrís, ahora que el cabello de todos los visitantes se había vuelto gris y las posibilidades de oír llorar nuevamente a un niño eran muy limitadas.

Vieron a un hombre que se masturbaba en una cuneta y no dejaba de maldecir justo antes de llegar a la siguiente cabaña. Esta no era más que una pequeña plataforma de madera. Encima de ella oscilaba un letrero con las palabras VIDA ETERNA.

-Este debe de ser el puesto de Jingadangelow -dijo Barbagrís.

Había varias personas allí; algunas escuchaban al hombre que hablaba sobre la plataforma, mientras que otras se arremolinaban en torno a una figura caída que estaba apoyada contra el borde de la plataforma y rodeada por dos viejas que gemían y lloriqueaban. Ver lo que sucedía resultaba difícil a la escasa luz de las antorchas, pero las palabras del hombre que había encima de la plataforma aclaraban las cosas.

Dicho hombre era una figura alta y enjuta, de cabello enmarañado y rostro absolutamente blanco a excepción de unas profundas ojeras grises. Hablaba con voz de persona cultivada y con un

vigor que su complexión apenas parecía capaz de sostener, acentuando sus frases con delicados movimientos de sus manos.

-Aquí mismo, frente a ustedes, tienen la prueba de lo que estoy diciendo, amigos míos. A la vista de todos nosotros, un hermano nuestro acaba de abandonar esta vida. Su alma se ha desprendido de su cuerpo y nos ha dejado. Míranos a todos, mira a mis amadísimos hermanos, vestidos pobremente, soportando el frío de esta miserable noche en un olvidado rincón del universo. ¿Acaso no es verdad que, en el fondo de su corazón, todos ustedes piensan que sería mejor seguir a su amigo?

-¡Prefiero hacer algo más divertido! -gritó un hombre, abrazado a una botella. El dedo acusador del que hablaba apuntó hacia él.

-Convengo en que para usted, amigo mío, quizá no fuera mejor... pues usted se irá como lo ha hecho este hermano nuestro, compareciendo borracho ante el Señor. El Señor ya nos ha tolerado demasiadas tonterías, hermanos; ésta es la pura verdad. Hemoshecho más de las que Él puede tolerar. Ha acabado con nosotros, pero no con nuestras almas. Nos ha abandonado, y demuestra su desaprobación ante el hecho de que sigamos cometiendo locuras que debiéramos haber dejado en nuestra juventud.

-¿De qué otra forma vamos a calentarnos en estas frías noches de invierno? -preguntó el alegre sujeto, levantando un murmullo de aprobación en torno suyo. Charley le dio un golpecito en el hombro y dijo:

-¿Le importaría callarse mientras habla este caballero?

El hombre se encaró bruscamente con Chariey. Aunque la edad le había marchitado como una ciruela, tenía la boca roja y grande igual que si acabara de recibir un puñetazo. Abrió esta enorme boca, se dio cuenta de que Charley era más fuerte que él, y decidió guardar silencio. Impasible, el clérigo reanudó su sermón.

-Debemos inclinarnos ante Su voluntad, amigos míos, eso es lo que debemos hacer. Ahora nos arrodillaremos y rezaremos. A todos nos conviene comparecer juntos ante Su presencia, pues somos la última de Sus generaciones, y es lógico que actuemos en consecuencia. ¿Qué tenemos que temer si nuestro comportamiento es recto y justo? ¿Se lo han preguntado alguna vez? En otra ocasión, castigó los pecados del hombre con un diluvio que arrasó la Tierra. Ahora nos ha arrebatado el poder de procrear que Él mismo nos donó. Si consideramos que éste es un castigo peor que el diluvio, es que los pecados de nuestro siglo, el siglo veinte, son todavía más horribles. El puede borrar la pizarra cuantas veces desee, y volver a empezar.

»Así que no lloremos por esta Tierra que estamos destinados a abandonar. Nacemos para desvanecernos, de igual modo que se ha desvanecido el ganado que en otros tiempos criamos, dejando la Tierra limpia y nueva para sus posteriores obras. Permítanme que les recuerde, hermanos míos, antes de caer de rodillas para orar, las palabras de las Escrituras que hablan de este tiempo.

Unió las manos con solemnidad y fijó la mirada en la negrura de la noche para recitar:

-Porque todo aquello que suceda a los hijos de los hombres sucederá a las bestias... sí, absolutamente todo. Tal como muera uno, morirá el otro, y no tendrán más que un solo aliento. De modo que el hombre no tenga preeminencia sobre la bestia, porque todo es vanidad. Todos irán al mismo lugar, porque todos son polvo y al polvo volverán. Por todo lo cual se deduce que no hay nada mejor que la colaboración del hombre en la obra del Señor, pues éste es su destino. Y, ¿quién podrá decirle lo que le espera?

-Mi vieja es la que me espera -dijo el borracho-. Buenas noches, predicador. -Echó a andar por la carretera, sostenido por un compañero. Barbagrís cogió a Charley por un brazo y le dijo:

-Este hombre no es Bunny Jingadangelow, por mucho que anuncie la vida eterna. Larguémonos.

-No, sigamos escuchando, Barbagrís. Es un hombre que dice la verdad. ¿Cuántos años hace que no oía hablar así a nadie?

-Si quieres quedarte, quédate. Yo me marcho.

-Quédate y escucha, Algy... Te hará bien.

Pero Barbagrís se alejó. El predicador empleaba nuevamente al hombre muerto junto a la plataforma como tema de su sermón. Quizá fuese aquélla una de las indelebles faltas del género humano -porque incluso un ateo convencido tenía que admitir la existencia de esas faltas-, y es que nunca se conformaba con las cosas tal como eran; tenía que convertirlas en símbolos u otras cosas. Un arco iris no sólo era un arco iris; una tormenta era un signo de la cólera celestial; e incluso de la tierra surgían oscuros dioses. ¿Qué significaba todo aquello? Las creencias de un agnóstico y el enjuto predicador no eran dos tipos de pensamiento irreconciliables: eran dos sistemas de pensamientos igualmente válidos porque, en algún punto de la línea evolutiva, el hombre, desarrollando esta costumbre de pensar en símbolos, se habla provisto con más alternativas de las que podía dominar de más sistemas de alternativas de los que podía dominar. Los animales no avanzaban por tales canales de la imaginación: copulaban y comían; pero para el santo, el pan era un símbolo de vida, como lo era el falo para los paganos. Los mismos animales cumplían una función simbólica, y no sólo en los bestiarios medievales, por cierto.

Tal costumbre era una distorsión, a pesar de que el hombre parecía incapaz de raciocinar sin ella. Este había sido el problema desde el principio de los tiempos. Quizá fuera el mismo principio, retrocediendo hasta los primeros seres humanos, lo que el hombre nunca consiguió definir claramente (para el hombre primitivo, siendo también símbolos, tenían que ser bestias de carga, o nobles fieras salvajes, o sufrir alguna otra interpretación). Quizá el primer fuego, la primera herramienta, la primera rueda, la primera talla en una cueva de piedra caliza, fueran destinados a servir a la distorsión más que a la realidad. Fue una especie de locura lo que condujo a los hombres desde sus humildes parajes en el término de algún bosque hasta las ciudades y capitales, a las artes y las guerras, a las cruzadas religiosas, al martirio y la prostitución, a la dispepsia y el ayuno, al amor y el odio, al actual callejón sin salida; todo ello se había presentado por la búsqueda de símbolos. Al principio sólo había el símbolo, y la oscuridad reinaba sobre la faz de la Tierra.

Barbagrís abandonó esta línea de pensamiento al llegar al siguiente puesto de la carretera. Se encontró frente a otro letrero que decía «Vida Eterna».

El letrero colgaba delante de un garaje medio derruido que se encontraba junto a una casa en estado semejante. Las puertas se habían caído, pero estaban en el interior y servían de biombo para ocultar la mitad posterior del garaje. Detrás de ese biombo ardía una fogata, que proyectaba la sombra de dos personas en el techo. Delante del biombo, sosteniendo una linterna entre sus manos heladas, había una vieja de boca desdentada sentada encima de una caja. Interpeló a Barbagrís en la forma de rutina:

-Si le interesa encontrar la Vida Eterna, éste es el lugar adecuado. ¡No escuche al predicador! El precio que pide es demasiado alto. Aquí, usted no tiene que dar nada, nada que después tenga que lamentar. Nuestra vida eterna puede obtenerse dentro de una jeringuilla, y el pago se hace sin ningún problema para su alma. ¡Entre, si desea vivir eternamente!

-Puesto entre la espada y la pared, no sé en quién confiaría menos, si en usted o en el predicador.

-¡Entre y renacerá, saco de huesos!

Molesto por la expresión, a pesar de haberla oído muchas veces, Barbagrís preguntó bruscamente:

-Quiero hablar con Bunny Jingadangelow. ¿Está aquí?

La vieja tosió y lanzó un escupitajo de color verde hacia el suelo.

-El doctor Jingadangelow no está aquí. No está a la entera disposición del primero que venga, ¿sabe? ¿Qué es lo que quiere?

-¿Puede decirme dónde está? Quiero hablar con él.

-Le daré una cita si lo que quiere es un curso de rejuvenecimiento o inmortalidad, pero ya le digo que no está aquí.

-¿Quién hay detrás del biombo?

-Mi marido, si es que se empeña en saberlo, y un cliente, lo cual a usted no le importa. Además, ¿se puede saber quién es? Nunca le había visto antes de ahora.

Una de las sombras aumentó de tamaño sobre el techo, y una voz aguda preguntó:

-¿Qué sucede ahí fuera?

Al cabo de un momento, apareció un joven.

El efecto que produjo en Barbagrís fue parecido al de un cubo de agua fría. A través de los años, había llegado a convencerse de que la infancia ya no era más que una idea enterrada dentro del cráneo de los viejos, y que la carne joven era un vago recuerdo. Haciendo caso omiso de los rumores, él mismo representaba la máxima juventud que podía ofrecer el marchito mundo en que vivía. Pero aquel... aquel mozalbete, vestido únicamente con una especie de túnica, con un collar rojo y verde, parecido al de Norsgrey, en torno al cuello, con los frágiles brazos y piernas al descubierto, y mirando a Barbagrís con ojos grandes e inocentes...

-¡Dios mío! -exclamó Barbagrís-. ¡Así que siguen naciendo!

El muchacho habló con una voz penetrante e impersonal.

-Tiene ante usted, señor, los beneficiosos efectos del doctor Jingadangelow y su conocido tratamiento de rejuvenecimiento e inmortalidad, respetado y recomendado desde Gloucester hasta Oxford, desde Banbury hasta Berks. Inscríbase aquí mismo para un curso, señor, antes de que sea demasiado tarde. Puede ser como yo, amigo, después de unas pocas dosis de prueba.

-Te creo tan poco como al predicador -dijo Barbagrís, recobrándose con dificultad de la impresión recibida-. ¿Cuántos años tienes, chico? ¿Dieciséis, veinte, treinta? Ya me he olvidado de las edades tempranas.

Una segunda sombra corrió sobre el techo, y un andrajoso y grotesco individuo, con una plantación de verrugas en la barbilla y la frente, apareció ante él. Iba tan extremadamente encorvado que apenas le era posible ver a Barbagrís a través de sus abundantes cejas.

-¿Desea usted el tratamiento, señor? ¿Quiere volver a ser vigoroso y bello como este joven y atractivo compañero?

-No es usted una buena publicidad de su propio producto, ¿verdad? -dijo Barbagrís, volviéndose nuevamente para contemplar al muchacho. Avanzó unos pasos para observarle más detalladamente. Cuando la sorpresa inicial se desvaneció, vio que el muchacho era un flácido y pobre espécimen de pastoso semblante.

-El doctor Jingadangelow descubrió su maravilloso tratamiento demasiado tarde para ayudarme, señor -dijo el grotesco individuo-. Podríamos decir que le encontré demasiado tarde en la vida, pero a usted si que podría ayudarle, tal como ha hecho con este joven amigo nuestro. Nuestro joven amigo tiene ciento noventa y cinco años en la actualidad, señor, aunque por su aspecto sea imposible deducirlo. Mírelo bien; está en la plenitud de la juventud, tal como podría estarlo usted.

-En la vida me habla sentido mejor -dijo el muchacho, con su voz estridente-. Estoy en la plenitud de la juventud.

De pronto Barbagrís le agarró por un brazo y le hizo girar de modo que la luz de la linterna que tenía la vieja iluminara claramente el rostro del joven. El joven lanzó un grito de súbito dolor. La inocencia de sus ojos se reveló como vaguedad. La espesa capa de polvos que cubría su rostro le confería el aspecto de una máscara. Abrió la boca y enseñó unos dientes negrísimos detrás de una capa frontal de pintura blanca. Desasiéndose, dio un furioso puntapié en la espinilla de Barbagrís y soltó una maldición al mismo tiempo.

-¡Eres un bribón, un asqueroso estafador; tienes más de noventa años... has sido castrado! -gritó airadamente Barbagrís al encorvado anciano-. ¡No tienes derecho a hacer una cosa así!

-¿Por qué no? Él es mi hijo. -Retrocedió unos pasos con el brazo levantado delante de la cara. Sacó la barbilla hacia filera con expresión de furia.

El «muchacho» empezó a gritar. Al ver que Barbagrís daba media vuelta, chilló:

-¡No toque a mi papá! Bunny y yo tuvimos la idea. Sólo estoy procurándome un honrado medio de vida. ¿Acaso cree que quiero pasar el resto de mis días demacrado y hambriento como usted? ¡Socorro, socorro, al asesino! ¡Ladrones! ¡Fuego! ¡Socorro, amigos, socorro!

-Cierre el... -Barbagrís no pudo seguir. La vieja se movió, saltando a su espalda. Balanceó la linterna junto a su cara. En el momento en que él daba media vuelta, el viejo descargó un grueso bastón sobre su nuca, y él se desplomó sobre el suelo de hormigón.

Librodot

Se le presentó nuevamente una situación imposible. Varias mujeres jóvenes, muy ligeras de ropa, se hallaban sentadas a una mesa entreteniendo a hombres ya ancianos cuya fisonomía recordaba una vela mal plegada. Sus labios eran rojos, sus mejillas rosadas, y sus ojos negros y brillantes. La muchacha más próxima a Barbagrís llevaba medias de amplia malla que terminaban en la noble eminencia de sus muslos; aquí daban paso a unos pantaloncitos de satén rojo, con volantes en el borde, como para ocultar una rosa aún más esplendorosa entre sus pétalos, y de la misma tonalidad que una corta túnica, cerrada con invitadores botones de latón, que ocultaban parcialmente unos senos de tal esplendor que hacía sobresalir la barbilla de su poseedora.

Entre este espectáculo y Barbagrís había varias piernas, entre las cuales identificó las de Martha. Este hecho le hizo comprender que lo que veía no era un sueño y él no se hallaba inconsciente. Lanzó un gemido, y el dulce rostro de Martha descendió a su nivel; una mano se posó sobre su cara y un beso rozó su piel.

-Pobre amor mío, en seguida estarás bien.

-Martha... ¿dónde estamos?

-Te han atacado por poner las manos encima del eunuco que había en el garaje. Chariey los oyó y fue a buscarnos a Pitt y a mí. Vinimos lo más rápido que pudimos. Vamos a quedarnos aquí a pasar la noche, y mañana estarás perfectamente.

Impulsado por este comentario, reconoció dos de los otros pares de piernas; ambos manchados de barro y lodo; un par pertenecía a Charley y el otro a Jeff Pitt. Volvió a preguntar, esta vez con más energía:

-¿Dónde estamos?

-Tienes suerte de que no te hayan matado -gruñó Pitt.

-Estamos al lado del garaje donde te han golpeado -dijo Martha-. A juzgar por su popularidad, es una casa de bastante buena reputación.

Captó al vuelo la fugaz sonrisa que iluminó su rostro. Se le ensanchó el corazón al verla, y le apretó una mano para demostrar lo mucho que amaba a una mujer que incluso podía hacer una broma de algo desagradable. Volvió a sentirse lleno de vida.

-Ayudadme a levantar, ya estoy bien -dijo.

Pitt y Charley se apresuraron a sostenerle por debajo de los brazos. Sólo un par de piernas que no había reconocido permanecieron inmóviles. Mientras se ponía en pie, su mirada recorrió aquellos sólidos zancos y subió por el extravagante territorio de un abrigo hecho con pieles de conejo. Las pieles conservaban las cabezas de esos lagomorfos, los dientes, las orejas, los bigotes y todo; los ojos habían sido reemplazados por botones negros; algunas de las orejas, mal conservadas, se estaban descomponiendo, y un cierto efluvio -probablemente favorecido por el calor reinante en la habitación- se desparramaba a su alrededor; pero el efecto resultaba innegablemente majestuoso. Cuando los ojos de Barbagrís llegaron a la altura de los del dueño del abrigo, dijo:

-Bunny Jingadangelow, supongo.

-El doctor Bunny Jingadangelow a su servicio, señor Timberlane -dijo el hombre del abrigo, doblando suficientemente la región sacrolumbar para hacer una reverencia-. Me alegro de que mis remedios hayan tenido un efecto tan excelente y rápido sobre sus heridas..., pero ya hablaremos más tarde de sus deudas hacia mí. En primer lugar, creo que debería ejercitar la circulación dando una vuelta por el cuarto. Permítame que le ayude.

Se adueñó del brazo de Barbagrís, y empezó a hacerle andar entre las mesas. Durante un momento, Barbagrís no opuso resistencia alguna, mientras examinaba al hombre del abrigo confeccionado con pieles de conejo. Jingadangelow no parecía tener mucho más de sesenta años -posiblemente unos seis años más que Barbagrís-, y su aspecto era el de un hombre joven en comparación a los hombres de aquel tiempo. Llevaba bigote y patillas, pero la redondez de su barbilla alcanzaba una suavidad nunca vista. Todo su rostro daba una impresión tal de blandura que parecía imposible que una metoposcopia pudiera definir su verdadero carácter.

-Tengo entendido -dijo- que antes de que intentara atacar a uno de mis clientes, me buscaba usted para pedirme ayuda y consejo.

Librodot

-Yo no he atacado a ninguno de sus clientes -replicó Barbagrís, librándose del brazo del hombre-. Sin embargo, lamento haber puesto la mano encima de uno de sus cómplices en un momento de ira.

-No diga tonterías, hombre; el joven Trotty es un anuncio, no un cómplice. El nombre del doctor Jingadangelow es conocido en todo los Midlands como el de un gran humanista, un humanista humano. Le daría una tarjeta si llevara alguna encima. Antes de que empiece a sentirse agresivo, debe comprender que yo soy una de las grandes figuras del... hum, ¿en qué siglo estamos?... de los años veinte.

-Debe de ser usted muy conocido. No pretendo discutírselo. Conocí a un pobre loco, Norsgrey, y su esposa, que acudieron a usted para someterse a un tratamiento...

-Espere, espere, Norsgrey, Norsgrey... ¿Qué nombre es ése? No está en mis libros... Alzó la cabeza y apoyó uno de sus dedos en la mitad de la frente-. Oh, sí, sí, sí, es verdad. La mención de su esposa me ha despistado momentáneamente. Entre usted y yo... -Jingadangelow se llevó a Barbagrís hacia un rincón; se inclinó hacia él y le dijo en voz baja-: Claro que los lamentos de los pacientes son privados y secretos, pero el pobre Norsgrey no tiene esposa, ¿sabe?, tal como esta mesa que ve usted aquí; se trata de un tejón hembra con el que está muy encariñado. -Volvió a golpearse la frente con un dedo-. ¿Por qué no? Todo el mundo necesita quien le caliente la cama en estas frías noches de invierno. Pobre hombre, está loco de atar...

-Es usted muy comprensivo.

-Perdono todas las faltas y locuras humanas, señor. Es parte de mi trabajo. Debemos atenuar este valle de lágrimas en la medida que nos sea posible. Naturalmente, tal comprensión forma parte del secreto de mis maravillosos poderes curativos.

-Lo cual es lo mismo que admitir que vive a costa de locos como Norsgrey. El tiene la ilusión de que le ha hecho usted inmortal.

Durante esta conversación, Jingadangelow se sentó e hizo señas a una mujer que rondaba por allí cerca para que les sirviera algo de beber. El doctor contempló sus idas y venidas y agitó dos dedos en señal de agradecimiento. A Barbagrís, le dijo:

-¡Qué extraño me parece volver a oír objeciones éticas después de todos estos años! Me hace retroceder a... Debe de llevar usted una vida muy retirada. El viejo de Norsgrey, ya sabe, se está muriendo. Oye ruidos de hojas que se agitan y cosas así; es una hidropesía fatal. Así que... ha interpretado a su manera la esperanza de inmortalidad que yo le di. De todos modos, es un error agradable. Yo vivo, si me permite que le haga una confidencia, sin ninguna esperanza parecida; por lo tanto, Norsgrey y, afortunadamente, hay muchos como él, tiene más suerte que yo en cuanto al espíritu. Me consuelo pensando que yo tengo más suerte en las posesiones terrenales.

Barbagrís dejó su vaso encima de la mesa y miró en torno suyo. A pesar de que aún le dolía la nuca, se sentía invadido por el buen humor.

-¿Le importa que mi esposa y mis amigos se unan a nosotros?

-Claro que no, claro que no, aunque espero que no se haya cansado usted tan pronto de mi compañía. Confiaba en que una charla así podría servir de introducción a un posible negocio entre los dos. Me ha parecido reconocer en usted un carácter semejante al mío.

Barbagrís preguntó:

-¿Qué le ha hecho pensar tal cosa?

-Principalmente el sentimiento intuitivo con el cual estoy dotado. Usted es imparcial. No sufre como debiera en esta época desastrosa; aunque la vida es miserable, usted la disfruta. ¿No es así?

-¿Cómo lo sabe? Si, sí, tiene razón; pero acabamos de conocernos...

-La respuesta a su pregunta no siempre resulta agradable para el ego. La cuestión es que, aunque cada hombre sea único, todos se parecen mucho. Usted tiene una ambivalencia en su naturaleza; muchos hombres tienen una ambivalencia. Sólo tengo que hablar un momento con ellos para diagnosticaría. ¿Me explico?

-¿Cómo definiría mi ambivalencia?

-No soy adivino, pero voy a intentarlo. -Distendió los pómulos, alzó las cejas, clavó la mirada en su vaso y puso una cara realmente sensata-. Nosotros necesitamos los desastres que nos suceden.

Librodot

Usted y yo hemos pronosticado, de alguna manera, el colapso de la civilización. Somos dos supervivientes de un naufragio. Para nosotros dos, esto significa algo más que la supervivencia... ¡el triunfo! Antes de que llegara el desastre, nosotros lo deseábamos, y por esta razón es un éxito, una victoria para la voluntad. ¡No se asombre tanto! Estoy seguro de que no es usted un hombre que considere los rincones de la mente como un lugar muy saludable. ¿Ha pensado en el mundo donde nacimos, en lo que se habría convertido si no hubiera tenido lugar ese desgraciado experimento de la radiación? ¿No habría sido un mundo demasiado complejo, demasiado impersonal, para nuestro gusto?

-Está usted hablando por mí -dijo Barbagrís.

-Es el papel de los sabios; pero escuchar también lo es. -Jingadangelow apuró su bebida y se inclinó sobre el vaso vacío-. ¿No es preferible este heterogéneo presente a ese otro presente mecanizado, organizado y desodorizado en el que nos habríamos encontrado inmersos, simplemente porque en este presente podemos vivir a escala humana? En ese otro presente que nos fue arrebatado por la diferencia de un neutrón, ¿no habría llegado la megalomanía hasta el punto de sofocar la sencilla riqueza de una vida individual?

-Indudablemente, hubo muchas cosas mal enfocadas en la forma de vida del siglo veinte.

-No hubo ninguna bien.

-No, usted exagera. Algunas cosas...

-¿No cree que si todo lo espiritual estaba mal enfocado, todo lo estaba? No sirve de nada ponerse nostálgico. No todo fueron medicinas y educación. ¿No fue también la necesidad de medicinas y la falta de educación? ¿No fue el clímax y el orgasmo de la Edad de la Máquina? ¿No fue Mons y Belsen, Bataan, Stalingrado, Hiroshima y el resto? ¿No hicimos bien en terminar con nosotros mismos?

-Usted sólo hace preguntas -dijo Barbagrís.

-Se responden ellas mismas.

-Esto es un galimatías. Me está hablando de una manera imposible de descifrar. No, espere... mire, deseo seguir hablando con usted. Esta es una conversación interesante... Le pagaré lo que sea. Déjeme ir a buscar a mi esposa y mis amigos.

Barbagrís se puso en pie. La bebida que había ingerido era fuerte, la habitación estaba caliente y llena de ruidos, y él se hallaba sobreexcitado. Era muy poco frecuente que alguien hablara de otra cosa que el tiempo o un dolor de muelas. Miró a su alrededor en busca de Martha y no la vio.

Atravesó la habitación. Una escalera conducía al piso superior. Vio que las mujeres pintadas no eran ni tan voluptuosas ni tan inquietantes como al principio le habían parecido. Aunque iban llamativamente vestidas y pintadas, su piel denunciaba las huellas del hígado y los achaques de la edad, y sus ojos eran fríos. Sonriendo con extravagancia, le tendieron las manos. El se abrió paso entre ellas. Olían a alcohol, tosían, reían y temblaban mientras él pasaba junto a ellas. La habitación estaba llena de sus movimientos, como una jaula de cornejas cautivas.

Las mujeres agitaban la mano -¿había soñado con ellas alguna vez?-, pero él no se dio cuenta siquiera. Martha se había ido. Charley y el viejo Pitt se habían ido. Viendo que ya se encontraba bien, debieron regresar a montar guardia junto a las barcas. Y Towin y Becky... no, ellos no habían estado allí... Se acordó de lo que le impulsó a buscar a Bunny Jingadangelow; en vez de irse, volvió al apartado rincón, donde otra bebida le esperaba y el doctor se divertía con una mujer octogenaria encima de las rodillas. La mujer tenía una mano alrededor de su cuello y con la otra acariciaba la cabeza de los conejos de su abrigo.

-Escuche, doctor, he venido a buscarle para un matrimonio que forma parte de mi grupo, no para mí -dijo Barbagrís, inclinándose sobre la mesa-. Se trata de una mujer, Becky; ella dice que está embarazada, aunque ya debe de tener más de setenta años. Quiero que la examine y averigüe si lo que dice es verdad.

-Siéntese, amigo mío, y hablemos de esta señora embarazada que le preocupa -dijo Jingadangelow-. Tómese su bebida, porque me imagino que será usted el que pague la ronda. Las ilusiones de las damas ancianas constituyen un tópico para esta hora de la noche, ¿eh, Jean? Sin duda

Librodot

alguna, habrán olvidado ese poema, ¿cómo era?... «mirándome al espejo para ver las arrugas de mi piel», y... sí...

»Pero el tiempo, para hacerme sufrir,
en parte roba, en parte tolera,
y sacude mi cuerpo frágil al atardecer
con temblores de mediodía.

»Patético, ¿verdad? Me da la impresión de que a esa señora no le queda más que eso, nada más. Pero, naturalmente, iré a verla. Es mi deber. No dejaré de decirle que está en camino de formar una familia, si esto es lo que ella quiere oír. -Unió ambas manos y frunció el ceño.

-¿No existe realmente ninguna posibilidad de que esté esperando un niño?

-Mi querido Timberlane, si me permite que no le llame por su apodo, la esperanza es lo último que se pierde, pero me sorprende ver que usted parece compartir su optimista punto de vista.

-Supongo que así es. Usted mismo ha dicho que es lo último que se pierde.

-No sólo eso; la esperanza es necesaria. Pero debemos reservarla para nosotros mismos; cuando la centramos en otras personas, llegamos a decepcionarnos invariablemente. Nuestros sueños sólo tienen jurisdicción sobre nosotros mismos. Conociéndole como le conozco, veo que en realidad ha venido a verme pensando en su propia conveniencia. Me alegro mucho. Amigo mío, usted ama la vida, usted ama esta vida a pesar de todas sus imperfecciones, sus factores positivos y negativos... además, anhela mi cura para alcanzar la inmortalidad, ¿no es cierto?

Apoyando la cabeza en una mano, Barbagrís bebió un trago y dijo:

-Hace muchos años, cuando estaba en Oxford, en Cowley, para ser exactos, oí hablar de un tratamiento, sólo era un rumor, un tratamiento que servía para prolongar la vida durante varios cientos de años. Estaban investigándolo en un hospital de la ciudad. ¿Es posible que lo hayan logrado? Necesito pruebas científicas para creerlo.

-Claro que las necesita, naturalmente, indiscutiblemente, y no esperaba otra cosa de un hombre como usted -dijo Jingadangelow, asintiendo con tanto vigor que la mujer sentada sobre sus rodillas estuvo a punto de caerse-. La mejor de todas las pruebas científicas es empírica. Obtendrá una prueba empírica. Le someterán al tratamiento completo, estoy seguro de que puede usted permitírselo, y entonces podrá ver por sí mismo que no envejece ni un solo día.

Mirándole irónicamente de soslayo, Barbagrís preguntó:

-¿Tendré que ir a Mockweagles?

-Ajá, es muy listo, ¿verdad, Ruthie? Se ha preparado espléndidamente el camino. Esta es la clase de hombre con el que prefiero tratar. Yo...

-¿Dónde está Mockweagles? -preguntó Barbagrís.

-Es lo que podríamos llamar mi cuartel general. Resido allí cuando no viajo.

-Lo sé, lo sé. Tiene usted pocos secretos para mí, doctor Jingadangelow. Tiene veintinueve pisos de altura, se parece más a un rascacielos que a un castillo...

-Es posible que sus informadores hayan exagerado un poco, Timberlane, pero la descripción general es sorprendentemente exacta, tal como Joan podría decirle, ¿eh, gatita? Pero primero tengo que saber algunos detalles; ¿querrá que su hermosa mujer se someta asimismo al tratamiento?

-Claro que sí, viejo tonto. Yo también sé recitar poesías, ¿sabe?; para ser miembro de DOUCH hay que estar educado. «Permitidme que a la unión de dos mentes no omita impedimento...» ¿Cómo sigue? Shakespeare, doctor, Shakespeare. ¿Ha oído hablar de él? Un verdadero sabio... ¡Oh, ahí está mi esposa! ¡Martha!

Se puso apresuradamente en pie, volcando el vaso. Martha corrió hacia él, con la ansiedad plasmada en el rostro. Charley Samuels la siguió de cerca, llevando a «Isaac» en brazos.

-Oh, Algy, Algy, tienes que venir en seguida. ¡Nos han robado!

-¿Qué quieres decir? -inquirió él, mirándola inexpresivamente, como si no asimilara el brusco giro de la conversación.

Librodot

-Mientras te traíamos aquí después de que te atacaran, los ladrones han asaltado nuestros botes y se han llevado todo lo que han podido.

-¡Las ovejas!

-Han desaparecido, igual que las provisiones.

Barbagrís se volvió hacia Jingadangelow e hizo un vago gesto de cortesía.

-Hasta pronto, doctor. Tengo que irme... Guarida de ladrones; nos han robado.

-Siempre me impresiona ver sufrir a un sabio, señor Timberlane -dijo Jingadangelow, inclinando la cabeza en dirección a Martha, pero sin dar muestras de querer levantarse.

Mientras salía al exterior con Martha y Charley, Barbagrís preguntó bruscamente:

-¿Por qué abandonasteis las barcas?

-¡Ya sabes por qué! No tuvimos más remedio al enterarnos de que estabas en dificultades. Te han dado una buena paliza. Todo ha desaparecido, excepto las barcas.

-¡Mi rifle!

-Afortunadamente, Jeff Pitt se lo habla llevado.

Chariey dejó el zorro en el suelo, y el animal tiró con fuerza de la correa. Se internaron en la oscuridad, por la desigual carretera. Brillaban muy pocas luces. Barbagrís se dio cuenta de lo tarde que era; había perdido la noción del tiempo. La taberna Potsluck tenía atrancada su única ventana. Las fogatas no eran más que humeantes conos de ceniza. Aparte de uno o dos propietarios que cerraban sus barracas, el lugar estaba en silencio. Un minúsculo fragmento de luna brillaba sobre la extensión de agua estancada que se abría paso a través del terreno a oscuras. El pulso de Barbagrís se normalizó con el frío aire nocturno.

-Ese Jingadangelow está detrás de todo esto -dijo violentamente Charley-. Por lo que he visto y oído, tiene a todos los viajeros en un puño. Es un charlatán. No tendrías que haberte puesto en contacto con él, Barbagrís.

-Los charlatanes tienen sus ambivalencias -repuso Barbagrís, admitiendo la ridiculez de esas palabras en su subconsciente. Después, se apresuró a añadir-: ¿Dónde están Becky y Towin?

-Están con Jeff, en el río. Al principio no les encontrábamos, pero no tardaron en volver. Habían estado celebrándolo.

Al salir de la carretera e internarse en terreno arenoso, vieron al trío cerca del esquife, sosteniendo un par de linternas. Cuando llegaron junto a ellos, nadie dijo nada. La celebración había terminado. «Isaac» removió inquietamente la arena, hasta que Charley se compadeció de él y lo cogió en brazos.

-Lo mejor sería irnos inmediatamente de aquí -dijo Barbagrís, cuando hubo comprobado que aunque las dos barcas era lo único que les quedaba, estaban intactas-. Este no es sitio para nosotros, y me avergüenzo de la parte que he tomado en los sucesos de esta tarde.

-Si hubieras seguido mi consejo, nunca habrías dejado la barca -dijo Pitt-, Aquí hay muchos bribones. Lo que más me aflige es la pérdida de las ovejas.

-Podrías haberte quedado junto a las barcas tal como te recomendamos -observó malhumoradamente Barbagrís. Volviéndose hacia los demás, dijo-: Mi impresión es que debemos seguir adelante. Hace una noche espléndida, y el alcohol que llevo en las venas me dará ánimos para remar. Mañana podemos haber llegado a Oxford, donde encontraremos trabajo y refugio. Habrá cambiado mucho desde que Martha y yo estuvimos allí, ya no sé ni cuántos años hace. ¿Estáis todos de acuerdo en abandonar cuanto antes esta guarida de ladrones?

Towin tosió, cambiando la linterna de una mano a otra.

-La verdad es que mi mujer y yo estábamos pensando en quedarnos aquí, ¿sabes? Nos hemos hecho grandes amigos de un matrimonio, se llaman Liz y Bob, y hemos pensado unirnos a ellos... Si no tenéis inconveniente. Como ya sabéis, no nos convence la idea de seguir río abajo. -A la luz de la luna, esbozó su característica sonrisa de lobo y agitó los ojos.

-En mi estado, necesito descanso -dijo Becky. Habló con más firmeza que su marido, observándoles desafiantemente a través de la mortecina luz de las linternas-. Ya estoy harta de viajar en ese horrible bote. Estaremos mucho mejor con estos amigos nuestros.

-No puedo creer que eso sea cierto, Becky -dijo Martha.

-¡Cómo que no! Acabaría muriéndome de frío en ese bote, en mi estado. Tow está de acuerdo conmigo.

-No tiene más remedio -observó Pitt.

El silencio los envolvió mientras permanecían, juntos y separados al mismo tiempo, en la oscuridad. Había mucho entre ellos que nunca habrían podido expresar, corrientes de simpatía y resentimiento, afinidad y aversión: vagas, pero no por eso menos fuertes.

-De acuerdo, si ya lo habéis decidido, continuaremos sin vosotros -dijo Barbagrís-. Vigilad vuestras pertenencias, es todo lo que tengo que deciros. -No nos gusta dejarte, Barbagrís -dijo Towin-. Tú y Charley podéis quedaros con el dinero que me debéis.

-Vosotros lo habéis querido.

-Es lo que yo he dicho -intervino Becky-. Ya somos mayorcitos para cuidar de nosotros mismos; ¡no faltaría más!

Mientras se estrechaban las manos, despidiéndose de unos y otros, Charley empezó a brincar y agitarse.

-Este zorro ha recogido todas las pulgas de la cristiandad. ¡«Isaac», vas a traspasármelas, maldito!

Dejando al zorro en el suelo, le ordenó que avanzara hacia el agua. El zorro entendió lo que se le pedía. Fue retrocediendo lentamente hasta mojarse la cola, el cuerpo, y finalmente la cabeza. Pitt levantó una linterna para verlo mejor.

-¿Qué hace? ¿Es que quiere ahogarse? -preguntó Martha con ansiedad.

-No, Martha, sólo los humanos se quitan la vida -dijo Charley-. Los animales tienen más fe. «Isaac» sabe que las pulgas odian el agua. Esta es su forma de librarse de ellas. Trepan por todo su cuerpo hasta llegar al hocico, tratando de no mojarse, ¿lo ves? Observa con atención.

Sólo parte de la cabeza del zorro sobresalía por encima del agua. El animal se sumergió hasta no dejar más que el hocico fuera de ella. Después se hundió completamente. Un círculo de diminutas pulgas fue lo único que quedó en la superficie. «Isaac» reapareció a un metro de distancia, salió a la orilla, se sacudió, y describió varios círculos en una loca carrera antes de regresar junto a su amo.

-Nunca habla visto un truco tan astuto -dijo Towin a Becky, meneando la cabeza, mientras los demás se encaramaban a los botes-. Debe de ser algo así lo que el mundo está haciendo a los seres humanos, si lo piensas bien... sacudírselos de encima.

-No dices más que tonterías, Towin Thomas -repuso ella.

Agitaron los brazos en señal de despedida mientras los botes se alejaban lentamente. Towin siguió su silueta con los ojos hasta que se perdió en la oscuridad reinante.

-Bueno, ahí se quedan -dijo Charley, impulsando la embarcación con un remo-. Ella es una deslenguada, pero lamento dejarles en una guarida de ladrones como ésa.

Habían decidido remolcar la barca de Jeff Pitt para que éste pudiera ir con ellos. El antiguo guardia comentó:

-¿Quiénes son los ladrones? Es posible que los propios hombres de Jingadangelow se hayan llevado nuestras cosas. Por otra parte, tampoco me extrañaría que hubiera sido el viejo Towin. Nunca he confiado en ese viejo ladino.

-Quienquiera que haya sido, el Señor proveerá por nosotros -dijo Charley. Dobló la espalda y hundió su remo en las aguas pobladas de juncias.

4 - WASHINGTON

En los primeros tiempos de Sparcot, cuando la gente allí congregada empezaba a formar una comunidad y el verano portador de numerosas enfermedades dio lugar a un otoño lluvioso, Charley Samuels tardó bastante en darse cuenta de que conocía al gran hombre de la calva y larga barba. Era una época en que todo el mundo estaba más atento a encontrar enemigos que amigos.

Librodot

Charley llegó a Sparcot algunos días después de los Timberlane, en un estado de ánimo imposible de describir.

Su padre había sido propietario de una pequeña librería en una ciudad de la costa sur. Ambrose Samuels era un hombre melancólico y colérico a la vez. Cuando estaba de excelente humor solía leer en voz alta a la señora Samuels, a su hijo Charley y sus dos hermanas, Ruth y Rachel. Escogía sus lecturas entre los miles de antiguos libros teológicos que llenaban el segundo piso de la tienda, o entre las obras de poetas anticuados y adustos que se vendían tan mal como la teología.

Así pues, gran parte de esos párrafos fueron inevitablemente asimilados por Charley. A partir de entonces pudo citarlos siempre que quiso, sin saber quién los había escrito, y no recordando más que procedía de lo que su padre designara como un «magnífico treintaidosavo» o una «espléndida octava».

Todos los hombres creen en la muerte excepto en la suya propia; hasta que un alarmante impacto del destino descarga sobre sus corazones el temor repentino.

Pero sus corazones heridos, igual que el aire herido, pronto se cierran; allí donde cayó la lanza no se encuentra traza.

Así como las alas no dejan en el cielo cicatriz alguna, ni la quilla en las olas la huella de su estela, así muere en los corazones humanos el pensamiento de la muerte.

A pesar de la tierna lágrima que la Naturaleza derrama sobre aquellos que amamos, nosotros lo lanzamos en sus tumbas.

Era mentira. Cuando Charley tenía once años, un alarmante impacto del destino estableció para siempre el pensamiento de la muerte en su corazón. Cuando Charley tenía once años, se produjo el desastre de la radiación, como resultado de ese acto deliberado de los hombres llamado El Accidente. Su padre murió de cáncer un año después.

La tienda fue vendida. La señora Samuels se llevó a sus hijos a su ciudad natal, donde obtuvo un puesto como secretaria. Charley empezó a trabajar a los quince años. Su madre falleció tres años después.

Desempeñó toda clase de trabajos mientras intentaba actuar como un padre para sus hermanas. Esto había sido a últimos de los años ochenta y principios de la década de mil novecientos noventa. Comparada con lo que debía venir, era -moral y económicamente una época bastante estable. Pero resultaba muy difícil obtener un empleo. A menudo había visto a sus hermanas establecidas en un buen puesto, mientras él estaba sin trabajo.

El estallido de la guerra fue un factor decisivo en su vida. Tenía veintinueve años. Aquella nueva locura, en la que se enfrentaron todas las naciones sin respetar siquiera a los pocos niños que sobrevivían, le llevó a la conclusión de que tenía que existir algo superior al hombre, pues, de lo contrario, toda la creación habría sido una burla. Le pareció que sólo en la religión podía encontrarse el antídoto a la desesperanza. Se hizo bautizar en la Iglesia Metodista, un paso que habría enfurecido a su padre.

Para evitar que le llamaran a filas durante la guerra, Charley se unió al Cuerpo de Infantop, una rama semi-internacional de Childsweep, dedicada a salvar vidas más que a arrebatarlas. Inmediatamente, se vio apartado de Rachel y Ruth e inmerso en el grueso de la lucha global. Fue entonces cuando conoció a Algy Timberlane.

Con la revolución y la retirada de la guerra por parte de Gran Bretaña en 2005, Charley regresó a cuidarse nuevamente de sus hermanas. Horrorizado, descubrió que Ruth y Rachel se dedicaban a la prostitución y estaban prosperando. Todo se hacía muy discretamente, y las dos seguían trabajando por la tarde en una tienda cercana. Charley acalló parte de su mente, y las defendió donde y cuando pudo.

Se convirtió en el pacificador de su próspero establecimiento. Porque bajo la Coalición y los gobiernos de Unidad que se sucedieron después, llegaron épocas desastrosas. El mundo empezó a hundirse en la senectud y el caos. Pero lo que las dos hermanas proporcionaban seguía siendo una necesidad. Florecieron hasta que el cólera asoló Inglaterra.

Charley sacó a sus hermanas de la ciudad y se las llevó al campo. Rachel y Ruth no protestaron; ya habían visto demasiadas cosas para asustarse. Un cliente moribundo en las escaleras

las hizo apresurarse a entrar en el coche que Charley había comprado con los ahorros obtenidos durante la guerra.

Una vez fuera de la ciudad, el coche expiró. Encontraron una media de nailon dentro del colector de aceite. Echaron a andar, cargándose los paquetes a la espalda, por una carretera que conducía -aunque ellos no lo sabían- hacia Sparcot. Muchos otros refugiados seguían aquel mismo camino.

Fue un éxodo horrible. Entre los viajeros se encontraban bandidos que se lanzaron sobre sus compañeros, les cortaron el cuello y se adueñaron de sus pertenencias. Otro de los bandidos actuaba del modo siguiente: como la sangre le repugnaba, asestaba un fuerte golpe en la cabeza de sus víctimas y les daba muerte. Atacó a Ruth durante la primera noche y a Rachel durante la tercera, dejándolas tendidas sobre los montículos de humus donde Charley clavó dos cruces que hizo él mismo con varias ramas de los polvorientos setos que bordeaban el camino.

Cuando llegó al dudoso refugio de Sparcot (ayudando a una mujer llamada Iris, con la que decidió casarse dieciocho meses después), Charley era un hombre metido en sí mismo. No deseaba volver a interesarse por el mundo. En su corazón herido, el temor repentino había encontrado un alojamiento permanente.

Tanto él como Timberlane habían cambiado tanto que no fue extraño que el reconocimiento mutuo se hiciera de forma gradual. En aquel año de 2029, el primero que pasaban en Sparcot, hacía más de un cuarto de siglo que no se veían: desde 2001, cuando la guerra aún asolaba el mundo y ambos se hallaban en el Cuerpo de Infantop. Después habían estado operando en ultramar, registrando los destrozados valles de Assam...

De su patrulla, sólo dos sobrevivieron. Esos dos, como resultado de una antigua costumbre, avanzaban en fila. El hombre que iba detrás, el cabo Samuels, llevaba un arma nuclear ligera, diversos paquetes de provisiones y una lata de agua. Andaba como un sonámbulo, bajando a tropezones la boscosa ladera de la colina.

Delante de él, bailaba la cabeza de un niño, colgando boca abajo y mirándole con ojos inexpresivos. El brazo izquierdo del niño se balanceaba contra el muslo del hombre sobre cuya ancha espalda iba tendido. Era un niño de la tribu Naga, de complexión delicada y cabeza afeitada, de unos nueve años de edad. Estaba inconsciente; las moscas que zumbaban incesantemente en torno a sus ojos y la herida de su muslo no le molestaban.

El que le llevaba a hombros era el sargento Timberlane, un bronceado joven de veintiséis años. Timberlane se hallaba en posesión de un revólver, varias piezas de su equipo atadas a su cuerpo y un palo con el que se ayudaba mientras seguía el camino que conducía al fondo del valle.

La estación seca reinaba sobre Assam. Los árboles, que no debían de medir más de dos metros, parecían muertos, y sus hojas colgaban desmayadamente. El río que discurría a lo largo del valle se había secado, dejando un arenoso chaung sobre el cual podían circular los vehículos de ruedas y los MET. El polvo levantado por los vehículos había cubierto los árboles de ambos lados del chaung, blanqueándolos hasta darles la apariencia de un aparato de televisión abandonado. El mismo chaung brillaba bajo el sol resplandeciente.

Allí donde los árboles terminaban, Timberlane se detuvo en seco y afianzó al niño herido sobre sus hombros. Charley chocó con él.

-¿Qué ocurre, Algy? -preguntó, despertando súbitamente de su ensoñación. Mientras hablaba, tenía la vista fija en la cabeza del niño. Como había sido afeitado, todo su cabello se reducía a algunas cerdas, entre las cuales se paseaban las moscas como si fueran pulgas. Los ojos del muchacho eran tan inexpresivos como la gelatina. Boca abajo, un rostro humano queda despojado de gran parte de su expresión.

-Tenemos visitantes. -El tono de la voz de Timberlane devolvió instantáneamente a Charley toda su lucidez.

Antes de trepar a la montaña, habían dejado su hidrofoil desmontable debajo de un pequeño farallón, oculto a los aviones por una red de camuflaje. Ahora, una ambulancia de diseño americano se hallaba aparcada debajo del farallón. Se veían dos figuras junto a ella, mientras que una tercera inspeccionaba el hidrofoil.

Librodot

Este minúsculo cuadro, embalsamado por la luz del sol, fue quebrado por el súbito repiqueteo de una ametralladora. Sin pensarlo, Timberlane y Charley se tiraron al suelo. El muchacho naga lanzó un gemido cuando Timberlane lo soltó y se llevó unos binoculares a los ojos. Centró la imagen en la desolada ladera que había a su izquierda, de donde partieran los tiros. Unas figuras agazapadas aparecieron ante su vista, con sus uniformes de color caqui claramente visibles sobre el fondo de los matorrales blancos por el polvo, que se fueron perfilando con mayor exactitud cuando Timberlane las enfocó.

-¡Ahí están! -dijo Timberlane-. Probablemente son los mismos bastardos que nos encontramos al otro lado de la colina. Saca el arma, Charley, y acabemos de una vez.

Tendido junto a él, Charley ya estaba montando el arma. Abajo en el chaung, uno de los tres americanos había sido alcanzado por la primera ráfaga de la ametralladora. Se desplomó pesadamente. Moviéndose con dificultad, logró arrastrarse hasta la ambulancia. Sus dos compañeros se hallaban escondidos detrás de unos matorrales. De repente, uno de ellos salió al descubierto y corrió hacia la ambulancia. El enemigo volvió a abrir fuego. El polvo revoloteó en torno a la figura que corría. Esta giró en redondo, dio una voltereta en el aire y desapareció tras el polvoriento follaje.

-¡Ya está! -murmuró Charley. El polvo de su rostro, la mayor parte del cual se había convertido en barro a causa del sudor, se arrugó imperceptiblemente cuando introdujo el cañón del arma en su lugar. Apretó los dientes y tiró de la palanca de fuego. Una pequeña bomba nuclear pasó silbando sobre la ladera.

-Dispara otra en cuanto puedas -susurró Timberlane. Charley conectó el disparador automático y apretó la palanca. Las bombas se dirigieron como murciélagos hacia el blanco. En la ladera de la colina, las minúsculas figuras pardas se diseminaron para ponerse a salvo. Timberlane extrajo su revólver y apuntó contra ellas, pero la distancia era demasiado grande para acertar.

Permanecieron tendidos, contemplando la nube de humo que se cernía sobre la colina. Se oyeron algunos gritos. Parecía como si sólo dos de sus enemigos hubieran logrado escapar, retrocediendo hasta el otro lado de la ladera.

-¿Crees que podemos arriesgarnos a bajar? -preguntó Charley.

-Me parece que ya no volverán a molestarnos. Ya han tenido suficiente.

Desmontaron el arma, recogieron al niño y reanudaron el descenso. Cuando se hallaron cerca de los dos vehículos, el miembro superviviente de la emboscada salió a su encuentro. Era un hombre alto y esbelto, de no más de treinta años, con oscuras cejas que casi se unían en el centro y cabello rubio muy abundante. Se adelantó con una cajetilla de cigarrillos extendida hacia ellos.

-Habéis llegado en muy buen momento, muchachos. Os agradezco la forma en que habéis salvado a mi comité de recepción.

-Ha sido un placer -dijo Timberlane, estrechando la mano del hombre y cogiendo un cigarrillo-. Ya nos habíamos topado con esa pequeña división al otro lado de la colina, en Mokachandpur, donde eliminaron al resto de nuestros compañeros. Son enemigos muy personales. Nos hemos alegrado de darles su merecido.

-Veo que sois ingleses. Yo soy americano, y me llamo Jack Pilbeam, Destacamento Especial de la Unidad Quinta. Estábamos en camino hacia allí cuando vimos vuestro vehículo y nos detuvimos a comprobar si todo estaba bien.

Los demás se presentaron también, y Timberlane dejó al niño inconsciente en la sombra. Pilbeam se sacudió el polvo del uniforme y fue con Charley a buscar a sus compañeros.

Timberlane se agachó un momento junto al muchacho, puso una hoja encima de su herida, enjugó el polvo y las lágrimas de su cara y espantó a las moscas. Contempló el frágil cuerpo del niño y le tomó el pulso. El pliegue de su boca se acentuó, y pareció mirar a través de la oscilante caja torácica, la tierra y el amargo corazón de la vida. En ninguno de estos lugares pudo encontrar la verdad, sino únicamente lo que reconoció corno una mentira ególatra, nacida de su propio corazón: «¡Sólo yo amaba bastante a los niños!»

En voz alta, pero hablando principalmente para sí mismo, dijo:

-Había tres de ellos arriba de la colina. Los otros dos eran niñas, hermanas. Hermosas criaturas, salvajes como los armiños, sin anormalidades. Las niñas murieron a raíz de las bombas nucleares, destrozadas ante nuestros ojos.

-Mueren más de los que se salvan -dijo Pilbeam. Estaba arrodillado junto a la figura caída a la sombra de la ambulancia-. Mis dos compañeros también han muerto... bueno, no eran realmente compañeros. Hoy mismo he conocido al conductor, y Bill no tenía otra cosa en común conmigo que haber nacido en Estados Unidos. Claro que eso no me consuela de su muerte. Esta asquerosa guerra... ¿Por qué diablos luchamos si la vida humana ya está abocada a la extinción? Ayudadme a meterlos en el camión de los tormentos, ¿queréis?

-Haremos más que eso -prometió Timberlane-. Si regresas a Wokha, como supongo, nos escoltaremos mutuamente, por si acaso hay más individuos en los riscos.

-Hecho. Vosotros tenéis compañía, y creo que a mí tampoco me irá mal. Aún estoy temblando como una hoja. Esta noche podéis venir al cuartel general y brindaremos juntos por la vida. ¿De acuerdo, sargento?

Mientras subían los dos cuerpos, aún calientes, a la ambulancia, Pilbeam encendió otro cigarrillo. Miró a Timberlane a los ojos.

-Siempre hay un consuelo -dijo-. Esta guerra terminará realmente con la guerra. No quedará nadie para seguir luchando.

Charley fue el primero en llegar aquella noche al cuartel general. Al entrar en el bajo edificio, intercambiando el zumbido de los insectos por el zumbido de la refrigeración, vio a Jack Pilbeam sentado a una mesa del rincón frente a un vaso. El americano se levantó para saludarle. Iba pulcramente vestido con un traje de color gris, se había afeitado y parecía aún más vigoroso y feroz que cuando se hallaba en la jungla. Él también lanzó una mirada de aprobación al atuendo de Charley.

-¿Qué quieres beber... Charley, no es así? Yo ya me he procurado una copa.

-No bebo. -Hacia tiempo que había aprendido a pronunciar la frase sin disculpas adicionales; en esta ocasión, sonriendo tristemente, añadió-: Mato, pero no bebo.

Hubo algo -quizá el mero hecho de que Jack Pilbeam fuera americano, y Charley considerase más fácil hablar con americanos que con sus propios compatriotas- que le impulsó a añadir la explicación que, en sí misma, constituía una disculpa.

-Tenía once años cuando tu nación y la mía hicieron estallar esas bombas fatales en el espacio. Cuando tenía diecinueve, poco después de la muerte de mi madre, supongo que fue una especie de compensación, me prometí con una muchacha llamada Peggy Lynn.

No disfrutaba de muy buena salud y había perdido todo el cabello, pero yo la amaba... íbamos a casarnos. Bueno, naturalmente, nos sometimos a un examen médico y nos dijeron que seríamos estériles durante toda la vida, como todo el mundo... Eso terminó de algún modo con el romance.

-Sé lo que quieres decir.

-Quizá fuera lo mejor. De todos modos, tenía dos hermanas a quien cuidar. Pero a partir de entonces, empecé a no querer nada...

-¿Religioso?

-Sí, aunque de una forma basada principalmente en el renunciamiento.

Los ojos claros y brillantes de Pilbeam eran más atractivos que su boca extremadamente fina.

-Pues estás bien preparado para las próximas décadas; porque entonces sí que necesitaremos mucho renunciamiento. ¿Qué ha sido de Peggy?

Charley se miró las manos.

-Dejamos de vernos. Un buen día de primavera, murió de leucemia. Lo supe más tarde.

Después de beber un buen trago, Pilbeam dijo:

-Así es la vida, como siempre se dice al hablar de la muerte. -Su tono desmintió toda la agudeza de la observación.

-Aunque yo era sólo un niño, creo que... el Accidente me volvió loco -dijo Charley, mirándose las botas-. Miles, millones de personas se volvieron locas, secretamente. Algunas no tan en secreto, desde luego. Y nunca han logrado reponerse, a pesar de que hayan transcurrido veinte años. Quiero

Librodot

decir que, aunque fuera hace veinte años, sigue estando presente en todos nosotros. Esta es la causa de la guerra, que todos estemos locos... Nunca lo entenderé: necesitamos todas las vidas jóvenes posibles, y hay una guerra global... ¡Una locura!

Con rostro sombrío, Pilbeam vio que Charley sacaba un cigarrillo y lo encendía; era de los que no contenían tabaco y crujió, tan fuertemente lo apretó Charley entre los dedos.

-Yo no veo la guerra del mismo modo -dijo Pilbeam, pidiendo otro bourbon de Kentucky-. La veo como una guerra económica. Es posible que se deba a mi educación y crianza. Mi padre, ya está muerto, era director de ventas de Jaguar Records, y aprendí a decir «impuesto de consumo» casi al mismo tiempo que «mamá». La economía de todas las grandes naciones fluctúa, si es que puede existir una fluctuación unilateral. Sufren una enfermedad fatal llamada muerte, y hasta ahora es irremediable... aunque sigan investigando. Pero una a una, las industrias van a la quiebra, incluso aquellas en que existe la voluntad de sacarlas a flote. Y no tardará en llegar el día en que esa voluntad flaquee.

-Lo siento -dijo Charley-; no acabo de entender lo que me explicas. La economía no es en absoluto mi especialidad. Yo sólo...

-Me explicaré mejor. ¡Dios mío! A ti puedo decírtelo: mi padre murió el mes pasado. No murió... se suicidó. Se tiró por la ventana de un piso cincuenta y dos del edificio de Jaguar Records. -Sus ojos brillaban; frunció las cejas y dejó caer débilmente un puño sobre la mesa-. Mi padre... formaba parte de Jaguar. Él la mantenía en marcha, y la compañía le mantenía en marcha a él. Supongo que, en cierta forma, era un tipo de hombre muy americano... vivía para su familia y su trabajo, tenía gran cantidad de sociedades comerciales... Al infierno con todo eso. Lo que estoy tratando de decir... ¡Dios mío, ni siquiera tenía cincuenta años! Cuarenta y nueve, nada más.

»Jaguar quebró; más que eso: desapareció. De repente languideció y falleció. ¿Por qué? Porque su mercado lo constituían los adolescentes: vendían discos de Elvis, Donnie y Vince, así como de otros cantantes modernos. Eran los jóvenes, los adolescentes, los que compraban discos Jaguar. De pronto, no hay más jóvenes, ni más adolescentes. La compañía lo vio venir. Fue como deslizarse hacia un precipicio. Año tras año, las ventas disminuían, los ingresos mermaban y los costes seguían en alza... ¿Qué puedes hacer? ¿Qué diablos puedes hacer excepto continuar produciendo?

»A nuestro alrededor hay cantidad de industrias igualmente apuradas. Uno de mis tíos es ejecutivo de confiterías Park Lane. Es posible que se aguanten durante unos años, pero las cosas no van bien. ¿Por qué? Porque eran los menores de veinte años quienes consumían más dulces. Su mercado ha muerto... sin nacer. Una nación tecnológica es una red de fuerzas delicadamente equilibradas. Es imposible que una esquina se pudra sin que lo haga todo el resto. ¿Qué haces en un caso como éste? Haces lo mismo que hizo mi padre: seguir adelante mientras puedes, y después tirarte del piso cincuenta y dos.

Envidiando la ligera borrachera de Pilbeam, Charlie dijo:

-Me ha parecido oír algo de que la voluntad terminará flaqueando.

-Oh, eso! Verás, mi padre y sus amigos, bueno, siguen adelante mientras haya alguna esperanza. Tratan de salvar todo lo posible para sus hijos. Pero nosotros, nosotros no tenemos hijos. ¿Qué ocurrirá si esta maldición de la esterilidad dura eternamente? No tendremos la voluntad de trabajar si no hay nadie a quien...

-¿Legar el fruto de nuestros esfuerzos? Ya había pensado en eso. Quizá todo el mundo lo haya pensado. Pero los genes tienen que recuperarse pronto; han pasado veinte años desde el Accidente.

-Así lo creo yo también. En Estados Unidos nos dicen que la esterilidad remitirá dentro de unos cinco o diez años.

-Decían lo mismo cuando Peggy vivía... Es una frase muy gastada de los políticos británicos, para tranquilizar a los votantes.

-Los industriales americanos lo conseguían haciéndoles comprar. Pero la cuestión es que el sistema industrial se está yendo a la mierda... lo siento, ha sido un desliz freudiano; he bebido demasiado, Charley, y tienes que perdonarme... el sistema se ha derrumbado a causa de ellos. Así que debemos tener una guerra, mantener la producción en decadencia, disculpar el déficit a base de explicaciones, ocultar la inflación, desviar las culpas, reforzar los controles... ¡Es un mundo maldito,

Charley! Mira a todos los que están aquí, comprando la muerte a plazos y plenamente conscientes de ello...

Charley paseó la mirada por la pintoresca habitación, con su barra y sus grupos de sonrientes soldados. La escena no le pareció tan sombría como Pilbeam la había descrito; sin embargo resultaba evidente que en el corazón de cada uno de aquellos hombres estaba grabado el conocimiento de una aniquilación tan grande que ya había dado un salto hacia el futuro y se había tragado a la próxima generación. La ironía residía en que sobre esos soldados no se cernía la amenaza de una guerra nuclear. Las grandes bombas habían caldo en desuso después de sólo medio siglo de existencia; la biosfera estaba demasiado cargada de radiación después del Accidente de 1981 para que cualquiera se arriesgara a incrementar su nivel. Oh, había armas nucleares estratégicas, y los neutrales protestaban continuamente por su causa; pero las guerras tenían que hacerse de algún modo, y ya que las pequeñas armas nucleares seguían produciéndose, se empleaban. ¿Qué eran varias especies de animales comparadas con un avance de un kilómetro y otra medalla otorgada a un general?

Interrumpió sus pensamientos, avergonzado de su fácil cinismo. «¡Oh Dios, aunque muera, déjame vivir!»

Había perdido el hilo del discurso de Pilbeam. Fue con verdadero alivio que vio entrar a Algy Timberlane en la cantina.

-Lo siento, llego tarde -se disculpó Timberlane, aceptando amablemente un bourbon con hielo-. Fui al hospital para ver a ese muchacho que hemos traído de Mokachandpur. Está en coma febril. Depresión. Hodson le ha atiborrado de micetinina, y no sabrá hasta mañana si podrá salvarse o no. El pobre muchacho está mal herido... es posible que tengan que amputarle la pierna.

-¿Estaba bien de todo lo demás? Quiero decir... ¿sin alterar? -preguntó Pilbeam.

-Físicamente, en estado normal. Y eso sólo empeorará las cosas si es que muere. ¡Y pensar que perdimos a Frank, Alan, y Froggie para ir a buscarle! Es una verdadera pena que las dos niñas fueran despedazadas.

-Lo más probable es que estuvieran deformadas si llegas a salvarlas -dijo Pilbeam.

Encendió un cigarro después de que los dos ingleses declinaran su ofrecimiento. Sus ojos parecían más atentos, ahora que Timberlane se había unido al grupo. Se sentó con la espalda más recta y habló de forma más controlada:

-El noventa y seis coma cuatro por ciento de los niños que hemos recogido en la Operación Childsweep tienen deformidades externas o internas. Antes de que vinieras, Charley y yo hablábamos del maloliente asunto de la locura que ha embargado al mundo. Es el ejemplo mejor y más brillante de lo que los últimos veinte años nos ha proporcionado; el mundo occidental malgastó los primeros quince años en asesinar legalmente a todas las pequeñas monstruosidades nacidas de las pocas mujeres que no eran estériles. Después, nuestros -se abren comillas- grandes pensadores -se cierran comillas- tuvieron la idea de que las monstruosidades podían, después de todo, reproducirse y reproducirse bien, restaurando de este modo el equilibrio después de una generación. Así que nos dedicamos a secuestrarlos a escala internacional.

-No, no, no puedes decir eso -exclamó Charley-. Estoy de acuerdo contigo en que el asesinato legal de... bueno, llamémoslo monstruosidades...

-¿Llamémoslo monstruosidades? ¡Sin brazos o piernas, sin cuencas oculares en el cráneo, con miembros parecidos a esas cosas hinchadas que pintaba Salvador Dalí!

»Seguían perteneciendo a la raza humana, y sus almas seguían siendo inmortales. Su asesinato legal fue peor que la locura. Pero después de eso recobramos el sentido común y establecimos clínicas gratuitas para los niños de las razas subdesarrolladas, donde los pobres desgraciados podían ser cuidados...

Pilbeam soltó una carcajada.

-Disculpas, Charley; me estás contando una historia en la que yo he metido mano... un dedo, mejor dicho. Naturalmente, tú te basas en la propaganda que has oído. Pero estas razas llamadas subdesarrolladas ¡fueron las que no cometieron el asesinato legal! Amaban sus horrores y los dejaban vivir. Así que nosotros llegamos también a la conclusión de que necesitamos sus horrores, para asentar sobre ellos nuestro futuro. Te lo digo, es una guerra económica. Las democracias, y nuestros

amigos de la comunidad comunista, necesitan una nueva generación, conseguida de la forma que sea, para trabajar en sus líneas de montaje y consumir sus productos... ¡De ahí esta asquerosa guerra, luchando por lo que aún queda! ¡Qué diablos, un mundo loco, amigos míos! ¡Bebe, sargento! Brindemos por la futura generación de consumidores, ¡tengan las cabezas o traseros que tengan!

Mientras Timberlane y Pilbeam estallaban en carcajadas, Charley se levantó.

-Debo irme. Tengo una guardia mañana a las ocho, y aún he de limpiar las armas. Buenas noches, caballeros.

Los otros dos volvieron a llenar los vasos en cuanto se hubo ido, y acercaron instintivamente sus respectivas sillas.

-Un gran creyente, ¿verdad? -preguntó Pilbeam.

-Es un muchacho reservado -dijo Timberlane-. Muy útil cuando hay dificultades, como he descubierto hoy mismo. Es lo que tienen las personas religiosas: creen que si ellos están en el lado de Dios, el enemigo está en el del demonio, y por eso no tienen escrúpulos en atacarles de firme.

Pilbeam le miró sonriendo a través de una nube de humo.

-Tú eres un tipo diferente.

-En cierta manera, sí. Yo estoy tratando de olvidar que mañana habrá un funeral por nuestros compañeros; Charley está tratando de acordarse.

-En nuestras líneas tendrá lugar el entierro de mi camarada y el chofer. Eso retrasará mi partida.

-¿Te marchas?

-Sí, regreso a Estados Unidos. Tengo un MET en Kohima, y después cogeré un reactor orbital hasta Washington, Distrito de Columbia. Mi trabajo aquí ha terminado.

-¿Cuál es tu trabajo, Jack, si es que puedo preguntártelo?

-En este momento, formo parte de un destacamento de Childsweep, reclutando personal para un nuevo proyecto de alcance mundial. -Se interrumpió y miró fijamente a Timberlane-. Dime, Algy, ¿te gustaría dar un paseo y respirar un poco de ese aire de Assam?

-Desde luego.

La temperatura habla descendido bruscamente, recordándoles que se hallaban a casi dos mil metros por encima del nivel del mar. Instintivamente, echaron a andar con rapidez. Pilbeam tiró la colilla de su cigarro y la hundió en la arena. La luna colgaba del vientre del cielo como un testículo. Un pájaro nocturno acentuó la quietud del resto de la creación.

-Es una lástima que el Gran Accidente rodeara al globo de radiación e hiciera casi imposibles los viajes espaciales -dijo Pilbeam-. En las estrellas quizá habría habido un refugio para la locura de la Tierra. Mi padre era un gran creyente en los viajes espaciales, y solía leer toda la literatura publicada sobre el tema. Un gran optimista por naturaleza... por eso no pudo resistir el fracaso. Le estaba diciendo a tu amigo Charley que papá se suicidó el mes pasado. Aún sigo tratando de hacerme a la idea.

-Siempre es difícil superar la muerte de un padre. Es imposible dejar de tomártelo a pecho. Es un... bueno, una especie de insulto, cuando se trata de alguien muy querido para ti y lleno de vida.

-Hablas como si lo hubieras experimentado.

-Algo así. Como miles de otras personas, mi padre también se suicidó. Yo era un niño cuando lo hizo. No sé si esto es mejor o peor... ¿Estabas muy unido a tu padre?

-No. Quizá sea por eso que me duele más. Podría haber estado unido a él. Malgasté mi oportunidad. Sea como sea, a demonio con todo.

Se estaba levantando un fuerte viento que, partiendo de las montañas, azotaba el campamento. Siguieron andando con las manos en los bolsillos.

En silencio, Pilbeam recordó cómo su padre había alentado su idealismo.

-No entres en el negocio de los discos, hijo -le había dicho-. Seguirá adelante sin ti. Únete a Childsweep, si es lo que deseas.

Pilbeam se adhirió a Childsweep cuando tenía dieciséis años, empezando en el puesto más bajo de la organización. El mayor logro de Childsweep fue el establecimiento de tres Centros Infantiles, cerca de Washington, Karachi y Singapur. Allí se criaba a los niños nacidos en todo el mundo

Librodot

después del Accidente, siempre que se obtenía el consentimiento de los padres, para enseñarles a vivir con sus deformidades y la sociedad en crisis en la cual se encontraban.

El experimento no fue un éxito sencillo. La disminución del número de niños era considerable; en cierta ocasión, habla tres psiquiatras para cada niño. Pero constituyó un intento para arreglar las cosas. Pilbeam, trabajando en Karachi, se sentía casi feliz. Después, los niños se convirtieron en el tema de una disputa internacional. Finalmente estalló la guerra. Cuando ésta alcanzó una fase más desesperada, los Centros Infantiles de Singapur y Karachi fueron bombardeados y destruidos desde satélites de órbita automática. Pilbeam escapó y voló a Washington con una herida leve en la pierna, a tiempo para enterarse del suicidio de su padre.

Tras un minuto de silencio, Pilbeam dijo:

-No te he arrastrado hasta aquí para desanimarte sino para hacerte una proposición. Tengo un empleo para ti. Un verdadero empleo, un empleo que te llenará la vida. Puedo arreglarlo con tu comandante si estás de acuerdo...

-¡Oye, no tan de prisa! -exclamó Timberlane, extendiendo las manos en señal de protesta-. No quiero un empleo. Ya tengo uno: salvar a cualquier niño que encuentre por estas montañas.

-Esto es un verdadero trabajo, no unas vacaciones para niñeras. El trabajo de más responsabilidad que ha habido nunca. No suelo equivocarme en mis corazonadas, y estoy seguro de que tú eres la clase de tipo que nos conviene. Puedo arreglarlo de modo que vueles mañana conmigo a Estados Unidos.

-Oh, no, tengo una novia en Inglaterra, y debo irme a finales de la próxima semana. No puedo aceptar, pero gracias de todos modos.

Pilbeam se detuvo y miró fijamente a Timberlane.

-Haremos que tu novia vaya a Washington. El dinero no es problema, créeme. Por lo menos, déjame hablarte de la cuestión. Verás, sociológica y económicamente, vivimos en tiempos muy interesantes, siempre que puedas mirarlo con perspectiva. Así que un grupo de estudios universitario, con el respaldo de la corporación y el ayuntamiento, ha empezado a estudiar y registrar lo que ocurre. No habrás oído hablar del grupo; es nuevo y se mantiene apartado de las noticias. Se denomina Documentación Universal Contemporánea Histórica: DOUCH para abreviar. Necesitamos personal para trabajar en todos los países. Volvamos a mi alojamiento y conocerás a Bill Dyson, que es el encargado del proyecto para el Sudeste Asiático, y te proporcionaremos todos los datos.

-Esto es una locura. No puedo aceptar. ¿Has dicho que sacarías a Martha de Inglaterra para llevarla adonde yo estuviese?

-¿Por qué no? Ya sabes cómo va Inglaterra: de vuelta a la oscuridad, bajo este nuevo gobierno y las circunstancias impuestas por la guerra. Los dos os encontraríais mejor en América durante algún tiempo, mientras os adiestramos. Es una gran idea, ¿verdad? Observó la expresión plasmada en el rostro de Timberlane y añadió-: No tienes que decidirte ahora mismo.

-No puedo... ¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

Pilbeam consultó su reloj y se rascó la cabeza con una uña.

-Hasta que nos hayamos remojado el gaznate con otro trago, ¿te parece bien?

Sobre la polvorienta pista de despegue de Kohima, dos hombres se estrechaban la mano.

-No me gusta irme así, Charley.

-Al comandante aún debe de gustarle menos.

-Reaccionó como un corderito. No sé qué clase de chantaje pudo hacerle Pilbeam.

Un momento de silencio, y después Chariey dijo:

-¡Ojalá pudiera irme contigo! Has sido un buen amigo.

-Tu país te necesita, Charley, no te engañes. -Pero Charley sólo dijo:

-Habría podido ir contigo si hubiera sido bastante bueno.

Turbado, Timberlane subió la escalerilla que conducía al avión, y se volvió para agitar la mano. Intercambiaron una última mirada antes de que se metiera dentro.

El reactor orbital despegó ruidosamente, dirigiéndose hacia la otra parte del globo en una parábola transpolar. El sol se ocultaba tras el borde occidental del mundo, mientras que, debajo de ellos, la Tierra estaba inundada por una confusión de luces y sombras.

Librodot

Jack Pilbeam, Algy Timberlane y Bill Dyson se sentaron juntos, hablando muy poco al principio. Dyson era un individuo corpulento, de aspecto tan robusto como Pilbeam era erudito, calvo y de amplia sonrisa. Era tan sosegado como Pilbeam sensitivo. A pesar de no ser más que diez años mayor que Timberlane, daba la impresión de serlo mucho más.

-Es nuestro trabajo, señor Timberlane, ser pesimistas profesionales de DOUCH -dijo-. Con respecto al futuro, únicamente podemos permitirnos ser testarudos y serenos. Hay que enfrentarse al hecho de que si los genes vitales han desaparecido del aparato reproductivo humano, es posible que el resto del aparato no tenga la fuerza para volver a construirlos. En ese caso, los hombres jóvenes como usted y este depravado de Pilbeam representan la última generación humana. Por eso le necesitamos; para registrar la agonía de la raza humana.

-Suena como si lo que quisieran fueran periodistas -dijo Timberlane.

-No señor, lo que necesitamos son hombres con integridad. Esto no es una caza de noticias, es una forma de vida.

-Una forma de muerte, Bill -corrigió Pilbeam.

-Un poco de ambas cosas. Tal como la Biblia nos recuerda, en plena vida estamos muertos.

-Sigo sin comprender la finalidad del proyecto si la raza humana llega a extinguirse -dijo Timberlane-. ¿A quién beneficiará entonces?

-Buena pregunta. Ahí va lo que espero que sea una buena respuesta. Beneficiará a dos clases de personas. Ambos grupos son puramente hipotéticos. Beneficiará a un pequeño grupo que podemos imaginamos, por ejemplo, en América dentro de treinta o cuarenta años, cuando toda la nación haya sucumbido en el caos; supongamos que fundan una pequeña comunidad y descubren que pueden engendrar niños. Estos niños serán como salvajes, niños separados de la civilización a la que legalmente pertenecen. Los registros de DOUCH constituirán el eslabón que unirá su pasado y su futuro, y les dará la oportunidad de pensar según las normas correctas y construir una comunidad socialmente viable.

-¿Y el segundo grupo?

-Me parece que no es usted un hombre muy especulativo, señor Timberlane. ¿No se le ha ocurrido nunca pensar que quizá no estemos solos en este universo? No me refiero únicamente al Creador; es difícil creer que sólo hiciera a Adán. Me refiero a las demás razas que viven en los planetas de otras estrellas. Es posible que algún día visiten la Tierra, tal como nosotros hemos hecho con la Luna y Marte. Buscarán una explicación a nuestra «civilización perdida», igual que nosotros nos hemos preguntado acerca de la civilización perdida de Marte, de la cual encontró algunos indicios la expedición de Leatherby. DOUCH les dejará una explicación. Si esta explicación también contiene una enseñanza que ellos puedan adoptar, tanto mejor.

-Hay un tercer grupo hipotético -dijo Pilbeam, inclinándose hacia delante-. Es el que me hace estremecer. Quizá leyera demasiados libros de ciencia ficción cuando era pequeño. Pero si el hombre va a desaparecer de su nicho ecológico, es posible que alguna criatura ya existente se encarame a él y ocupe su lugar en un par de cientos de años, cuando el lugar esté debidamente aireado.

Se echó a reír. Con tranquilo sentido del humor, Dyson dijo:

-Podría ser, Jack. Las estadísticas acerca de cómo afectó el Gran Accidente a los primates no están muy claras. Es posible que los osos o los gorilas ya hayan iniciado una favorable línea de mutación.

Timberlane guardó silencio. No sabía cómo intervenir en aquel tipo de conversación. Todo el asunto le seguía pareciendo irreal. Al despedirse de Charley Samuels, la expresión de desaliento que observó en el rostro de su amigo le impresionó casi tanto como la instantánea cooperación del comandante con Childsweep. Miró hacia abajo por la ventanilla. Los cúmulos formaban una mullida cama sobre la Tierra. Se hallaba en una Tierra de Nubes.

En el tenebroso mundo que yacía allí abajo, una incierta dinastía de un millón de años de antigüedad estaba llegando a su fin, con la auto inmolación de la casa reinante. Timberlane no estaba seguro de que llegase a gustarle el registro de su agonía.

Un benigno sol otoñal y una escolta militar salió a recibirles en Bolling Field. Con gran irritación por parte de Pilbeam, pasaron media hora en el Edificio de Inspección antes de que se

Librodot

cumplieran las formalidades de Sanidad y Seguridad. Fueron conducidos junto con su equipo y por medio de un camión eléctrico a un pequeño autobús particular que les aguardaba en el exterior. En uno de los costados estaban pintadas las letras DOUCH.

-Mi impresión es buena -exclamó Timberlane-. Ahora, por primera vez, creo que no soy la víctima de alguna complicada trampa.

-No habría creído que aterrizaríamos en Pekin, ¿verdad? -inquirió Dyson, sonriendo con aplomo.

-Asegúrese de no subir nunca a un autobús con las siglas ROIC o DAIU, por muy borracho que esté -advirtió el jefe de su escolta militar, ayudando a Timberlane con su equipaje-. Significa Residencia Oriental de Integración y Cultura o algo parecido, y DAIU es un flamante organismo dirigido por el Post y que significa Departamento de Asistencia Infantil Unificada. Están tremendamente ocupados, aunque no tengan ningún niño a quien asistir. Washington está plagado de iniciales y organismos, bastante desorganizados, por cierto. Es como vivir en una sopa de letras. Suban, amigos, y pronto estaremos metidos en uno o dos atascos de tráfico.

Pero Timberlane experimentó una cierta decepción al ver que se mantenían junto a la orilla oriental del grisáceo río que había divisado al aterrizar, entrando en la ciudad por una zona que Pilbeam llamó Anacostia. Se detuvieron en una angosta callejuela de blancas casas nuevas, delante de un edificio que le nombraron como su casa. Resultó estar abarrotado de decoradores y ruidosos carpinteros.

-Nuevos locales -explicó Pilbeam-. Hasta hace un mes, esto era un hogar para delincuentes juveniles mentalmente desequilibrados. Pero esto es un problema que el llamado Accidente ha abolido por completo. ¡Nos hemos librado de los delincuentes! Será un buen cuartel general, y cuando veas la piscina, te darás cuenta de por qué la delincuencia en este país se había convertido en una profesión.

Abrió de par en par la puerta de una espaciosa habitación.

-Tienes el dormitorio y el lavabo detrás de aquella puerta. Compartes los servicios de ducha con el ocupante de la habitación vecina que, en este caso, soy yo. Al fondo del pasillo está el bar, y te aseguro que si aún no lo tienen acondicionado, y con una hermosa muchacha detrás de la barra, van a saber quién soy yo. Te espero allí con un martini dentro de diez minutos, ¿eh?

El curso de adiestramiento de DOUCH tenía una duración de seis semanas. Aunque estaba muy bien organizado, el sistema resultaba caótico, debido al desorden de la época.

Internamente, todas las grandes ciudades se enfrentaban con graves problemas laborales; el alistamiento de los huelguistas en las fuerzas armadas sólo había servido para extender el malestar a esos cuerpos. La guerra no era popular, y no sólo porque faltara el entusiasmo de la juventud.

Externamente, las ciudades sufrían los bombardeos enemigos. Las incursiones llamadas «Gordo Choy» eran la especialidad del enemigo: misiles equipados con desviadores de detección que caían desde órbitas espaciales, desintegrándose antes de llegar al suelo y diseminando «maletas» de explosivos o proyectiles incendiarios. Era la primera vez que la población americana había experimentado ataques aéreos en su propio suelo. Mientras numerosos habitantes de las ciudades se trasladaban a otras más pequeñas o al campo -sólo para regresar al poco tiempo, prefiriendo el riesgo de los bombardeos a un medio ambiente con el que no se compenetraban-, muchos campesinos acudían a las ciudades en busca de salarios más altos. La industria se quejaba continuamente; pero la agricultura se hallaba en un estado mucho peor, y el Congreso se afanaba en aprobar leyes que le permitieran enviar nuevamente a los campesinos a sus tierras.

La única característica positiva de la guerra era que la economía enemiga se tambaleaba aún más que la americana; el número de «Gordo Choys» había disminuido notablemente durante los últimos seis meses. Como consecuencia, la agitada vida nocturna de una capital en tiempos de guerra se había acerado.

Timberlane tuvo la oportunidad de ver gran parte de esa vida nocturna. Los oficiales de DOUCH tenían buenos contactos. En el espacio de un día, se le proporcionaron todos los documentos necesarios que le permitirían sobrevivir en la inexorable competencia local: pasaporte sellado, visa, exención del toque de queda, tarjeta policíaca, licencia para comprar ropa, autorización

Librodot

para viajar dentro del distrito de Columbia, y cartillas de racionamiento de vitaminas, carne, verdura, pan, pescado y dulces. En todos los casos excepto la autorización de viajes, las restricciones parecían muy tolerables para todos excepto los habitantes locales.

Timberlane era un hombre que sólo raramente hacía examen de conciencia. Así que nunca se preguntó hasta qué punto su decisión de unirse al personal de DOUCH había estado influenciada por su promesa de reunirle con su novia. Fue un punto sobre el que no tuvo que presionar a Dyson.

Al cabo de cuatro días, Martha Broughton abandonó la pequeña isla cercana al continente de Europa y fue conducida a Washington.

Martha Broughton tenía veintitrés años, igual que Timberlane. No sólo por ser una de las mujeres más jóvenes del mundo, sino porque se comportaba siempre con naturalidad, llamaba la atención dondequiera que fuese. Por aquella época tenía una abundante cabellera de color rubio ceniciento, que le llegaba a la altura de los hombros. Generalmente, uno tenía que conocerla muy bien para darse cuenta de que llevaba las cejas pintadas; no tenía cejas propias.

En la época a la que los círculos de Washington denominaban eufemísticamente como el Gran Accidente, Martha contaba seis años. Había contraído la enfermedad de la radiación; a diferencia de muchos de sus pequeños contemporáneos, sobrevivió. Pero no así su cabello; y la calvicie que la acompañó a lo largo de sus días escolares, haciéndola el blanco de unas bromas contra las que se defendía vivamente, contribuyó en gran manera a agudizar su ingenio. El día que cumplió veintiún años, una pelusa cubría su cráneo; su belleza ya no volvería a ser menospreciada nunca más. Timberlane era una de las pocas personas ajenas a la familia que conocían la existencia de las cicatrices internas que constituían la única marca de su propia edad.

Pilbeam y Timberlane la acompañaron a un hotel para mujeres que había a un par de manzanas del nuevo cuartel general de DOUCH.

-Ya tienes cierta influencia sobre Algy -dijo Martha a Pilbeam-. Su habla inglesa se está erosionando; le dijo al taxista que pasara a otro coche con acento típicamente americano. ¿Qué vendrá después?

-Probablemente la inhibición propia de la clase media inglesa en cuanto a dar besos en público -dijo Timberlane.

-¡Dios mío, si me llamas público, me largo de aquí! -exclamó Pilbeam, con sentido del humor-. Ya ves que capto las indirectas al vuelo. Me encontrarás en el bar tomando una copa.

-No tardaremos, Jack.

-No tardaremos mucho, Jack -corrigió Martha.

En cuanto se cerró la puerta, se rodearon mutuamente con los brazos y unieron sus labios, sintiendo el calor del otro en la boca y el cuerpo. Permanecieron así, besándose y hablando, durante algún rato. Finalmente él retrocedió hasta el otro lado de la habitación, se cogió la barbilla con una mano en actitud juiciosa, y admiró sus piernas.

-¡Ah, la estupenda curva catenaria de tus pantorrillas! -exclamó.

-Bueno, eso sí que es un bonito saludo trasatlántico -dijo Martha-, ¡Algy, es maravilloso! ¡Quien me iba a decir que ocurriría algo tan fantástico! ¿Verdad que es emocionante?

Papá estaba furioso al verme tan ilusionada por venir... me endosó un largo sermón con su pro-o-o-funda voz acerca de la frivolidad de todas las mujeres jóvenes.

-¡Y no hay duda de que te admira enormemente por mantenerte firme y venir! Aunque si lo que sospecha es que el macho americano va a perseguirte, está en lo cierto.

Ella abrió el neceser y empezó a dejar frascos y cepillos encima del tocador, sin apartar los ojos de él. Cuando se sentaba para maquillarse, dijo:

-¡Cualquier destino es mejor que la muerte! ¿Y qué está pasando aquí? ¿Qué es DOUCH, por qué te has unido a ellos y qué puedo hacer yo para ayudar?

-Estoy siguiendo un curso de adiestramiento de seis semanas. Hay todo tipo de clases... ¡Esos sujetos sí que saben cómo hay que trabajar! Historia contemporánea, sociología, economía, geopolítica, una cosa nueva a la que llaman existenciología, psicología funcional... oh, y otras cosas, y temas prácticos, tales como mantenimiento de motores. Y dos veces a la semana nos vamos a Rock Creek Park para recibir lecciones de autodefensa de un experto en judo. Es duro, pero me gusta. Aquí

Librodot

hay un sentido de la dedicación que confiere un significado a todas las cosas. Además, ahora ya no estoy metido en la guerra, y eso significa que la vida tiene sentido una vez más.

-Ya veo que te sientes a gusto, cariño. ¿Vas a practicar la autodefensa conmigo?

-Otras formas de lucha quizá; ésa no. No, sospecho que estés aquí por una buena razón. Pero ya se lo preguntaremos a Jack Pilbeam. Vamos a reunirnos con él; es un tipo estupendo; te gustará.

-Ya me gusta.

Pilbeam estaba en un rincón del bar del hotel, sentado muy cerca de una pelirroja que le escuchaba atentamente. Se levantó de mala gana, cogió el impermeable del respaldo de la silla y fue hacia ellos, saludándoles desde lejos.

-Jack se vuelve aburrido si sólo juega y no trabaja -dijo-. ¿Adónde llevamos ahora a nuestra dama; hay algún sitio donde podamos llevar a una simpática pelirroja?

-Una vez restaurados los estragos del viaje, estoy en vuestras manos -dijo Martha.

-No te lo tomes al pie de la letra, ¿eh? -añadió Timberlane.

Pilbeam se inclinó.

-Tengo instrucciones, autoridad y muchísimo gusto en llevarles a cualquier lugar de Washington, e invitarles a cena y vino mientras estén ustedes aquí.

-Te advierto, cariño, que juegan tan a conciencia como trabajan. DOUCH nos tratará a cuerpo de rey antes de lanzarnos a registrar el fin del mundo.

-Veo que necesitas un trago, gruñón -dijo Pilbeam, esbozando una sonrisa forzada-. Os presentaré a la pelirroja, y después nos iremos a algún espectáculo. Quizá podamos meternos en el espectáculo de Dusty Dykes. Dykes es el Comediante Haragán.

La pelirroja entró a formar parte del grupo sin hacerse rogar demasiado, y se trasladaron a la ciudad. Los oscurecimientos totales que habían afligido a las ciudades de otras naciones en guerras precedentes no preocupaban a Washington. El enemigo tenía la ciudad bajo el control de sus misiles, y la falta de luz no habría cambiado la situación. Las calles estaban brillantemente iluminadas y los locales nocturnos atraían a la mayoría de la gente. Los letreros de luces intermitentes lanzaban destellos sobre los rostros de hombres y mujeres con el estigma de la enfermedad que entraban en cabarets y cafés. El mercado negro proporcionaba toda la comida y bebida requerida; lo único que escaseaba eran los lugares donde aparcar.

Esas turbulentas noches formaban parte de un programa de duro trabajo y relajación dentro del cual encajaba el personal de DOUCH. Hasta la tercera noche en Washington, cuando se encontraban en el Trog y contemplaban el espectáculo que incluía a Dusty Dykes -el cómico para el cual Pilbeam no consiguió adquirir entradas la primera noche-, Martha no se decidió a formular su pregunta a Pilbeam.

-Jack, nos haces pasar ratos maravillosos. Me gustaría poder hacer algo a cambio. ¿Hay algo que pueda hacer? La verdad es que no comprendo por qué he sido invitada a venir.

Sin dejar de acariciar la muñeca de la morena belleza de ojos verdes que era su acompañante de aquella noche, Pilbeam repuso:

-Has sido invitada a venir para hacer compañía a un tal Algy Timberlane, aunque eso no quiere decir que él se merezca tan buena fortuna. Ya has presenciado varias de sus conferencias. ¿No es bastante? Tranquilízate, trata de divertirte. Toma otra copa. Ya sabes que consumir es señal de patriotismo.

-Me divierto mucho. Lo único que me gustaría saber es si hay algo que yo pueda hacer.

Pilbeam guiñó un ojo a su amiga de ojos verdes.

-Es preferible que se lo preguntes a Algy, querida.

-Soy enormemente obstinada, Jack. Quiero una respuesta.

-Ve a preguntárselo a Bill Dyson; es asunto suyo. Yo no soy más que el play-boy de DOUCH; me llaman el Douche apasionado. Además, el miércoles próximo tengo que irme otra vez de viaje.

-Oh, cariño, tu me dijiste... -protestó la joven de ojos verdes. Pilbeam pasó un dedo sobre sus brillantes labios.

-Shhh, querida. Tu tío Sam debe estar antes que tu tío Jack. Pero esta noche, el tío Jack está primero, créeme... metafóricamente hablando, por supuesto.

Librodot

Las luces se amortiguaron, hubo un solo de tambor seguido por un estridente repiqueteo de platillos. Cuando se hizo el silencio, Dusty Dykes apareció flotando sobre un enorme billete de dólar y saltó al suelo. Era un hombrecillo tremendamente vulgar, que llevaba un traje cruzado. Habló con voz ronca y monótona:

-Como verán, he abandonado mi vieja artimaña de no tener artimañas. No es la primera vez que la economía de este país me manda a paseo. Buenas noches, damas y gentiles, y lo digo muy en serio... pues ésta puede ser la última. En Nueva York, de donde soy yo, ya saben que los impuestos del estado son tan elevados que tuve que escaparme en paracaídas, somos muy aficionados a las fiestas. Frotas un poco de barro: el resultado es un busto. Frotas un par de bustos: el resultado es siempre una risita. La noche en que se fue el senador Mulgravy, fue una risotada. -Esta frase levantó una salva de aplausos-. Oh, ¿alguno de ustedes ha oído hablar de los senadores? Unos amigos me dijeron al llegar, los amigos son las personas con quien tomas una copa y pasas una tarde, que Washington, D. C., estaba muy mal educado políticamente. Bueno, no con esas mismas palabras, sólo dijeron que ya no iba nadie a fotografiar los bronces africanos de la Casa Blanca. Y yo digo, acuérdense bien, que no son los hombres del estado lo que cuenta, sino el estado de los hombres. Por lo menos, no son más pobres que un accionista de la industria contraceptiva.

-No logro oír lo que dice... o quizá es que no lo entiendo -susurró Martha.

-A mí tampoco me parece demasiado gracioso -susurró Timberlane.

Con un brazo en torno a los hombros de su amiga, Pilbeam dijo:

-No tiene que ser divertido. Tiene que ser haragán... como suele llamársele. -No obstante, él sonreía ampliamente, igual que muchos otros espectadores. Observándolo, Dusty Dykes les amenazó con un dedo. Fue el único gesto que hizo.

-Sonreír no les ayudará en nada -dijo-. Sé muy bien que todos van desnudos por debajo de su ropa, pero no lograrán avergonzarme; voy a la iglesia y oigo el sermón todos los domingos. Somos una nación malvada y licenciosa, y experimento la misma satisfacción que el cura al decirlo. No tengo ninguna objeción que hacer a la moralidad, excepto que es anticuada.

»La vida empeora día tras día. En la Corte Suprema de California han dejado de dictar sentencias de muerte contra sus criminales; en cambio, les sentencian a seguir viviendo. Como alguien dijo, ya no hay inocencia, sólo crimen. Únicamente en el estado de Illinois, hubo el mes pasado bastantes asesinos sexuales para hacerles comprender lo muy precaria que es su situación.

»El porvenir de la raza es muy negro, y eso no es solamente un pigmento de mi imaginación. El otro día había dos criminales del sexo hablando de negocios en Chicago. Butch decía: "Vamos a ver, Sammy, ¿qué te gusta más, matar a una mujer o pensar en matar a una mujer?" "Pues, vaya, no lo sé, Butch, ¿qué prefieres tú?" "¡Pensar en matar a una mujer, naturalmente!" "¿Se puede saber por qué?" "De este modo, obtienes un tipo de mujer más romántico".

Durante unos minutos más, el hombrecillo con cara de niño siguió bajo los focos, haciendo sus chistes fáciles. Después las luces se apagaron, él desapareció y volvieron a encenderse las luces del local.

-Otra ronda -pidió Pilbeam.

-¡Ha sido horrible! -exclamó Martha-. ¡Realmente triste!

-Ah, tendrías que oírle media docena de veces para apreciar su talento; éste es el secreto de su éxito -dijo Pilbeam-. Es la voz de la época.

-¿A ti también te ha gustado? -preguntó Martha a la joven de ojos verdes.

-Pues sí, creo que sí. Es decir, bueno, me ha hecho sentir en casa.

Dos veces por semana, acudían a una reducida estancia del Pentágono, donde un joven comandante les enseñaba a programar y servirse de las computadoras POLYAC. Estas nuevas computadoras de minúsculo tamaño se encontrarían en todos los camiones DOUCH.

Timberlane se disponía a salir hacia una de estas sesiones cuando encontró una carta de su madre en su correo. Patricia Timberlane escribía irregularmente. Esta carta, como la mayoría de ellas, estaba llena de lamentaciones domésticas, y Timberlane la leyó muy por encima y sin demasiada paciencia mientras el taxi atravesaba el Potomac. Cerca del final, había algo interesante.

Librodot

«Es una suerte para ti que Martha esté contigo en Washington. Me imagino que te casarás con ella, lo cual es muy romántico, porque no es frecuente que la gente se case con sus amores de la infancia. Pero tienes que asegurarte. Lo que quiero decir es que ya tienes edad suficiente para saber que cometí una gran equivocación al casarme con tu padrastro. Keith tiene sus cosas buenas, pero es demasiado incrédulo; a veces me gustaría estar muerta. No entraré en detalles.

»Él culpa a los tiempos, pero esto es una excusa demasiado fácil. Dice que no tardará en estallar la revolución. Yo me horrorizo nada más pensarlo. Como si no hubiéramos tenido bastante con el Accidente y esta horrible guerra, ahora hablan de una revolución. En este país nunca ha habido ninguna, a pesar de lo que haya ocurrido en otros países. Realmente es como vivir en un perpetuo terremoto.»

Era una frase muy expresiva, pensó sombríamente Timberlane. En Washington, el perpetuo terremoto no cesaba ni de día ni de noche, y no cesaría hasta que todo quedara reducido a cenizas, si las lúgubres predicciones de DOUCH se cumplían. No sólo se revelaba en los constantes trastornos económicos, las colas para comprar comida en el centro de la ciudad y las absurdas ventas que había provocado la aparición de los despojos de los imperios comerciales en el mercado, sino también en la oleada de asesinatos y crímenes sexuales que la ley se veía incapaz de controlar. Esta oleada creció hasta afectar a Martha y Timberlane.

A la mañana siguiente de recibirse la carta de Patricia Timberlane, Martha apareció muy temprano en la habitación de Algy. Diversas prendas de ropa yacían desparramadas sobre la alfombra; la noche anterior se habían acostado muy tarde, ya que asistieron a una fiesta ofrecida por un compañero de Bill Dyson.

Vestido con los pantalones del pijama, Timberlane se estaba afeitando a media luz. Martha se acercó a la ventana, descorrió las cortinas y se volvió para mirarle. Entonces le habló de las flores que había recibido en el hotel.

Él la miró de soslayo y preguntó:

-¿Y ayer también recibiste un ramo?

-Sí, igual al de hoy: una caja llena de orquídeas, exactas a las de esta mañana. Deben de costar cientos de miles de dólares.

Él desenchufó la maquinilla de afeitar y la miró fijamente. Tenía los ojos apagados y el rostro muy pálido.

-Un ricacho, ¿eh? Yo no te las he enviado.

-Ya lo sé, Algy. No tienes tanto dinero. He mirado el precio de las flores en las tiendas; son carísimas, y además están gravadas con el impuesto estatal, el impuesto de importación, el impuesto de lujo y lo que la dueña de mi hotel llama el IDG, Impuesto de Desaliento General, y Dios sabe cuántas cosas más. Por eso destruí el ramo de ayer; es decir, como sabía que no eran tuyas, las quemé y me propuse no decirte nada.

-¿Que las quemaste? ¿Cómo? No he visto una llama mayor que la de un mechero desde que estoy aquí.

-No seas tonto, cariño. Las tiré por el conducto de eliminación de basuras, y todo lo que pasa por ahí se quema en los sótanos del hotel. Y esta mañana, otro ramo, sin ninguna tarjeta.

-Quizá sea el mismo ramo, con los mejores deseos del encargado de quemar la basura.

-¡Por el amor de Dios, no me tomes el pelo, Algy!

Se echaron a reír. Pero a la mañana siguiente, un nuevo ramo de flores llegó al hotel para la señorita Martha Broughton. Timberlane, Pilbeam y la dueña del hotel subieron a verlo.

-Orquídeas, rosas, claveles, violetas, azaleas; sea quien sea, tiene medios suficientes para ponerse muy sentimental -dijo Pilbeam-. Déjame que te asegure, Algy, viejo amigo, que no he sido yo el que se las ha enviado a tu novia. Las orquídeas es algo que no puedes incluir en una cuenta de gastos de DOUCH.

-Estoy francamente preocupada, querida señorita Broughton -dijo la dueña del hotel-. Debe usted tener cuidado, especialmente siendo extranjera en este país. Recuerdo que ya no quedan jóvenes de veinte años. Esta era la edad que los hombres mayores solían preferir. Ahora son las de veinte a treinta años las que deben vigilar. Esos hombres mayores, que son muy ricos, siempre han

Librodot

estado acostumbrados a... bueno, a golpear el hierro cuando está en ascua. Ahora que el hierro se enfría... están más ansiosos que nunca de aprovechar las últimas ascuas. ¿Comprende a lo que me refiero?

-Ni el mismo Dusty Dykes lo hubiese dicho mejor. Gracias por el consejo, señora. Tendré cuidado.

-Mientras tanto, yo telefonearé a una florista -dijo Pilbeam-. No hay razón para que no aproveches un par de miles de ese patán enamorado. Es muy útil tener un poco de dinero para propinas.

Pilbeam tenía que marcharse de Washington al día siguiente. Fue Dyson el que le transmitió la orden de trasladarse a otro escenario de la guerra, esta vez, al Sarawak central Tal como lo planteó, él se haría cargo de todo. Por la tarde, se encontraba en el centro de la ciudad recogiendo más armamento y vacunas cuando sonó la alarma de un bombardeo. Telefoneó al Timberlane, que entonces asistía a una conferencia sobre propaganda y falsas creencias públicas.

-Te llamo para avisarte de que el bombardeo me retrasará un poco -dijo Pilbeam-. Lo mejor es que tú y Martha no me esperéis para ir al Thesaurus y vayáis encargando las bebidas; yo me reuniré con vosotros lo antes posible. Si queréis, podemos cenar allí mismo, aunque creo que la comida del restaurante de la esquina tiene menos sustancias sintéticas.

-Es la cantidad de calorías lo que yo tengo que vigilar -repuso Timberlane, pasándose una mano por la cintura.

-Ya veremos cómo reacciona tu sensibilidad esta noche; acabo de conocer a un verdadero monumento, Algy, llamada Coriander y es tan atractiva como ocurrente.

-Estoy impaciente por conocerla. ¿Es casada o soltera?

-Con su energía y su talento, tanto podría ser una cosa como otra.

Se guiñaron mutuamente el ojo a través de la pantalla de visión y desconectaron.

Timberlane y Martha cogieron un taxi para ir a la ciudad en cuanto se hizo oscuro. El ataque enemigo consistió en dos misiles, uno de los cuales se rompió en maletas por encima del abandonado patio de maniobras, mientras que el otro, causante de mayores desastres, se rompió sobre el suburbio densamente poblado de Cleveland Park. En las aceras, los uniformes de policía predominaban sobre los uniformes de servicio; los Choy habían hecho que mucha gente permaneciera en su casa, y en consecuencia las calles estaban más vacías que otras veces.

Cuando llegaron al Thesaurus, Timberlane se apeó e inspeccionó la fachada del club. Estaba adornada con grupos de sinónimos en bajorrelieve: Pocos Escogidos, El Mejor, Ambiente Selecto, La Crema y Nata, La Elite, La Sal de la Tierra, Inmejorable, Gente Estupenda. Sonriendo, se volvió para pagar al taxista.

-¡Oiga! -gritó.

El taxi, con Martha dentro, hizo una brusca maniobra y se mezcló entre el tráfico, pasó a un automóvil particular y giró por una calle lateral. Timberlane echó a correr hacia allí. Unos frenos y unos neumáticos chirriaron tras él. Una gran limusina se detuvo en seco a pocos centímetros de sus piernas, y una cara roja salió por la ventanilla del conductor y empezó a maldecirle. Se oyó un prolongado crujido mucho más atrás, y la cara roja se volvió hacia la parte posterior maldiciendo todavía con más ferocidad. Al ver que un policía acudía a todo correr, Timberlane le asió por un brazo.

-Han secuestrado a mi novia. Un individuo acaba de llevársela en su coche.

-Es algo que sucede todos los días. Hay que tener mucho cuidado.

-¡No he podido evitarlo!

-Vaya a explicárselo al sargento, amigo. ¿Cree que yo no tengo nada que hacer? Ahora he de arreglar este jaleo de tráfico. -Hizo una seña a un coche patrulla que se acercaba. Mordiéndose el labio inferior, Timberlane se dirigió hacía él.

A las once de aquella noche, Dyson dijo:

-Vamos, Algy, aquí no hacemos nada. La policía nos telefoneará si descubren alguna pista. Ahora hemos de encontrar algo para comer, si no quieres que me muera de hambre.

Librodot

-Debe de haber sido ese tipo que le enviaba las flores -dijo Timberlane, por milésima vez-. Es muy probable que en la floristería puedan dar una pista a la policía.

-El dueño de la tienda no les ha dicho nada que pudiera ayudarles. Si lograras recordar el número del taxi...

-Lo único que recuerdo es que era malva y amarillo, con las palabras Taxis Antílope encima del portaequipajes. Diablos, tienes razón, Bill, vayamos a comer alguna cosa.

Al abandonar la comisaría, el superintendente dijo amablemente:

-No se preocupe, señor Timberlane. Mañana por la mañana ya habremos localizado a su prometida.

-¿Qué le hace estar tan seguro? -preguntó malhumoradamente Timberlane, al subir al coche de Dyson. Aunque tanto Dyson como Jack Pilbeam, que en seguida se personó en la comisaría, habían hecho todo lo que pudieron, él estaba injustamente ansioso por molestarles. A pesar de lo mucho que le gustaba, se sentía muy vulnerable en un país extranjero. Tratando de reprimir sus emociones, permaneció en silencio mientras él y Dyson entraban en una cafetería y engullían hamburguesas con chiles y mostaza; las hamburguesas eran sintéticas pero buenas.

-Doy gracias a Dios por los chiles -dijo Dyson-. Podrían incendiar un montón de serrín. Me he preguntado a menudo si no son los chiles lo que en realidad están buscando los científicos para restaurar nuestros pobres genes destrozados.

-Podría ser -convino Timberlane-. Te apuesto algo a que primero inventan chiles sintéticos.

Se fue a acostar después de un último trago y se durmió casi en seguida. Al despertarse a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue telefonear a la comisaría, pero no tenían nada nuevo que comunicarle. Malhumorado, se lavó y vistió para el desayuno, y bajó al vestíbulo para recoger la correspondencia del buzón.

En el interior encontró una carta entregada a mano. La abrió y encontró una hoja de papel con las siguientes palabras:

«Si quiere recuperar a su novia, dé un vistazo a la Prensa de la Indulgencia Divina. Después suspenda la investigación.»

De repente, perdió todo el apetito. Echó a correr hacia la cabina telefónica y hojeó el correspondiente volumen de la guía de teléfonos. Allí estaba, bajo un anticuado número desprovisto de visión: Prensa de la Indulgencia Divina, y la dirección. ¿Debía llamar primero o acudir en seguida? Se enfadó consigo mismo por la indecisión que le dominaba. Marcó el número y oyó el tono característico de un teléfono desconectado.

Volviendo apresuradamente a su habitación, escribió una nota para Pilbeam, con la dirección del lugar hacia donde se dirigía, y la dejó sobre la almohada de su litera sin deshacer. Después se metió su revólver en un bolsillo.

Fue hasta el final de la calle, cogió un taxi de la hilera que aguardaba y dijo al conductor que fuera todo lo rápido que pudiese. Una vez en el puente de Anacostia, encontraron un denso tráfico, causado por el despertar de la capital a un nuevo día de trabajo. A pesar de lo alterada que estaba por la congestión de una época de guerra, Washington mantenía su belleza; cuando pasaron por delante del Capitolio, cuyo césped circundante estaba ahora lleno de edificios de oficinas de urgencia, y se dirigieron hacia el oeste por la Avenida Pennsylvania, la blanquísima piedra lanzó un fulgurante destello. La permanencia y proporción de los edificios confirió a Timberlane un poco de seguridad.

Después, al dirigirse hacia el norte, la impresión de dignidad y justicia se rompió. Allí el desorden de los tiempos encontraba su expresión. El cambio de nombres y letreros era constante. La propiedad cambiaba rápidamente de manos, las camionetas de mobiliario de oficinas y camiones militares entregaban o recogían muebles. Y había otros edificios terriblemente silenciosos y vacíos. A veces, una calle entera parecía desierta, como si sus habitantes hubiesen huido de una plaga. En una de tales calles, Timberlane se fijó en la existencia de las agencias de viajes de las líneas aéreas transatlánticas y las oficinas de turismo de Dinamarca, Finlandia, Turquía; todos los establecimientos estaban abiertos; los viajes particulares eran nulos, y las grandes compañías aéreas se encontraban a cargo de las Naciones Unidas, llevando ayuda médica a las víctimas de la guerra.

Librodot

Algunos distritos daban fe de recientes bombardeos, aunque se había intentado disimular los escombros con grandes carteleras de anuncios. Como todas las grandes ciudades del mundo, aquélla, detrás de su sonrisa, también revelaba las cavidades podridas que nadie era capaz de llenar.

-Ya hemos llegado, amigo, pero no creo que haya nadie en casa -dijo el taxista-. ¿Quiere que le espere?

-No, gracias. -Pagó al hombre, que le saludó y se alejó.

La sede de la Prensa de la Indulgencia Divina era un inmueble de cinco pisos y aspecto de destartalada ostentación, construido a finales del siglo anterior. Los letreros de EN VENTA cubrían sus ventanas. La verja de hierro que daba acceso a la puerta giratoria de entrada estaba rodeada por una gruesa cadena y un candado. Por las placas que había en el porche, Timberlane se hizo cargo de las ocupaciones de la Prensa. Constituía principalmente una editorial religiosa dirigida a los niños, que publicaba periódicos como La Revista Dominical de los Niños, La Corneta de los Niños, La Guía de las Niñas, líneas más populares como Emocionantes Relatos de la Biblia, Emocionantes Relatos de los Evangelios, Aventuras Sagradas, y la línea educacional Lectores de la Indulgencia. Un cartel roto se deslizó por el porche y fue a enrollarse en torno a la pierna de Timberlane. Este dio media vuelta. Al otro lado de la calle se levantaba un gran edificio de apartamentos. Inspeccionó las ventanas, tratando de ver si alguien le observaba. Mientras permanecía allí, varias personas pasaron rápidamente junto a él sin mirarle siquiera.

Había un callejón lateral flanqueado por una elevada pared. Se internó en él, abriéndose paso entre la basura. Se llevó una mano al revólver, y se dispuso a emplearlo en caso necesario. Satisfecho, sintió una primitiva ferocidad en su pecho; le hubiera gustado aplastar el rostro de alguien. El callejón terminaba en un vertedero de basuras. A media distancia, encuadrado entre dos salientes de la pared, un anciano negro de espalda ligeramente encorvada hacía volar una cometa, inclinándose peligrosamente hacia atrás para observar su marcha por encima de los tejados.

Antes de que Timberlane llegara al vertedero, vio una puertecilla lateral en el inmueble de la Prensa. Había sido abierta a golpes; dos de los pequeños cuadrados de cristal que había en la mitad superior estaban hechos añicos, y se hallaba entreabierta. Se apoyó un momento en la pared, recordó el procedimiento combativo del ejército en una lucha de casa por casa, abrió totalmente la puerta de un puntapié, y entró corriendo.

En la penumbra, miró cautelosamente a su alrededor. Ni un movimiento, ni el más leve ruido. Silencio. El Gran Accidente había diezmado a las ratas. El mismo efecto se produjo sobre los gatos, y el ansia de carne que tenían los humanos probablemente había diezmado a la mayor parte del resto de la población felina; así que si las ratas volvían, serían más difíciles de cazar que nunca. Pero, en aquel momento, resultaba evidente que el destartalado edificio donde estaba no necesitaba ningún gato.

Se encontraba en un decrépito almacén. Un antiguo impermeable colgado de un clavo hablaba mudamente de deserción. Montones de lecturas religiosas infantiles se cubrían de polvo, una vez sus compradores en potencia habían muerto, no habían nacido ni nacerían nunca, o no habían sido concebidos. Sólo las pisadas que conducían a un pasillo interior eran recientes.

Siguió las huellas a lo largo de la habitación, el pasillo y el vestíbulo de entrada, consciente del sonido de sus propios pasos. Encima de una sucia puerta giratoria, a través de la cual se veían las borrosas figuras que pasaban por la calle, había un busto y una inscripción en mármol: «Amad a los niños y dejad que se acerquen a mí.»

-De poco les ha servido -murmuró sombríamente Timberlane en voz casi inaudible.

Inició la búsqueda en la planta baja, abandonando la cautela a medida que avanzaba. El silencio reinaba en todas las estancias como una maldición. Deteniéndose bajo los ojos sin vista del fundador, alzó la mirada hacia las escaleras.

-Estoy aquí, bastardos. ¿Dónde estáis vosotros? -gritó-. ¿Qué habéis hecho con Martha?

El ruido de su propia voz le atemorizó. Se quedó escuchando sus ecos en el hueco del ascensor y el piso superior. Después empezó a subir los escalones de dos en dos, con el arma preparada y el seguro quitado.

Cuando llegó arriba, hizo una pausa. El silencio era absoluto. Atravesó el pasillo y abrió una puerta de par en par. Esta volvió a cerrarse sobre sus goznes, haciendo caer una pizarra y un caballete. Por el aspecto, aquélla parecía la sala de redacción. Se acercó a la ventana para mirar hacia el vertedero de basuras; buscó al viejo negro que hacía volar una cometa, recordándole tal como se recuerda a un amigo. El viejo se había ido o, por lo menos, no se veía. No se veía a nadie, ni siquiera a un perro.

«Dios mío, es como si estuviera solo en el mundo», pensó. Y su siguiente pensamiento fue: «Lo mejor es que te vayas acostumbrando, jovencito; es posible que algún día te encuentres solo en el mundo.»

No era un hombre particularmente imaginativo. Aunque durante casi toda su vida se había enfrentado con el conocimiento de la extinción que el género humano había atraído sobre si mismo, el optimismo de la juventud le ayudaba a creer que las circunstancias cambiarían por sí solas (la naturaleza ya se había recuperado otras veces de muchos desastres), o que una de las líneas de investigación emprendidas en numerosos países se encargarían de hacerlo (era imposible que un programa de muchos millones de dólares al año se malgastara completamente). El juicioso pesimismo del proyecto DOUCH había paralizado sus sueños.

Vio que el género al que él pertenecía podía haber llegado a su fin. Año tras año, a medida que los vivos murieran, las habitaciones vacías en torno a él se multiplicarían, como las celdas de una gigantesca colmena que no visita ninguna abeja, hasta que llenaran el mundo. Llegaría un día en que él sería un monstruo, solo en las habitaciones, tras las huellas de su búsqueda, en el laberinto de sus huecas pisadas.

En la habitación, como en el rostro de un inquisidor, estaba escrito su futuro. Su herida era ineludible, pues él mismo la había encontrado. Abrió la boca, para gritar o aspirar un poco de aire, como si alguien le hubiese lanzado a una cascada. Sólo había una cosa, una persona, que podía hacerle tolerable aquel futuro.

Salió corriendo al pasillo, provocando nuevos ecos.

-¡Soy yo! ¡Timberlane! Por el amor de Dios, ¿es que no hay nadie?

Y una voz muy próxima contestó:

-¡Algy, oh, Algy!

Se encontraba en la habitación que en otros tiempos sirviera de imprenta, rodeada de moldes y piezas de maquinaria rotas. Como el resto del edificio, también esta estancia hablaba de un largo abandono. Sus captores la habían atado a las patas de un pesado banco de metal sobre el cual yacían olvidadas galeras de metal, y no había podido desatarse. Calculaba haber estado así desde medianoche.

-¿Te encuentras bien? ¿Te encuentras bien? -preguntaba Timberlane una y otra vez, frotándole los entumecidos brazos y piernas tras haber roto las tiras de plástico que la tuvieran sujeta.

-Estoy perfectamente -contestó Martha, empezando a llorar-. Era todo un caballero, ¡no me ha violado! Supongo que he tenido mucha suerte. No me ha violado.

Timberlane la estrechó entre sus brazos. Durante unos minutos, permanecieron abrazados en el suelo, contentos de sentir el calor y la solidez del cuerpo del otro.

Al cabo de un rato, Martha se vio con ánimos de contar su aventura. El taxista que se la había llevado desde el club Thesaurus no la condujo más que a un garaje particular a poca distancia de allí. Creía poder identificar el lugar. Se acordaba de que encima del garaje había una lancha motora. Estaba asustada, y se resistió cuando el taxista intentó hacerla salir del coche. Entonces apareció otro hombre, con un pañuelo blanco sobre la cara. Llevaba un trozo de algodón impregnado de coloroformo. Entre los dos, colocaron el algodón encima de la nariz y la boca de Martha, y ella perdió el conocimiento.

Cuando se despertó estaba en otro coche, un coche grande. Le pareció que estaban atravesando un suburbio o una zona en las afueras de la ciudad; se veían árboles y casas bajas, y había otra muchacha tendida junto a ella. Entonces, el hombre que iba en el asiento delantero vio que se estaba despertando y, volviéndose hacia atrás, la obligó a inhalar más cloroformo.

Librodot

Cuando Martha volvió a recobrar el sentido, estaba en un dormitorio. Se hallaba encima de una cama, al lado de la muchacha que fuera con ella en el coche. Ambas se incorporaron y trataron de serenarse. La habitación donde se encontraban no tenía ventanas; les pareció una gran estancia dividida en dos. Entró una mujer morena y se llevó a Martha a otra habitación. Fue conducida a presencia de un hombre cubierto por una máscara, que le permitió tomar asiento. El hombre le dijo que había tenido suerte de ser una de las elegidas, y que no debía asustarse. Su jefe se había enamorado de ella, y la trataría bien si accedía a vivir con él; las flores que le habían sido enviadas constituían una prueba de la honestidad de sus intenciones. A pesar de la cólera y el miedo que la dominaban, Martha logró mantenerse callada.

Después fue conducida a presencia del «jefe», en una tercera habitación. Tenía el rostro delgado y la barbilla hundida. Llevaba una máscara. Su mandíbula parecía gris a la radiante luz que iluminaba la estancia. Se levantó al ver entrar a Martha y rompió a hablar con voz suave y profunda. Le dijo que era rico y estaba solo, y que necesitaba su compañía tanto como su cuerpo. Ella le preguntó cuántas jóvenes se requerían para vencer su soledad; él contestó irasciblemente que la otra muchacha era para un amigo suyo. Él y su amigo eran hombres tímidos, y tenían que recurrir a este método de presentación; no era ningún criminal, y no tenía intención de hacerle daño.

-Muy bien -le dijo Martha-, déjeme marchar. -Le explicó que estaba prometida y no tardaría en casarse.

El hombre estaba sentado en una mecedora detrás de una mesa. La silla y la mesa se hallaban sobre un estrado. El hombre se movió imperceptiblemente. La miró en silencio durante unos instantes, hasta que ella se sintió violenta y asustada. Lo que más la asustó fue su convencimiento de que el hombre también estaba asustado de ella, y llegaría a cualquier extremo para alterar la situación.

-No tendrías que casarte -le dijo al fin-. No puedes tener hijos. Las mujeres ya no pueden tener hijos, ahora que la enfermedad de la radiación está tan de moda. Los hombres odiaban tanto a esos horribles mocosos llorones, que sus deseos secretos han sido escuchados, y ahora las mujeres sirven para cosas más bonitas. Tú y yo podríamos hacer cosas muy bonitas.

»Eres muy hermosa, tienes unas piernas, un pecho y unos ojos incomparables. Pero sólo eres carne y sangre, igual que yo. Una cosa tan pequeña como un bisturí podría atravesar tu carne y dejarte inútil para las cosas bonitas. Siempre les digo a mis amigos: "Ni siquiera la más hermosa de las muchachas puede resistir a un pequeño bisturí." Estoy seguro de que preferirás hacer cosas bonitas, ¿no es así?

Martha repitió, con voz temblorosa, que iba a casarse.

El volvió a guardar silencio, y no se movió. Cuando habló de nuevo lo hizo con menos interés, y sobre un tema muy distinto.

Dijo que le gustaba su atractivo acento extranjero. Tenía un gran refugio subterráneo a prueba de bombas, provisto con comida y bebida para dos años. Tenía un avión particular. Podían pasar el invierno en Florida, si ella firmaba un acuerdo con él. Podían hacer cosas muy bonitas.

Ella le dijo que tenía los dedos muy feos. No quería tener nada que ver con alguien que tuviera las manos así.

Él apretó un timbre. Entraron dos hombres y agarraron a Martha. La mantuvieron inmóvil mientras el hombre de la máscara bajaba del estrado, la besaba y acariciaba su cuerpo por debajo del vestido. Ella se debatió y le dio una patada en la espinilla. La boca del hombre tembló. Ella le llamó cobarde. El hombre ordenó que se la llevaran. Los otros dos individuos la arrastraron hasta el dormitorio y la acostaron encima de la cama, mientras la otra muchacha lloraba ruidosamente en un rincón. Enfurecida, Martha gritó con todas sus fuerzas. Los hombres la hicieron callar con otro algodón empapado en cloroformo.

Cuando recobró el conocimiento, el frío aire nocturno la despejó instantáneamente. Se encontraba en el desierto edificio de la Prensa de la Indulgencia, atada a un banco.

Había pasado toda la noche en un estado de miedo indescriptible. Al oír ruido en el piso inferior, no se atrevió a gritar hasta que Timberlane pronunció su nombre, temiendo que sus secuestradores hubieran regresado a buscarla.

Librodot

-¡Ese tipo repugnante y asqueroso! Si llegara a ponerle las manos encima, le retorcería el pescuezo... Amor mío, ¿estás segura de que esto fue todo lo que te hizo?

-Sí.. aunque sin comprenderlo bien, me pareció que había obtenido la emoción que buscaba, una parte de mi miedo que necesitaba... no lo sé.

-Quienquiera que fuese, era un maníaco -dijo Timberlane, abrazándola fuertemente, y acariciándole el cabello-. ¡Gracias a Dios que su locura fuera ésta y no te ha hecho verdadero daño! Oh, amor mío, es como un milagro. Nunca te abandonaré.

-De todos modos, tampoco me abraces tan fuerte, cariño, hasta que haya tomado un baño -dijo ella, echándose a reír débilmente-. ¡En qué estado debías hallarte al ver que el taxi se alejaba conmigo dentro, pobrecito!

-Dyson y Jack me han sido de gran ayuda. He dejado una nota para Jack en el cuartel general por si acaso me metía en un lío. La policía se encargará de buscar a ese gusano. Los detalles que les proporcionarás serán suficientes para encontrarle.

-¿Tú crees? Estoy segura de poder identificarle, si me dejan verle los dedos. Me pregunto, he pasado toda la noche pensando en ello, lo que debe haberle ocurrido a la otra muchacha. No sé lo que debe suceder cuando te entregas a un hombre así.

De repente rompió a llorar y rodeó la cintura de Timberlane con sus brazos. Él la ayudó a levantarse, y se sentaron encima de unas placas donde había escritas varias frases al revés y boca abajo. Él la estrechó entre sus brazos y le enjugó las lágrimas con su pañuelo. Se le habían despintado las cejas, y tenía la frente tiznada; mojando el pañuelo con un poco de saliva, Timberlane le quitó los restos de pintura.

Al tenerla tan cerca, verla y ayudarla a reponerse, no pudo contener una ráfaga de palabras.

-Escucha, Martha, cuando ayer noche me mordía los puños en la comisaría, repetí tu pregunta a Bill Dyson; ya sabes, que por qué se habían tomado la molestia de hacerte venir desde Inglaterra. Al principio intentó convencerme de que la única razón era que él y Jack eran unos sentimentales. No la acepté como válida, así que terminó diciéndome la verdad. Me confesó que era una regla de DOUCH. Al término de este curso, me devolverán a Inglaterra, y si las cosas empeoran hasta el grado que creo, me encontraré aislado, desprovisto de su ayuda.

»Actualmente, predicen el establecimiento de regímenes autoritarios en Gran Bretaña y América en cuanto cesen las hostilidades. Creen que las comunicaciones internacionales no tardarán en formar parte del pasado. La supervivencia será difícil, y lo será cada vez más, tal como Bill afirmó con algo de satisfacción. Así que DOUCH me pide -a mí, al japonés, al alemán, al israelí, y los demás operadores- que me case con lo que ellos llaman "una nativa", una chica que haya sido criada en el lugar donde yo he sido destinado, y que, por lo tanto, conozca las circunstancias locales. Tal como dijo Dyson: "El conocimiento del medio ambiente es un factor de supervivencia."

»No es sólo eso, pero el punto esencial es que querían que estuvieras cerca de mí para que yo no me interesara demasiado por ninguna chica de aquí y destrozara el proyecto. Si yo me casara con una chica americana, no les serviría de nada.

-Siempre hemos sabido que eran muy concienzudos.

-Sí. Mientras el viejo Bill hablaba, vi claramente cómo sería el futuro. ¿Has intentado alguna vez mirar hacia el porvenir, Martha? Yo, no. Quizá sea falta de valor, tal como me decía mi madre acerca de su generación, que no miraba hacia el futuro al enterarse de la fabricación y explosión de más bombas nucleares. Pero estos americanos lo han hecho. Han visto lo difícil que será la supervivencia. Han convertido la supervivencia en cifras, y las cifras respecto a Gran Bretaña demuestran que si continúa la presente tendencia, en el plazo de quince o veinte años únicamente el cincuenta por ciento de la población se mantendrá con vida. Gran Bretaña es particularmente vulnerable porque nuestro grado de autoabastecimiento es muy inferior al de Estados Unidos. La cuestión es que todas las enseñanzas que DOUCH me inculca están dirigidas a incluirme junto con el camión DOUCH en ese dudosamente privilegiado cincuenta por ciento. Y por muy materialistas que sean, han llegado a una conclusión que seguramente mi religioso compañero de Assam, Charley Samuels, confirmaría: que lo único que puede hacer tolerable ese fúnebre futuro es la elección

Librodot

acertada de una compañera. -Se interrumpió. Martha se estaba riendo con un sonido parecido al de sollozos reprimidos.

-¡Algernon Timberlane, pobre alma perdida, éste es un lugar muy poco apropiado para declararse a una muchacha!

Irritado, él preguntó:

-¿Realmente te parece tan gracioso?

-Los hombres siempre tienen que explicarse las cosas en voz alta. No te preocupes, es algo que me encanta. Me recuerdas a mi padre, cariño, aunque tú eres mucho más excitante. Pero no me río de tus conclusiones, te aseguro que no. Ya hace mucho tiempo que yo había llegado a la misma.

-Martha, te amo desesperadamente, te necesito desesperadamente. Quiero casarme contigo lo antes posible, y no quiero que nunca volvamos a separarnos, ocurra lo que ocurra.

-Mi amor, te quiero y te necesito tanto como tú a mí. ¿Por qué otra razón crees que vine a América? Nunca te dejaré, no temas.

-Claro que temo; ¡muchísimo! Ahora mismo, cuando me creía solo en esta morgue, he tenido la visión de lo que sería hacerse viejo en un mundo igual de viejo. No podemos evitar hacernos viejos, pero si lo hacemos juntos será mucho más tolerable.

-¡Así será, así será, cariño! Estás trastornado. Salgamos de aquí. Creo que soy capaz de andar, si me das el brazo.

Él se alejó unos pasos de ella, sonriendo, con las manos ocultas a la espalda.

-¿Estás segura de que no quieres dar primero un vistazo a mis dedos, antes de darme el sí?

-Pondría la mano en el fuego por ellos, tal como diría Jack. Llévame hasta la ventana para ver como me desenvuelvo. Oh, mis piernas... creía que iba a morir, Algy...

Mientras ella atravesaba la habitación a pequeños pasos, del brazo de Timberlane, las sirenas que anunciaban un próximo bombardeo dejaron oír su estridente aullido por toda la ciudad. Sus huecas voces procedían de muy lejos, pero de todas direcciones. El mundo continuaba su proceso de destrucción. Mezclado con ellas se oyó el sonido más débil de la sirena de un coche de policía. Llegaron a la ventana, cubierta de telarañas entre los estrechos barrotes. Timberlane la abrió y sacó la cabeza entre dos barras de hierro.

En aquel momento, se detenían dos coches de policía frente al edificio. Las portezuelas se abrieron, y varios agentes uniformados se apearon del vehículo. Entre ellos, saliendo del coche posterior, estaba Jack Pilbeam. Timberlane le llamó a gritos. Los hombres alzaron los ojos hacia él.

-¡Jack! -gritó-. ¿Puedes retrasar tu viaje durante veinticuatro horas? ¡Martha y yo necesitamos un padrino!

Levantando el pulgar derecho por encima de la cabeza, Pilbeam desapareció de su vista. Al cabo de un momento, el ruido de unas pisadas resonaba en la escalera.

5 - EL RÍO: OXFORD

Charley Samuels se puso en pie en el esquife y señaló hacia el sudeste.

-¡Allí están! -exclamó-. ¡Las agujas de Oxford!

Martha, Timberlane y el viejo Jeff Pitt también se levantaron, mirando hacia el punto que Charley señalaba. «Isaac», el zorro, empezó a pasear nerviosamente de arriba abajo del banco que corría a lo largo del timón.

Habían montado un mástil y una sábana, y les impulsaba un ligero viento. Desde la salida nocturna de la feria de Swifford, el progreso fue lento. Se vieron impulsados hacia una antigua esclusa rota; una barca se había hundido en aquel punto y bloqueaba la navegación del río, y sin duda seguiría haciéndolo hasta que las lluvias primaverales incrementaran el caudal de las aguas. Descargaron los botes, empujándolos o transportándolos junto con sus escasas posesiones hasta un punto donde pudieron embarcar nuevamente.

Librodot

El paisaje era desolado e inhóspito. A Pitt le pareció ver algunos gnomos espiándoles desde los matorrales. Los cuatro creyeron ver armiños encaramados a los árboles, para llegar finalmente a la conclusión de que no eran armiños sino martas cibelinas, un animal apenas visto en aquellas partes desde la Edad Media. Aquella tarde mataron a dos de estas criaturas con arco y flechas, comiendo su carne y guardando sus finas pieles, cuando se vieron obligados a acampar en un claro del bosque. La leña era abundante, y se apretujaron entre dos hogueras, pero fue una mala noche para todos.

Al día siguiente, una vez reanudado su camino, tuvieron la suerte de ver a un buhonero pescando en la orilla. Les compró el pequeño bote de remos de Pitt, por el cual les dio dinero y dos velas, una de las cuales utilizaron aquella noche para hacerse una tienda de campaña. El buhonero les ofreció albaricoques y peras en lata, pero como éstas debían tener por lo menos doce años y eran muy caras, no las compraron. El viejecito, locuaz a causa de su prolongada soledad, les dijo que iba a unirse a la feria de Swifford, y que llevaba algunas medicinas para el doctor Bunny Jingadangelow.

Tras dejar al buhonero, desembocaron en un ancho brazo de agua, salpicado de pequeños islotes y con las orillas llenas de juncos. Bajo el grisáceo cielo, parecía extenderse hasta el infinito, y no pudieron ver su propio camino a través de él. Aquella zona era un santuario de la vida salvaje; mirlos de agua, lagópedos y gran abundancia de patos se movían sobre o por encima de su superficie. En las claras aguas que había debajo de la orza, se veían numerosos bancos de peces.

No estaban de humor para apreciar las atracciones naturales. El tiempo se había vuelto ventoso, y no sabían en qué dirección tenían que guiar su nave. La lluvia, galopando sobre el rostro del agua, les hizo buscar refugio debajo de la vela sobrante. A medida que la lluvia arreciaba y el viento cedía, Barbagrís y Charley remaban hacia uno de los islotes, donde acamparon.

Todo estaba seco bajo la vela, y el tiempo se había suavizado, pero una extraña sensación depresiva les invadió a todos mientras contemplaban las oleadas de agua y nubes abrazando el paisaje. Barbagrís encendió una pequeña fogata, que les hizo toser a todos, pues el humo no se dispersaba. Sus ánimos no se recobraron hasta que apareció Pitt, encogido, helado, empapado, pero llevando triunfalmente un par de hermosos castores sobre la espalda. Uno de ellos era un gigante, pues medía más de un metro de la cabeza a la cola. Pitt informó haber visto una colonia de ellos a cien metros escasos; los pocos que se encontraban allí no se habían asustado de él.

-Mañana cazaré otro par para el desayuno -dijo-. Si tenemos que vivir como salvajes, también podemos vivir tan bien como salvajes.

Aunque no era hombre que refunfuñara excesivamente, Pitt encontraba pocas compensaciones en su forma de vida. A pesar de su éxito como cazador de animales -el hecho de burlarlos y matarlos le proporcionaba gran satisfacción-, se veía a sí mismo como un hombre fracasado. Desde que demostrara ser incapaz de matar a Barbagrís, una docena de años atrás, había llevado una vida cada vez más solitaria; incluso su gratitud hacia Barbagrís por haberle salvado se hallaba mitigada por el pensamiento de que, de no ser por él, ahora podría estar al mando de su propio batallón de soldados, restos del de Choucher. Alimentaba este resentimiento en su interior, aunque sabía que no tenía motivos para ello. Una experiencia más temprana debería haberle convencido de que nunca podría desempeñar correctamente el papel de un soldado.

Siendo niño, Jeff Pitt solía dirigirse hacia las afueras de la gran ciudad donde vivía y adentrarse en una faja de terreno común al que se extendía detrás de las casas. Este terreno limitaba con un páramo, y era un lugar magnífico para merodear. Desde la cima del páramo, donde sólo un halcón ocasional turbaba la quietud reinante, se dominaba el laberinto de la ciudad, con sus chimeneas, los tejados de pizarra de las fábricas y los innumerables ciempiés que eran las casas. Jeff solía llevar consigo a su amigo Dicky; cuando el tiempo era bueno, acudían a aquel lugar todos los días de sus vacaciones escolares.

Jeff tenía una gran bicicleta oxidada, heredada de uno de sus hermanos mayores; Dicky tenía un perro blanco llamado «Snowy». «Snowy» disfrutaba del páramo tanto como los muchachos. Todo esto ocurría a principios de la década de los setenta, cuando llevaban pantalones cortos y el mundo estaba en paz.

Librodot

A veces, Jeff y Dicky jugaban a soldados, utilizando palos a modo de rifles. A veces, trataban de cazar lagartijas con las manos; eran pequeñas lagartijas pardas que generalmente se escapaban, dejando sus ondulantes colas en las palmas de los muchachos. A veces, se peleaban.

Un día, se pelearon tan abstraídamente que rodaron hasta un bancal lleno de ortigas. Los dos se quedaron cubiertos de pinchos. Por mucho que fuera su dolor, Jeff nunca hubiese llorado delante de su amigo. Dicky lloró a lágrima viva durante todo el camino de regreso. Ni siquiera el paseo en la bicicleta de Jeff le calmó totalmente.

Los muchachos crecieron. Las fábricas engulleron al joven Pitt, tal como habían engullido a sus hermanos. Dicky obtuvo un empleo en una inmobiliaria. Descubrieron que no tenían nada en común y dejaron de buscar su mutua compañía.

Llegó la guerra. Pitt se alistó en las fuerzas aéreas, Tras algunas peligrosas aventuras en el Oriente Medio, desertó, junto con varios de sus compañeros. Esta fue la señal para otras unidades de la zona, donde la insatisfacción por la causa y el curso de la guerra era considerable. Estalló el motín. Algunos amotinados se apoderaron de un avión en el aeropuerto de Teherán y regresaron a Gran Bretaña. Pitt se hallaba en ese avión.

En Gran Bretaña, la revolución estaba tomando impulso. Al cabo de pocos meses, el gobierno sería derrocado y un gobierno popular rápidamente elegido solicitó la paz con las potencias enemigas. Pitt llegó a su ciudad de origen y se unió a los rebeldes locales. Una noche de luna, un grupo progubernamental atacó su cuartel general, que era una gran casa victoriana en los suburbios. Pitt se encontró detrás de un banco de cemento, con el corazón latiéndole apresuradamente, disparando contra el enemigo.

Uno de sus compañeros de la casa iluminó la escena con un reflector. Su amplio haz enfocó a Dicky, que llevaba la insignia gubernamental y se acercaba corriendo a la posición de Pitt. Pitt disparó.

Lamentó haberlo hecho incluso antes de que -como por arte de magia- la sangre de una herida tiñera la camisa de Dicky, que se detuvo en seco y cayó al suelo. Pitt se arrastró hasta él, pero el tiro había dado en el blanco; su amigo estaba moribundo.

Desde aquella ocasión, nunca fue capaz de matar algo mayor que un castor.

Apretados bajo la tienda, cenaron y durmieron bien aquella noche, reanudando la marcha al día siguiente. No vieron absolutamente a nadie. Los hombres habían desaparecido, y el gran mundo entrecruzado de especies vivas ya había tejido su red sobre el espacio que ellos ocuparan en otros tiempos. Avanzando sin un claro sentido de la dirección, tuvieron que pasar otras dos noches en los islotes del lago; pero como el tiempo continuaba siendo bueno y la comida abundante, apenas se quejaban, aparte de las secretas quejas que debajo de sus harapos y arrugas les recordaban que eran hombres modernos, y los hombres modernos estaban destinados a algo mejor que vagar a través de un desierto propio del pleistoceno.

El desierto se interrumpía de vez en cuando para dar lugar a monumentos de años anteriores, algunos de los cuales parecían más tristes y sombríos por estar fuera de su contexto. El esquife les llevó a una pequeña estación de ferrocarril, que un letrero seguía anunciando como el Empalme de Yarnton. Sus dos plataformas se encontraban encima de las aguas, mientras que la caja de señales, levantada sobre su torre de ladrillos, servía de atalaya para dominar la pradera.

En la destartalada y ruinosa sala de espera, encontraron un reno y un becerro. En la atalaya vivía un viejo ermitaño espantosamente deforme, que les mantuvo a raya con una bomba de fabricación casera que sostuvo por encima de su cabeza mientras hablaba con ellos. Les dijo que el lago estaba formado por la confluencia de varios ríos desbordados, entre los que se encontraban el Canal de Oxford y el Evenlode. Ansioso por librarse de ellos, el anciano les mostró la dirección que tenían que seguir, y el grupo volvió a ponerse en marcha, ayudado por una ligera y constante brisa. Hasta dos horas después Charley no se levantó y señaló hacia el frente, exclamando: «¡Ahí están!»

Los otros se pusieron en pie y miraron hacia las tranquilizadoras agujas de Oxford a través de los árboles. Las agujas seguían igual como Siempre, señalando las tradiciones de enseñanza y piedad, ahora caídas a sus pies, que les habían dado vida. El sol apareció tras una espesa nube y las iluminó. En la barca no hubo nadie que no sintiera latir su corazón más de prisa ante el espectáculo.

Librodot

-Podríamos quedarnos aquí, Algy, por lo menos durante el resto del invierno -dijo Martha.

Él volvió el rostro hacia ella, y se emocionó al ver lágrimas en sus ojos.

-Mucho me temo que sea sólo una ilusión -objetó-. Oxford también debe de haber cambiado mucho. Es posible que sólo encontremos ruinas desiertas. -Ella meneó la cabeza sin hablar.

-Me pregunto si el viejo Croucher nos hará arrestar en cuanto lleguemos -dijo Pitt-. No me gustaría ser fusilado nada más saltar a la orilla.

-Croucher murió de cólera, y no dudo de que Cowley se convirtiera poco después en un campo de batalla y más tarde en un cementerio, dejando únicamente la ciudad antigua dijo Barbagrís-. Confiemos en que los que hayan quedado nos reciban bien. Un tejado sobre nuestra cabeza durante la noche es lo único que queremos, ¿verdad?

El panorama se fue haciendo menos impresionante a medida que se aproximaban a la ciudad. Numerosas hileras de casas humildes habían sido inundadas por las aguas, y su desolación se hallaba acentuada por el reflejo del sol. Sus tejados se habían hundido; parecían los caparazones de enormes crustáceos lanzados a una playa. Empequeñecida por ellos, una anciana criatura envuelta en pieles daba de beber a un par de renos. Más adelante, las minúsculas olas que ocasionaron sobre el agua lanzaron oscilantes reflejos a los tejados de vacíos almacenes de madera. El profundo silencio fue interrumpido un poco después por el crujido de un vehículo. Dos mujeres de avanzada edad, tan anchas como altas, hacían esfuerzos inauditos para arrastrar un carro, cuyas medas quebraban los rayos del sol a medida que avanzaban por la tierra paralela a un muelle.

-Esto lo reconozco -dijo Barbagrís, con voz ronca-. Podemos amarrar aquí. Es el Folly Bridge.

Cuando saltaron a tierra, las dos mujeres se acercaron y les ofrecieron el alquiler de su carro. Como siempre que se encontraba con desconocidos, el grupo de Barbagrís se enfrentó con dificultades para comprender su acento. Pitt dijo a las viejas que no tenían nada que transportar, y las ancianas les dijeron que hallarían un refugio donde pasar la noche en Christ Church, «calle arriba». Dejando atrás a Charley con «Isaac», para guardar la barca, Martha, Barbagrís y Pitt se pusieron en marcha por el desigual sendero que conducía al otro lado del puente.

Los sólidos muros del antiguo colegio de Christ Church se alzaban por encima de uno de los accesos meridionales a la ciudad. Desde la parte alta del muro, un grupo de hombres barbudos contempló el avance de los recién llegados por el camino. Estos se aproximaron con inquietud, a la espera de algún desafío, pero no se produjo ninguno. Cuando llegaron a las grandes puertas de madera que daban entrada al colegio, se detuvieron. Abandonados, los muros del colegio estaban medio derruidos. Había varias ventanas destrozadas y otras tantas atrancadas, y los pedazos de piedra que yacían al pie de los muros hablaban de la acción del calor y el frío y los elementos. Barbagrís se encogió de hombros y traspasó el umbral.

En contraste con la ruina que habían atravesado, allí había alojamiento, el bullicio de la gente, el color de los puestos de un mercado, el olor a animales y comida. Los tres recién llegados recobraron los ánimos. Se encontraron en un gran patio cuadrangular que había albergado a muchas generaciones pasadas de estudiantes universitarios; allí se habían levantado puestos de madera, varios de los cuales formaban pequeños edificios cerrados en los que se vendía toda clase de mercancías. Otra parte del cuadrángulo estaba abandonada, y era donde se encontraban los renos, vigilando la escena bajo sus astas con su acostumbrada expresión de melancolía.

Un hombre calvo y con la nariz tan fina como una aguja salió de la vivienda que había junto a la puerta y, como extranjeros, les preguntó lo que querían. Tuvieron grandes dificultades en hacerse entender, pero al fin les condujo hasta un corpulento hombre con triple papada y tez curtida que les dijo que podían alquilar, por un módico precio, dos pequeñas habitaciones en los sótanos de Killcanon. Escribieron su nombre en un registro y mostraron el color del dinero.

Killcanon resultó ser un ala de Christ Church, y sus habitaciones una gran habitación subdividida. Pero el mensajero de la nariz afilada les dijo que podían encender fuego en la chimenea y les ofreció combustible. Principalmente a causa de la fatiga, aceptaron la oferta. El mensajero les encendió el fuego, mientras Jeff Pitt iba a recoger a Charley y el zorro y hacía los arreglos necesarios para guardar la barca.

Librodot

Una vez el fuego hubo prendido, el mensajero dio muestras de querer quedarse, agachándose junto a las llamas y frotándose la nariz, mientras trataba de oír lo que Martha y Barbagrís se estaban diciendo. Barbagrís le llamó la atención tocándole con la punta del pie.

-Antes de que se vaya, amigo, dígame si este colegio sigue utilizándose para la enseñanza como antes.

-¡Qué va! Ya no hay nadie que quiera aprender -repuso el hombre-. Pero este lugar pertenece a los estudiantes, y aún se enseñan algo unos a otros. Les verá pasear de un lado a otro con los libros en los bolsillos. Los estudiantes de aquí son lo que en otros colegios se llama miembros. Por una propina, le presentaría a uno.

-Ya veremos. Mañana habrá tiempo para todo.

-No lo retrase demasiado, señor. Según una leyenda local, Oxford se está hundiendo en el río, y cuando se hunda completamente, todo un batallón de enanitos desnudos que ahora viven debajo del agua saldrán a la superficie como anguilas y vivirán aquí, en nuestro lugar.

Barbagrís contempló al hombre.

-Ya comprendo. ¿Y da crédito a esa historia?

-¿Qué ha dicho, señor?

-¿Se cree ese cuento?

El viejo se echó a reír, lanzando una mirada de soslayo a Martha.

-No digo que la crea ni que no la crea, pero sé muy bien lo que he oído, y dicen que por cada mujer que muere, nace otro de esos enanitos desnudos debajo del agua. Y esto sí que lo sé seguro, porque lo vi con mis propios ojos el pasado día de San Miguel... no, el del año anterior, porque este último San Miguel aún no había pagado el alquiler... Una vieja de noventa y nueve años murió en Grandpont, y justo al día siguiente una pequeña criatura de dos cabezas y desnuda flotaba junto al puente.

-¿Qué es lo que vio? -preguntó Martha-. ¿La anciana muerta o la criatura de dos cabezas?

-Bueno, paso por aquí muy a menudo -dijo confusamente el mensajero-. Lo que vi fue el funeral y el puente, pero muchos hombres me contaron el resto y no tengo razones para dudar de ellos. Lo dice todo el mundo.

Cuando se hubo ido, Martha dijo:

-Es extraño que todo el mundo crea en algo diferente.

-Todos están un poco locos.

-No, no creo que estén locos; lo que ocurre es que las creencias de las otras personas siempre parecen locuras, igual que sus pasiones. En los viejos tiempos, antes del Accidente, la gente se sentía más inclinada a guardar sus creencias para sí mismos, o bien confiarlas únicamente a médicos y psiquiatras. En algunos casos, se difundían, y entonces perdían su aire absurdo. Piensa en toda la gente que creía en la astrología, incluso mucho después de saberse que no eran más que tonterías.

-Es ilógico y, por lo tanto, una forma de locura -insistió Barbagrís.

-No, no lo creo así, Yo diría que es una forma de consolación. Este hombre de la nariz como una aguja de tejer acaricia el sueño absurdo de que pequeñas criaturas desnudas se adueñen de Oxford; esto le consuela, en cierto modo, de la muerte de los niños. La religión de Charley es el mismo tipo de consuelo. Tu reciente compañero de borrachera, Bunny Jingadangelow, se ha retirado a un mundo de vanidades.

Se dejó caer con fatiga sobre la cama de mantas y se estiró. Se quitó lentamente los sucios zapatos, se dio un masaje en los pies, y después se estiró completamente con las manos debajo de la cabeza. Miró a Barbagrís, cuya calva brillaba al estar agachado junto al fuego.

-¿Qué piensas, mi venerable amor? -preguntó ella.

-Me estaba preguntando si el mundo no se deslizaría, si no lo ha hecho ya, hacia una especie de demencia, ahora que todos los que quedan tienen más de cincuenta. ¿Acaso la cordura requiere un toque de infancia?

-No lo creo así. Somos asombrosamente adaptables, más de lo que nosotros mismos creemos.

-Sí, pero supongamos que un hombre pierde la memoria y no recuerda lo que le ocurrió antes de los cincuenta años, de modo que se halla completamente desarraigado de todas sus acciones precedentes... ¿no lo clasificarías como a un loco?

-Es sólo una analogía.

Él se volvió hacia ella y sonrió.

-Eres muy obstinada, Martha Timberlane.

-Después de tantos años, aún podemos tolerar nuestras estúpidas opiniones mutuas. ¡Es un milagro!

Él se acercó a ella, se sentó en la cama a su lado y le acarició el muslo.

-Quizá se deba a nuestra pizca de locura, consolación o lo que sea. Martha, ¿has pensado alguna vez...? -Hizo una pausa, y después continuó, frunciendo la cara en un ceño de concentración-. ¿Has pensado alguna vez que la horrible catástrofe de hace cincuenta años fue, bueno, fue una muerte para nosotros? Ya sé que parece una blasfemia; pero ¿no es posible que hayamos llevado una vida mucho más interesante que la existencia algo inútil que de otro modo habríamos tenido que aceptar como vida? Ahora podemos ver que los valores del siglo veinte eran falsos; de otra forma no habrían destrozado el mundo. ¿No crees que el Accidente nos ha hecho apreciar más las cosas vitales?

-No -repuso Martha con firmeza-. No, no lo creo. A estas alturas ya tendríamos hijos y nietos, a no ser por el Accidente, y no hay nada que pueda sustituirlos.

A la mañana siguiente, fueron despertados por el ruido de los animales, el cacareo de los gallos, las patadas de los renos e incluso el rebuzno de un asno. Dejando a Martha en el cálido lecho, Barbagrís se levantó y vistió. Hacía frío. Las corrientes de aire agitaban la alfombrilla del suelo, y habían desparramado las cenizas del fuego a lo largo y a lo ancho de la habitación.

En el exterior, apenas había luz natural y el cielo de los Midlands bañaba el patio de tonalidades frías. Pero había algunas antorchas encendidas y gente en movimiento, y sus voces sonaban con alegría, a pesar de que sus dueños carecían de dientes y estaban doblados por la edad. La puerta de entrada había sido abierta, y muchos de los animales salían por ella, algunos arrastrando carros. Barbagrís no sólo vio un asno, sino también un par de caballos, finas bestias jóvenes que arrastraban un carro. Eran los primeros que había visto en más de un cuarto de siglo. Los sectores del país estaban tan aislados unos de otros que prevalecían condiciones muy distintas.

La gente iba bastante bien vestida, y muchas personas llevaban abrigos de pieles. Arriba en las almenas, un par de centinelas se frotaban las costillas para entrar en calor y contemplaban el bullicio que reinaba abajo.

Una vez en la casita, donde ardían unas cuantas velas, Barbagrís encontró que el hombre de la triple papada no estaba de guardia. Su lugar se hallaba ocupado por un individuo gordinflón de la edad de Barbagrís, que resultó ser hijo del hombre de la papada; era tan afable como su padre adusto, y cuando Barbagrís le preguntó si sería posible obtener un empleo para los meses invernales, se volvió locuaz.

Se sentaron junto a una pequeña fogata, para resguardarse del frío que penetraba por las grandes verjas de entrada. Haciéndose oír por encima del rumor y estruendo del tráfico que pasaba junto a su vivienda, el individuo gordinflón empezó a charlar de Oxford.

Durante algunos años, la ciudad no había tenido un cuerpo gubernativo central. Los colegios la habían dividido y regido con indiferencia. Todos los delitos se penaban con dureza; pero hacía más de doce meses que no había fusilamientos en Carfax.

Christ Church y varios colegios más servían como una mezcla de castillo, hostería y casa solariega. Proporcionaban refugio y defensa siempre que era necesario, tal como ocurriera en el pasado. Los colegios de mayor tamaño poseían gran parte de la ciudad. Eran prósperos, y durante los últimos diez años habían vivido pacíficamente juntos, desarrollando la agricultura y la ganadería. Hacían lo que podían para instaurar desagües que evitaran la creciente subida del río y las inundaciones primaverales. Y en uno de esos colegios, situado en el otro extremo de la ciudad, llamado Balliol, el Señor cuidaba a tres niños que eran ceremoniosamente mostrados a la población dos veces al año.

Librodot

-¿Qué edad tienen esos niños? ¿Los ha visto? -preguntó Barbagrís.

-Oh, sí, claro que los he visto. Todo el mundo ha visto a los niños de Balliol. No me los habría perdido por ninguna causa. La niña es una belleza. Debe de tener unos diez años, y su madre fue una imbécil que vivía en Kidlington, un pueblo metido en los bosques del norte. Los dos niños no sé de dónde vienen, pero uno de ellos lo pasó muy mal antes de llegar aquí, y he oído decir que incluso fue exhibido por un empresario en Reading.

-¿Y son completamente normales?

-Uno de los niños tiene un brazo inerte, un brazo que termina con tres dedos a la altura del codo, pero no se puede decir que eso sea una verdadera deformidad; la niña no tiene cabello y algo un poco extraño en una oreja, pero nada realmente deforme, y saluda a la multitud con mucha gracia.

-¿Los ha visto con sus propios ojos?

-Si, los he visto en The Broad, donde desfilan. Los niños no saludan tanto porque son mayores, pero no por eso dejan de ser hermosos jovenzuelos, y le aseguro que es una maravilla ver un poco de carne fresca.

-¿Está seguro de que son reales? ¿No es posible que se trate de viejos disfrazados, o algo así?

-Oh, no, no, no, ni hablar. Son pequeños, igual que los niños de las viejas fotografías, y resulta imposible equivocarse viéndoles la piel, ¿no cree?

-Bueno, he visto que tienen caballos. Es posible que tengan niños.

Entonces cambiaron de tema y, tras un rato de charla, el hijo del portero aconsejó a Barbagrís que fuera a hablar con uno de los estudiantes del colegio, el señor Norman Morton, que era el encargado de contratar al personal del colegio.

Martha y él realizaron una frugal comida a base de un duro y frío castor y un trozo de pan que ella había comprado la tarde anterior en uno de los puestos; después dijeron a Charley y Pitt adónde iban, y se encaminaron hacia las habitaciones de Norman Morton.

En Peck, el último patio cuadrangular del colegio, se había construido un bonito establo de dos pisos que podía albergar bestias y carros. Morton tenía sus habitaciones justo enfrente de dicho establo. En parte de esas habitaciones, vivía; en otras, guardaba animales.

Era un hombre alto, de anchas espaldas ligeramente encorvadas, un tic nervioso que le hacía asentir con la cabeza, y una tez tan arrugada que parecía haber sido pacientemente reconstruida. Barbagrís calculó que debía tener unos ochenta y cinco años, pero no daba muestras de querer prescindir de la buena vida. Cuando Martha y Barbagrís fueron conducidos a su presencia por un criado, el señor Norman Morton se hallaba ocupado con dos camaradas en saborear un vino fuertemente sazonado y aniquilar lo que parecía una pierna de cordero.

-Les daré un poco de vino si nos cuentan algo interesante -dijo, retrepándose en la silla y señalándoles con un condescendiente tenedor-. A mis amigos y a mí siempre nos han entretenido los cuentos de los viajeros, aunque generalmente sean mentiras. Si ustedes también piensan mentir, tengan la amabilidad de hacerlo con gracia.

-En mi juventud -dijo Martha, saludando con una grave inclinación de cabeza a los otros caballeros, cuyas bocas trabajaban afanosamente mientras devolvían el saludo de igual forma-, eran los anfitriones los que distraían a los visitantes, y no a la inversa. Pero en estos días, las sedes de la enseñanza albergan ganado en lugar de la cortesía.

Morton alzó un par de enmarañadas cejas y dejó el vaso encima de la mesa.

-Señora -repuso-, le ruego que me perdone. Si se viste como una vaquera, debe de estar acostumbrada a que la confundan con una vaquera, o eso es lo que a mí me parece. A cada uno su propia excentricidad. Permítanme que les sirva un poco de esta sangría, y después hablaremos como iguales, por lo menos hasta que se demuestre lo contrario.

El vino era bastante bueno para borrar parte de la acritud con que Morton se expresó. Barbagrís así lo dijo.

-Pasa muy bien -convino descuidadamente uno de los estudiantes. Era un hombre seboso, que respondía al nombre de Gavin, con la cara amarillenta y una frente que se enjugaba sin cesar-. Por

desgracia, no es más que un vino casero. Terminamos las últimas botellas que estaban en las cavas del colegio cuando el decano fue depuesto.

Los tres hombres inclinaron la cabeza con burlona reverencia al oír mencionar al decano.

-Así pues, ¿cuál es su relato, viajeros? -preguntó Morton de forma más desenvuelta.

Barbagrís habló brevemente de sus años en Londres, de su roce con Croucher en Cowley, y de su largo retiro en Sparcot. Por mucho que los estudiantes lamentaran la ausencia de mentiras palpables, expresaron cierto interés por el relato.

-Recuerdo muy bien a ese tal comandante Croucher -dijo Morton-. No era del todo malo para ser un dictador. Afortunadamente, pertenecía a esa clase de analfabetos que conserva un impropio respeto hacia la erudición. Quizá debido a su padre, que, según los rumores, era un criado del colegio, su actitud hacia la Universidad fue sorprendentemente respetuosa. Teníamos que estar dentro del colegio a las siete de la tarde, pero eso no constituía ninguna privación. Recuerdo que incluso en aquellos tiempos uno consideraba este régimen como una necesidad histórica. Fue después de su muerte cuando las cosas llegaron a un punto realmente intolerable. Los soldados de Croucher se convirtieron en una pandilla de ladrones. Esa fue la peor época de nuestro miserable medio siglo de decadencia.

-¿Qué fue de esos soldados?

-Lo que era de esperar. Se mataron unos a otros, y el cólera se llevó al resto, gracias al cielo, me atrevería a decir. Durante un año, ésta fue una ciudad muerta. Los colegios estaban cerrados. No se veía a nadie. Yo fui a vivir a una casa de campo fuera de la ciudad. Al cabo de un tiempo, la gente empezó a regresar. Después, aquel invierno o el siguiente, la gripe se abatió sobre nosotros.

-En Sparcot también hubo muchas epidemias de gripe -dijo Barbagrís.

-Tuvieron suerte de escapar con vida. También tuvieron suerte de que la gripe asolara todos los centros importantes de población, no dejando más que a unas cuantas bandas armadas de hambrientos patanes que se dedicaban al pillaje y el robo.

El estudiante llamado Vivian dijo:

-En el mejor de los casos, este país sólo habría podido alimentar a la mitad del populacho con su agricultura. En peores circunstancias, alimentaría a menos de un sexto del total. En tiempos normales, la proporción de muertos era de unos seiscientos mil por año. Naturalmente, no poseemos las cifras exactas, pero me atrevería a decir que en la época de la que hablamos, hacia el veintidós o un poco antes, la población menguó de unos veintisiete millones a doce. Es fácil de calcular que en la década posterior a entonces la población ha debido menguar hasta la cifra de seis millones, basándonos en el porcentaje de muertos anterior. Dentro de otros diez años...

-Gracias, basta de estadísticas, Vivian -dijo Morton. Volviéndose hacia los visitantes, añadió-: Oxford ha sido un remanso de paz desde la epidemia de gripe. Claro que tuvimos algunas dificultades con Balliol.

-¿Qué ocurrió? -preguntó Martha, aceptando otro vaso de aquel vino casero.

-Balliol creyó que podría gobernar Oxford, ¿sabe? Hubo un desagradable asunto en el que quisieron cobrar los atrasos de alquileres de sus propiedades en la ciudad. Los habitantes pidieron ayuda a Christ Church. Afortunadamente, pudimos dársela.

»Teníamos a un terrible artillero, un tal coronel Appleyard, refugiado en nuestro colegio por aquellos días. Era un antiguo estudiante, suspendido, el pobre, e incapaz de encajar más que en la vida militar, pero tenía un par de morteros. Morteros para hacer trincheras, ¿saben? Los montó en el patio y empezó a bombardear, si es que puede utilizarse dicho verbo en esta ocasión, Balliol.

Gavin soltó una risita y añadió:

-La puntería de Appleyard no era muy buena, y destruyó la mayor parte de los edificios entre Balliol y éste, incluyendo el Jesus College; pero el rector de Balliol se apresuró a izar la bandera blanca, y desde entonces hemos vivido todos en paz.

Esta anécdota puso de buen humor a los tres estudiantes, que empezaron a rememorar entre ellos los puntos sobresalientes de la campaña, olvidando a sus invitados. Enjugándose la frente, Gavin dijo:

Librodot

-Algunos colegios están construidos como pequeñas fortalezas; es agradable ver que este aspecto es funcional hasta cierto punto.

-¿Tiene el lago por el que hemos venido hasta Folly Bridge alguna historia particular? inquirió Barbagrís.

-¿Un significado particular «característico»? Pues, sí y no, aunque no es nada tan dramático, tan lleno de interés humano, podríamos decir, como la campaña de Balliol -dijo Morton-. El lago Meadow, como lo conocemos aquí, cubre un terreno que siempre ha estado sujeto a inundaciones, incluso en los prósperos días de la Comisión del Támesis, que en paz descanse. Ahora está permanentemente inundado, gracias al trabajo de excavación realizado desde la orilla por un ejército de coipos.

-¿El coipo es un animal? -preguntó Martha.

-Un roedor, señora, de la familia de las nutrias, procedente de Sudamérica, y ahora tan arraigado en Oxford como Gavin o yo... y me imagino que seguirán estándolo mucho después de que nosotros hayamos desaparecido, ¿eh, Gavin? Es posible que no lo hayan visto nunca en el curso de sus viajes, pues es una criatura tímida que siempre se esconde. Pero deben visitar nuestro parque zoológico, y conocer a nuestro coipo domesticado.

Les acompañó a través de varias olorosas habitaciones, en las cuales se encontraban numerosos animales enjaulados. La mayoría de ellos corrieron hacia él y parecieron contentos de verle.

El coipo disfrutaba de una minúscula piscina abierta en las láminas de piedra de una habitación situada en la planta baja. Parecía el resultado de un cruce entre un castor y una rata. Morton les explicó que habían sido importados durante el siglo XX para ser criados en granjas y su piel explotada. Algunos se escaparon y se convirtieron en una plaga en East Angla, pero fueron casi exterminados en varias campañas intensivas. Después del Accidente, volvieron a multiplicarse, lentamente al principio y después, progresando a grandes pasos como tantas otras criaturas parecidas, con gran rapidez. Se extendieron hacia el oeste a lo largo de los ríos, y ahora ocupaban la mitad del país.

-Serán el fin del Támesis -dijo Morton-. Destrozan cualquier curso de agua. Afortunadamente, su existencia está más que justificada gracias a su buen sabor y la calidad de su piel. El coipo estofado es uno de los grandes consuelos de nuestra vejez, ¿eh, Vivian? Quizá hayan observado ya la gran cantidad de gente que se permite el lujo de un abrigo de pieles.

Martha mencionó las martas cibelinas que habían visto.

-¡Eh, muy interesante! Deben estar extendiéndose hacia el este desde Gales, que era la única parte de Gran Bretaña donde sobrevivían hace un siglo. En todo el mundo, deben producirse grandes cambios en el comportamiento y el hábitat de los animales; si por lo menos tuviéramos otra vida en la cual registrar todo eso... Ah, bueno, no es un deseo muy fructífero, ¿verdad?

Morton terminó por ofrecer a Martha un empleo de ayudante en el zoológico, y aconsejó a Barbagrís que fuera a ver a un granjero llamado Flitch, que necesitaba un hombre para trabajos diversos.

Joseph Flitch era un octogenario tan activo como un hombre veinte años más joven. Tenía que serlo. Mantenía una casa llena de regañonas mujeres, su esposa, las dos ancianas hermanas de su esposa, su madre y dos hijas, una de ellas prematuramente senil y la otra permanentemente tullida por la artritis. De este grupo de brujas, la señora Flitch, quizá porque la regla de su casa era la supervivencia del más feroz, era la más feroz. Sintió un odio instantáneo hacia Barbagrís.

Flitch le condujo a un edificio anexo, le estrechó la mano y le contrató por lo que Norman Morton había calificado como un precio justo.

-Veo que será un buen hombre por la manera en que mi mujer le ha tratado -declaró, hablando con un acento de Oxford tan cerrado que al principio resultaba incomprensible.

Era -no resultaba extraño en aquellas circunstancias- un hombre adusto. Además, tal como Barbagrís tuvo oportunidad de comprobar, era también astuto y emprendedor, y tenía un floreciente negocio. Su granja se encontraba en Osney, a orillas del lago Meadow, y tenía empleadas a varias personas en ella. Flitch había sido uno de los primeros en aprovechar el cambio de las condiciones naturales, y utilizaba los extensos lechos de cañas como base de los materiales hechos con paja. En la

Librodot

localidad no se fabricaban ladrillos ni baldosas; pero varias de las mejores casas de los alrededores estaban cubiertas por una hermosa capa del bálago del granjero Flitch.

El trabajo de Barbagrís consistía en recorrer el lago recogiendo una brazada de cañas tras otra. Como empleaba su propia barca para esta tarea, Flitch, que era un hombre justo, le regaló un caliente e impermeable abrigo de coipo, que había pertenecido a un hombre que murió en deuda con él. Bien abrigado, Barbagrís pasaba la mayor parte del día trabajando lentamente en el lago, sintiéndose absorbido entre la sosegada extensión de agua y el pantano y el cielo. Era un periodo de tranquilidad acentuada por los sobresaltos de los pájaros acuáticos; a veces llenaba el esquife con gran abundancia de cañas, y después podía dedicarse media hora a la pesca de su cena y la de Martha. En estas ocasiones, veía muchas clases distintas de roedores entrando y saliendo de las zonas pantanosas: no sólo ratas de agua, sino también animales más grandes, castores, nutrias, y el coipo con cuyas pieles iba cubierto. Una vez vio a un coipo hembra seguido muy de cerca por sus retoños.

Aceptaba aquellas industriosas horas entre las cañas; pero no olvidaba la lección aprendida en Sparcot: que la serenidad no procedía del mundo exterior, sino de dentro. Si necesitaba recordarlo, sólo tenía que recoger cañas en su bahía favorita. Desde allí se divisaba un gran cementerio, al cual acudía todos los días una triste comitiva fúnebre dando escolta a un ataúd. Cuando Barbagrís comentó haber visto un camposanto, Flitch observó secamente:

-Ah, siguen plantándolos, pero ninguno vuelve a crecer.

Después se reunía con Martha, a menudo con la barba cubierta de escarcha, en la destartalada habitación de Killcanon que ella había logrado convertir en un hogar. Charley y Pitt vivían fuera de Christ Church, donde habían encontrado alojamientos más baratos y destartalados; Charley, a quien veían casi todos los días, había encontrado trabajo en una tenería; Pitt había reanudado su antigua ocupación de cazador furtivo y nunca buscaba su compañía; Barbagrís le vio una vez en la orilla meridional del lago, como una pequeña e independiente figura.

Todos los días, Barbagrís se hallaba frente a la gran puerta del colegio a las seis, esperando que la abrieran para ir a trabajar. Una mañana, cuando ya hacía un mes que trabajaba para Flitch, una campana de la ruinosa Torre Tom que había sobre su cabeza empezó a tañer.

Era el día de Año Nuevo, que los habitantes de Oxford celebraban con gran alegría.

-Hoy es un día de fiesta -dijo Flitch, cuando Barbagrís se presentó en la granja-. La vida es muy corta, aunque nos parezca larga; tú eres joven, y debes ir a divertirte. -¿En qué año estamos, Joe? He perdido el calendario y no recuerdo la fecha exacta. -¿Qué importa eso? Bastante trabajo me cuesta acordarme de mis propios años, no voy ahora a preocuparme por los que tiene el mundo. Vete a casa con tu Martha.

-Estaba pensando; ¿por qué no se ha celebrado el día de Navidad?

Flitch se apartó de la oveja que estaba ordeñando y miró a Barbagrís con expresión divertida.

-Es evidente que no eres muy religioso, o no me preguntarías tal cosa. La Navidad se inventó para celebrar el nacimiento del Hijo de Dios, ¿no es así? Y los estudiantes de Christ Church consideran que no sería de buen gusto celebrar un nacimiento en estos tiempos. -Acercó el taburete y el cubo a una cabra y añadió-: Claro que si estuvieras en Balliol o Magdalena las cosas habrían sido distintas; allí siguen celebrando la Navidad.

-¿Es usted un hombre religioso, Joe?

Flitch hizo una mueca.

-Dejo esas cosas a las mujeres.

Barbagrís volvió a recorrer las cenagosas calles para reunirse con Martha. La expresión de su esposa le reveló en seguida que ocurría algo importante. Ella le explicó que aquél era el día en que los niños de Balliol eran mostrados al público y expresó su deseo de verlos.

-Es mejor no ver a los niños, Martha. Es algo que sólo lograría trastornarte. Quédate aquí conmigo, donde hace calor. Hagamos una visita a Tubby y tomemos una copa con él. O, si no, vayamos a ver al viejo Joe Flitch; no es necesario que veamos a sus mujeres. O...

-Algy, quiero que me lleves a ver a los niños. Me siento capaz de resistir la impresión. Además, es una especie de acontecimiento social y no podemos faltar. -Metió su cabello en la capucha, mirándole con indiferencia. El meneó la cabeza y la cogió por el brazo.

Librodot

-Siempre has sido muy obstinada, Martha.

-En lo que a ti respecta, siempre he sido tan débil como el agua, y tú lo sabes.

A lo largo del sendero conocido como el Maíz, seguramente a causa de una faja de tierra labrada que corría junto a él, se afanaban numerosas personas. Su aspecto era tan gris y resquebrajado como el de los edificios en ruinas frente a los que pasaban; caminaban de prisa y no charlaban demasiado. Se apartaron de mala gana para dar paso a un carro arrastrado por un reno. Cuando el carro llegó a la altura de Martha y Barbagrís, ella oyó que alguien la llamaba.

Norman Morton, con una toga encima de un grueso abrigo de pieles, se encontraba en el carro, acompañado por algunos estudiantes, entre los cuales estaban los dos con los que Barbagrís hablara, el seboso Gavin y el silencioso Vivian. Hizo detener el carro e invitó a los dos peatones a subir. Estos se encaramaron a los cubos de las ruedas y aceptaron la ayuda que se les ofrecía.

-¿Les sorprende encontrarme participando en los placeres comunes? -preguntó Morton-. Siento el mismo interés hacia los niños de Balliol que hacia mis propios animales. Constituyen un espectáculo digno de contemplar y reflejan un poco de una popularidad muy necesaria sobre el rector. Lo que les ocurra cuando sean mayores, lo cual será dentro de pocos años, es algo que ni siquiera el rector puede predecir.

El carro se estacionó en una posición estratégica delante de la fortaleza de Balliol, de graciosa fachada victoriana. La extrema efectividad de los morteros del coronel Appleyard era manifiesta. La torre había sido reducida a la nada, y dos grandes porciones de la fachada estaban torpemente reconstruidas con piedra nueva. Se había erigido una especie de cadalso junto a la puerta de entrada, y la bandera del colegio ondeaba sobre él.

La multitud congregada allí era más numerosa de lo que Martha y Barbagrís habían visto durante años. Aunque la atmósfera era más solemne que jovial, los buhoneros se movían entre la gente reunida, vendiendo bufandas y bisutería, sombreros hechos con plumas de cisne, perros calientes y panfletos. Morton señaló a un hombre que llevaba una bandeja llena de láminas y libros.

-Vean, Oxford continúa siendo el centro de la imprenta, y lo será hasta el fin. Esto dice mucho en favor de la tradición, ¿saben? Veamos lo que ese bribón tiene que ofrecer.

El bribón era un robusto individuo de labios finos con un letrero cosido al abrigo que decía: «Vendedor de la Prensa Universitaria», pero la mayor parte de sus artículos estaban destinados, tal como observó Gavin al hojear la edición pobremente impresa de una novela, al pueblo en general.

Martha adquirió un panfleto de cuatro páginas editado para la ocasión y encabezado con las palabras: ¡FELIZ AÑO NUEVO! OXFORD, 2030. Lo hojeó y se lo dio a Barbagrís.

-La poesía parece haber adquirido merecida fama. Sin embargo, principalmente es pornografía infantil. ¿Te recuerda alguna cosa?

Él leyó el primer verso. La mezcla de puerilidad y obscenidad le pareció familiar.

Hombrecito melancólico,
anímate de una vez,
los críos pequeñitos
han dejado de nacer.

-América... -dijo. Los nombres de todas las cosas se habían borrado de su memoria desde hacía casi treinta años. Después le sonrió-. Nuestro padrino de boda, le veo tan claramente, ¿cómo llamaba a esta clase de basura? ¡Dios mío, parece que no hayan pasado los años! -La rodeó con un brazo.

-Jack Pilbeam -dijo ella. Ambos se echaron a reír, sorprendidos por el placer, y exclamaron simultáneamente-: Mi memoria es tan mala...

Momentáneamente, ambos se evadieron del presente y el podrido marco de la maloliente multitud que había a su alrededor. Habían retrocedido a un mundo más limpio, al Washington embriagador que conocieran.

Uno de los regalos de boda que Bill Dyson les hizo fue un pase para viajar por los Estados Unidos. Disfrutaron de su luna de miel en el Niágara, regocijándose ante la trivial elección, haciéndose pasar por americanos, y escuchando la caída de las aguas.

Mientras estaban allí se enteraron de las noticias. El secuestrador de Martha había sido hallado y arrestado. Resultó ser Dusty Dykes, el comediante que Jack Pilbeam les llevara a ver. La noticia del arresto ocupaba los titulares de todos los periódicos; pero al día siguiente hubo un desvastador incendio en una fábrica de Detroit para llenar las primeras páginas.

Ese mundo de noticias y acontecimientos estaba enterrado incluso en sus recuerdos, sólo vivía borrosamente, pues formaban parte de la desintegración general. Barbagrís cerró los ojos y fue incapaz de mirar a Martha.

El desfile comenzó. Varios dignatarios, flanqueados por guardias, salían de las puertas de Balliol. Algunos treparon al cadalso y otros guardaron el camino. Apareció el rector, viejo y frágil, con el rostro blanquísimo entre la toga y el sombrero negro. Le ayudaron a subir las escaleras. Hizo un discurso tan breve como inaudible, que terminó con un acceso de tos, después de lo cual los niños surgieron del colegio.

La niña fue la primera en salir, andando graciosamente y mirando a su alrededor a medida que avanzaba. Al oír los vítores de la multitud, su rostro se iluminó; trepó a la plataforma y agitó la mano en señal de saludo. Era completamente calva y la estructura de su cráneo resaltaba tanto como su pálida piel. Una de sus orejas, tal como habían advertido a Barbagrís, estaba tan hinchada que no era más que una confusa masa de carne. Cuando ella se volvió de modo que la oreja quedó frente a los espectadores, muchos la compararon con un duende.

La multitud estaba maravillada ante tanta juventud. Muchas personas aplaudían.

Los niños aparecieron después. El del brazo deforme parecía enfermo: tenía el rostro contraído y azulado; su actitud era apática; saludaba, pero no sonreía. Debía de tener unos trece años. El otro muchacho era mayor y más sano. Los ojos que observaban a la multitud eran calculadores; Barbagrís le contempló con simpatía, sabiendo lo inestable que es la multitud. Quizá el muchacho estuviera pensando que los que hoy le aplaudían tan alegremente podían reclamar su cabeza al año siguiente, si el viento cambiaba de dirección. Así que saludaba y sonreía, pero no sonreía con los ojos.

Eso fue todo. Los niños se retiraron en medio de los gritos de la multitud, entre la cual había muchas mejillas húmedas. Algunas ancianas lloraban abiertamente, y los buhoneros hacían un buen negocio vendiendo pañuelos.

-Extremadamente conmovedor -dijo Morton con aspereza.

Habló al conductor de su carro, e iniciaron el camino de regreso, maniobrando con dificultad a través del gentío. Era evidente que muchos de los espectadores pensaban quedarse un rato más, disfrutando de su mutua compañía.

-Ahí lo tiene -dijo Gavin, sacando un pañuelo del bolsillo para enjugarse la sebácea frente-. Eso basta en cuanto al milagro, el signo de que en ciertas circunstancias la raza humana puede regenerarse. Pero para los humanos es menos fácil empezar de la nada que para la mayoría de nuestros mamíferos. No se requiere más que una pareja de los armiños, coipos o conejos de Morton para que en cinco años, como máximo, hayas obtenido una horda de pequeños animalitos, ¿eh, Morton? Los humanos necesitarían un siglo para alcanzar el mismo número. Y, además, se requiere muchísima suerte. Los roedores y animales inferiores no se matan entre ellos como hace el homo sapiens. Basta pensar en los años que deben transcurrir antes de que una niña como la que hemos visto se convierta en mujer, o bien el niño mayor, para que después de un poco de diversión una causa cualquiera los lleve a la tumba.

-Supongo que la finalidad de esta exhibición anual es hacer que la gente se familiarice con los niños, y las probabilidades de que les hagan daño sean menores, ¿no es así? inquirió Martha.

-El efecto psicológico de tales acciones es frecuentemente contrario al que se persigue -dijo Gavin.

Después de estos comentarios, prosiguieron en silencio el camino de Maíz y St. Aldates hasta llegar a la gran puerta de Christ Church. Al apearse, Barbagrís dijo:

-¿Prohibiría usted la demostración de Balliol si estuviera en su mano, estudiante Morton?

Librodot

El anciano le miró con ironía.

-Prohibiría la naturaleza humana si pudiera. Somos muy malos, ¿sabe?

-¿Tal como ha prohibido la Navidad?

El arrugado semblante se contrajo en algo parecido a una sonrisa. Guiñó un ojo a Martha.

-Prohíbo lo que yo creo más conveniente, yo, Gavin y Vivian. Ejercemos nuestra sabiduría para el bien común, ¿saben? Permítanme decirles que hemos prohibido cosas más importantes que la Navidad.

-¿Como cuáles?

-El deán, por ejemplo -respondió el estudiante Vivian, enseñando sus dientes postizos en una extraña sonrisa.

-Tendrían que dar un vistazo al interior de la catedral -dijo Morton-. La hemos convertido en museo, donde guardamos muchas cosas prohibidas. ¿Qué les parece, caballeros, si diéramos una vuelta por nuestro museo, hoy que hace un día espléndido?

Los otros dos estudiantes, Gavin y Vivian, asintieron y el pequeño grupo inició la marcha hacia el ala oriental del patio, donde la catedral formaba parte del colegio.

-La radio es una de las cosas que no nos gustan en nuestra pequeña gerontocracia dijo Morton-. No nos beneficiaría, y podría trastornarnos recibir noticias del mundo exterior. ¿Quién desea saber el porcentaje de muertes en París, o la extensión del hambre en Nueva York? ¿O bien el tiempo reinante en Irlanda?

-¿Así que tienen una estación radiofónica? -preguntó Barbagrís.

-Bueno, tenemos un camión que transmite... -se interrumpió, metiendo una gran llave en la cerradura de la catedral. Con la ayuda de Vivian, empujaron la puerta hasta abrirla.

Entraron juntos en la catedral a oscuras.

Allí, muy cerca de la puerta, estaba su camión DOUCH .

-¡Este camión es mío! -exclamó Barbagrís, echando a correr, y apretó el capó con sus manos enguantadas. Él y Martha contemplaron el vehículo con una especie de éxtasis.

-Perdóneme, pero no es suyo -replicó Morton-. Pertenece a los estudiantes de esta institución.

-Está intacto -dijo Martha, con las mejillas arreboladas, cuando Barbagrís abrió la portezuela del conductor y miró el interior-. ¡0h, Algy, cuántas cosas me recuerda este camión! ¡No creí que volveríamos a verlo en nuestra vida! ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

-Me parece que han desaparecido parte de las grabaciones. Pero las películas están todas aquí, clasificadas exactamente igual como las dejamos. ¿Te acuerdas de cómo atravesamos el puente Littlemore en este camión? Debíamos estar locos. ¡Qué lejano me parece todo aquello! Jeff Pitt se alegrará de saberlo. -Se volvió hacia Norman Morton y los otros estudiantes-. Caballeros, este camión me fue entregado por un grupo cuyos motivos obtendrán inmediatamente sus simpatías, un grupo de estudios. Me vi obligado a cambiarlo por comida en una época en que nosotros y el resto de Sparcot nos moríamos de hambre. Debo pedirles el favor de que me lo devuelvan para que siga utilizándolo.

Los estudiantes enarcaron las cejas y se miraron. -Vayamos a mis habitaciones -dijo Morton-. Aun podremos hablar del asunto y llegar a un eventual acuerdo. Supongo que no habrá pensado recibir el camión como un regalo. -Desde luego que sí. Pido que me lo restituyan porque estoy en el derecho de hacerlo, señor Morton. Martha oprimió el brazo de Barbagrís cuando salían de la catedral y cerraban la puerta con llave.

-Intenta ser diplomático -susurró.

Mientras andaban, Gavin dijo:

-Ustedes son nuevos aquí, pero deben de haber reparado en la guardia que tenemos apostada a lo largo de los muros. Es posible que dicha guardia no sea necesaria, pero es muy eficiente. Todos estos ancianos son pensionistas; vienen aquí porque no tienen otro lugar adonde ir, y nosotros nos vemos obligados a acogerlos por caridad. Se ganan el alojamiento montando guardia. No somos una institución de caridad, ya lo saben; nuestros cofres no nos permiten serlo, a pesar de lo que sientan nuestros corazones. Todo el mundo, señor Barbagrís, todo el mundo vendría a vivir a costa nuestra si

se lo permitiésemos. A nadie le gusta trabajar cuando ha sobrepasado los cincuenta años, especialmente si no tiene una generación futura que pueda aprovecharse de su trabajo.

-Así es exactamente, Gavin -convino Vivian, golpeando las gastadas losas del suelo con su bastón-. Tenemos que costear nuestros propios gastos de forma desconocida para nuestros predecesores y fundadores. El cardenal Wolsey volvería a morirse si lo viera... Por eso administramos el lugar como una mezcla de taberna, sala de subastas, mercado de ganado y casa de citas. No se puede escapar de la necesidad monetaria.

-Ya he entendido el mensaje -dijo Barbagrís, cuando entraban en las habitaciones de Morton, donde el mismo individuo de nariz afilada que conocieran el día de llegar se apresuró a tapar nuevamente una de las botellas de su amo y desapareció en las habitaciones contiguas-. Lo que ustedes quieren es que yo pague lo que es mío.

-No necesariamente -dijo Morton, acercándose a un gran fuego y extendiendo sus delgadas manos hacia él-. Podríamos, en el caso de admitir que éste sea su vehículo, cobrarle una cuota de aparcamiento... El precio del garaje, ¿sabe? Veamos... el tesorero debe tenerlo apuntado en alguna parte, pero ya debe hacer unos siete u ocho años que guardamos el vehículo en nuestro lujoso garaje eclesiástico... Dejémoslo en la modesta cantidad de tres chelines por día, er... Vivian, tú eres el matemático...

-Mi cabeza ya no es la que era.

-Si no me equivoco...

-Debe de ser una suma aproximada de cuatrocientas libras.

-¡Eso es absurdo! -protestó Barbagrís-. Es imposible que yo tenga tal cantidad, o siquiera parecida. Me gustaría saber cómo adquirieron ustedes el vehículo. -Su profesión le delata, señor Barbagrís, -dijo Morton-. En esta habitación levantamos

las copas, pero nunca la voz. ¿Quieren beber?

Martha dio un paso adelante.

-Señor Morton, estaremos encantados de beber con usted. -Puso una moneda sobre la mesa-. Aquí está el importe.

La arrugada cara de Morton se estiró y alcanzó una longitud tan considerable que su barbilla se perdió dentro del abrigo que llevaba.

-Señora, la presencia de una mujer no convierte automáticamente esta habitación en una taberna. Haga el favor de guardarse el dinero que tanto van a necesitar.

Se pasó la lengua por la encía superior, sonrió amargamente, alzó la copa, y con voz algo más razonable que la que había empleado anteriormente, dijo:

-Señor Barbagrís, voy a explicarle la forma en que el vehículo por el que usted tanto se interesa llegó a nuestro poder. Lo trajo un anciano buhonero. Como mi amigo Gavin recordará, dicho buhonero llegó enfermo y cubierto de pulgas. Él pensaba que se estaba muriendo. Nosotros, también. Le hicimos entrar, y le cuidamos. Consiguió pasar el invierno, cosa que no lograron muchos hombres más fuertes que él, y se recuperó bastante en primavera. Tenía una especie de parálisis y ni siquiera servía para hacer guardia. En pago de su alojamiento, nos entregó ese camión. Puesto que no tiene para nosotros valor alguno, no hay duda de quién salió ganando en el cambio. Murió hace unos meses después de una juerga, maldiciendo, eso he oído decir, a todos sus benefactores.

Malhumorado, Barbagrís se atragantó con el vino.

-Si el camión no les sirve de nada, ¿por qué no se limitan a entregármelo?

-Porque es una de nuestras propiedades, una de nuestras propiedades en venta. Suponiendo que la tarifa del garaje ascienda a la cantidad que Vivian ha calculado, cuatrocientas libras, se lo dejaríamos llevar por doscientas. ¿Qué le parece?

-Pero si no tengo un penique! Tardaría... ya saben lo poco que gano con Joe Flitch... Tardaría cuatro años en reunir esa cantidad.

-Podríamos rebajarle la tarifa de aparcamiento durante ese período, ¿verdad, Gavin?

-Podríamos, siempre que el tesorero esté de acuerdo.

-Exactamente. Digamos que un chelín diario por cuatro años... ¿Vivian?

-Mi cabeza ya no es la que era. Setenta y cinco libras adicionales, ¿no es así?

Librodot

Barbagrís se lanzó a explicar las actividades de DOUCH . Contó las veces que se había reprochado la venta del camión, a pesar de que el intercambio salvara a Sparcot de la muerte por inanición. Los estudiantes permanecieron inmutables; lo que es más, Vivian señaló que si el vehículo era tan valioso, y puesto que él no había demostrado claramente que fuera de su propiedad, tendrían que vendérselo por mil libras. Así que la discusión concluyó, y los administradores del colegio se mantuvieron firmes en su petición de dinero.

Al día siguiente, Barbagrís fue a ver al venerable tesorero, y le prometió pagarle un tanto mensual, hasta que la cuenta del garaje estuviese saldada.

Aquella noche llegó a su habitación de mal humor. Ni Martha ni Charley, que había ido a visitarles en compañía de «Isaac», pudieron animarle.

-Si todo va bien, tardaremos cinco años en saldar la deuda -dijo--. Sin embargo, me parece una cuestión de honor hacerlo así. ¿Tú entiendes cómo me siento, Martha? Me comprometí a realizar el trabajo de DOUCH mientras viviese, y voy a hacer honor a mi deber; cuando un hombre no tiene nada, ¿qué otra cosa puede hacer? Además, cuando el camión vuelva a ser nuestro, arreglaremos la radio y es posible que localicemos otros camiones. Nos enteraremos de lo que ha sucedido en todo el mundo. A mí sí que me interesa lo que pasa, a diferencia de esos locos que gobiernan este lugar. ¿No sería magnífico ponernos en contacto con el viejo Jack Pilbeam en Washington?

-Si realmente piensas así, Algy -dijo Martha-, estoy segura de que cinco años pasarán muy de prisa.

Él la miró a los ojos.

-Eso es lo que temo -dijo.

Los días se sucedían uno tras otro. Los meses iban transcurriendo. El invierno dio paso a la primavera, y la primavera al verano. El verano dio paso a otro invierno, y ese invierno a un segundo verano. La Tierra se renovaba; sólo los hombres envejecían y no eran reemplazados. Los árboles crecían, las bandas de grajos se hacían más ruidosas, los cementerios se llenaban, las calles se volvían silenciosas. Barbagrís se internaba en el lago Meadow en todas las estaciones, cargando las brazadas de verdes cañas en su barca, aceptando los días como venían, sin preocuparse de que llegaría una época en que la gente no tendría energías para hacer paja o querer paja.

Martha siguió cuidando a los animales, ayudando al asistente de Morton, el jorobado y artrítico Thorne. El trabajo era interesante. La mayoría de los mamíferos empezaba a engendrar retoños normales, aunque las vacas, de las cuales sólo poseían un pequeño rebaño, todavía abortaban frecuentemente. Según el estado en que nacían las bestias, se vendían vivas en el mercado del patio o se mataban y vendían como carne.

A Martha le parecía que una especie de eclipse se había adueñado del carácter de Barbagrís. Cuando éste regresaba por la tarde de la granja de Joe Flitch, apenas tenía nada que decir, aunque escuchaba interesado los chismes que ella le contaba acerca del colegio, oídos por mediación de Thorne. Veían muy poco a Charley Samuels, y casi nada a Jeff Pitt. Al mismo tiempo, les costaba hacer nuevas amistades. Su relación con Morton y los otros estudiantes se había deteriorado con el trato financiero que cerraran respecto al camión.

Martha no dejó que esta situación afectara sus relaciones matrimoniales. Se conocían desde hacía demasiado tiempo, y habían atravesado demasiados momentos difíciles. Para reforzar su propósito, comparaba su amor con el lago donde Algy trabajaba todos los días: la superficie reflejaba todos los cambios de clima, pero en el fondo reinaba una paz inalterable. A causa de esto, dejó que transcurrieran los días y mantuvo su corazón abierto a todo.

Una radiante tarde veraniega, ella regresó a sus habitaciones -se habían trasladado a una vivienda mucho mejor en Peck- y se encontró allí a su marido. Él se había lavado las manos y peinado cuidadosamente.

Se dieron un beso.

-Joe Flitch ha tenido una pelea con su esposa. Me ha despachado temprano para discutir en paz, o por lo menos eso es lo que ha dicho. Y hay otra razón... hoy es mi cumpleaños.

-¡Oh, cariño, me había olvidado! Casi nunca pienso en la fecha, sólo en el día de la semana.

-Es el siete de junio, cumplo cincuenta y seis años, y tú estás tan guapa como siempre.

Librodot

-¡Y tú eres el hombre más guapo del mundo!

-¿Todavía? ¿Y soy el más guapo?

-Mmm, sí, aunque éste es un juicio muy subjetivo. ¿Cómo podemos celebrarlo? ¿Es que vas a llevarme a la cama?

-Para variar, no. He pensado que quizá te gustaría dar un paseo en el esquife, ya que hace tan buena tarde.

-Cariño, ¿es que no estás harto de ese esquife, bendito de ti? Sí, me encantaría dar un paseo por el lago, si tú quieres.

Él le acarició el cabello y contempló su amado rostro. Después abrió la mano izquierda y le enseñó la bolsa de dinero que tenía en ella. Martha le miró interrogativamente.

-¿Dónde lo has conseguido, Algy?

-Martha, hoy ha sido mi último día de trabajo aquí. Este último año y medio debo haber estado loco para esclavizarme tal como lo he hecho. ¿Y para qué? Para ganar bastante dinero y comprar ese maldito camión que se pudre en la catedral. -Le falló la voz-. He esperado tanto de ti... lo siento, Martha, no sé por qué lo he hecho, ni por qué no me has pegado a causa de ello, pero ahora ya he desechado esa idea absurda; el tesorero me ha devuelto el dinero, la mayor parte de los ahorros de dos años. Somos libres de irnos, ¡de abandonar juntos esta pocilga!

-Oh, Algy, tú... Algy, he sido feliz aquí. Ya sabes que he sido feliz; los dos hemos sido felices, hemos vivido en paz. Esto es un hogar.

-Bueno, ahora vamos a seguir adelante. Aún somos jóvenes, ¿no es así, Martha? ¡Dime que aún somos jóvenes! No nos pudramos aquí. Llevemos a término nuestro antiguo plan y remontemos el río hasta su desembocadura y el mar abierto. Te gustaría, ¿verdad? Puedes, ¿verdad?

Ella miró a lo lejos, a la radiante luz que iluminaba el tejado de los establos y el claro cielo vespertino que había sobre el tejado. Al fin, con voz llena de gravedad, dijo:

-Es el sueño de tu vida, ¿verdad, Algy?

-Oh, amor mío, ya sabes que sí, y a ti también te gustará. Este lugar es como... oh, como una especie de trampa materialista. En la costa habrá otras comunidades donde poder establecernos. Allí todo será distinto... No llores, Martha, no llores, mi amor.

Era casi oscuro cuando hubieron reunido sus posesiones y atravesaron por última vez la alta puerta del colegio, en dirección al bote, el río y lo desconocido.

6 - LONDRES

Martha descubrió, con gran sorpresa, que todos sus miembros temblaban de satisfacción ante la libertad de encontrarse nuevamente en el río. Se sentó en el esquife abrazándose las rodillas, y sonrió al ver sonriendo a Barbagrís. Su decisión de seguir adelante no era tan espontánea como él quiso demostrarle. Su barca estaba bien aprovisionada y tenían una veía mejor que antes. Con gran alegría, Martha se enteró de que Charley Samuels les acompañaba; había envejecido notablemente durante su estancia en Oxford; tenía las mejillas hundidas y tan pálidas como la cera; «Isaac», el zorro, había muerto un par de meses atrás, pero Charley seguía siendo tan buen amigo como siempre. No vieron a Jeff Pitt para decirle adiós; se había desvanecido en el acuoso laberinto del lago hacía una semana, y nadie le había visto desde entonces; si había muerto allí, o salido a buscar nuevos terrenos de caza, constituía un misterio.

Para Barbagrís, tener nuevamente el agua del río debajo de la quilla era una liberación. Se puso a silbar mientras navegaban río abajo, pasando muy cerca del lugar donde en días de Croucher, Martha y él compartieran un piso, se pelearan, se inquietaran y fueran conducidos a los barracones de Cowley. Su carácter había cambiado mucho, tanto que no podía recordar la clase de persona que era entonces. Mucho más cerca de su corazón -¡ah, y con más claridad en su memoria!- estaba el niño que había sido, amante de los viajes por el soleado Támesis, en aquellos meses de 1982, cuando se recuperaba de los efectos de la radiación.

Librodot

Mientras navegaban hacia el sur, aquella nueva libertad le hizo retroceder hasta la vieja libertad de su infancia.

Pero era sólo su memoria lo que calificaba de libre esa época. El niño que él había sido era menos libre que el hombre de tez curtida, calvo y de barba gris que se hallaba sentado en su barca al lado de su esposa. El niño era un prisionero, prisionero de su debilidad y falta de conocimientos, de los caprichos de sus padres, del monstruoso destino que se había desencadenado sobre el mundo tan recientemente que el mundo aún no había asimilado todas sus consecuencias. El niño era un peón.

Por otra parte, el niño tenía un largo camino de dolores, perplejidades y luchas ante sí. Así pues, ¿cómo podía el hombre volver la vista atrás desde una perspectiva de cuarenta y nueve años y considerar a aquel niño encajonado por los acontecimientos con una emoción más parecida a la envidia que a la compasión?

Cuando el automóvil se detuvo, «Oso Jock», el osito de trapo vestido con un pijama de cuadros, se cayó de la repisa trasera al asiento del coche. Algy lo cogió y volvió a ponerlo en su lugar.

-«Jock» también debe de estar enfermo, mamá. Va de un lado a otro como todo lo de aquí atrás.

-Quizá se encuentre mejor cuando hayamos visto la casa -dijo Patricia Timberlane. Enarcó las cejas y miró a su amiga Venice, que iba con ella en el asiento delantero-. Estoy segura de que yo sí -añadió.

Se apeó y abrió la portezuela trasera, ayudando a bajar a su hijo. Este era alto para un niño de siete años, pero la enfermedad de la radiación le había dejado pálido y muy delgado. Tenía las mejillas hundidas y la piel áspera. Entre cuidarle y estar enferma ella misma, se encontraba tan mal como su aspecto daba a entender. Pero sonrió alentadoramente, y dijo:

-Supongo que a «Jock» no le gustará dar un vistazo a la nueva casa, ¿verdad?

-Ya te lo he dicho, mamá, «Jock» está enfermo. Vaya, cuando estás enfermo, lo único que quieres hacer es morirte, tal como hizo Frank. Así que si a ti no te importa, se quedará en el coche.

-Como tú quieras. -Aún le dolía que le recordaran la muerte de Frank, su hijo mayor, ocurrida tras muchos meses de enfermedad.

Venice acudió en su ayuda.

-¿No te gustaría quedarte fuera jugando, Algy, mientras mamá y yo vemos la casa? Aquí hay un jardín muy bonito. Ten cuidado de no caerte al Támesis, porque te mojarías mucho.

Mayburn era una casa tranquila, situada a la orilla del río y no muy lejos del suburbio londinense donde vivían los Timberlane. Hacia seis semanas que estaba desalojada, y el agente de la propiedad inmobiliaria que entregó las llaves a Patricia le aseguró que aquél era el momento de comprar, ya que el mercado había tocado fondo. Aquélla era su segunda visita a la propiedad; en la primera ocasión había ido con su marido, pero ahora quería que la viera alguien más receptivo. Arthur estaba muy bien, pero tenía dificultades monetarias.

La atracción de la casa consistía en sus pequeñas dimensiones y la larga faja de terreno que tenía detrás, que conducía al río y a un embarcadero flotante. El lugar les convenía a ambos; Arthur adoraba la jardinería, y a ella le encantaba el río. Para ella había sido una verdadera delicia, a principios de verano, cuando tanto ella como Algy empezaban a mejorar, vestirse con ropas ligeras y embarcar en uno de los botes de recreo que salían del muelle de Westminster y remontaban el río, desde donde veían deslizarse la ciudad ante sus ojos. En el río, la debilidad de la convalecencia había adoptado una característica casi espiritual.

Abrió la puerta principal y entró, seguida por Venice. Algy correteaba detrás de la casa.

-Naturalmente, ahora se ve un poco lúgubre -dijo Patricia, mientras recorrían las sonoras habitaciones-. Los últimos propietarios estaban locos por la pintura blanca... ¡tan sosa! Pero cuando esté redecorada, parecerá una casa distinta. He pensado tirar esta pared al suelo -hoy día nadie quiere un comedor de diario- y entonces disfrutaremos de esta maravillosa vista sobre el río. ¡Oh, no puedes imaginarte lo contenta que estoy de salir de Twickenham! Es una parte de Londres que empeora año tras año.

Librodot

-A Arthur parece que le sigue gustando -dijo Venice, observando atentamente a su amiga mientras Patricia miraba por una ventana.

-Arthur es... bueno, ya sé que ahora estamos más cerca de la fábrica que si no nos trasladáramos aquí. Oh, claro que los tiempos son difíciles, Venice, y esta odiosa enfermedad radiactiva nos ha dejado a todos un poco deprimidos; pero ¿por qué no hace Arthur un esfuerzo para animarse? Quizá te parezca horrible, pero me aburre tanto... Ahora tiene ese nuevo amigo, Keith Barratt, para distraerle...

-Oh, ya sé que te gusta mucho Keith -dijo Venice, sonriendo.

Patricia se volvió hacia su amiga. Había sido muy hermosa antes de su enfermedad y de la muerte de Frank; ahora que su vivacidad había desaparecido, era evidente que la mayor parte de su antigua belleza residía en esa cualidad.

-¿Es que se nota? Nunca le he dicho nada a nadie. Venny, estás casada desde hace más tiempo que yo. ¿Sigues enamorada de Edgar?

-No soy tan demostrativa como tú. Sí, amo a Edgar. Le amo por muchas cosas. Es un hombre estupendo, amable, inteligente, no ronca. Le amo porque sale mucho, y esto facilita nuestras relaciones. Eso me recuerda que vuelve esta noche de dar una conferencia médica en Australia. No podemos eternizarnos aquí. Tengo que volver a casa y hacer algo de cena.

-Quieres cambiar de tema, ¿verdad?

Por la ventana de la cocina, lanzaron una ojeada a Algy, que corría por el césped en persecución de algo que nadie sabría jamás lo que era. Corría detrás de un lilac y examinaba la valla que dividía aquel jardín del vecino. La peculiaridad del lugar le excitaba; había pasado demasiados días en el conocido recinto de su dormitorio. La valla estaba rota en un punto, pero no hizo ninguna tentativa para entrar en el jardín vecino, aunque en su interior pensara lo maravilloso que seria si todas las vallas de los jardines se derrumbasen y uno pudiera ir adonde quisiera. Pasó una rama a lo largo de la verja, le gustó el resultado, y volvió a hacerlo. Una niña de su misma edad apareció al otro lado del boquete.

-La derribarás mejor empujando -dijo.

-No quiero derribarla.

-Entonces, ¿qué estás haciendo?

-Verás, mi papá va a comprar esta casa.

-¡Qué pena! Entonces ya no podré arrastrarme por el agujero y jugar en el jardín. Apuesto algo a que tu viejo padre arreglará la valla.

Saltando en defensa de su padre, Algy dijo:

-No lo hará, porque no sabe arreglar vallas. No es nada hábil para estas cosas. -Mirándola con más atención a través de los matorrales, dijo-: ¡Vaya, si eres calva! ¿Cómo te llamas?

-Me llamo Martha Jennifer Broughton, y todo mi cabello volverá a crecer cuando sea mayor.

Él se acercó más a la valla, dejando caer la rama para contemplarla. Llevaba un mono y una camisa fruncida, ambos rojos, y tenía un rostro abierto y simpático; pero todo su cráneo estaba completamente desnudo.

-¡Vaya, eres completamente calva!

-El doctor MacMichael dice que el cabello volverá a crecerme, y mi papá dice que es el mejor médico del mundo.

A Algy le sacaban de quicio las niñas que pretendían ser una autoridad en cuestiones médicas.

-Ya lo sé. Nosotros también tenemos al doctor MacMichael. Tenía que venir a verme todos los días porque he estado a las puertas de la muerte.

La niña se acercó aún más a la valla.

-¿Y llegaste a ver las puertas de la muerte?

-Estuve muy cerca. Pero fue muy aburrido. Agota todas tus reservas.

-¿Te lo dijo el doctor MacMichael?

-Sí; muy a menudo. Es lo que le ocurrió a mi hermano Frank. Sus reservas se agotaron. Se fue directo a las puertas de la muerte.

Los dos se echaron a reír. En vena de confidencias, Martha dijo:

Librodot

-¿No están siempre muy frías las manos del doctor MacMichael?

-No me importa. Al fin y al cabo, tengo siete años.

-¡Qué divertido, igual que yo!

-Hay mucha gente que tiene siete años. Debo decirte que me llamo Algernon Timberlane, pero tú puedes llamarme Algy, y mi padre tiene una fábrica donde se hacen juguetes. ¿Quieres que juguemos juntos cuando yo venga a vivir aquí? Mi hermano

Frank, el que está enterrado, decía que las niñas son tontas.

-¡No es verdad! Corro tanto que nadie puede alcanzarme.

-¡Huh, claro que sí! ¡Estoy seguro de que yo podría alcanzarte!

-Ya verás lo que vamos a hacer... vendré a tu jardín, porque es mejor; no tiene flores ni cosas como el nuestro, y jugaremos a perseguirnos.

Se encaramé a la verja rota, levantándose delicadamente las faldas, y pasó al jardín vecino. A él le gustó su cara. Olió el suave aroma de la tarde; vio los dibujos de luces y sombras encima de su cabeza desnuda, y se compadeció.

-La verdad es que no puedo correr demasiado -dijo-, porque he estado enfermo.

-Ya me parecía a mí que tenias mal aspecto. Deberías ponerte crema en las mejillas igual que yo. Bueno, podemos jugar al escondite. Tienes una magnífica glorieta donde esconderte.

Le tomó de la mano.

-Sí, juguemos al escondite -dijo él-. Puedes enseñarme la glorieta, si quieres.

Patricia había terminado de medir las ventanas para hacer las cortinas, y Venice fumaba un cigarrillo y estaba impaciente por irse.

-Ahí viene tu fiel maridito -anunció, al ver entrar un coche en el sendero.

-Me había prometido llegar media hora antes. Últimamente, Arthur siempre se retrasa. Quiero saber su opinión acerca de esta cocina tan antigua. ¿Es Keith el que conduce?

-Tienes suerte, hija; sí, es él. Ve a recibirlos mientras yo voy a buscar a Algy. Ya tendríamos que haber salido.

Venice salió por la puerta trasera y llamó a Algy. Sus propios hijos eran mayores que los de los Timberlane y se habían librado de la mayor parte de los efectos de la enfermedad; en realidad, Gerald sólo había tenido un aparente resfriado, que era toda la evidencia externa de la enfermedad que mostraban la mayoría de los adultos.

Algy no respondió a su llamada. Mientras andaba por el descuidado césped, una niña vestida de rojo cruzó como una exhalación ante ella y desapareció detrás de un lilac. Muy divertida, Venice eché a correr tras ella; la niña se introdujo por un agujero de la valla y se quedó mirando desafiantemente a Venice.

-No voy a hacerte daño -dijo Venice. Reprimió una exclamación al ver la calvicie de la niña. No era la primera vez que presenciaba un caso así-. ¿Has estado jugando con Algy? ¿Dónde está? No le veo.

-No puedes verle porque se ha ahogado en el río -dijo la niña, llevándose las manos a la espalda-. Si no estás enfadada, vuelvo y te lo enseño.

Temblaba violentamente. Venice le alargó una mano.

-Date prisa en enseñarme lo que dices.

La niña se encontró al otro lado de la valla en un instante. Tímidamente, cogió a Venice de la mano, alzando la vista para juzgar su reacción ante tal atrevimiento.

-No me afectó a las uñas, sólo a la cabeza -dijo, y abrió la marcha hacia el embarcadero flotante que se internaba en el río al final del jardín. Allí su valor la abandonó, y rompió a llorar desconsoladamente. Durante unos momentos le fue imposible hablar, hasta que desde la barricada de los brazos de Venice señaló con un dedo hacia el oscuro río-. Allí es donde Algy se ha ahogado. Si miras, verás su cara debajo del agua.

Alarmada, Venice agarró fuertemente a la niña y escudriñó el río a través de los sauces. Pegado a una raíz, medio sumergido y moviéndose suavemente a impulsos de la corriente, se hallaba algo muy parecido a un rostro humano. Era una hoja de periódico.

Librodot

Pacientemente, logró convencer a Martha para que mirara y viera su equivocación por sí misma. A pesar de todo, la niña siguió llorando, pues la forma del periódico era siniestra.

-Ahora vete corriendo a casa para tomar el té -dijo Venice-. Algy no puede estar lejos. Ya lo encontraré; es posible que haya entrado en la casa por la puerta delantera, y quizá dentro de poco puedas volver a jugar con él. ¿Te gustaría?

La niña la miró con sus inmensos ojos claros, asintió, y echó a correr hacia el agujero de la valla. Cuando Venice se levantaba y se disponía a regresar a la casa, Patricia Timberlane salió por la puerta trasera con dos hombres. Uno de ellos era su marido, Arthur, un hombre que a sus cuarenta y pico de años daba la impresión de haber olvidado completamente su juventud. Venice, que siempre se había sentido atraída hacia él -era mucho menos exigente que Patricia en sus gustos, y tendía a ser amable con cualquiera que fuera amable con ella- tuvo que admitir que Arthur tenía mala cara; era un hombre cargado de problemas que nunca se había decidido a afrontar con estoicismo o resolución.

Patricia se asía al brazo de su marido, pero al que miraba con más frecuencia era al otro hombre. Keith Barratt, el socio de Arthur Timberlane, era un hombre bien parecido con una mandíbula demasiado salida y cabello leonado que peinaba descuidadamente hacia atrás. Keith sólo tenía cinco años menos que Arthur, pero sus modales -en particular su modales con Pat, pensó maliciosamente Venice- eran más desenvueltos, y vestía con elegancia.

Mientras Venice iba hacia ellos, correspondiendo a sus saludos, sorprendió una mirada muy significativa entre Patricia y Keith. Y en ella vio -tristemente, porque el hecho le dolía que el desastre estaba más cerca de lo que ella pensaba.

-A Venice le gusta la casa, Arthur -dijo Patricia.

-Tengo miedo de la humedad con el río tan cerca -dijo Arthur a Venice. Metió las manos en los bolsillos de los pantalones y fijó la vista en el río, como si esperara verlo crecer y engullirles a todos. Pareció realizar un tremendo esfuerzo para volver a mirarla y preguntarle-: ¿Sabes si Edgar llegará pronto esta noche? Estupendo. ¿Por qué no venís los dos a tomar una copa con nosotros? Me gustaría saber lo que opina de la situación en Australia. Veo las cosas muy mal, realmente muy mal.

-¡Eres demasiado pesimista, Art! -dijo Keith. Habló en un tono de alegre reproche que le hizo pronunciar el nombre de su socio como si fuera una carcajada-. ¡Anímate! No se puede hablar así en una tarde tan bonita como ésta. Espera a leer el informe de ese señor y verás que todo el mundo está en el mismo caso que nosotros. Cuando llegue Navidad, el comercio mejorará. -A modo de explicación, dijo a Venice-: Hemos contratado a Moxan, el especialista en mercados, para saber exactamente lo que ha afectado a nuestro negocio; mañana recibiremos su informe. -Hizo una mueca y simuló cortarse el cuello con un dedo.

-Tendríamos que haberlo recibido hoy -dijo Arthur. Continuaba con las manos en los bolsillos y la espalda encorvada, mirando al cielo y a su alrededor mientras hablaba, como si estuviera cansado de la conversación-. Por la tarde ya empieza a refrescar. ¿Dónde está Algy, Pat? Ya es hora de volver a casa.

-Quiero que des una ojeada a la caldera antes de irnos, cariño -dijo Patricia.

-Ya nos ocuparemos de la caldera en otra ocasión. ¿Dónde está Algy? Este niño siempre desaparece cuando le necesitas.

-Se ha escondido en algún sitio -dijo Venice-. Ha estado jugando con la niña de la casa del lado. ¿Por qué no le buscáis vosotros? Yo tengo que irme, o no llegaré antes que Edgar. Keith, sé amable y acompáñame a casa, ¿quieres? No tendrás que desviarte mucho de tu camino.

-Encantado -repuso Keith, haciendo un esfuerzo para dar verosimilitud a sus palabras. Se despidieron y dieron la vuelta a la casa hasta el sendero de entrada. Arthur había ido con el coche de Keith desde la fábrica, ya que Patricia tenía el coche de Timberlane. Cuando Venice se instaló a su lado, Keith arrancó en silencio; aunque estaba muy lejos de ser un hombre sensitivo, perdía gran parte de su seguridad cuando se hallaba con ella,

pues sabía que no aprobaba su conducta.

Entre Arthur y Patricia también se cernió el silencio, que él rompió diciendo:

-Bueno, si hemos de buscar al niño, será mejor que empecemos. Quizá esté en la glorieta. ¿Por qué le has perdido de vista?

Librodot

Haciendo caso omiso de la provocación -de todos los trucos que ella utilizaba, éste era el que más le molestaba-, Patricia dijo, mientras se dirigían hacia el fondo del jardín:

-Los últimos propietarios dejaron el jardín hecho una selva. Aquí hay más trabajo del que tú puedes hacer solo; tendremos que contratar a un jardinero. Podemos dejar esa hilera de matorrales donde está y quizá arrancar esa peonía.

-Aún no hemos comprado la casa -objetó malhumoradamente Arthur. Su empeño en no desengañarla le hizo hablar con más renuencia de la que pretendía. Ella no parecía ser capaz de entender que su negocio estaba cada día más cerca del desastre.

Lo que más afectaba a Arthur era que esos problemas, en los que su firma se hundía a gran velocidad, hubieran alzado una barrera entre Pat y él. Se había dado cuenta, algún tiempo atrás, que no formaban un matrimonio muy unido; al principio casi había bendecido la crisis financiera, esperando que sirviese para unirlos, pues Patricia escuchaba comprensivamente sus infortunios antes de casarse. Sin embargo, la falta de comprensión que ella mostraba parecía casi deliberada.

Claro que el terrible asunto de los niños la había trastornado. Pero, al fin y al cabo, ella conocía Juguetes Soff y su funcionamiento. Era secretaria de la firma antes de que Arthur se casara con ella, una irresponsable joven de buena figura y ojos acariciadores. Incluso ahora, él recordaba su sorpresa cuando ella aceptó casarse con él. Se dijo a sí mismo que no era como los demás hombres: no olvidaba ni las cosas buenas ni las malas de su vida pasada.

Eran las cosas buenas las que acentuaban sus actuales desdichas.

Andando por el césped, meneó la cabeza y repitió:

-Aún no hemos comprado la casa.

Llegaron a la glorieta, y él abrió la puerta. La glorieta era una minúscula construcción semirrústica, con un alero ornamental tan bajo que obligaba a agachar la cabeza a un hombre de elevada estatura, y una ventana con vistas al río. Estaba amueblada con dos sillas plegables, apoyadas en una esquina, una especie de toldo podrido y un bidón vacío. Arthur paseó la mirada a su alrededor con desagrado, volvió a cerrar la puerta y se apoyó en ella, mirando a Patricia.

Sí, para él seguía siendo atractiva, incluso después de su enfermedad, la muerte de Frank y once años de matrimonio. Sintió que le atenazaba un inmenso complejo, y quiso decirle de una sola tirada que ella era demasiado buena para él, que él hacía todo lo que podía, que debía comprender que desde el estallido de aquellas malditas bombas, el mundo se iba a pique, que conocía sus sentimientos hacia Keith y que se alegraba por ella si aquello la hacía feliz, con tal de que no le abandonara.

-Espero que Algy no se haya caído al río y se haya ahogado -dijo ella, bajando la vista ante su mirada-. Quizá haya vuelto a la casa. Vamos a comprobarlo.

-Pat, no te inquietes por el niño. Mira, siento mucho todo esto... me refiero a lo difíciles que se han puesto las cosas y la vida últimamente. Te quiero mucho, cariño. Ya sé que no sirvo para nada, pero la época en que vivimos...

Ella ya le había oído usar esa frase de «ya sé que no sirvo para nada» a modo de disculpa en otras ocasiones, como si disculparse fuera suficiente para cambiar. Perdió el hilo de lo que estaba diciendo al recordar la Navidad de hacía dos años, cuando ella le convenció para que ofreciera una fiesta a sus amigos y conocidos de negocios. Resultó un fracaso. Arthur se dio cuenta de que lo era y, para desesperación suya, no se le ocurrió otra cosa que sacar una baraja de cartas y decir a un grupo de empleados y sus esposas, con una falsa genialidad de anfitrión: «Bueno, ya veo que la fiesta no marcha muy bien... quizá les gustaría presenciar unos cuantos trucos.»

En aquella fresca tarde de otoño, volvió a enrojecer de vergüenza, tanto por ella como por él. No había humillación mayor que la humillación social experimentada ante gente que siempre intenta sonreír. Él parecía creer que decir la verdad la alteraba de algún modo.

-¿Me escuchas, Pat? -preguntó Arthur. Seguía apoyado en la puerta, como si no quisiera dejar escapar algo que había dentro-. Desde hace tiempo, parece que no me escuches. Ya sabes que te quiero. Lo que estoy tratando de decirte es que... no podemos comprar Mayburn, por lo menos ahora. Los negocios van muy mal. Sería imprudente. Hoy he hablado con el director del Banco, y me ha

dicho que no sería prudente. Ya tenemos un sobregiro. Me ha dicho que la situación empeoraría en vez de mejorar; que empeoraría mucho.

-¡Pero si ya estaba todo arreglado! ¡Me lo prometiste!

-El director del flanco me ha explicado...

-¡Al infierno con el director del Banco, y al infierno contigo! ¿Qué has hecho, enseñarle un nuevo truco de cartas? Cuando Frank murió, me prometiste que nosotros...

-Patty, querida, ya sé que te lo prometí, pero es que no puedo. Ya no somos niños. ¿No entiendes que no tenemos el dinero?

-¿Qué me dices de uno de tus seguros de vida...? -empezó ella, interrumpiéndose después. Él se había acercado a ella y detenido a poca distancia, temeroso de ser rechazado si se acercaba más. Su traje parecía viejo y necesitaba un planchado. La expresión de su rostro resultaba desconocida para ella. La cólera la abandonó-. ¿Tratas de decirme que estamos en bancarrota?

Él se humedeció los labios.

-Naturalmente, no es tan grave como eso. Ya sabes que tenemos a Moxan trabajando. Pero las cifras del mes pasado fueron muy pobres.

En este punto, ella volvió a enfadarse.

-¿En qué quedamos, Arthur? ¿Estamos mal o no lo estamos? ¿Por qué no me cuentas la verdad? Me tratas igual que a un niño.

Él la miró tristemente, con la cara hinchada, preguntándose qué argumento, entre la media docena que tenía preparados, sería mejor. ¿Que la amaba por su carácter pueril? ¿Que aunque le hubiera gustado que compartiera sus problemas, no quería herirla? ¿Que necesitaba su comprensión? ¿Que le desagradaba pelearse en aquel horrible jardín desconocido?

Como siempre, tuvo la sensación de fallar en lo que decía y las complejidades que experimentaba.

-Lo que digo, Pat, es que las cifras del mes pasado son muy malas, malísimas.

-¿Te refieres a que ya no hay nadie que compre Juguetes Soff?

-Más o menos, sí.

-¿Ni siquiera el «Oso Jock»?

-No, amor mío, ni siquiera el pequeño «Oso Jock».

Ella se colgó de su brazo, y se dirigieron en silencio hacia la casa vacía.

Cuando vieron que Algy no estaba en la casa, olvidaron temporalmente otros problemas para inquietarse acerca del niño. Le llamaron una y otra vez por las desnudas y sonoras habitaciones. No recibieron contestación alguna.

Patricia salió corriendo de la casa, sin dejar de llamarle, buscó entre los matorrales y llegó a la orilla del río, invadida por el miedo de algo que no se atrevía a mencionar. Se hallaba a la altura de la glorieta cuando una vocecita gritó «Mamá». Girando hacia ella, vio a Algy junto a la puerta entreabierta; como un minúsculo proyectil, echó a correr en dirección a ella, llorando.

Abrazándole fuertemente, Patricia le preguntó por qué no había salido de su escondite cuando habían empezado a buscarle.

Él no supo explicarlo, aunque mencionó algo de una niña y un juego del escondite.

Había sido un juego; cuando su padre abrió la puerta de la glorieta y escudriñó el interior, continuó siendo un juego. Él quería que su padre le encontrara y le abrazara. No sabía por qué se agazapó detrás de las sillas plegables, temiendo ser descubierto.

Tenía las piernas entumecidas, pero no se movió cuando la puerta volvió a cerrarse. Oyó la conversación que sostuvieron sus padres, una conversación secreta mucho más terrible por ser incomprensible para él, y que le reveló que existía un mundo tremendamente amenazador con el cual nadie -ni siquiera su padre- podía llegar a un acuerdo; y que no vivían entre cosas sólidas y seguras sino en un mundo que se derrumbaba. Sintiéndose culpable y asustado, se escondió de ellos detrás de las sillas, ansiando que le encontraran y temiéndolo al mismo tiempo.

-Ha sido muy desconsiderado y cruel por tu parte, Algy, ¿me oyes? Podías imaginarte que me preocuparía con el río tan cerca. No debes jugar con desconocidos; ya te lo he dicho muchas veces,

Librodot

pueden tener enfermedades de las que tú no sabes nada. Nos has oído llamarte, ¿por qué no has salido inmediatamente?

Él sollozó con más fuerza.

-Me has dado un susto horroroso, y eres un niño muy malo. ¿Por qué no dices nada? Nunca volverás a jugar aquí, ¿lo entiendes? ¡Jamás!

-Volveré a ver a Martha Broughton, ¿verdad?

-No. No vendremos a vivir aquí, Algy. Papá no comprará la casa, y hoy te irás directamente a la cama. ¿Lo entiendes?

-¡Sólo era un juego, mamá!

-Un juego muy tonto.

Hasta que se encontraron en el coche, de camino hacia Twickenham, Algy no logró serenarse, y entonces se acercó a su padre y le acarició la cabeza.

-Papá, cuando lleguemos a casa, ¿nos harás algunos trucos de cartas para divertirnos? -preguntó.

-Tú te irás a la cama en cuanto lleguemos a casa -dijo Arthur Timberlane, impasible.

Mientras Patricia estaba en el piso superior, velando para que Algy se acostara lo antes posible, Arthur paseaba malhumoradamente delante del televisor. La recepción del color era muy mala aquella noche, y confería a los tres caballeros sentados alrededor de una mesa de la BBC las geniales tonalidades de los apopléticos. Todos ellos se mostraban eufóricos acerca de las circunstancias mundiales.

Sus voces suaves no consiguieron más que enfurecer a Arthur. Él no tenía fe en el actual gobierno, que había reemplazado, hacía menos de un año, al gobierno probomba. No tenía fe en las personas que apoyaban al gobierno. Arthur pensaba que dicho apoyo sólo demostraba la fatua seguridad de la gente en una cura política para una enfermedad humana.

Durante los años sesenta y setenta, un periodo que representaba la mayor parte de su vida adulta, Arthur se había enorgullecido de no dejarse asustar por los peligros de la guerra nuclear. «Si ésta llega algún día... bueno, mala suerte, pero no lograremos nada preocupándonos»: éste había sido el enfoque que había dado a la cuestión. Al fin y al cabo, el trabajo de los políticos era ocuparse de tales asuntos; él ya tenía bastantes preocupaciones labrándose un porvenir en Juguetes Soff Ltd., donde había entrado en los años sesenta en calidad de viajante.

Los experimentos nucleares se sucedían, mientras los países comunistas y occidentales llevaban a cabo su incomprensible juego ideológico; nadie contaba el número de detonaciones, y todo el mundo llegó a cansarse de las ocasionales voces de alarma acerca de la creciente radiación en el hemisferio norte, la sobredosis de estroncio en los huesos de los renos lapones o en los dientes de los escolares de Saint Louis.

Los rudimentarios adelantos en viajes espaciales durante los años sesenta y setenta, y los estudios realizados sobre Marte, Venus, Mercurio y Júpiter, hicieron parecer natural que las dos principales potencias anunciaran una serie de detonaciones nucleares «controladas» en el espacio. La «bomba de arco iris» americana que estalló a principios de los años sesenta, resultó ser la primera de otras muchas. La gente -incluso los científicos- protestó, pero las protestas no fueron tomadas en cuenta. Y la mayoría de la gente creía que era más seguro activar las bombas fuera de la atmósfera terrestre.

Bueno, no había sido más seguro. El hombre había actuado con desconocimiento de causa muchas otras veces; aquella vez, la ignorancia exigió un alto precio. Los cinturones Van Allen, las fajas de radiación que circundaban la Tierra, y que en algunas zonas eran mucho más anchas que el diámetro de la Tierra, entraron en un estado de violenta actividad debido a las explosiones nucleares, todas las cuales se hallaban dentro de la gama de los multimegatones. Los cinturones palpitaron, contrayéndose y abriéndose de nuevo, para volver a contraerse en menor grado. Visualmente, el efecto de esta perturbación fue pequeño, aparte de alguna espectacular aurora boreal y austral ocurrida incluso en latitudes ecuatoriales. Vitalmente, la alteración fue mucho mayor. La biosfera recibió dos intensas, aunque breves, ráfagas de fuerte radiación.

Los resultados a largo plazo de estas ráfagas aún no podían, apenas un año después, ser evaluados. Pero los resultados inmediatos fueron evidentes. Aunque la mayor parte de la población humana mundial se vio afectada por una especie de gripe y vómitos, la mayoría se recuperó. Los niños fueron los que más sufrieron, y muchos de ellos -según el grado de exposición- perdieron el cabello o las uñas, o fallecieron, tal como Frank Timberlane. La mayoría de las mujeres embarazadas en la época del desastre abortaron. Los animales, y en particular aquellos mamíferos más expuestos al aire libre, sufrieron consecuencias similares. Los informes procedentes de las reservas africanas denunciaron los fulminantes efectos de la radiación sobre los animales salvajes. Sólo el buey de Groenlandia y el reno del norte de Escandinavia (donde generaciones anteriores habían alcanzado seguramente una especie de inmunidad frente a las partículas cósmicas y otras parecidas) parecieron escapar a los efectos generales. Un elevado porcentaje algunas autoridades en la materia sostenían la cifra de un 85 por ciento- de perros y gatos domésticos fueron afectados; contrajeron el cáncer, y tuvieron que ser eliminados.

En opinión de Arthur, todo ello ilustraba una enseñanza moral que debían haber aprendido desde hacía tiempo: no confiar jamás en un manojo de asquerosos políticos que no sabían velar por los intereses de uno. Evidentemente, debían haber tenido el sentido común de lanzar sus malditas bombas en la Luna.

Cuando se inclinaba para apagar el televisor, haciendo desaparecer a los tres imperturbables caballeros, Patricia entró en la habitación. Llevaba una camisa y unos pantalones para meter en la lavadora.

-Algy es tremendo. Le he metido en cama, pero quiere que subas a verle -dijo.

-No pienso hacerlo. Ya estoy harto de él.

-Te necesita, Arthur. Te quiere mucho.

-Aún estoy enfadado con él; ¿a quién se le ocurre esconderse así de su padre? No, no es que esté enfadado. ¿Verdad que te ha faltado tiempo para contarle que no iríamos a vivir a Mayburn?

-Alguien tenía que decírselo, Arthur. He pensado que tú no tendrías valor para hacerlo.

-Oh, no discutamos por una tontería, Patty, cariño. Ya sabes que sigo trastornado por la muerte del pobre Frank.

-¡Primero es el negocio, y después es Frank! Realmente, Arthur, debes pensar que a mí no me afectan las mismas cosas, pero alguien tiene que cuidar de la casa y de todo lo demás.

-No nos peleemos. Ya tenemos bastantes problemas.

-No quiero que nos peleemos; me limito a explicarte las cosas.

Él la miró desesperadamente, frunció los labios y meneó la cabeza, indeciso entre mostrarse patético o desafiante, y decidiéndose por un término medio. -Sólo quería que me consolaras, o de lo contrario no habría dicho nada. -Entonces, es una lástima que lo hayas hecho -contestó bruscamente ella-. No puedo

soportar que me mires así, Arthur, te aseguro que no puedo. -Se acercó al aparato de televisión y volvió a conectarlo-. ¿Por qué no subes a dar las buenas noches a Algy? Él también necesita que le consuelen.

-Me voy a dar un paseo. Estoy harto de todo.

Se dirigió a grandes zancadas hacia el vestíbulo y se puso el grueso abrigo de sarga azul. Ella hizo caso omiso de su aflicción, creyendo que cualquier cosa que dijera no haría más que provocar una disputa. Cuando él abría la puerta de entrada, le gritó:

-No te olvides de que Edgar y Venice llegarán dentro de una media hora.

-Hasta luego -dijo él. No había ninguna razón para que ella no le creyese.

Tendido sobre la mesa, acostado sobre un caótico montón de papeles, folletos y carpetas, había un oso de trapo. Era un oso de trapo muy especial. Llevaba una visera negra, una diminuta falda escocesa y un morral. Debajo del brazo sostenía una gaita. Era un «Oso Jock», el producto más vendido de Juguetes Soff... en los días en que se vendían juguetes Soff.

Simulando no fijarse en la malevolencia de su mirada, Arthur Timberlane tiró el oso al suelo de un manotazo y cogió un puñado de cartas de la mesa. Acurrucado en su pequeño despacho de la

Librodot

planta baja de la fábrica, empezó a leerlas, mientras los camiones pasaban a toda velocidad por la carretera en dirección al centro de Londres. No se quitó el abrigo.

Todas las cartas hablaban de lo mismo. La que estaba escrita en términos más crudos procedía de su mejor representante, el viejo Percy Pargetter, que viajaba para la firma desde últimos de los años cuarenta y no obtenía más que la comisión sobre sus ventas antes de que Arthur le adjudicara un sueldo. Percy era un buen representante. Iría a verle a la mañana siguiente; mientras tanto, quería dejar las cosas claras. No había nadie que comprara sus juguetes; los comerciantes al por menor y los mayoristas habían reducido sus compras a cero porque sus tiendas estaban abarrotadas; el cliente había dejado de interesarse por Juguetes Soff. Incluso sus amigos más antiguos en el negocio hacían una mueca de desagrado al ver el rostro de Percy en la puerta. Percy creía que algún peligroso rival había monopolizado de alguna forma el mercado de juguetes.

«Pero ¿quién, quién?», se preguntaba Arthur con angustia. Por los documentos comerciales y financieros, sabía que la situación del negocio de juguetería era desastrosa para todo el mundo. Esto era todo lo que sabía. Las finanzas y la industria fluctuaban entre el alza o la baja repentina, pero en eso no había nada nuevo, excepto que las fluctuaciones se habían acentuado en los últimos seis meses. Volvió a dejar las cartas encima de la mesa, meneando la cabeza con desesperación.

Había hecho todo lo posible, por lo menos hasta que Moxan presentara su funesto informe. Con la ayuda de Keith, habla reducido la producción al mínimo, había retrasado hasta Navidad la serie de películas con marionetas que anunciarían el «Oso Jock» en la ICV, había cancelado las entregas, había exprimido a los acreedores, había suprimido las horas extra, había anulado el contrato con Straboplásticos, había guardado los planos de la Feliz Sirena Parlante. Y había desechado la idea de mudarse de casa...

Se acercó a un fichero metálico y sacó la última carta de Moxan, comprobando el nombre de Gaylord K. Cottage. No porque éste fuera un nombre fácil de olvidar, pensó sombríamente; Cottage era el brillante joven que se hallaba a cargo de las investigaciones de Moxan para encontrar las razones por las cuales el negocio iba tan mal. Arthur consultó su reloj. No, no era tarde. Aún podía localizar a Cottage en su oficina.

El teléfono sonó largo rato en la sede de Moxan. Arthur escuchó su repiqueteo y el ruido del tráfico en la calle. Finalmente, una voz malhumorada respondió a la llamada y preguntó a Arthur lo que deseaba. La visión se aclaró y una cara redonda y adormilada contempló a Arthur. Era el portero nocturno; ante la insistencia de Arthur, accedió a pasarle la llamada a Cottage.

Cottage se puso al aparato casi en seguida. Se hallaba sentado a la mesa de una habitación vacía e iba en mangas de camisa. Un mechón de cabellos le caía encima de la frente, y llevaba el nudo de la corbata descuidadamente hecho. Arthur sólo se dio cuenta de que no parecía tan lustroso como en sus visitas a Juguetes Soff. Cuando habló, para alivio de Arthur, pareció menos desagradable y tirante que en su última entrevista.

-Su informe está en Fotomecánica, señor Timberlane -dijo-. Es un ligero retraso que no hemos podido evitar. Siento muchísimo que no hayamos podido entregárselo antes, pero verá... Oh, Dios mío, ¡todo el asunto es un desastre! Mire, señor Timberlane, debo hablar con alguien de esto. Será mejor que escuche antes de que la censura gubernamental extienda sus garras.

Miró afablemente a Arthur. O el color de la línea era malo, o estaba muy pálido.

Envuelto en su abrigo de sarga azul, Arthur sintió frío.

-Le escucho, pero no sé a lo que se refiere al hablar de censura, señor Cottage. Naturalmente, sus dificultades personales me interesan, pero...

-Oh, esto no es sólo personal, amigo mío, ni mucho menos. Mire, déjeme encender un cigarrillo... -Cogió un paquete que tenía sobre la mesa, lo encendió, inhaló y dijo-: Escuche, ¡su firma está en quiebra, en bancarrota, acabada! Es imposible decirlo con más claridad, ¿verdad? Su socio, Keith Barratt, ¿no es así?, estaba muy equivocado al afirmar que había sido usted derribado por otra empresa de juguetería. Hemos investigado, y todos se hallan en el mismo barco, todas las firmas, desde la más importante hasta la más insignificante. Las cifras lo demuestran. La cuestión es que nadie compra juguetes.

-Pero esas bajas veraniegas vienen y...

Cottage agitó una mano frente a sí, riéndose despectivamente al mismo tiempo.

-Hágame caso, señor Timberlane; esto no es una baja de temporada, ni nada parecido. Es algo mucho más grande. He hablado con algunos de mis compañeros. ¿Conoce usted Johnchem, la firma especializada en una amplia gama de productos infantiles, desde alimentos preparados hasta polvos de talco? Son clientes nuestros. Sus cifras son peores que las de usted, y tienen unos gastos generales diez veces superiores a los suyos.

Arthur meneó la cabeza como si dudase de lo que estaba oyendo. Cottage se inclinó hacia delante hasta que su nariz quedó desenfocada.

-Ya sabe lo que eso significa -dijo, apagando el cigarrillo en un cenicero y soltando el humo que tenía en los pulmones en dirección a la pantalla-. Significa una cosa: desde el accidente de los cinturones Van Allen ocurrido el mes de mayo del año pasado, no ha nacido ningún niño. Usted no vende porque no tiene consumidores.

-¡No lo creo! ¡No puedo creerlo!

Cottage jugueteaba con su encendedor.

-Nadie lo creerá hasta que se anuncie oficialmente, pero nosotros hemos hecho las comprobaciones oportunas en la Oficina General de Registros de Somerset y la Oficina de Registros de Edimburgo. No han querido decir nada; pero por lo que no han dicho, nuestras cifras nos ayudan a llegar a las conclusiones acertadas. Todas nuestras conexiones de ultramar coinciden en lo mismo. En todas partes es igual: ¡no hay niños!

Hablaba con cierta satisfacción maliciosa, inclinado hacia adelante, y con los ojos entornados para protegerlos de las luces del visífono.

Arthur desconectó la visión. No soportaba mirar a Cottage, ni que Cottage le viera. Se aguantó la cabeza con las manos, vagamente consciente del frío que tenía, y de lo mucho que temblaba.

-Es una quiebra general -dijo-. El fin del mundo.

Sintió la aspereza de sus mejillas.

-No tanto -repuso Cottage desde la pantalla en blanco-. Pero le apuesto cinco libras a que no veremos la situación comercial normalizada hasta 1987.

-¡Cinco años! Es casi tan grave como el fin del mundo. ¿Cómo voy a mantenerme a flote durante cinco años? Tengo una familia. Oh, ¿qué puedo hacer? Jesucristo... Desconectó cuando Cottage se embarcaba en una nueva serie de malas noticias, y se quedó mirando los diversos objetos esparcidos sobre la mesa sin verlos-. Es el fin de este asqueroso mundo. Oh, Cristo... Maldito fracaso, maldito...

Se metió la mano en un bolsillo en busca de un paquete de cigarrillos, no encontró más que una baraja de cartas, y se quedó mirándolas desesperadamente. Algo parecido a una obstrucción física le atenazó la garganta; una picazón salada le hizo frotarse los ojos. Tirando las cartas al suelo junto al «Oso Jock», salió de la fábrica y se dirigió hacia su coche, sin molestarse en poner el cerrojo de la puerta. Estaba llorando.

Un convoy de vehículos militares pasó por la carretera de Staines. Puso el coche en marcha y apretó con fuerza el volante mientras avanzaba a toda velocidad hacia la carretera.

Patricia acababa de servir una copa a Venice y Edgar cuando sonó el timbre de la puerta. Fue a abrir y encontró a Keith Barratt sonriendo en el umbral. Este se inclinó galantemente ante ella.

-He pasado por delante de la fábrica y he visto el coche de Arthur aparcado en el patio, así que he pensado que quizá te gustaría un poco de compañía, Pat -dijo-. Esta compañía en especial, para ser exactos.

-Venny y Edgar Harley están aquí, Keith -dijo ella, en voz suficientemente alta para que la oyeran desde el salón-. Entra.

Keith hizo una mueca, separó las manos en un gesto de resignación y dijo con tono exageradamente cortés:

-Oh, será un verdadero placer, señora Timberlane.

Cuando tuvo una copa en la mano, la levantó y dijo a los demás:

-Bueno, ¡brindemos por días mejores! Los tres parecéis un poco tristes, diría yo. ¿Has tenido mal viaje, Edgar?

Librodot

-Hay razones para estar tristes, diría yo -repuso Edgar Harley. Era un hombre ligeramente gordo, el tipo de hombre al que la gordura sienta bien-. Estaba explicando a Venny y a Pat lo que me encontré en Australia. Estaba cenando en Sydney con el obispo Aitken hace sólo dos noches, escuchando sus quejas acerca de la violenta ola de irreligiosidad que ha invadido Australia. Decía que las iglesias sólo habían bautizado a siete niños, ¡siete!, durante los últimos dieciocho meses, en toda Australia.

-He de confesar que esto me hace sentir desesperadamente suicida -dijo Keith, sonriendo, mientras se instalaba en el sofá al lado de Patricia.

-El obispo estaba equivocado -dijo Venice-. En la conferencia que Edgar presenció, explicaron la verdadera razón de tan escasos bautizos. Será mejor que se lo digas a Keith, Ed, puesto que esto le afecta también a él y de todos modos se anunciará oficialmente este fin de semana.

Con solemne expresión, Edgar dijo:

-El obispo no tenía niños que bautizar simplemente porque no hay niños. La contracción de los cinturones Van Allen sometió a todos los seres humanos a una fuerte radiación.

-Ya lo sabemos, pero la mayoría de nosotros ha sobrevivido -dijo Keith-. ¿A qué te refieres al afirmar que esto me afecta personalmente?

-El gobierno lo ha mantenido en gran secreto, Keith, mientras trataba de evaluar los daños que ha producido este... er, accidente. Es un tema engañoso por varias razones, siendo una de las principales que los efectos de la exposición a diferentes tipos de emisiones radiactivas no se conocen claramente, y que, en este caso, la exposición aún prosigue.

-No lo entiendo, Ed -dijo Venice-. ¿Estás insinuando que los cinturones Van Allen siguen dilatándose y contrayéndose?

-No, parece que han vuelto a estabilizarse. Pero han propagado la radiactividad a todo el mundo. Hay distintas clases de radiación, algunas de las cuales penetraron en nuestro cuerpo en aquel momento. Otras, radioisótopos de estroncio y cesio muy duraderos, por ejemplo, se encuentran todavía en la atmósfera, y penetran en nuestro cuerpo a través de la piel, o cuando comemos, bebemos o respiramos. No podemos evitarlos y, desgraciadamente, el cuerpo asimila esas partículas y las acoge en nuestras partes vitales, donde pueden ocasionar grandes daños a las células. Algunos de estos daños pueden no haberse revelado todavía.

-En este caso, todos deberíamos vivir en refugios -dijo airadamente Keith-. Edgar, me has fastidiado esta copa. Si eso es verdad, ¿por qué no hace algo el gobierno, en vez de limitarse a mantener el secreto?

-Querrás decir por qué no hacen algo las Naciones Unidas -intervino Patricia-. Es un problema universal.

-Ya es demasiado tarde para que nadie haga nada -dijo Edgar-. Era demasiado tarde un segundo después de que explotaran las bombas. El mundo no puede refugiarse bajo tierra, y llevarse la comida y el agua.

-Así que lo que tú dices es que no sólo sufriremos esta temporal carencia de niños, sino que también tendremos miles de casos de cáncer y leucemia, ¿no es así?

-Sí, exactamente, y quizá también un acortamiento de la vida. Es demasiado pronto para saberlo. Por desgracia, conocemos el tema mucho menos de lo que pretendíamos. Es algo muy complejo.

Keith se alisó el rebelde cabello y miró tristemente a las mujeres.

-Tu marido ha vuelto con un montón de noticias agradables -dijo-. Me alegro de que el viejo Arthur no esté aquí para oírlas... ya está bastante deprimido. Ya me veo dando un puntapié al «Oso Jock» y fabricando crucifijos y ataúdes en su lugar, ¿eh, Pat?

Edgar había dejado su copa y estaba sentado en el borde del sillón, con los ojos y el estómago bastante prominentes, como si tratara de animarse para decir algo más. Paseó la mirada por la confortable sala de estar, con sus almohadones italianos y lámparas danesas, y dijo:

-Los efectos de la radiación no pueden dejar de parecernos extraños, particularmente en el caso actual, cuando hemos sido sometidos a un amplio espectro de radiación comparativamente suave. Es una desgracia que los mamíferos sean tan susceptibles a ella, y entre los mamíferos, el hombre.

»Evidentemente, a vosotros no os aclarará nada que yo profundice en la cuestión, pero os diré que del mismo modo que la fuerza destructiva del material radiactivo puede concentrarse en un tipo de vida, también puede hacerlo en un solo órgano, porque, como ya he dicho, el cuerpo dispone de eficientes mecanismos para captar algunas de estas materias. El cuerpo humano asimila yodo radiactivo y lo utiliza como yodo natural en la glándula tiroides. Una dosis suficiente destruirá, por lo tanto, esa glándula. Sólo que en el presente caso, son las gónadas las que están afectadas.

-El sexo alza su fea cabeza -exclamó Keith.

-Quizá por última vez, Keith -repuso serenamente Edgar-. Las gónadas, como pareces saber muy bien, son unos órganos que producen células sexuales. Los fetos muertos, abortos y monstruosidades nacidas desde mayo del año pasado demuestran que las gónadas humanas han sido gravemente afectadas por la radiación a la cual hemos estado y todavía estamos sujetos.

Venice se puso en pie y empezó a andar por la habitación.

-Me siento como si fuese a volverme loca, Edgar. ¿Estás seguro de lo que dices? Me refiero a esa conferencia... ¿Quieres decir que no nacerán más niños en ninguna parte del mundo?

-Eso no lo sabemos. Además, la situación podría mejorar de algún modo el año que viene, supongo. Es muy improbable que las cifras lleguen al cien por ciento. Desgraciadamente, de los siete niños australianos mencionados por el obispo Aitken, seis han muerto desde su bautizo.

-¡Es terrible! -Venice se detuvo en el centro de la habitación, apretándose la frente con ambas manos-. Lo que me parece más absurdo es pensar que media docena de asquerosas bombas hayan podido hacer algo así, tan catastrófico. ¿No es como si hubieran destruido la Tierra? ¿Cómo pueden ser tan inestables esos cinturones Van Allen?

-Un profesor ruso, llamado Zilinkov, sugirió en la conferencia que los cinturones podían ser realmente inestables y fácilmente activables por ligeras sobrecargas radiactivas procedentes del Sol o de la Tierra. Sugirió que las mismas contracciones que ahora nos afectan tuvieron asimismo lugar al final de la Era Cretácea; es una teoría un poco extravagante, pero explica la repentina desaparición de los antiguos órdenes de dinosaurios terrestres, marinos y aéreos. Se extinguieron porque sus gónadas fueron inutilizadas, como las nuestras ahora.

-¿Cuánto tardaremos en recobrarnos? Es decir, ¿nos recobraremos? -preguntó Venice.

-Detesto pensar que soy como un dinosaurio -dijo Patricia, consciente de la mirada de Keith sobre ella.

-Hay un rayo de consuelo -dijo jovialmente Keith, alzando un dedo prometedor ante ellos-. Si este truco de la esterilidad afecta a todo el mundo, será un alivio para países como China y la India. ¡Han pasado años quejándose de que su población se multiplica como conejos! Ahora tendrán la oportunidad de disminuir su número. Cinco años, o seamos generosos y digamos diez años, sin que nazca ningún niño, y estoy seguro de que gran parte de los problemas del mundo se solucionará antes de que llegue el próximo lote.

Patricia se arrellanó en el sofá, y le cogió la solapa.

-Oh, querido Keith -sollozó-, ¡tú eres siempre un consuelo!

Estaban tan enfrascados en la conversación, que no oyeron llamar a la puerta al doctor MacMichael. Este vaciló un momento, pues oía voces dentro y no se atrevía a entrar. Keith Barratt había dejado la puerta ligeramente entreabierta. La abrió de un suave empujón y entró tímidamente en el vestíbulo.

En las escaleras, medio oculto por la oscuridad, una pequeña figura en pijama se encaró con él.

-Hola, sapo, ¿qué estás haciendo ahí? -preguntó el médico con afecto. Cuando iba a acercarse a Algy, el niño retrocedió uno o dos escalones y alzó un dedo de advertencia.

-¡Ssh, no haga ruido, doctor! Están hablando de cosas muy serias. No sé de lo que se trata, pero podría ser de mí. Hoy he hecho una cosa horrible.

-Será mejor que vuelvas a la cama, Algernon. ¡Vamos, arriba! Yo subiré contigo. -Asió al niño de la mano y subieron juntos el resto de las escaleras-. ¿Dónde está el «Oso Jock»? ¿Acaso merodea también por la casa sin una bata encima?

-Ya está en la cama. Pensaba que usted sería papá. Por eso he bajado. Quería decirle que estoy arrepentido de haberme portado mal.

Librodot

MacMichael se miró la punta de los zapatos.

-Estoy seguro de que te habría perdonado, sapo, fuese lo que fuera; y no creo que hicieras algo tan horrible.

-Papá y yo pensamos que fue verdaderamente horrible. Por eso quiero verle sin falta. ¿Sabe usted dónde está?

El médico tardó un momento en contestar, mientras observaba cómo el niño se metía entre las sábanas con el oso del pijama a cuadros. Después, dijo:

-Algernon, ya eres todo un muchacho. Por lo tanto, no debes inquietarte demasiado si no ves a tu padre durante... bueno, durante un tiempo. Habrá otros hombres a tu alrededor, y nosotros te ayudaremos en lo que podamos.

-Muy bien, pero tengo que volver a verle pronto, porque va a enseñarme cómo se hace el truco de los cuatro ases. Si quiere, puedo enseñárselo en cuanto lo haya aprendido.

Algy se deslizó entre las sábanas hasta que no se vio más que un mechón de cabello, una nariz y un par de ojos. Miró fijamente al médico, que, enfundado en su viejo impermeable, permanecía junto a la cama con expresión abrumada y cariñosa.

-Ya sabes que soy amigo tuyo, Algernon, ¿verdad?

-Supongo que debe de serlo, porque oí decir a mamá y tía Venny que usted me salvó la vida. Casi se me agotaron las reservas, ¿verdad? Pero ¿querría hacer algo realmente importante por mí?

-Dime de qué se trata y lo intentaré.

-¿Creería que estoy loco si se lo dijera al oído?

El doctor MacMichael se acercó más a la cama e inclinó la cabeza sobre la almohada.

-Dispara, compañero -dijo.

-¿Conoce a esa niña calva, Martha Broughton? íbamos a vivir en la casa de al lado hasta que yo he fastidiado el plan. ¿Cree que podría convencer a papá para que ella viniera aquí y jugáramos juntos? ¡Corre más que nadie!

-Te prometo hacerlo, Algy. Te lo prometo.

-Es horriblemente calva, es decir, realmente calva, pero me gusta. Quizá las niñas sean mejores sin cabellos.

Amablemente, el doctor aseguró:

-Procuraré que venga por aquí antes del fin de semana, porque a mí también me gusta mucho.

-Vaya, es usted un doctor magnífico. Le demostraré mi agradecimiento... ya no le romperé ningún otro termómetro.

El doctor MacMichael acarició el cabello del niño y salió del cuarto. Se detuvo al principio de las escaleras para dominar sus emociones, se arregló la corbata y bajó para informar a los demás sobre el accidente de automóvil.

7 - EL RÍO: FIN

Los animales salvajes volvieron a poblar la Tierra tan abundantemente como siempre. En ese gran congreso, sólo faltaban unos cuantos fílums; pero la multitud era tan rica en número como en épocas precedentes.

La Tierra poseía grandes recursos, y así sería mientras el Sol mantuviese su actual producción de energía. Había sustentado muchas clases distintas de vida a través de las distintas épocas. En lo que respectaba a esa minúscula porción sobrante del continente europeo que eran las islas Británicas, su flora y su fauna nunca recuperaron plenamente la riqueza característica del Plioceno. Durante ese periodo, los glaciares habían descendido sobre gran parte del hemisferio norte, arrastrando la vida hacia el sur a medida que avanzaban. Pero el hielo volvió a retirarse; la vida volvió a seguirlo hacia sus fortalezas septentrionales. Hacia el final del Pleistoceno, como la abertura de una mano gigantesca, un manantial de vida regó las tierras que habían sido recientemente asoladas. El dominio del hombre sólo afectó momentáneamente la abundancia de este manantial.

Librodot

Ahora el manantial era una gran marea de pétalos, hojas, pieles, escamas y plumas. Nada podía contenerlo, porque albergaba su propio equilibrio. Todos los veranos veían su peso incrementado a medida que seguía caminos y costumbres establecidos, en muchos casos, en épocas muy lejanas y mucho antes de que el homo sapiens hiciera su breve aparición.

Las noches de verano eran cortas. Retenían una parte de la transparencia del día, y no perdían la última partícula de su calor hasta que la luz volvía a filtrarse en el paisaje, de modo que el suspiro del aire fresco que traía consigo el alba agitaba las pieles de los animales y las plumas de los innumerables pájaros que se despertaban a un nuevo día de vida.

El despertar de estas criaturas vertía los primeros sonidos de la mañana en una tienda situada tan cerca del agua que se reflejaba en su superficie.

Cuando Barbagrís, su esposa Martha y Charley Samuels se levantaban a esta misma hora, era para encontrarse al borde de un caudaloso Támesis disuelto en la niebla. El nuevo día atraía de la tierra una niebla en la que se diseminaba una mirlada de patos. A medida que el día avanzaba, la niebla adquiría un tinte anaranjado antes de aclararse y revelar al pato que volaba sobre el río o navegaba en convoy por las brillantes aguas.

Antes de que la niebla se hiciera menos densa, las alas que susurraban en los aires sugerían la reunión de una invisible muchedumbre. Los gansos, que se dirigían hacia tierras más fértiles, pasaban por encima con un sonido hueco que contrastaba con el estridente ruido de los cisnes voladores. Los pájaros más pequeños volaban a niveles más altos. También había aves de presa, águilas y halcones, que eran comparativamente extraños a la región.

Algunas de estas aves hablan viajado largas distancias en busca de alimento, desde la pequeña cerceta hasta el pato, pavoneándose con su llamativo plumaje a través del barro. Muchos de los migradores habían sido forzados por la inflexible necesidad: los diminutos pichones de sangre caliente, con un alto consumo metabólico que sostener, se habrían muerto de hambre si no hubieran comido cada ocho horas; así que sus padres habían volado a latitudes más septentrionales, donde las horas de luz en aquella época del año eran más numerosas.

Entre todos los seres vivientes de esa región invadida por la niebla y el agua, los hombres eran los menos sujetos a tales necesidades naturales. Pero ellos, a diferencia de la prolífera colonia de pájaros que les rodeaba, no tenían medios instintivos para determinar su dirección, y a los tres días de abandonar Oxford, su viaje hacia la desembocadura del río se vio obstaculizado por el laberinto de vías fluviales.

Su camino podía ser difícil de encontrar, pero se sentían invadidos por la despreocupación, y no tenían prisa por salir de una zona tan abundantemente provista de comida. Garzas, gansos y patos constituían una serie de estofados en los que Martha se superaba a sí misma. Los peces sólo esperaban ser pescados.

En estas actividades, tenían pocos rivales humanos. Estos pocos procedían generalmente de la orilla norte del río, de las poblaciones que aún quedaban en los alrededores de Oxford. Volvieron a ver algunos armiños cazando -aunque no en manada y a un animal que tomaron por una mofeta, abriéndose paso entre las cañas con un pato silvestre entre los dientes. Vieron nutrias y coipos y, en el lugar donde acamparon la tercera noche, las huellas de alguna clase de venado que se había acercado al borde del agua para beber.

Aquí, a la mañana siguiente, Barbagrís y Martha se hallaban cocinando un pescado con menta y berros cuando una voz a su espalda dijo:

-¡Me invito a desayunar!

Flotando en el río, con los remos levantados y los toletes goteando agua, se hallaba Jeff Pitt en un destartalado bote de remos.

-¡Qué magníficos amigos habéis resultado ser! -dijo desde lejos-. Me fui con unos compañeros a cazar. Cuando regresé a Oxford, me encontré con que Charley se había ido y su patrona estaba desesperada. Fui a Christ Church y los dos habíais desaparecido. ¡Vaya un modo de tratarme!

Turbados por el resentimiento que ocultaban tales palabras, Martha y Barbagrís se aproximaron al borde del agua para saludarle. Cuando descubrió que habían abandonado Oxford, Pitt adivinó la dirección que habían tomado; les contó todo eso como una muestra de su propia inteligencia mientras

le ayudaban a amarrar el bote. Él saltó a tierra y les estrechó fuertemente la mano, sin mirarles a los ojos.

-No podéis dejarme atrás, ¿eh? -dijo-. Nuestro destino es estar siempre juntos. Puede haber transcurrido mucho tiempo, Barbagrís, pero no he olvidado que podías haberme matado aquella vez que yo debía eliminarte a ti.

Barbagrís se echó a reír.

-Nunca tuve esa intención.

-Ah, bueno, precisamente por eso acabo de estrecharte la mano. ¿Qué estáis cocinando? Ahora que estoy con vosotros, he de procurar no morirme de hambre.

-Intentábamos no morirnos de hambre tomando este salmón para desayunar, Jeff -dijo Martha, arremangándose la falda para ponerse en cuclillas junto al hornillo-. Debe de ser el primer salmón pescado en el Támesis desde hace doscientos años.

Pitt se cruzó de brazos y lanzó una mirada de soslayo hacia el pescado.

-Te pescaré otros más grandes, Martha. Seguís necesitándome; cuanto mayores nos hacemos, más necesitamos a los amigos. ¿Dónde se ha metido el santo Joe Samuels?

-Está dando su paseo matinal. Cuando vuelva, se horrorizará de verte aquí, no hay duda.

Cuando Charley regresó y dejó de dar golpecitos en la espalda a Pitt, se sentaron a comer. La cálida neblina se diluía lentamente, revelando el paisaje circundante. El mundo se agrandó, poniendo al descubierto el cielo y sus reflejos.

-¿Sabéis que podíais extraviaros con mucha facilidad? -dijo Pitt. Ahora que la primera satisfacción del encuentro había pasado, utilizaba nuevamente su acostumbrado tono gruñón-. Algunos de los compañeros que conocí en Oxford eran piratas y salteadores en esta región, hasta que se volvieron demasiado viejos y decidieron cambiar al oficio más sosegado de cazadores furtivos. Aún hablan de los viejos tiempos, y me contaron que aquí hubo luchas muy sangrientas pocos años atrás. ¿Sabéis que llaman a este lugar el Mar de Barks?

-Les oí hablar de ello en Oxford -dijo Charley-. Ellos afirman que aún quedan algunos, pero no hay mucha gente que conozca bien la zona.

Pitt llevaba dos viejas chaquetas y un par de pantalones. Metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta interior y sacó un cuadrado de papel, que desdobló y entregó a Barbagrís. Este reconoció el papel; era una de las láminas distribuidas durante la última exhibición de los niños de Balliol. En la parte de atrás, había un mapa dibujado con tinta.

-Representa el estado actual de esta región, según esos compañeros míos, que han explorado la mayor parte -dijo Pitt-. ¿Lo entiendes?

-Es un buen mapa, Jeff. Aunque faltan algunos nombres, no resulta difícil identificar los principales accidentes de terreno. Barks debe de ser el nuevo nombre de Berkshire.

Martha y Charley estudiaron el mapa con él. En el extremo meridional del Mar de Barks estaba Goring. Allí, a ambos lados del viejo río, se encontraban dos cordilleras, la Chiltern y las colinas de Berkshire. El río quedaba bloqueado en este punto y, desbordándose, había inundado toda la tierra al norte de él, donde se formaba una especie de canal triangular entre las dos cordilleras y las Cotswolds.

Charley asintió.

-Aunque está muy lejos de ser un mar, puede tener muy bien treinta kilómetros de una orilla a otra, y quizá veinte en el otro sentido. Mucho espacio donde perderse.

Martha siguió el borde del supuesto mar con un dedo y dijo:

-Debe de haber muchas ciudades sumergidas en él, Abingdon y Allingford entre ellas. ¡Esto hace que el lago Meadow parezca un estanque! Si el nivel del agua sigue subiendo, supongo que las dos extensiones de agua llegarán a unirse, y Oxford también quedará sumergido.

-Las cosas cambian rápidamente cuando están al cuidado de Dios y no del hombre dijo Charley-. Lo he comprobado. Debe de hacer catorce años que llegué a Sparcot, y antes de entonces el país iba directo hacia la ruina; pero ahora es muy distinto.

-Ahora somos nosotros los que vamos hacia la ruina -dijo Pitt-. La tierra nunca ha estado mejor. Me gustaría volver a ser joven, Charley, ¿a ti no? Jovenzuelos de dieciocho años, por ejemplo,

con un par de hermosas muchachitas para hacernos compañía. Ya me las arreglaría para tener una vida mejor de la que he tenido.

Tal como Pitt esperaba, Charley no estuvo de acuerdo con el par de hermosas muchachitas.

-Me gustaría que mis hermanas estuvieran con nosotros, Jeff. Hubieran sido más felices aquí de lo que lo fueron, las pobres. ¡Hemos vivido en una época desastrosa! Ahora ya no podemos llamar Inglaterra a este país; ha vuelto a Dios. Ahora es Su país, y es lo mejor.

-Muy bonito por Su parte barrernos de un plumazo -dijo sarcásticamente Pitt-. Ya no tendrá que seguir preocupándose por nosotros, ¿eh?

-Es terriblemente antropomórfico por mi parte, pero no puedo dejar de creer que no se aburra cuando hayamos desaparecido -comentó Martha.

En cuanto terminaron de desayunar, levantaron el campamento. Tal como hicieran un par de años atrás, viajaron todos en el esquife y remolcaron la barca de Pitt. El viento apenas tenía fuerza suficiente para impulsarlos sobre las aguas silenciosas.

No llevaban mucho rato de navegación cuando, desdibujados por la distancia, avistaron las agujas y tejados de una ciudad medio hundida. El campanario de la iglesia sobresalía limpiamente del agua, pero la mayor parte de los tejados se hallaban ocultos por plantas que habían echado raíces en sus entrañas. Esta vegetación constituía seguramente un importante factor en el deslizamiento de los edificios bajo la superficie. El campanario se mantendría erecto durante un tiempo; después, el lento desmoronamiento de sus cimientos también lo haría desaparecer, y la obra del hombre dejaría de formar parte del paisaje.

Pitt se inclinó sobre la borda del esquife y escudriñó el «mar».

-Me pregunto lo que debió de ocurrirle a la gente que vivía aquí -dijo con angustia-, y si siguen viviendo debajo del agua; pero no veo a ninguno de ellos.

-Oye, Jeff, esto me recuerda una cosa -dijo Charley-. Ya me había olvidado, pero ahora que te veo, ¿no es verdad que creías que había duendes en el bosque?

-Duendes y gnomos -admitió Pitt, mirándole sin parpadear-. ¿Y qué? ¿Acaso un hombre tan religioso como tú los ha visto también, Charley?

-Algo así. -Charley se volvió hacia Barbagrís-. Ha sido esta mañana, cuando he ido a ver si había algo en nuestras trampas. Al arrodillarme junto a una de ellas, levanto la vista, y veo tres caras mirándome a través de los matorrales.

-¡Ah, ya os lo dije; indudablemente son los gnomos! Yo los he visto. ¿Qué han hecho? -preguntó Pitt.

-Por fortuna, estaban al otro lado de un arroyo y no podían llegar hasta mí. Además, yo me he apresurado a levantar la mano y hacer el signo de la cruz; entonces han desaparecido.

-Deberías haberles tirado una flecha; habrían corrido todavía más -dijo Pitt-. O quizá creyeran que ibas a largarles un sermón.

-Charley, no puedes creer que fueran realmente gnomos -dijo Barbagrís-. Los gnomos sólo existen en los cuentos fantásticos que leíamos cuando éramos pequeños. No existen en realidad.

-Quizá hayan vuelto como las mofetas -dijo Jeff-. Esos libros no hacían más que explicarnos lo que ocurría antes de que el hombre se volviera tan civilizado.

-¿Estás seguro de que no eran niños? -inquirió Barbagrís.

-Oh, no eran niños, a pesar de ser tan pequeños como niños. Pero tenían... bueno, no pude verlo bien, pero parecían tener hocicos como el del viejo «Isaac», y orejas de gato, y abundante pelaje en la cabeza, aunque creo que tienen manos como nosotros.

En el bote reinó un silencio absoluto.

Martha dijo:

-El viejo Thorne, el hombre para quien estuve trabajando en Christ Church, era una persona instruida, aunque no parecía estar muy bien de la cabeza. Solía decir que cuando un hombre moría, algo nuevo acudía a ocupar su lugar.

-¡Un escocés, quizá! -dijo Barbagrís riendo, acordándose de la creencia de Towin y Becky Thomas en que los escoceses abandonarían el norte para invadirles.

Librodot

-Thorne no concertó nada acerca de ese algo, aunque dijo que podía asemejarse a un tiburón con las patas de un tigre. Dijo que habría cientos de ellos, y que estarían muy agradecidos a su Creador cuando descubrieran que tenían tantos enanitos como forraje.

-Ya tenemos bastantes problemas por culpa de nuestro propio Creador para inquietarnos por otros -dijo Pitt.

-Eso es una blasfemia -exclamó Chariey-. Ya eres demasiado viejo para hablar así, Jeff Pitt. De todos modos, aunque hubiese una cosa como ésa, creo que preferiría comerse un pato que a nosotros. ¡Míranos!

Aquella tarde, tuvieron buen cuidado de escoger un lugar donde pasar la noche que no fuera demasiado fácil de tomar por sorpresa.

El día siguiente les sorprendió navegando hacia el sur, remando cuando la brisa cesaba. Las boscosas colinas que habían sido visibles a lo largo de todo el día anterior desaparecieron lentamente de la vista, y el único accidente del paisaje resultó ser una isla de dos jorobas que había a lo lejos. Arribaron a ella a última hora de la tarde, cuando la sombra del bote se alargaba hacia un lado, y amarraron junto a una barca previamente atracada en una pequeña ensenada.

Gran parte de este terreno daba muestras de estar cultivado, mientras que un poco más allá de las colinas vieron aves de corral y patos confinados en un gallinero. Algunas ancianas que se hallaban entre las aves domésticas se acercaron al agua para inspeccionar a los nuevos visitantes; les dijeron que aquello se llamaba la isla de Wittenham, y convinieron de mala gana en dejarles quedar a pasar la noche donde estaban siempre que no hicieran demasiado ruido. Muchas de las mujeres llevaban consigo nutrias domesticadas, a las que habían adiestrado para pescar y cazar.

Se volvieron más amables cuando vieron que el grupo de Barbagrís sólo tenía intenciones pacíficas, y mostraron su ansiedad de charlar. No tardaron en explicarles que eran una comunidad religiosa, creyentes en un Señor que aparecía ocasionalmente entre ellas y predicaba sobre una Segunda Generación. Habrían tratado de convertirles si Martha no hubiera cambiado discretamente de tema preguntándoles cuánto tiempo hacía que vivían en la isla.

Una mujer dijo a Martha que procedían de una ciudad llamada Dorchester, y que se habían retirado a aquellas colinas con sus maridos cuando sus hogares y sus tierras fueron asediados por la subida de las aguas unos siete años atrás. Ahora, su antiguo hogar estaba completamente sumergido en el Mar de Barks.

Mucho de lo que esta anciana tenía que decir resultaba difícil de comprender. Era como si la neblina que se extendía sobre el agua en aquella estación envolviera también la comprensión humana; pero no resultaba difícil de entender que pequeños grupos aislados de sus vecinos desarrollaran un acento y un vocabulario peculiar. Lo más sorprendente era la velocidad con que se operaba dicho proceso.

Martha y Barbagrís comentaron el fenómeno mientras se hallaban envueltos en mantas aquella noche.

-¿Te acuerdas de aquel tipo que nos encontramos de camino a Oxford, el que tú dijiste que tenía un tejón por esposa? -preguntó Martha.

-Ha pasado mucho tiempo. No puedo decir que lo recuerde muy bien.

-Recuerdo que dormimos en un establo con él y su reno. Cualquiera que fuese su nombre, se había sometido al tratamiento de aquel hombre tan extraño de la feria... ¡Oh, mi memoria!...

-¿Bunny Jingadangelow?

-Eso es, ¡tu amigo! El viejo dijo bastantes tonterías acerca de la rapidez con que transcurrían los años; afirmó que tenía doscientos años, o una edad parecida. Últimamente he estado pensando en él, y al fin he empezado a entender cómo se sentía. Hemos presenciado tantos cambios, Algy, que yo también comienzo a preguntarme seriamente si no habremos vivido siglos.

-Es un cambio de ritmo. Nacimos en una civilización turbulenta; ahora ya no queda civilización, y el ritmo ha sido alterado.

-¿Así que la longevidad es una ilusión?

-El hombre es el que se ha detenido, no la muerte. Todas las cosas menos nosotros siguen igual. Vamos a dormir, cariño. Estoy cansado de tanto remar.

Al cabo de un momento, ella dijo:

-Supongo que es por no tener niños. No me refiero a no tenerlos yo misma, sino a no verlos a mi alrededor. Hace que la vida parezca desnuda... y terriblemente larga.

Barbagrís se incorporó con impaciencia.

-Por el amor de Dios, mujer, deja de lamentarte por no haber tenido hijos. Ya sé que no podemos tener hijos, de todos modos, ya somos demasiado viejos ahora, también es la preocupación de mi vida, pero no tienes que volver sobre lo mismo una y otra vez.

-¡No vuelvo sobre lo mismo una y otra vez, Algy! Dudo que lo mencione más de una vez al año.

-Pero siempre lo haces una vez al año. Suele ser en esta misma época, a últimos de verano, cuando el trigo está maduro. Entonces, ya espero oírtelo decir.

Al cabo de un momento se había arrepentido de su cólera, y tomó a Martha en sus brazos.

-No era mi intención hablarte así -dijo-. A veces me asusto de mis propios pensamientos. Me pregunto si la falta de niños no habrá ocasionado una locura que no identificamos porque no está clasificada. ¿Es posible estar cuerdo en un mundo donde sólo existe nuestra propia vejez?

-Cariño, tu aun eres joven, joven y fuerte. Todavía nos quedan muchos años por delante.

-No, ya sabes a lo que me refiero: tendríamos que renovar nuestra juventud en la generación posterior a la nuestra. A los treinta años, los hijos te hacen trabajar y reír. A los cuarenta, te hacen preocupar y aferrar al mundo. A los cincuenta, puedes tener nietos con los que jugar. Es posible que vivas hasta que tus nietos vengan a verte sonreír y enseñarles trucos de cartas... Colman tus últimos años. Si ya nadie disfruta de eso, ¿quién va a preocuparse por los sucesos del mundo, o por si el viejo Charley ha creído ver gnomos en el bosque?

-Quizá las mujeres lo veamos de distinto modo. Lo que yo echo más de menos es algo que requiera la cantidad de amor que hay en mi interior.

Él le acarició cariñosamente el pelo y contestó:

-Eres la persona más afectiva que ha existido jamás. ¿No te importa que ahora trate de dormir?

Pero fue Martha la que se durmió. Barbagrís permaneció despierto largo rato, escuchando los distantes sonidos de los pájaros nocturnos. El desasosiego le invadió. Apartó suavemente el extremo de su barba de debajo del brazo de Martha, se puso los zapatos y se deslizó fuera de la tienda.

A causa de su impenetrabilidad, la noche parecía más sofocante de lo que era. No podía explicarse su desazón. Le pareció oír el ruido de un motor; recordó nuevamente el vapor donde navegara con su madre desde el muelle de Westminster cuando era pequeño, antes de que su padre muriera. Pero era imposible. Se complació en pensar en el pasado y en su madre. Resultaba maravilloso lo intensos que parecían algunos de los recuerdos. Se preguntó si la vida de su madre -debió nacer, ¡hacía tanto tiempo!, hacia el mil novecientos cuarenta- no habría quedado aún más destrozada por el Accidente que la suya propia. Apenas recordaba la época anterior al Accidente, a excepción de algunas imágenes aisladas, como la de aquel crucero desde el muelle de Westminster, pues él sólo había existido dentro del contexto del Accidente y sus consecuencias, y estaba adaptado a él. Pero ¿cómo podía adaptarse una mujer? Con toda seriedad, como si se tratara de un descubrimiento, pensó que las mujeres eran diferentes.

El motor del barco se dejó oír nuevamente, como si navegara hacia él a través del tiempo y la probabilidad.

El sonido aumentó de intensidad. Fue a despertar a Charley, y ambos se acercaron al borde del agua, escuchando.

-No hay duda de que es una especie de vapor -dijo Charley-. Al fin y al cabo, ¿por qué no? Aún debe de haber suministros de carbón por aquí.

El sonido se desvaneció. No se movieron, pensando, esperando, escudriñando la oscuridad. No ocurrió nada más. Charley se encogió de hombros y volvió a acostarse. Al cabo de un rato, Barbagrís también se envolvió en las mantas.

-¿Qué sucede, Algy? -preguntó Martha, despertándose.

-Había un vapor en alguna parte del río. Charley también lo ha oído.

-Quizá lo veamos mañana por la mañana.

Librodot

-Por el ruido, parecía igual a aquellos en que mamá me llevaba de paseo. Mientras estaba ahí fuera, tratando de penetrar la oscuridad, pensaba en cómo he malgastado mi vida, Martha. No he tenido fe...

-Amor mío, no creo que éste sea un buen momento para evaluar tu vida. Dentro de veinte años será más fácil.

-No, Martha, escucha; sé muy bien que soy un tipo imaginativo e introspectivo, pero...

Una carcajada le interrumpió. Ella se sentó en la cama, bostezó, y dijo:

-Eres uno de los hombres menos introspectivos que he conocido en mi vida, y siempre me he alegrado de que tu imaginación fuera mucho más prosaica que la mía. Ojalá siempre tengas esas ilusiones acerca de ti mismo; es un signo de juventud.

Barbagrís se inclinó hacia ella, buscándole una mano.

-Eres una criatura extraña, Martha. A veces me pregunto hasta qué punto pueden llegar a conocerse dos personas, ya que tú me conoces tan poco. Es asombroso que seas tan ciega cuando has sido una compañera tan maravillosa durante treinta años, o trescientos, o los que sean en realidad. ¡Eres tan admirable en tantos sentidos, mientras que yo soy un fracaso tan enorme!

Ella encendió la lamparilla que había junto a su cama y dijo gravemente:

-Aun a riesgo de que los mosquitos nos coman vivos, tengo que encender la luz y mirarte. No puedo soportar que me hables así. Cariño, ¿qué es lo que estás diciendo sobre ti mismo? Aclarémoslo antes de dormir.

-Ya debes de haberlo visto con toda claridad. Yo no me casé con una tonta, como hacen otros hombres. He sido un desastre durante toda mi vida.

-¿Ejemplos?

-Bueno, sólo hay que ver cómo he logrado que todos estemos más o menos perdidos. Y cosas mucho más importantes. Me refiero a la horrible época que siguió a la muerte de mi padre, cuando mi madre se casó con el asno de Barratt. No es suficiente decir que yo no era más que un niño; lo que ocurre es que nunca entendí lo que sucedía. Creí que me estaban castigando por alguna cosa, y no sabía cuál era el pecado, ni cuál era el castigo. Odiaba y temía a Barratt, aunque lamentaba que flirtease con otras mujeres a causa de mi madre. Se fue con una en cierta ocasión. Mamá fue contratada por un empresario llamado Carter, y estuvimos viviendo algunas semanas con él.

-Me acuerdo de Carter. Tu madre poseía un talento especial para encontrar a hombres cuyos negocios estaban prosperando.

-También poseía un gran talento para encontrar a hombres imposibles. Pobre mujer, supongo que no era muy lista. Tío Keith -Barratt- apareció un buen día y nos alejó de Carter. El y mamá pasaron las semanas siguientes disputando sin cesar. Todo era tan indigno... Quizá fuera eso lo que me hiciera buscar una vida digna cuando crecí.

»Después estalló la guerra. Tendría que haberme negado a ir; ya sabes que estaba convencido de que era un error. Pero me comprometí, y me uní al Infantop. Después cometí la equivocación de unirme a DOUCH. Ya sabes, Martha, que entonces pensaba que ése era el trabajo más absurdo del mundo. Aquellos muchachos de DOUCH, el viejo Jack y los otros, sí que eran hombres consagrados en cuerpo y alma a su misión. Yo nunca creí en el proyecto.

-Estás diciendo tonterías, Algy. Me acuerdo de lo muy duramente que trabajaste, en Washington y Londres.

Él se echó a reír.

-¿Sabes por qué me uní a ellos? ¡Porque se ofrecieron para llevarte a Washington conmigo! ¡Sólo por eso! Mi interés por DOUCH era puramente subsidiario de mi interés por ti.

»Es verdad que realicé mi trabajo lo mejor que pude durante los años posteriores a la guerra, cuando cayó el gobierno y los sucesores firmaron la paz con el enemigo. Pero piensa en la oportunidad que perdimos cuando estábamos en Cowley. Si yo no hubiera estado tan preocupado por nosotros, habríamos podido vivir mejor.

»En cambio, nos largamos y vegetamos todos aquellos horribles años en Sparcot. ¿Y qué hice yo allí? Vender nuestro camión DOUCH porque teníamos la barriga vacía. Y cuando habría podido

redimirme en Christ Church, recuperando el camión, no me vi capaz de resistir dos años más. Al oír el ruido de ese motor en el río, he pensado en el maldito camión y en lo que yo podría haber sido.

Martha ahuyentó una mariposa nocturna que volaba en círculos alrededor de su cara, y se volvió hacia él.

-Las personas que han sido traicionadas suelen considerarse traidores. No lo hagas, Algy. Esta noche sólo piensas en bobadas. Eres demasiado mayor para complacerte en estas ideas tontas. ¿No ves que lo que acabas de decirme es una historia novelada de tu integridad?

-La falta de ella, querrás decir.

-No, de ningún modo. Cuando eras pequeño, no tenias control sobre tu vida. Tanto tu madre como Keith eran idiotas, ya en aquella época me di cuenta de ello, y estaban muy desorientados por la crisis de aquellos años. No puedes culparte por eso.

»Pasaste la guerra primero tratando de salvar niños, y después tratando de hacer algo constructivo para el futuro. Te casaste conmigo, cuando podías haber disfrutado de una orgía tras otra tal como hacía la mayoría de hombres en todo el mundo. Y creo que me has sido siempre fiel. No considero que eso demuestre falta de carácter.

»¡En cuanto a tu debilidad de Cowley, puedes ir a preguntar al viejo Jeff lo que piensa de eso! Vendiste el camión DOUCH tras infinitas luchas contigo mismo, y salvaste a toda la comunidad de Sparcot de morir de hambre. Respecto a recuperarlo, ¿por qué ibas a hacerlo? Si realmente hay un futuro para los hombres, éste mirará hacia delante, no hacia atrás; DOUCH era una gran idea cuando fue concebida en el año 2000. Ahora vemos que es improcedente.

»Pero lo que nunca ha sido improcedente para ti es la gente; yo, entre todos. Siempre me has colocado en primer lugar. Me he dado cuenta; como tú mismo dices, no soy tonta. Me colocaste antes que tu trabajo en Washington y en Cowley. ¿Crees que me molestó? Si en el siglo pasado hubiera habido más gente que pusiera a su cónyuge ante las abstracciones reinantes, no nos encontraríamos donde nos encontramos. -Se interrumpió bruscamente-. Creo que eso es todo. Fin del discurso. ¿Te sientes mejor, Barbagrís?

Él apretó los labios sobre la frente de ella.

-Cariño, ya te he dicho que todos sufrimos alguna forma de locura. Después de todo este tiempo, ¡he descubierto la tuya!

Cuando volvió a despertarse era de día y Pitt le estaba sacudiendo. Incluso antes de que el viejo trampero hablase, oyó nuevamente el ruido del vapor.

-Coge el arma por si acaso son piratas, Barbagrís -dijo Pitt-. Las mujeres dicen que la barca se dirige hacia aquí.

Poniéndose los pantalones, Barbagrís salió descalzo a la hierba mojada por el rocío. Martha y Charley trataban de ver algo a través de la niebla; se acercó a ellos y apoyó una mano en el hombro de su esposa. Aquella mañana, la niebla era tan espesa como la leche. Detrás, la ladera se difuminaba. Atraídas por el ruido del motor, las mujeres de la comunidad religiosa empezaban a acudir y congregarse junto a la orilla.

-¡Es el Señor que llega! ¡Es el Señor que llega! -gritaban.

El ruido del motor cesó repentinamente. Todos forzaron la vista para divisarlo.

Un fantasmal vapor de río apareció de pronto, deslizándose en silencio sobre las aguas. Parecía no tener sustancia y existir meramente en contorno. En el puente, varias personas estaban inmóviles, contemplando el agua. Las ancianas de la orilla, aquellas que aún podían, cayeron sobre sus artríticas rodillas, gritando:

-¡Es el Señor que llega a salvarnos!

-Supongo que aún debe de haber algún depósito de carbón por los alrededores, si sabes dónde buscar -dijo Barbagrís a Martha-. No creo que quede ninguna mina de carbón en funcionamiento. Lo mejor es tener cuidado, pero no parecen abrigar intenciones hostiles.

-Ahora comprendo cómo debían de sentirse los salvajes cuando aparecieron los misioneros con un cargamento de Biblias -dijo Martha. Contemplaba un largo estandarte atado a la barandilla del vapor que decía: ¡ARREPENTIOS, EL SEÑOR HA LLEGADO! Y debajo, en letras más pequeñas:

Librodot

«La segunda generación necesita vuestras donaciones y plegarias. Se requieren limosnas para propagar nuestra causa.»

-Parece como si la Biblia llevara una etiqueta con el precio -observó Barbagrís. Un grupo de las personas a bordo del vapor se adelantó y quitó una parte de la barandilla; bajaron una pequeña barca al agua, con la intención evidente de acercarse a la orilla. Al mismo tiempo, se oyó una voz que se dirigía a las mujeres de la orilla.

-Damas de la isla de Wittenham, el Señor os llama. Os saluda y se digna visitaros. Pero esta vez no abandonará su sagrada embarcación. Si queréis hablar con él, será mejor que subáis a bordo. Estamos bajando un bote para traeros a vosotras y vuestros presentes. Recordad, sólo cuesta una docena de huevos llegar a su presencia, y por una gallina podéis hablar con él.

El bote de remos empezó a avanzar hacia la orilla. Dos mujeres se hallaban a cargo de los remos, y tosían de tal modo que parecían estar al borde de la trombosis. Se hicieron menos insustanciales cuando, emergiendo de la neblina, llegaron a la orilla y saltaron a tierra.

Martha agarró a Barbagrís por una mano.

-¿Reconoces a una de esas mujeres? ¿La que ahora escupe al agua? ¡No puede ser! Parece la vieja... ¿Cómo se llamaba? -La dejamos en no sé qué sitio... ¡Becky! ¡Es Becky Thomas! Martha echó a correr. Las mujeres de la isla forcejeaban para subir al bote. Llevaban

provisiones en cestos o en sus brazos, a modo de ofrendas para el Señor. Becky se hallaba a un lado, observando apáticamente el desfile. Parecía aún más sucia que en Sparcot, y mucho más vieja, aunque su cuerpo se mantenía gordinflón. Tenía las mejillas hundidas y la nariz afilada.

Al mirarla, Martha pensó: «Pertenece a la generación de mis padres y los de Algy. Es asombroso que aún sobreviva alguno, a pesar de las lúgubres predicciones que solíamos oír acerca de que todo el mundo fallecía en su juventud. Becky debe de tener ochenta y cinco años, cuando menos.»

Y, temerosamente: «¿Qué quedará del mundo si Algy y yo alcanzamos esa edad?»

Mientras Martha se aproximaba, Becky cambió de posición y se puso las manos en las caderas. En una de sus huesudas muñecas, Martha vio un viejo y estropeado reloj que había sido el orgullo de Towin. ¿Dónde estaba él?

-Hola, Becky -dijo-. ¡Qué pequeño es el mundo! ¿Estás haciendo un crucero estival?

Becky no dio grandes muestras de alegría al ver a Martha, ni a Barbagrís, Charley y Pitt, que se acercaron a hablar con ella.

-Ahora pertenezco al Señor -les dijo-. Por eso tengo el privilegio de llevar un niño de la Segunda Generación en mis entrañas, a pesar de mi edad. Daré a luz en otoño.

Pitt lanzó una ronca carcajada.

-Ya estabas embarazada cuando te dejamos en aquella feria, no sé cuántos años hace. ¿Qué le pasó a aquel niño? Me parece que fue una camada fantasma, ¿verdad? Es lo que siempre creí.

-Entonces yo estaba casada, viejo animal -dijo Becky-, y el Señor aún no me había escogido para servirle, así que no había nada que hacer. Sólo ahora que he visto la luz, puedo concebir. Si quieres tener hijos, Martha, será mejor que le lleves un regalo al Señor y le preguntes qué puedes hacer. Hace milagros, te lo aseguro.

-¿Qué le ha pasado al viejo Towin, Becky? -preguntó Charley-. ¿No va en el barco contigo?

Ella hizo una mueca de desagrado.

-El viejo Towin Thomas era un pecador, Charley Samuels, y ya he dejado de pensar en él. No creía en el Señor, ni se sometía a las curas del Señor, y en consecuencia murió de un cáncer maligno que le consumió hasta dejarlo en los huesos. Francamente, fue una suerte que se muriera. Desde entonces, he seguido al Señor. Estoy a punto de cumplir los doscientos treinta y tres años. No aparento más de cien, ¿verdad?

Barbagrís dijo:

-Esta no es la primera vez que oigo una cosa parecida. Así que conocemos a tu Señor, ¿verdad, Becky? ¿No será Bunny Jingadangelow por casualidad?

-Siempre has tenido la lengua muy larga, Barbagrís -dijo Becky-. Ten cuidado al hablar de él, porque ahora ya no utiliza ese nombre.

Librodot

-Sin embargo, me parece que sigue utilizando los mismos trucos -dijo Barbagrís, volviéndose hacia Martha-. Subamos a bordo para ver al viejo bribón.

-No tengo ganas de verle -repuso Martha.

-Bueno... mira, ninguno de nosotros quiere perderse en este mar invadido por la niebla. Tendríamos que quedarnos hasta otoño, y para entonces ya podríamos haber adelantado mucho. Vamos a ver a Jingadangelow y él nos echará una mano. Es evidente que el capitán del barco sabe adónde va.

Lo hicieron así, y se trasladaron hasta el vapor en el bote de Pitt. Subieron a bordo, aunque el puente ya estaba abarrotado de creyentes y sus regalos.

Barbagrís tuvo que esperar a que las mujeres de la isla entraran en el camarote del Señor, una por una, para recibir su bendición, antes de que le permitieran la entrada a él. Entonces, fue introducido con algo de ceremonia.

Bunny Jingadangelow se hallaba aposentado en una tumbona, envuelto en el grasiento equivalente de una toga romana, prenda que seguramente consideraba más adecuada para su nueva personalidad que la antigua colección de pieles de conejo, que anteriormente fueran su prenda más notable. A su alrededor -unos viejos se apresuraban a retirarlos en carretillas- había tributos materiales a su divinidad, verdura, lechugas con enormes corazones, patos, pescado, huevos y una gallina con el cuello recién retorcido.

Jingadangelow aún lucía su bigote y sus patillas. La redondez que en otros tiempos afectara únicamente a su barbilla, se habla extendido a otro territorio; su cuerpo era corpulento, su rostro tenía la asimétrica gordura de una luna casi llena, y una blandura sin precedentes hasta entonces, aunque se contrajera ligeramente cuando Barbagrís entró. Resultaba evidente que Becky le había comunicado la noticia de su visita.

-He querido verle porque siempre me ha parecido que usted tenía un raro sentido de la penetración -dijo Barbagrís.

-Es muy cierto. Fue lo que me condujo a la divinidad. Pero le aseguro, señor Barbagrís, pues me imagino que le siguen designando con ese vulgar sobrenombre, que no tengo intenciones de hablar sobre el pasado. He sobrevivido al pasado, tal como pretendo sobrevivir al futuro.

-Veo que continúa en la línea de la Vida Eterna, aunque ahora las bases sean más complicadas.

-¿Ve usted esta campanilla? No tengo más que tocarla para que se lo lleven de aquí. No debe insultarme. He alcanzado la santidad. -Apoyó una rechoncha mano sobre la mesa que había junto a él y frunció los labios en una mueca de descontento-. Si no ha venido para unirse a mis Generacionistas, ¿qué es lo que desea?

-Bueno, creí que... he venido a verle acerca de Becky Thomas y su embarazo. Usted no ha...

-Es lo mismo que me dijo la última vez que nos vimos, hace siglos. Becky no es asunto suyo: se ha convertido en una de mis fieles desde que su marido falleció. Usted debe imaginarse que es un guía de hombres, aunque en realidad no guíe a nadie, ¿verdad?

-No guío a nadie porque...

-¡Porque es un vagabundo! ¿Cuál es su meta en la vida? ¡No tiene ninguna! Únase a mi grupo, hombre, y vivirá mejor. No crea que me paso la vida recorriendo el lago en este destartalado barco. Tengo una base en el extremo sur llamada Hagbourne. Venga conmigo.

-¿Para convertirme en un... comoquiera que llame a sus seguidores, y hacer que mi esposa lo sea también? ¡Ni hablar! Nosotros...

Jingadangelow alzó la campanilla y la agitó.

Se apresuraron a entrar, vestidas con una parodia de una toga, dos ancianas de gran corpulencia y ojos saltones que sólo se posaban en su Señor.

-Sacerdotisas de la Segunda Generación -ordenó Jingadangelow-, enumerad las razones de mi venida.

Con una cantinela en la que la mujer más delgada llevaba una ventaja de media frase, contestaron:

-Has venido a sustituir al Dios que nos ha abandonado; has venido a sustituir a los hombres que nos han dejado; has venido a sustituir a los niños que nos han sido negados.

-Bien entendido que en esto no hay nada físico, Barbagrís -comentó Jingadangelow, a modo de paréntesis.

-Nos has traído la esperanza cuando sólo teníamos cenizas; nos has traído la vida cuando sólo teníamos penas; nos has traído vientres abultados cuando sólo teníamos estómagos vacíos.

-Estará de acuerdo conmigo en que la prosa, en su forma pseudobíblica, es muy reveladora.

-Has hecho que los infieles desaparecieran de la Tierra; has hecho que los fieles sobrevivan; y harás que los niños de los fieles constituyan una Segunda Generación que repoblará el mundo.

-Muy bien, sacerdotisas. Vuestro Señor está contento de vosotras, y particularmente con la hermana Madge, que habla como si creyera en lo que dice. Ahora, chicas, explicad lo que debéis hacer para que todo esto suceda.

Las dos mujeres prosiguieron la exposición.

-Debemos matar todo pecado en nosotras mismas; debemos matar todo pecado en los demás; debemos honrar y amar al Señor.

-Estos son todos los requisitos necesarios -dijo Jingadangelow a Barbagrís-. Muy bien, sacerdotisas, podéis retiraros.

Se arrodillaron para besarle la mano y acariciarle la cabeza, suplicaron que les fuera permitido quedarse y recitaron una serie de frases ininteligibles.

-¡Maldita sea, chicas! Esto es una audiencia. ¡Dejadme solo!

Ellas huyeron de su justa cólera y, mientras él cambiaba de posición para volver a sentarse cómodamente, dijo a Barbagrís con irritación:

-Esto es lo malo de tener discípulas: se exceden a sí mismas. Entonces esas frases repetitivas parece cosa de mujeres. Jesús sabía lo que se hacía cuando escogió un equipo de hombres, pero yo me llevo mejor con las mujeres.

Barbagrís observó:

-No parece estar totalmente compenetrado con su papel, Jingadangelow.

-El papel de profeta siempre es un poco cansado. ¿Cuántos años hace que lo resisto? ¡Tengo muchos siglos por delante! Pero les doy esperanza, esto es lo más importante. ¿Verdad que es gracioso tener que dar a la gente algo de lo que tú careces?

Llamaron a la puerta, y un andrajoso anciano vestido con un jersey gris exageradamente grande anunció que todas las mujeres de Wittenham se hallaban sanas y salvas en tierra firme y que el barco estaba listo para partir.

-Tendrán que irse -dijo Jingadangelow a Barbagrís.

Fue entonces cuando Barbagrís pidió que les remolcaran. Con irritación, Jingadangelow repuso que era posible, siempre que estuvieran dispuestos a partir inmediatamente. Les remolcaría hasta Hagbourne a cambio del trabajo de Pitt, Charley y Barbagrís. Tras algunas consultas, todos convinieron en ello y reunieron sus pertenencias; la mayor parte fueron guardadas en el esquife o la barca de Pitt, mientras que el resto iba con ellos en el vapor, donde fueron instalados en una zona del puente. Cuando se pusieron en marcha, la niebla había aclarado. El día era muy caluroso.

Pitt y Charley empezaron a jugar a cartas con dos miembros de la tripulación. Martha y Barbagrís dieron un paseo por el puente, donde aún se veían las marcas de los asientos en los que en otro tiempo se sentaran los veraneantes para contemplar el viejo río. Habla pocas personas a bordo: unas nueve «sacerdotisas» consagradas a Jingadangelow, y la tripulación. También había un par de ociosos caballeros que holgazaneaban a la sombra de popa y no hablaban. Iban armados con revólveres, evidentemente para repeler cualquier ataque contra el barco, pero Barbagrís, a quien no le gustó su aspecto, sintió cierto alivio de llevar el rifle consigo.

Cuando pasaban frente a la cámara, la habitación destinada para uso de Jingadangelow, la puerta se abrió, y el Señor en persona apareció en el umbral. Saludó ostentosamente a Martha.

-Incluso un dios necesita un poco de aire fresco -dijo-. Mi camarote parece un horno. Está usted tan hermosa como siempre, señora; los siglos no han dejado ni una marca en su paso por su rostro. Hablando de belleza, hagan el favor de entrar un momento y dar una ojeada a algo que les enseñaré.

Librodot

Hizo entrar a Martha y Barbagrís en su camarote, y les guió hacia una puerta que había al fondo.

-Naturalmente, ustedes dos son infieles, nacidos infieles, diría yo, pues siempre he tenido la teoría de que los infieles nacen mientras que los santos se hacen; pero en espera de convertirles, quizá les gustaría ver uno de mis milagros.

-¿Sigue usted siendo partidario de la castración? -preguntó Martha, sin moverse de donde estaba.

-Cielos, no! No hay duda de que la transformación que he sufrido es evidente, ¿verdad, señora Barbagrís? Las trampas no forman parte de mi actual personalidad. Quiero mostrarles una genuina muestra de la Segunda Generación. -Alzó la cortina que cubría una ventana de la puerta, y les indujo a echar una ojeada a la habitación contigua.

Barbagrís contuvo la respiración. Todos sus sentidos se agudizaron súbitamente.

Tendida en una litera, una joven se hallaba durmiendo. Estaba desnuda, y la sábana que la cubría se había deslizado de sus hombros, dejando al descubierto la mayor parte de su cuerpo. Este era suave y tostado, perfectamente moldeado. Sus brazos, doblados bajo ella, protegían sus senos; una de sus rodillas casi le tocaba un codo, revelando la curva de sus piernas. Dormía con la cara enterrada en la almohada, la boca abierta, el abundante cabello desordenado, y en total abandono. Debía de tener unos dieciséis años.

Martha dejó caer la cortina sobre el cristal de la puerta y se volvió a Jingadangelow.

-Así que todavía hay mujeres que conciben... Pero esta criatura no pertenece a ninguna de las que tiene usted a bordo, ¿verdad?

-No, no, ¡cuánta razón tiene! Esta sólo es el consuelo de un pobre y anciano profeta, si me permiten decirlo así. Su marido parece emocionado. ¿Puedo esperar que después de esta evidencia de mi poder tengamos el placer de acogerle en el regazo de nuestros Generacionistas?

-Maldito Jingadangelow, ¿qué está haciendo con esa muchacha? Es perfecta... muy diferente a aquellas tristes criaturas que vimos en Oxford. ¿Cómo se hizo usted con ella? ¿De dónde es?

-¿Se da cuenta de que no puede interrogarme de este modo? Pero le diré que me imagino que hay muchas otras criaturas tan hermosas como Chammoy, éste es su nombre, en todo el país. ¡Ya ven que tengo algo tangible que ofrecer a mis seguidores! Y ahora, ¿por qué no se unen a mi grupo?

-Estamos de viaje hacia la desembocadura del río -dijo Martha.

Él meneó la cabeza hasta que sus mejillas temblaron.

-Se está convirtiendo usted en el portavoz de su marido, señora Barbagrís. Cuando nos conocimos, hace ya tantos siglos, pensé que tenía usted sus propias opiniones.

Barbagrís le asió por la pechera de la toga.

-¿Quién es esa muchacha? Si hay más niños, deben ser salvados y tratados debidamente, ayudándoles, ¡no sirviéndole a usted de prostitutas! Por Dios, Jingadangelow...

El Señor retrocedió tambaleándose, cogió la campanilla, la agitó violentamente y golpeó a Barbagrís en la cara con ella.

-¡Usted, igual que todos los hombres, está celoso! -gritó.

Dos sacerdotisas acudieron en seguida, se pusieron a chillar al ver la herida, y dejaron entrar a los dos hombres que se hallaban en la popa de la nave. Estos agarraron a Barbagrís por ambos brazos y le inmovilizaron.

-¡Atadle y lanzadle por la borda! -ordenó Jingadangelow, balanceándose en su silla. Jadeaba pesadamente-. A ver si escarmienta. Atad a la mujer y dejadla en el puente. Hablaré con ella en cuanto lleguemos a Hagbourne. ¡De prisa!

-Que nadie se mueva -ordenó Pitt desde la puerta. Tenía una flecha en su arco y apuntaba a Jingadangelow. Sus dos últimos dientes brillaban detrás del emplumado extremo de la flecha. Charley se encontraba junto a él, vigilando el pasillo con su cuchillo en la mano-. Si alguien hace un solo movimiento, mato a vuestro Señor sin un segundo de vacilación.

-Quítales las armas, Martha -aconsejó Pitt-. ¿Estás bien, Barbagrís? ¿Qué hacemos ahora?

Los secuaces de Jingadangelow no dieron muestras de querer resistirse. Barbagrís cogió los dos revólveres de manos de Martha y se los metió en los bolsillos. Se limpió la mejilla con una manga.

Librodot

-No vamos a ensañarnos con esta gente -dijo-, si se avienen a dejarnos en paz. Seguiremos hasta Hagbourne y les dejaremos allí. Dudo que volvamos a encontrarnos.

-¡Oh, no puedes soltarles así! -exclamó Pitt-. ¿Te das cuenta de la oportunidad que se nos presenta? Podríamos tener un barco estupendo. Podemos abandonar a esos tipejos en la orilla más cercana.

-No podemos hacerlo, Jeff. Ya somos demasiado viejos para convertirnos en piratas dijo Martha.

-Siento que me vuelven las fuerzas, tal como cuando era joven -dijo Pitt, sin mirar a nadie-. Eso de tener el arco en las manos me ha demostrado que aún puedo matar a un hombre. Pero... Es un milagro...

Todos le miraron sin comprenderle.

Barbagrís dijo:

-Seamos prácticos. No sabríamos manejar el barco. Tampoco sabríamos salir del Mar de Barks.

-Martha tiene razón -dijo Charley-. No tenemos derecho a robarles el barco, por muy truhanes que sean.

Jingadangelow se enderezó y procedió a alisarse la toga.

-Si ya han terminado de discutir, hagan el favor de abandonar mi camarote. Debo recordarles que esta habitación es privada y sagrada. No habrá más problemas, se lo aseguro.

Cuando salían, Martha vio un vehemente ojo negro mirándoles por la rendija de la cortina del fondo.

Cuando Hagbourne apareció a última hora de aquella tarde, emergió no de la neblina sino de una densa cortina de lluvia, ya que la niebla matinal había sido dispersada por un fuerte viento que trajo el chaparrón consigo. Este había finalizado cuando el vapor hubo amarrado a lo largo de un muelle de piedra, y la línea de las colinas de Berkshire se hizo visible a espaldas de la ciudad. La población que Jingadangelow denominaba su base parecía casi desierta. Sólo tres ancianos acudieron a recibir al vapor y ayudar a amarrarlo. El desembarco subsiguiente prestó algo de vida a la melancólica escena.

Los componentes del grupo de Barbagrís se apresuraron a recuperar sus barcas. Jingadangelow no tenía aspecto de buscar dificultades. Lo que no esperaban era la aparición de Becky, que se presentó cuando cargaban sus pertenencias en el esquife.

Metió la cabeza por un costado y apuntó a Barbagrís con su afilada nariz.

-El Señor me ha enviado para hablar con vosotros. Dice que le debéis algún trabajo por el privilegio de su ayuda.

-Habríamos hecho el trabajo si no hubiese atacado a Barbagrís -replicó Charley-. Eso fue intento de asesinato, vaya si lo fue. Aquellos que adoran a falsos dioses serán maldecidos para siempre, Becky, así que harías bien en tener cuidado.

-Tú sí que has de tener cuidado con tu lengua, Charley Samuels, y no hablar de esta forma a una sacerdotisa de la Segunda Generación. De todos modos, no he venido para hablar contigo. -Le volvió significativamente la espalda y dijo a Barbagrís-: El Señor siempre está dispuesto a perdonar. No te guarda rencor, y le gustaría ofrecerte refugio durante la noche. Tiene un lugar vacío que podríais utilizar. Es él quien os lo ofrece, no yo; yo nunca lo habría hecho. ¡Pensar que le atacaste, que pusiste tus manos sobre su persona!

-No queremos su hospitalidad -dijo Martha con firmeza. Barbagrís se volvió hacia ella y le cogió las manos, diciendo a Becky por encima del hombro: -Dile a tu Señor que aceptamos gustosos su ofrecimiento. Procura que nos acompañe

alguien más hospitalario que tú.

Mientras ella se alejaba por la pasarela, Barbagrís habló apresuradamente con Martha.

-No podemos irnos sin saber algo más de la muchacha que Jingadangelow nos ha mostrado, sin saber de dónde es y qué le ocurrirá. En cualquier caso, la noche será tormentosa. No creo que estemos en peligro, y me alegraré de dormir bajo techo. Quedémonos.

Martha arqueó lo que, en otra época, habrían sido las cejas.

-Admito que no comprendo el interés que sientes hacia ese bribón. Los atractivos de esa muchacha, Chammoy, son muy evidentes.

-No seas tonta -dijo cariñosamente él.

-Haremos lo que tú quieras.

El rostro de Barbagrís se cubrió de rubor.

-Chammoy no me afecta en absoluto -dijo, volviéndose para dar instrucciones a Pitt acerca del equipaje.

La vivienda que Jingadangelow les ofreció resultó estar bien. Hagbourne era una sucia aglomeración de ruinosas casas del siglo XX, muchas de ellas construidas por el ayuntamiento; pero a un extremo de la ciudad, en un sector que Jingadangelow había escogido para su uso y el de sus discípulos, había edificios y casas de una tradición más antigua y menos anémica. En toda la zona, la vegetación era abundante. Casi todo el resto del lugar estaba invadido por las plantas, saúcos, romaza, camenerio, acedera, ortigas y las ubicuas zarzas. Fuera de la ciudad, la vegetación era de distinta naturaleza. Las ovejas que en otro tiempo pastaran en las laderas habían desaparecido. Ahora que los rebaños no comían las hojas de matorrales y árboles, los antiguos robles y hayas empezaban a regresar, arrancando de cuajo las casas donde habían vivido los consumidores de ovejas.

Este vigoroso y joven bosque, que aún goteaba debido a la reciente lluvia, rozaba los muros de piedra del granero hacia el cual fueron conducidos. En realidad, las paredes frontal y posterior del granero estaban resquebrajadas, con el resultado de que el suelo se hallaba enlodado. Pero una escalera de madera conducía a una pequeña galería que daba paso a dos habitaciones protegidas por un tejado aún eficaz. Hacía poco tiempo que estaban deshabitadas, y ofrecían un cómodo refugio donde pasar la noche. Pitt y Charley se adueñaron de una habitación, Martha y Barbagrís de la otra.

Hicieron una buena cena con un par de patos y algunos guisantes que Martha había comprado a una de las mujeres del barco, pues las sacerdotisas demostraron que no eran adversas al regateo durante sus horas libres. Tras una concienzuda búsqueda para ver si había chinches, se convencieron de que no tendrían compañía durante la noche; con este estímulo, se retiraron temprano a sus respectivas habitaciones. Barbagrís encendió una linterna y él y Martha procedieron a quitarse los zapatos. Ella empezó a peinarse y cepillarse el cabello. Él se hallaba limpiando el cañón del rifle con un trapo cuando oyó crujir las escaleras de madera.

Se levantó de un salto, deslizando un cartucho en la recámara y apuntando a la puerta.

El intruso que subía las escaleras debió oír el ruido del seguro, pues una voz gritó:

-¡No dispare!

Barbagrís oyó que Pitt gritaba desde la habitación vecina:

-¿Quién anda por ahí, maldita sea? ¡Voy a matarle de un tiro!

-Barbagrís, soy yo, ¡Jingadangelow! Deseo hablar con usted.

Martha dijo:

-¡Jingadangelow y no el Señor!

Barbagrís apagó la linterna y abrió la puerta. Jingadangelow se hallaba a mitad de las

escaleras, sosteniendo una lamparilla encima de la cabeza. La luz que ésta producía sólo le iluminaba la frente y las mejillas. Pitt y Charley salieron a la pequeña galería para verle. -No disparen. Estoy solo y mis intenciones son buenas. Sólo quiero hablar con Barbagrís. Ya pueden irse a la cama y dormir tranquilamente. -Eso ya lo decidiremos nosotros mismos -replicó Pitt, pero su tono dio a entender que

se había apaciguado--. Ya ha tenido ocasión de comprobar que no se nos toma el pelo. -Yo me hago cargo de él, Jeff -dijo Barbagris-. Será mejor que suba, Jingadangelow. El buhonero de la vida eterna había aumentado recientemente de peso; los tablones de

madera crujieron bajo su paso hacia la plataforma. Barbagrís se apartó, y Jingadangelow entró en su habitación. Al ver a Martha, hizo una especie de reverencia. Dejó la linterna en un estante de piedra situado en la pared y se quedó donde estaba, observándoles y respirando entrecortadamente mientras lo hacía.

-¿Acaso es una visita social? -preguntó Martha.
-He venido a hacer un trato.
-Nosotros no solemos regatear: ése es su negocio, no el nuestro -dijo Barbagrís-. Si

sus dos guardaespaldas quieren que les devolvamos los revólveres, estoy dispuesto a hacerlo mañana por la mañana antes de irnos, siempre que usted pueda garantizar su buen comportamiento.

-No he venido para hablar de eso. No es necesario que utilice ese tono hiriente sólo

porque me tiene en desventaja. Quiero hacerle una buena proposición. Martha dijo fríamente: -Señor Jingadangelow, queremos irnos mañana temprano. Haga el favor de ir al grano. -¿Tiene algo que ver con esa muchacha llamada Chammoy? -preguntó Barbagrís. Murmurando que alguien tendría que ayudarle a levantarse de nuevo, Jingadangelow

se dejó caer al suelo y se sentó allí.

-Veo que no tengo más remedio que poner algunas de mis cartas sobre una metafórica mesa. Quiero que los dos me escuchen generosamente, pues he venido a desahogarme. Debo decirles que lamento mucho no ser recibido de forma más amistosa. A pesar del desagradable suceso ocurrido en el barco, mi estimación no ha cambiado.

-Nos interesa saber algo más de la joven que tiene usted en su poder -dijo Martha.

-Sí, sí, en seguida les hablaré de ella. Como ya saben, he recorrido exhaustivamente los Midlands durante mis siglos de servicio. En muchos aspectos, soy una figura de Byron, forzada a vagar y sufrir... Durante mis peregrinaciones, casi nunca he visto niños. Claro que ya sabemos que no hay ninguno. Sin embargo, mi razón me ha llevado a considerar que la actual situación puede ser enteramente distinta de lo que parece. Para llegar a esta conclusión, tengo en cuenta un número determinado de factores, que ahora les expondré.

»Si recuerdan aún esa lejana época anterior al derrumbamiento de las antiguas civilizaciones tecnológicas, en el siglo veinte, recordarán que muchos especialistas dieron conflictivas opiniones acerca de lo que ocurriría cuando los efectos plenos de las bombas espaciales cayeran sobre nosotros. Algunos pensaron que todo volvería a su cauce normal al cabo de unos años, otros creyeron que la radiactividad acumulada borraría todo rastro de vida de este pecador aunque deseable mundo. Como nosotros, que hemos tenido la ventura de sobrevivir, sabemos, ambos puntos de vista son erróneos. ¿Tengo razón?

-Toda la razón; prosiga.

-Gracias, así lo haré. Otros especialistas sugirieron que la radiactividad originada por el Gran Accidente sería absorbida por la Tierra en el curso de los años. Creo que esta predicción es la acertada. Y creo que, con ello, algunas mujeres jóvenes han recobrado el poder de engendrar.

»Ahora bien, debo confesar que yo no he encontrado a ninguna mujer fértil, a pesar de que en mi nueva profesión me he dedicado a buscarlas. Así que me he visto obligado a formularme esta pregunta: "¿Qué haría yo si fuera una mujer de unas sesenta primaveras que descubriera mi facultad de producir lo que nosotros llamamos la Segunda Generación?" Esta es una pregunta bastante teórica; ¿cómo la respondería usted, señora?

Martha contestó lentamente:

-¿Si fuera a tener un hijo? Supongo que estaría encantada. Por lo menos, he pasado muchos años suponiendo que estaría encantada. Pero no me gustaría que nadie viera a mi hijo. No me gustaría nada encontrarme con alguien como usted y declararle mi secreto, por miedo a que me obligara a... bueno, a una especie de concepción continua y obligatoria.

Jingadangelow asintió magistralmente. A medida que la conversación avanzaba, iba recobrando su antigua desenvoltura.

-Gracias, señora. Lo que usted dice es que se escondería junto con su descendencia. O bien se exhibiría con el riesgo de hacerse matar, como le ocurrió a una mujer que dio a luz cerca de Oxford. Si suponemos que un reducido número de mujeres han concebido y engendrado hijos, debemos recordar que muchas tienen que haberlo hecho en poblaciones aisladas que ahora están completamente desconectadas. La noticia del nacimiento no circularía.

»A continuación, pensemos en los niños. Podría afirmarse que serían dignos de envidia, ya que todos los adultos de la vecindad se dedicarían a mimarlos y protegerlos. Un conocimiento más profundo de la humanidad nos persuade de lo contrario. La rencorosa envidia de esas personas sin hijos seria insoportable, y los padres ancianos serian incapaces de evitar los tangibles efectos de esa envidia. Los niños acabarían siendo secuestrados por viejas con ansias maternales, o por viejos estériles. Los niños constituirían la presa constante de la clase de sinvergüenzas con los que yo me vi obligado a asociarme hace algunos años, cuando viajaba con una feria para mi propia protección. Cuando los niños, tanto de un sexo como de otro, alcanzaran la adolescencia, uno retrocede asustado ante el pensamiento de las indignidades sexuales a las cuales estarían sujetos...

-La experiencia de Chammoy debe de haber sido tal como usted la ha descrito interrumpió Barbagrís-. Déjese de hipocresías, Jingadangelow, y vaya al grano.

-Chammoy necesitaba mi protección e influencia moral; aparte de lo cual, yo soy un hombre solitario. Sin embargo, la cuestión es ésta: la mayor amenaza que cualquier niño podría afrontar sería... ¡La sociedad humana! Si nos preguntamos por qué no hay niños, la respuesta es que si existieran, se esconderían de nosotros en regiones olvidadas, lejos de los hombres.

Martha y Barbagrís se miraron. Ambos leyeron en sus ojos la probabilidad de esta teoría. En su apoyo, podían recordar los persistentes rumores, comenzados diez años atrás, sobre la existencia de gnomos y pequeños seres de forma humana, que se desvanecieron en los bosques cuando el hombre se aposentó en las cercanías. Y sin embargo... Era demasiado repentino para creerlo; en su mente y su cuerpo no podían creer en niños vivos.

-No es más que parte de su locura, Jingadangelow -dijo bruscamente Barbagrís-. Está obsesionado con la idea de apoderarse de otras criaturas jóvenes. Haga el favor de irse. No queremos saber nada más... ya tenemos nuestras propias locuras para distraernos.

-¡Espere! ¡Usted sí que está loco, Barbagrís, pero yo no! ¿Acaso no me he explicado con suficiente claridad? Estoy mucho más cuerdo que usted, con su estúpido deseo de llegar a la desembocadura del río. -Se inclinó hacia delante y unió ambas manos en una especie de gesto de desesperación-. ¡Escúchenme! Tengo una buena razón para contarles todo esto.

-Espero que así sea.

-Lo es. Es una idea. Es la mejor idea que he tenido en la vida, y sé que ustedes, los dos, van a reconocerlo así. Ambos son personas razonables, y para mí ha constituido un gran placer volver a encontrarles después de todos estos siglos, a pesar del desgraciado incidente de esta mañana, del cual me imagino que usted ha sido todavía más culpable que yo..., pero es mejor olvidarlo. La verdad es que, al verle, he sentido el anhelo de una compañía inteligente, en lugar de la compañía de los tontos que ahora me rodean. -Jingadangelow se inclinó hacia delante y se dirigió únicamente a Barbagrís-. Le ofrezco abandonarlo todo e irme con usted, adondequiera que usted vaya. Es una gran y noble renuncia. Sólo la hago por el bien de mi alma, y porque estoy cansado de los imbéciles que me siguen.

En el breve silencio que siguió, el corpulento individuo miró ansiosamente a sus interlocutores; esbozó una sonrisa dirigida a Martha, lo pensó mejor, y volvió a ponerse serio.

-Usted mismo ha reunido a los tontos que le siguen, y usted debe soportarlos -dijo lentamente Barbagrís-. Esto es algo que Martha me enseñó no hace mucho tiempo: sea como fuera la forma en que hayas concebido tu papel en la vida, debes llevarlo a cabo del mejor modo posible.

-Pero es que este papel de profeta no es mi único papel. Deseo abandonarlo.

-No dudo de que tiene usted una docena de papeles que representar, Jingadangelow, pero estoy igualmente seguro de que su propia esencia reside en sus papeles. No queremos que venga con nosotros, tengo que ser brutalmente franco. ¡Nosotros somos felices! Por mucho que todos hayamos perdido desde el terrible accidente de 1981, por lo menos hemos ganado una cosa: ya no hay necesidad de hipocresías y engaños propios de la civilización; podemos mostrarnos tal como somos. Pero usted nos traería desavenencias, porque usted ha continuado fingiendo. Ya es demasiado viejo para reformarse, ¿cuántos miles de años tiene?, y, por lo tanto. nunca encontraría la paz entre nosotros.

-¡Usted y yo somos filósofos, Barbagrís! ¡La sal de la tierra! Quiero compartir su sencilla vida.

Librodot

-No. No podría compartirla. Sólo podría estropearla. No hay trato. Lo siento.

Cogió la linterna de la repisa y se la dio a Jingadangelow. El Señor le miró, y después giró lentamente la cabeza para ver el rostro de Martha. Extendiendo una mano, asió el borde de su vestido.

-Señora Barbagrís, su marido se ha endurecido desde que nos conocimos en la feria de Swifford. Convénzale. Le aseguro que hay niños en estas colinas: Chammoy era uno de ellos. Nosotros tres podríamos localizarlos y servirles de profesores. Ellos cuidarían de nosotros mientras les enseñáramos todos nuestros conocimientos. Convenza a ese inflexible marido suyo, se lo ruego.

Ella repuso:

-Ya ha oído lo que ha dicho. Él manda.

Jingadangelow suspiró.

Casi para sí mismo, dijo:

-Al final, todos estamos solos. La conciencia es una carga.

Lentamente, se puso en pie. Martha también se levantó. Una lágrima salió trabajosamente del ojo derecho del profeta y rodó por su mejilla y la barbilla, donde una arruga la condujo hasta su cuello.

-¡Les ofrezco mi humildad, mi humanidad, y ustedes las rechazan!

-Por lo menos, tiene el consuelo de regresar a su divinidad.

El suspiró y produjo el efecto de inclinarse sin que, de hecho, hiciera más que doblar ligeramente las rodillas.

-Confío en que mañana se hayan ido todos -dijo. Dando media vuelta, traspasó la puerta, la cerró a su espalda y les dejó en la oscuridad.

Martha buscó la mano de su marido.

-¡Qué discurso tan espléndido el tuyo, querido! Quizá seas un hombre imaginativo, después de todo. Oh, oírte decir «¡Nosotros somos felices!» Eres realmente un hombre magnifico, mi amado Algy. Nos llevaríamos a ese viejo bribón con nosotros, si pudiera provocar regularmente tu elocuencia.

Por una vez, Barbagrís quiso acallar su burlona dulzura. Aguzó el oído para percibir los sonidos que Jingadangelow hacía, o había cesado de hacer. Porque tras unos cuantos escalones, Jingadangelow se había detenido, hizo un ruido ahogado que Barbagrís no consiguió interpretar, y reinó el silencio. Apartando a Martha con un murmullo, buscó a tientas el rifle, lo cogió y abrió la puerta.

La luz de Jingadangelow aún podía verse. El Señor ya no llevaba la lámpara. Yacía en el suelo del granero con las manos encima de la cabeza. A su alrededor danzaban tres increíbles figuras, una de las cuales sostenía la linterna y la balanceaba, provocando sombras en todo el edificio, sobre las vigas del techo, el suelo y las paredes.

Las figuras eran grotescas, pero resultaba difícil verlas con claridad a la mortecina y oscilante luz. Parecían tener cuatro piernas y dos brazos cada una, y andar medio agachadas. Sus orejas eran extremadamente puntiagudas y rígidas; tenían afilado hocico y larga barbilla. Saltaban en torno al hombre que se tambaleaba en el centro. A cualquier observador podría haberse perdonado que las confundiera con una representación medieval del diablo.

Todos los cabellos de la barba de Barbagrís se erizaron en un acceso de supersticioso temor. Únicamente por una acción refleja, levantó el rifle y disparó.

El ruido fue atronador. Una nueva sección de la pared del granero cayó al suelo. Al mismo tiempo, la figura danzante que llevaba la linterna lanzó un grito y se desplomó. La luz se estrelló entre numerosos pies y se apagó.

-¡Por Dios, Martha, trae una luz! -gritó Barbagrís, con súbita inquietud. Bajó a tientas las escaleras mientras Pitt y Charley aparecían en la galería. Charley llevaba su linterna.

Con un alarido de excitación, Pitt disparó una flecha contra las figuras que huían, pero no dio en el blanco y fue a clavarse en el barro. Él y Charley siguieron a Barbagrís hasta la planta baja con Martha pisándoles los talones, y en posesión de su linterna. Jingadangelow se apoyó contra la pared más segura, llorando de miedo; parecía físicamente indemne.

En el suelo, cubierto por un par de pieles de tejón, yacía un niño pequeño. Una de las pieles estaba atada en torno a la parte inferior de su cuerpo, proporcionándole un par de piernas adicionales; la otra se hallaba sujeta de modo que cubriera el rostro del muchacho. Además, su delgado cuerpo estaba pintado de un color indefinido. En el cinturón se veía un pequeño cuchillo. La bala le había penetrado por el muslo. Estaba inconsciente y perdía sangre con rapidez.

Charley y Pitt cayeron de rodillas junto a Barbagrís cuando éste apartó la piel de tejón. La herida era claramente visible sobre la suave piel del muchacho.

Ninguno prestó atención a las exclamaciones de Jingadangelow.

-¡Me habrían matado a no ser por usted, Barbagrís! ¡Pequeños salvajes! ¡Usted me ha salvado la vida! ¡Esas repugnantes criaturas estaban aguardándome! Encontré a Chammoy cerca de aquí, y deben andar tras ella. ¡Pequeños salvajes! ¡No debo permitir que mis seguidores me sorprendan aquí! ¡Debo seguir siendo el Señor! Es mi destino, maldita sea.

Pitt se acercó a él, espetándole decididamente:

-No queremos volver a verle nunca más. Cierre el pico y lárguese de aquí.

Jingadangelow se enderezó.

-¿Se imagina que voy a quedarme?

Salió dando tumbos del granero y se internó en la noche mientras Martha aplicaba un torniquete a la pierna del muchacho. Cuando lo apretó, los ojos del niño se abrieron, para fijarse en el dibujo de luces y sombras del techo. Ella se inclinó sobre él y le sonrió. -Quienquiera que seas, no te preocupes por nada, cariño -dijo.

El esquife reanudó su viaje a primeras horas de la mañana siguiente, con el bote de Pitt a remolque tras él. Pitt iba solo, asintiendo para sí mismo, sonriendo y frotándose la nariz de vez en cuando. Cuando salieron de Hagbourne el día estaba encapotado, pero mientras avanzaban hacia la próxima etapa del viaje que algún día les llevaría a la desembocadura del río, el sol se abrió paso entre las nubes y el viento refrescó.

El carcomido desembarcadero, con el vapor de la Segunda Generación amarrado a él, estaba desierto. Con gran alivio por parte de todos, ninguno de los secuaces de Jingadangelow fue a despedirles. Cuando se hallaban a cierta distancia de la costa, una solitaria figura hizo su aparición en la orilla y agitó la mano en señal de saludo; se hallaban demasiado lejos para identificarla.

Barbagrís y Charley dejaron de remar cuando la brisa llenó la vela, y el primero fue a sentarse al lado del timón con Martha. Se miraron, pero no hablaron.

Los pensamientos de él eran confusos. El fraudulento Señor tenía razón por lo menos en una cosa: los hombres se habían vuelto contra los niños en la práctica, ya que no en la teoría. ¡Él mismo había abierto fuego contra el primer niño que tuvo cerca! Quizá el hombre abrigara en su interior una especie de necesidad filicida que le impulsase hacia la destrucción.

Por lo menos, estaba claro que el instinto de conservación era más fuerte en la nueva generación, y puesto que eran tan escasos, eso constituía una ventaja. Desconfiaban de los hombres. Por su atuendo, resultaba evidente que se identificaban más con la especie animal que con los viejos locos que aún habitaban la Tierra. Bueno, al cabo de unos cuantos años más todo les resultaría más fácil.

-Se les puede enseñar que no deben temernos -dijo Barbagrís con aire abstraído-. Después de esa lección vital, podríamos ayudarles mucho.

-Claro que podríamos hacerlo. Pero ellos constituyen virtualmente una nueva raza; quizá no deban ser enseñados a no temernos -dijo Martha. Apoyó una mano en el hombro de su marido al tiempo que se levantaba.

Barbagrís meditó sobre las implicaciones de la observación de Martha mientras contemplaba sus movimientos. Ella se inclinó sobre una improvisada camilla y, sonriendo, empezó a cambiar delicadamente el vendaje de Arthur. Su marido la observó unos minutos, sus manos, su rostro, y al niño que la miraba solemnemente a los ojos.

Después volvió la cabeza; apoyando una mano en el rifle y protegiéndose del sol con la otra, simuló otear el horizonte, donde se hallaban las colinas.

FIN

Librodot